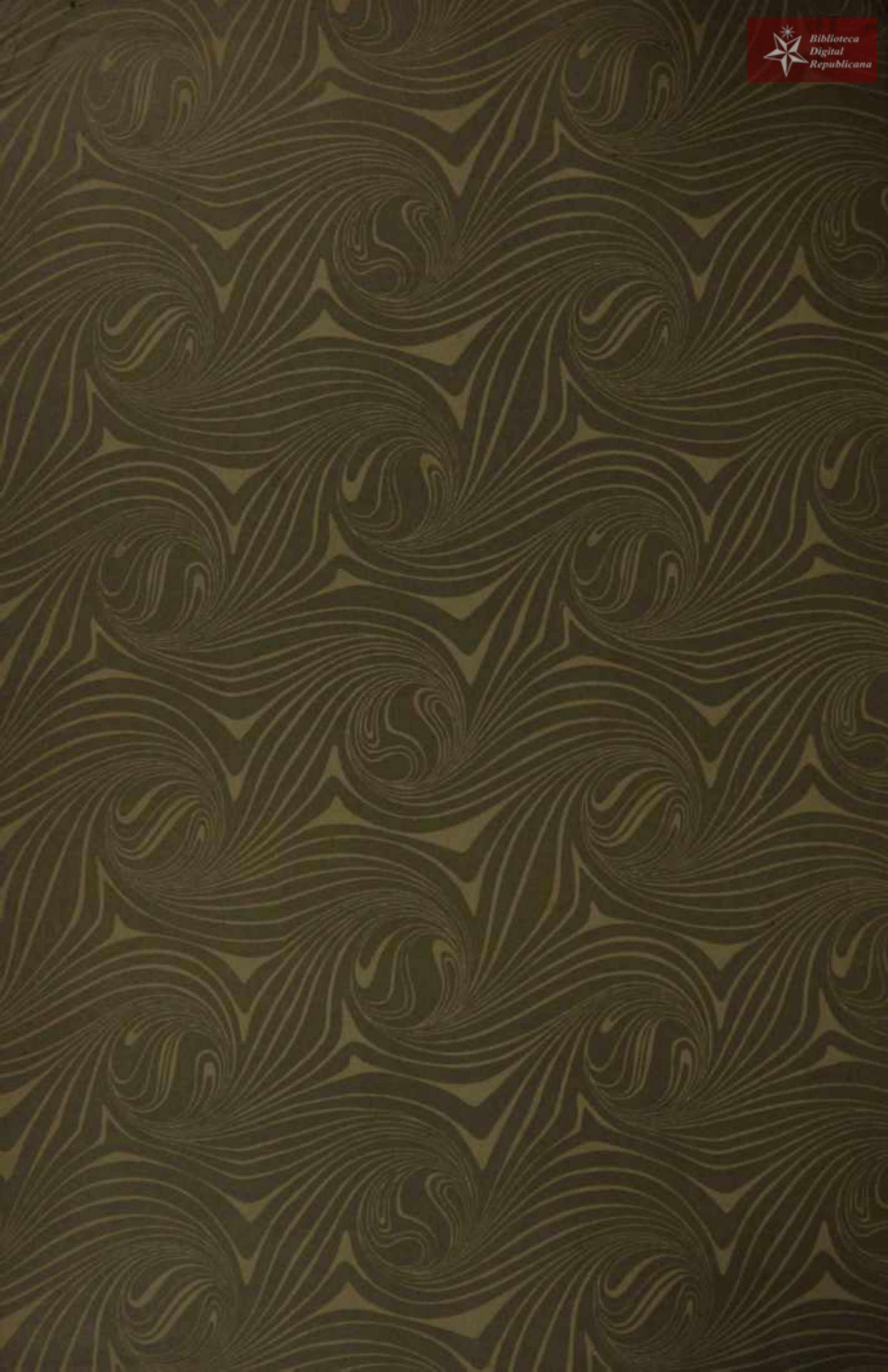


Jorge Thompson

LA GUERRA DEL PARAGUAY




Biblioteca
Digital
Republicana


Biblioteca
Digital
Republicana



LA GUERRA DEL PARAGUAY

F. Fortuny

por el Coronel JORGE THOMPSON

ILUSTRACIONES POR F. FORTUNY



LA GUERRA DEL PARAGUAY

ACOMPAÑADA DE UN BOSQUEJO HISTÓRICO DEL PAIS Y APUNTES SOBRE LA INGENIERIA MILITAR DE LA GUERRA

POR

JORGE THOMPSON

CORONEL EN EL EJÉRCITO DEL PARAGUAY
AYUDANTE DEL MARISCAL LÓPEZ

TRADUCIDA DEL INGLÉS

JUICIO CRÍTICO
DEL
DR. OSVALDO MAGNASCO

PROLOGO
DEL PROF. E. MARTÍNEZ BUTELER

ILUSTRACIONES
DE FORTUNY

8 MAPAS
DEL TEATRO DE LA GUERRA

BUENOS AIRES

EDITOR JUAN PALUMBO — CUYO 1175,

1910




Bartolomé Mitre



DEL DR. OSVALDO MAGNASCO

El conocido libro de Thompson no es una historia sino material de una historia. Por muchos conceptos valioso, nos ofrece el relato principal de aquel dramático episodio de la vida americana constituido por la prolongada, difícil y heroica guerra llamada del Paraguay que tuvo el privilegio de conmover la opinión entera de América y de interesar muy vivamente la del viejo mundo.

Thompson es un narrativo, un cronista — estilo corresponsal o reporter — divertido y de regular buena fe, tan ecuánime como podía serlo un actor en los sucesos bastante imbuído de ese espíritu europeo de la época, desdeñoso é irónico, que induce a mirar piadosamente y aún á ridiculizar a veces, nuestras cosas naturalmente elementales de entonces. De ahí el frecuente ejercicio de su <u>humour</u>. No son, pues, por lo general sus opiniones lo que se ofrece al estudioso como factores de valor, sino sus referencias de testigo calificado, referencias muchas veces de la más rigurosa verdad histórica.

Pero, lo que por sobre todo vale en esta obra, es lo que no está expresamente dicho en sus siempre interesantes páginas: la profunda impresión de ambiente que la lectura nos sugiere y deja. El vasto, original y ruinoso escenario de la guerra, y los hombres y cosas que en él se agitan, resultan mentalmente como en una evocación de líneas fundamentales precisas. Hay, de veras en esas páginas un precioso fondo de la más palpitante realidad. Elaboradas de inmediato con materiales de memoria y recortes periodísticos, han quedado perdurablemente impregnadas de ese fresco sentido de actualidad que constituye uno de los méritos más estimables en las obras del género.

O. Magnasco.

1910


Biblioteca
Digital
Republicana

PRÓLOGO

La guerra del Paraguay ha sido historiada por autores brasileños, orientales y argentinos, que la tratan y juzgan con la influencia de un afecto de parte interesada en la lucha, ó controversia histórica; y por los motivos determinantes para cada país á esa guerra y á su significado histórico, pues, enlazar el acontecimiento á la vida de su patria, estableciendo así, un orden de hechos, causas y efectos, sin relación alguna con los de la historia americana.

El libro del coronel Jorge Thompson se especializa en la técnica, y relaciona el desarrollo de las operaciones militares con la vida civil de los pueblos de América interesados en la contienda, y tiene los méritos de su personalidad y método: fué militar aventajado y de ilustración sobresaliente, hombre sin sentimientos ni pasiones para con los combatientes. Los motivos que le indujeron á tomar parte activa en la guerra, fueron más físicos que morales y políticos, pues, nos dice, que necesitaba cambiar de aire y aprovechó en hacer lo que parecía entonces un paseo militar á través de una zona de muchos centenares de millas....

En dos partes fundamentales divide el relato, cada una de relativa importancia. La primera, es de información general, narrativa y descriptiva, con datos valiosísimos, y en la que se revela con toda nitidez la personalidad del autor. Los capítulos son, en su mayoría, partes integrantes para una obra histórica por la importancia de la documentación, y la legitimidad de las inducciones correspondientes, levantadas sobre hechos comprobados. La otra, es de topografía, cartografía y gráficos de la guerra, que responden á las citas y referencias hechas en los capítulos y puntos dedicados especialmente á la técnica. Los mapas sobre el Paraguay están hechos con una proyección de escaso valor geográfico y se nota la prescindencia de los

campos de operaciones vecinos; sin embargo, tienen un mérito indiscutible por lo demostrativo, y los planos son de suma utilidad.

La cartografía es indispensable en el estudio de la historia de América, como en el de cualquier otro de la historia universal; y su cultivo se hará cada vez más necesario, especialmente, para la del continente americano.



La intención, los motivos y proporciones del libro, están sintetizados en el prefacio y primer capítulo, que comienzan por fundar una actitud y establecer los términos de las proposiciones sobre que concluyen los juicios históricos.

Se refiere el autor á los cuatro países por su topografía, sus relaciones comerciales y el «odio cordial» que se profesaban sus habitantes, de razas mestizas y mezcladas. Toma como bases de su estudio los elementos físicos, antropológicos, psicológicos y sociales para considerar la evolución histórica y política del Paraguay desde la conquista española hasta su vida de pseudo-república gobernada por tiranos, con leyes y reglamentos que no respondían á la dinámica de un pueblo libre y fuerte: «La raza paraguaya, dice impropiamente Thompson, era físicamente superior á la de los estados.... y se dividía en cuatro clases: blancos, mulatos, indios y negros, siendo los segundos una mezcla de los terceros y los cuartos con los primeros». La virilidad de un pueblo joven, y la superioridad física de algunos de los grupos de población pertenecientes á tribus indígenas probadas, comparada con la de «hermosos hombres y mujeres, como dice, de los argentinos y orientales, y con «la importancia é influencia degradante de la esclavitud, que, según él, colocan á los brasileños, en un plano inferior como raza en la escala de la humanidad; no quieren decir sinó que el pueblo paraguayo era fuerte aún considerando su vida pacífica que soportó antojos y ultrajes de tiranos, y la de guerra constante de argentinos y orientales sobresaliente siempre por la conquista de nuevas libertades, no era menos fuerte y valiosa, por las proyecciones espirituales de sus ideas, por la naturaleza de sus elementos etnológicos, como por su posición geográfica y riqueza económica.

La intervención de los argentinos en la guerra contra el tirano paraguayo, como se afirma en consideración á las causas y efectos de la contienda, niega el determinismo histórico que el autor profesa; pues fué esta la oposición más grande

y manifiesta al significado histórico de los hechos y actos sobresalientes de la historia americana en que habían tomado parte los argentinos, que llegan hasta el Perú siguiendo trayectorías coronadas de gloria con independencias y libertades, y hasta los confines del Paraguay por trayectoriías y para resultados opuestos. El canto lírico de Esteban de Luca á la «Libertad de Lima», expresa la altura de una emoción que despertara el entusiasmo por:

«Libertad, libertad, fuera tiranos
Que toda esclavitud al hombre infama»

Las estrofas de Guido Spano en su «Nenia», revelan la tristeza de corazones apenados que lloran amargamente los destrozos de la guerra:

«¡Llora, llora urutaú
en las ramas del yatay,
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú,
llora, llora urutaú!»

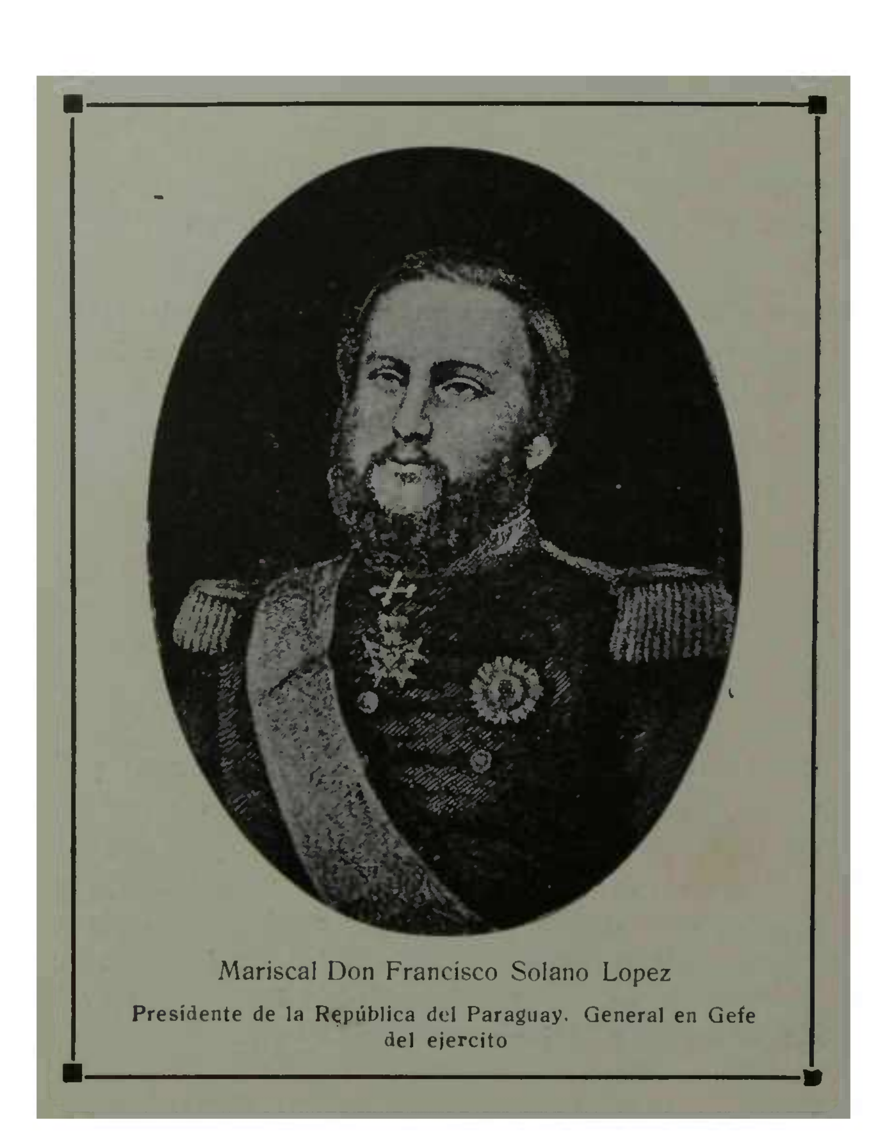
Esta oposición histórica que obedece á distintas causas y presenta muy diferentes efectos, ofrece una prueba elocuente de la intervención del hombre en el devenir histórico, de como la conciencia se une á la vida, apoyada en la reflexión, cuyo poder es un devenir también; y como, hay contingencia en la historia por la intervención de la personalidad, de la utopía, ó por la influencia de una discontinuidad ó indeterminismo que rije los hechos en el Universo.

Si hemos llegado al siglo de la paz, la inteligencia del hombre debe ensayar siquiera un bosquejo de síntesis, para valorizar las acciones humanas y determinar la parte que nos corresponde, en la solidaridad moral, cada vez, más creciente y progresiva en la vida de la humanidad.

Elias MARTINEZ BUTELER.

Agosto 1º de 1910.





Mariscal Don Francisco Solano Lopez

Presidente de la República del Paraguay. General en Gefe del ejercito



PREFACIO

Las opiniones contradictorias sobre la conducta y carácter del presidente López, sostenidas por los que han tenido interés en la lucha de paraguayos y poderes aliados, me han inducido á creer, sea de alguna utilidad escribir esta pequeña obra, á que estoy autorizado por una residencia de once años en aquel país. Habiendo tomado parte en su defensa me encuentro habilitado para poder dar informes auténticos sobre la guerra.

Como se verá por la siguiente narración, considero á López un monstruo sin paralelo y declaro que no descubrí su carácter hasta fines de 1868. En el comienzo de la guerra sólo había oído vagos rumores sobre sus iniquidades. Sin embargo, sus apariencias eran como para hacer dudar, y aun desvanecer todo lo que, en voz baja, se murmuraba contra él. Pero, por último, recibí pruebas abrumadoras que confirmaban todo cuanto diré en la primera parte de este libro.

La manera como el presidente López inició la guerra contra la República Argentina, fué verdaderamente brutal; pero en cuanto se refiere al Brasil la guerra era inevitable al parecer, pues de no haberla hecho en esos momentos el Brasil le hubiera hallado en posición desventajosa.

Con todo, los motivos que me indujeron á tomar parte en la guerra fueron más físicos que políticos. Necesitaba cambiar de aire, y aproveché la ocasión tomando parte en lo que entonces prometía ser solamente un paseo militar, á traves de una zona de muchos centenares de millas. No tenía ningún motivo de interés particular, pues no recibí aumento alguno en mis sueldos; pero cuando se publicó el tratado secreto abracé la guerra con mayor entusiasmo, porque los términos del protocolo me hicieron creer que el Paraguay debía combatir ó sucumbir.

Mi intención era no escribir la presente relación de la guerra hasta que hubiera sido depuesto el presidente López por los aliados. Parece, sin embargo, que estos no estuvieran dispuestos para poner término á un horroroso sacrificio de vidas de que es teatro aquel país hace cuatro años y medio; y considerando que la presente narración pudiera influir en el ánimo de los aliados para apresurar la terminación de la lucha, salvando así las vidas de mujeres y niños que deben estar pereciendo en el Paraguay, he procurado dar una sencilla narración de los hechos.



Aunque hablaré con el mayor horror y aversión con respecto al déspota que ha sacrificado á sus conciudadanos con el único objeto de satisfacer su egoísmo y ambición personal, profeso á los paraguayos los sentimientos más amistosos y me complazco en decir que he cumplido con mi deber para con ellos, aliviando, en cuando me fuera posible, las penurias de la vida militar de los que estaban bajo mis órdenes, y salvando á muchos de la muerte.

En cuanto á datos que se refieren á los aliados, debo declarar que me he servido de «La Tribuna», «La Nación», «La Argentina» y «Standart», diarios de Buenos Aires.

Londres, Junio 18 de 1869.

Guerra del Paraguay

——:——

CAPITULO I

OBSERVACIONES GENERALES SOBRE LAS PARTES BELIGERANTES Y BOSQUEJO DE LA HISTORIA DEL PARAGUAY HASTA EL COMIENZO DE LA GUERRA.

El Paraguay, las repúblicas Argentina, Uruguay y el Brasil, son cuatro estados sud-americanos que por su posición topográfica están obligados á mantener cierta clase de relaciones comerciales, de las cuales cada uno prescindiría de buena gana, pues sus habitantes se odian cordialmente. Los tres primeros están habitados por una raza mestiza de españoles é indígenas, y el cuarto por una mezcla de portugueses, indígenas y negros.

En el Brasil, desde la colonización portuguesa, se han ocupado principalmente en el tráfico de esclavos y en los cultivos, por medio de los mismos, de productos para exportación á Europa. No hubo guerras exteriores, si se exceptúan una que otra escaramuza con sus vecinos, sostenidas siempre fuera de su territorio, y una que otra revolución insignificante, sofocada fácilmente por un gobierno constitucional; también por el soborno, pero nunca por la guerra.

La grande importación de negros y la influencia degradante de la esclavitud, han colocado á los brasileros en un plano muy inferior (como raza) en la escala de la humanidad.

Los argentinos y los orientales son de razas semejantes—hermosos hombres y mujeres—revelan muy poca sangre indígena, si se exceptúan los gauchos y los correntinos, que tienen más de indio que de español. Sus naciones han estado durante largo tiempo en guerra constante, y cuando así no sucede, lo pasan en revueltas civiles, en las que despliegan todo lo cruel de su carácter.

El Paraguay, desde la conquista española, ha gozado de una paz completa, si se exceptúan la expedición de unos centenares de hombres que bajo las órdenes del general Belgrano salió de Buenos Aires á principios del siglo XIX. En esta expedición tuvieron lugar



dos tituladas batallas, cuyo triunfo se atribuyen los paraguayos. Sin embargo, la primera en el Tacuarí, fué indecisa, ó más probablemente una derrota para los paraguayos, quienes no tenían sino palos y piedras para resistir á las armas de Belgrano. Esta es la única vez que el Paraguay ha sido invadido antes de la guerra por un enemigo exterior.

En las guerras de Rosas, el Paraguay envió algunos hombres á Corrientes bajo las órdenes de López, quién era en esa época un joven de diez y ocho años y ya «General en Jefe de los ejércitos paraguayos»; pero no hubo combate, de modo que puede decirse: los paraguayos ignoraban enteramente la ciencia militar antes de la presente campaña.

La raza paraguaya era físicamente superior á la de los estados anteriormente mencionados, y se dividía en cuatro clases, á saber: blancos, mulatos, indios y negros, siendo los segundos una mezcla de los terceros y los cuartos con los primeros. Los blancos que constituían la democracia paraguaya descendían de los migrantes europeos, alejándose cada vez más de los indios. Los conquistadores españoles, casados con indígenas. Los descendientes de estos matrimonios se han casado entre sí ó con los nuevos inmulatos no podían ser ordenados sacerdotes. Los indios si.

Poco después del descubrimiento del Paraguay, se establecieron los jesuítas en el territorio y edificaron una iglesia (1588). En esta época los españoles que gobernaban el país trataban muy mal á los indios, haciéndoles servir como esclavos. Los jesuítas escribieron al monarca para quejarse de este procedimiento; y el gobierno del Paraguay fué amonestado ordenando á los jesuítas se esforzaran en civilizar á los indios, empleando los recursos que creyeren convenientes y tratándoles con bondad.

De esta manera, los jesuítas adquirieron una influencia permanente en el país, y se sirvieron de ella para adelantar sus propios intereses. Levantaron aldeas, llamadas misiones, bastante apartadas del gobierno central, para no tener temor de ser incomodados por aquél en sus trabajos. Estas aldeas se hallaban separadas por distancias de diez á veinte millas, de modo que la comunicación de una á otra se hacía fácil. En ellas reunieron á los indios y les enseñaron á leer y escribir. Agruparon los elementos de la lengua guaraní, haciendo de ella un cuerpo de idioma escrito y arreglado, é imprimieron gramáticas, diccionarios y libros de misa, arreglando para la escritura un sistema de acentuación especial no conocido en los demás idiomas. Enseñaron á estos indios todos los oficios y edificaron iglesias, enriquecidas con hermosas esculturas en maderas, dorados, tapices, etc., obra toda de sus discípulos. Redujeron á los indios á un estado de obediencia y disciplina superior á la militar, por la cual abdicaron gradualmente de la razón y del pensamiento, haciendo lo que se les ordenaba, sin preguntarse si sus amos tenían ó no derecho para dominarlos.

En 1767, el gobierno español decretó la expulsión de los jesuítas. Estos merecen un verdadero aplauso, porque evitaron derramamiento de sangre; pues era tal la influencia sobre aquel pueblo, que fácilmente hubieran podido resistir las órdenes del gobierno y haberse hecho dueños del país. Habían realizado grandes



bienes en el Paraguay, civilizando y protegiendo los indios contra los españoles; pero, aunque tenían, sin duda alguna, ambiciones, no estaban dispuestos á ponerlas en práctica á costa de tantas vidas como habría sido necesario sacrificar, si se hubieran opuesto á las órdenes del gobierno.

Posteriormente á la expedición del general Belgrano y en el mismo año (1811) tuvo lugar una revolución tan pacífica, que no costó una sóla gota de sangre. Su consecuencia fué el nombramiento de dos consejeros para acompañar en el nuevo gobierno al señor Velazco, gobernador español. Uno de ellos fué el famoso dictador, Dr. D. José G. Francia. Su gobierno fué benigno hasta 1813, en que Francia y Yedros fueron nombrados cónsules. Yedros murió poco después (asesinado por Francia según se refiere), y Francia, entonces, convocó un congreso por el cual se hizo nombrar dictador en un principio por doce años y después vitalicio.

Comenzó entonces su terrible sistema de tiranía. Primero estableció un sistema tan perfecto de espionaje, que nadie, ni aún sus más próximos parientes, estaban seguros contra cualquier delación. Todo hombre que suponía enemigo del gobierno, aunque lo fuera en lo íntimo de la conciencia, era arrojado á las prisiones, confiscadas sus propiedades, y aun fusilado, sobre todo, los hombres de prestigio ó de influencia. El Dr. Francia vivía en contínua alarma por el temor de ser asesinado, y cuando recorría las calles á caballo, todas las personas tenían que ocultarse, inclusive las mujeres, porque su escolta apaleaba á todos cuantos encontraba en el camino que debía transitar S. E.

Privó al Paraguay de toda comunicación exterior, colocando guardias y piquetes sobre todas las fronteras. Prohibió la entrada y salida de personas y haberes, y era fusilado todo individuo que tratara de abandonar el país ó exportar su dinero. Acontecía de vez en cuando que se permitía á un buque llegar hasta la Asunción, para que Francia comprara en cambio de yerba mate del país, pero cualquier otro extranjero que caía en sus garras era detenido por la fuerza.

Promulgó una ley prohibiendo el casamiento entre blancos, negros, indios y mulatos; y declaró mulatos á los miembros de varias importantes familias del país, á quienes odiaba; de manera que no pudieran casarse, porque ningún paraguayo blanco, hombre ó mujer, se rebajaría hasta el punto de hacerlo con una persona de casta inferior. Con esto, se proponía exterminar todas aquellas familias, pero la ley española de legitimación facilitóles después de su muerte el casamiento, y así legitimaron sus hijos. El matrimonio era mal mirado por Francia, y de eso proviene la inmoralidad á que se entregó la clase inferior, salvándose en general la clase escogida de la sociedad. Sin embargo, la moralidad del pueblo no era tan mala como podría suponerse, porque aunque los casamientos no eran celebrados en la iglesia, las mujeres eran casi tan fieles como si hubiesen sido desposadas, con la diferencia de que como el vínculo cuando los dos indivíduos no se separaban.

El Dr. Francia murió á la edad de ochenta y cinco años. Fué enterrado bajo el altar mayor de la iglesia de la Encarnación en Asunción; pero más tarde sus restos fueron desenterrados y arrojados al río por personas cuyas familias habían sido perseguidas.



Tres de los principales hombres del Paraguay debieron ser fusilados la mañana que murió; pero la orden de ejecución no se llevó á cabo.

Se convocó entonces un congreso que eligió cónsules á Don Carlos A. López y Don Roque Alonso. El segundo era un buen hombre y, todos cuantos le conocían le apreciaban; no tenía sin embargo la energía suficiente como para mantenerse junto á López, que pronto supo deshacerse de él, quedándose sólo en el gobierno. En un principio los dos firmaban en una misma línea para denotar igualdad de poder, pero poco después López firmaba primero y bajo su firma colocaba Alonso la suya, para que se revelara inferioridad de rango, hasta que finalmente López, un día que estaba de mal humor dijo á Don Roque Alonso: ¡Vete animal!, y se hizo elegir presidente por diez años por un congreso que convocó en 1844. En éste, y en otros congresos se dictaron leyes de las que tomamos como modelo las que siguen:

Estatutos para la Administración de Justicia

Noviembre 24 de 1842

Art. 71.—Quedan abolidas las penas de tormentos y la confiscación de bienes.

Decreto sobre la libertad de vientres

Noviembre 24 de 1842

El Supremo Gobierno de la República del Paraguay acuerda y decreta:

Art. 1º—Desde el primero de Enero del entrante año 1843, serán libres los vientres de las esclavas, y sus hijos que nacieran en adelante, serán llamados «Libertos de la República del Paraguay».

Art. 2º—Quedan en obligación los libertos de servir á sus señores, como patronos de los libertos hasta la edad de veinticinco años los varones, y las mujeres hasta los venticuatro años.

Aprobación del Mensaje en el Congreso

Art. 29—Desde el primero del mes entrante la dieta del primer señor Cónsul será de 4.000 pesos fuertes por año y la del señor segundo Cónsul de 3.000 pesos fuertes.

Acta de la Independencia del Paraguay

Noviembre 25 de 1842

Art. 2º—La República del Paraguay nunca jamás será el patrimonio de una persona ó de una familia.

Instrucciones á la Policía

Junio 15 de 1843

Art. 37—Es absolutamente prohibido hablar de partidos y de la guerra civil que dolorosamente hace pedazos á las provincias vecinas, y no se permitirá insultos ni amenazas con los emigrados de uno ú otro partido; siendo de prevención al que quiera vivir en esta República, que ha de guardar un profundo silencio sobre



los sucesos y partidos del otro lado de Corrientes, y esto ha de advertir el Comisario á todos los extranjeros y emigrados, que aquí nada queremos saber de sus odios y funestos rencores, y el que no se conforme, que se retire del país inmediatamente.

Marzo 16 de 1844

OBSERVACIONES

De las atribuciones del Presidente de la República:

Art. 1º—La autoridad del Presidente de la República es extraordinaria en los casos de invasión, de conmoción interior y de cuantas veces fuere precisa para conservar el orden y la tranquilidad pública de la República.

Art. 9º—Publica la guerra y la paz y toma por sí mismo cuantas medidas puedan contribuir á prepararlas.

Art. 17—Puede celebrar concordatos con la Santa Sede Apostólica; conceder ó negar su beneplácito á los decretos de los concilios y cualesquiera otras instituciones eclesiásticas; dar ó negar el exequatur á las bulas ó breves Pontificias, sin cuyo requisito nadie las pondrá en cumplimiento.

Art. 18—Es el juez privativo de las causas reservadas en el estatuto de la administración de justicia.

OBSERVACIONES

Art. 3º—El Ministro ó Ministros de Estado, no tendrá otro tratamiento que el de Vd., y no podrá dar orden alguna sin acuerdo y aprobación del Presidente de la República.

Art. 4º—Gozarán de una compensación que les asigne el Presidente de la República.

Reformas de algunos usos y atribuciones de los Reverendos Obispos

Noviembre 30 de 1845

El Presidente de la República del Paraguay considerando que á la par del celo que tiene acreditado por el culto religioso, debe cuidar que ningún empleado de la iglesia aparezca en ella ni en las calles, sobreponiéndose al Supremo Gobierno Nacional, decreta:

Art. 1º—Queda prohibido todo y cualquier repique al entrar el obispo á la iglesia y salir de ella.

Art. 2º—Así mismo queda prohibido arrodillarse en las calles ó en cualquier otro lugar por donde pasare el obispo.

Art. 3º—No usará dosel, ni capa magna en la iglesia, ni fuera de ella.

Art. 4º—No se hará novedad en la orden de Gobierno que permite decir misa desde el último toque de diana.

Así, había concentrado legalmente en sus manos la suma del poder y comenzó á formar un ejército para sostenerlo. De este punto nos ocuparemos oportunamente.

Cuando tomó el poder, su familia era pobre, y él, durante la época de Francia, era un obscuro abogado que se consideraba muy dichoso cuando ganaba un patacón por día. Carlos Antonio López era casado con doña Juana Carrillo. Ambos eran blancos



y extremadamente corpulentos. Tuvieron cinco hijos: tres varones Francisco Solano, Venancio y Benigno, dos hijas, Inocencia y Rafaela, todos tan corpulentos como sus padres. López I comenzó su reinado favoreciendo la fortuna de sus hijos de manera escandalosa. A su hijo mayor que fué López II, le nombró general en jefe del ejército y ministro de la guerra. Y siendo muy joven todavía le era confiada por su padre gran parte del poder ejecutivo, haciéndole algunas veces visitas oficiales, en las que se le presentaba de rondón, abriendo las puertas con violencia como para sorprenderlo. El segundo hijo, Venancio, fué nombrado coronel y jefe de la guarnición de la Asunción. Benigno, el menor de los tres, fué nombrado sargento mayor en el ejército; pero no habiendo quedado satisfecho, se le convirtió en Almirante de la escuadra. Apesar de esto, no aceptó el empleo, y prefirió la vida errante. Este hijo era el gran favorito del viejo. Cada uno de ellos tenía casa y establecimiento separado y todos eran individuos característicos por su libertinaje, especialmente el mayor y el menor.

Esta autoridad ilimitada de López, como la que ejercían los hijos bajo sus auspicios, hacía á los ciudadanos sumamente cautelosos, para decir ó hacer la más mínima cosa que pudiera no agradarles. Todos ellos enriqueciéronse muy rápidamente, valiéndose para este fin de cuantos medios proporcionaba el poder. Acostumbraban ofrecer por los ganados un precio infinitamente inferior comparado con el del mercado, y los vendedores temían rechazarlo. Compraban de este modo para revender en seguida á un precio de su antojo, pues á nadie le era permitido vender ganados en el mercado mientras hubiera algunos pertenecientes á la familia del Presidente. En la misma forma compraban propiedades, siempre á precios bajos á particulares y al gobierno. Las señoras de la familia establecieron una bolsa en donde se compraba con ocho por ciento de descuento el papel moneda inutilizdo por el uso, y que ellas por relaciones con el gobierno cambiában en tesorería por papel que representaba su valor íntegro. Prestaban así mismo dinero sobre prendas con interés usurario, quedándose con todo cuanto querían sin ningún miramiento por los derechos de sus dueños.

López I continuaba siempre, aunque en menor escala, el sistema de espionaje que había establecido Francia, así como el de encarcelar á toda persona sospechosa.

No obstante todo el egoísmo de López I, su gobierno era bueno comparándolo al que había tenido el Paraguay. Probablemente en ningún país del mundo la vida y la propiedad han estado tan garantizadas como en el Paraguay durante su reinado. Los crímenes eran casi desconocidos y cuando se cometía alguno era inmediatamente descubierto y castigado. La masa del pueblo era tal vez la más feliz del mundo. Sólo tenían que trabajar para ganarse la vida. Cada familia tenía su casa ó choza en terreno propio. En pocos días plantaban el tabaco, el maíz y la mandioca necesarios para su propio consumo, y aun esto mismo no necesitaba cuidado hasta la época de la cosecha. Todas las chozas tenían su naranjal cuya fruta es un artículo importante de consumo en el Paraguay, y también algunas vacas, que les evitaban en gran parte la nece-



sidad de trabajar. Las clases superiores, vivían, por supuesto, á la europea, y muchas familias que poseían fortunas considerables pasaban perfectamente.

Todas las personas se hallaban expuestas á ver tomada su persona ó arrebatada su propiedad por razón de servicio público sin recompensa ni explicación y, por orden del primer juez de paz; pero, generalmente no se abusó de este despotismo en el tiempo del viejo López, que no permitía sino á su familia el ejercicio de la tiranía sobre el pueblo. Para la generalidad, la suma de la felicidad humana consistía en pasar el día á la sombra, tendidos sobre un poncho, fumando y tocando la guitarra. Puede creerse que aquellos tiempos eran sumamente felices, pues esto era todo lo que tenían que hacer.

Los paraguayos son muy hospitalarios. Recibían á todo el que llegaba á sus puertas con la mayor hospitalidad, fuera conocido ó desconocido, ofreciéndole cuanto tenían, proporcionándole su mujer, hamaca y la mejor habitación de la casa; generalmente obsequiaban á sus huéspedes con un baile por la tarde. Nunca esperaban recompensa y las clases superiores se habrían creído ofendidas si se les hubiera ofrecido.

El traje paraguayo consistía en un sombrero alto, como el que hoy se usa, camisa con pechera y mangas bordadas, calzoncillos con chiripá asegurado con una faja de seda punzó; no usaban calzado y completaban su traje con un poncho. El traje de las mujeres consistía en una larga camisa blanca, bordada y adornada con bandas y los escotes bordados con seda negra. Hasta la cintura no llevaban otra cosa que la camisa, completando el traje una enagua blanca, asegurada con una ancha cinta colorada. Andaban descalzas. Estos trajes eran llevados solamente por los campesinos y por la clase baja. Las camisas llamadas «tupoi» son un traje gracioso y tentador. Las señoras y caballeros de la ciudad vestían á la europea, mostrando las primeras exquisito gusto en los trajes. Son decorosas y muy graciosas, y quien asistía á bailes en la Asunción podía creerse que estaba en París.

En 1845, López I abrió el país para el comercio é inmigración exterior. Sin embargo, no se permitía al extranjero adquirir bienes raíces en el Paraguay, ni casarse con las hijas del país sin permiso especial del gobierno: éste no se obtenía con facilidad. La forma general de estas peticiones era la de solicitar al gobierno permiso para contraer matrimonio citando dos personas que atestiguasen el estado del demandante. López por lo general detenía varios meses la respuesta, que á menudo era negativa; y aprovechando á veces la ocasión para insultar al solicitante. Un español de muy pequeña estatura se presentó cierta vez, y después de tres meses de espera recibió la siguiente respuesta al pie de la solicitud: «A pesar de que el insolvente galleguito N. N. vino á este país como los demás extranjeros en busca de fortuna, todavía se le hace el especial favor de permitirle casarse con la distinguida señorita M. M.»

En 1849 se envió una expedición paraguaya á Corrientes, bajo las órdenes del general López, la que poco después volvió sin haber abierto hostilidades.



Las primeras dificultades con el Brasil surgieron en 1850, por una cuestión sobre la frontera norte del país; el Brasil reclamaba por límite el Río Apa, el Paraguay el río Blanco. Ocupaba el Brasil la colina Pan de Azúcar, situada en el territorio disputado, de donde fué desalojado por los paraguayos. Este asunto quedó pendiente y se concluyó un tratado dejando aplazada la cuestión de límites. Desde aquel tiempo el Paraguay ocupó siempre ese territorio.

López I, estuvo siempre en reyerta con todos los poderes que tuvieron con él alguna relación diplomática. Era de un carácter petulante, y odiaba generalmente á los extranjeros, aunque los tratara bien, sin duda por la única razón de que sus gobiernos eran más fuertes que él. Generalmente salía de la dificultad pagando á los ministros lo que le pedían. Cuando subió al poder existían en la tesorería cantidad de doblones y pesos fuertes, y muchas vasijas de oro y plata. La mayor parte de estas riquezas provenían de las confiscaciones hechas por Francia á los jesuitas y á los particulares.

En 1854, envió López para Europa á su hijo mayor, como ministro ante las diferentes cortes. Pasó diez y ocho meses en Europa, viajando por Inglaterra, Francia, España, Alemania é Italia. En este viaje adquirió muchos conocimientos superficiales y cierto barniz de buena crianza. Probablemente fué el espectáculo de los grandes ejércitos europeos que le sugirió la idea de imitación y de representar en Sud América el papel de Napoleón.

Su misión no tenía otro objeto que el de hacer conocer el Paraguay.

En 1858 López encarceló una veintena de personas, bajo pretexto de una supuesta conspiración para asesinarle en el teatro. Una de éstas era el súbdito inglés llamado Canstatt, que escapó gracias á l a interverción de Henderson, cónsul inglés y á las enérgicas medidas tomadas por el almirante en el Río de la Plata, que detuvo en Buenos Aires al vapor de guerra paraguayo «Tacuarí», en momentos de salir del puerto, llevando á bordo al general López, que acababa de prestar su mediación en la lucha civil de la República Argentina.

El general López desembarcó y marchó por tierra á Santa Fe, embarcándose allí con dirección á la Asunción. Tan pronto como López I supo la detención del «Tacuarí», puso en libertad á Canstatt, y se vengó en dos caballeros llamados Decoud, pertenecientes á una de las principales familias del Paraguay, siendo fusilados por su orden. La única gran atrocidad cometida durante el reinado de López I, fué quizás esta; si se conceptúa su proceder con los indios del Chaco, que fueron invitados á pasar el río para celebrar un tratado con el jefe de Villa Oliva, quien después de haber reunido un gran número de personas en un cuarto, las asesinó premeditada y bárbaramente. Sin embargo, es probable que este acto fuese ejecutado por jefe bajo su responsabilidad.

En resumen, la administración de López fué ventajosa para el país; abrió el comercio, construyó arsenales, vaporess y caminos de hierro. El pueblo no fué jamás recargado por contribuciones, estas obras se pagaban con dineros acumulados por el predecesor.

La única renta del Paraguay era la yerba, monopolizada por el

gobierno, que la compraba á los productores á razón de veinte y cinco centavos de peso fuerte la arroba, para venderla á razón de cinco y ocho pesos fuertes.

El Paraguay ni tuvo, ni tiene deuda nacional.

López I murió en el mes de Septiembre de 1852, después de una larga y penosa enfermedad. Luego que murió, el general López que estaba presente, se apoderó de todos los documentos, duplicó las guárdias y redobló el número de patrullas en las calles. Convocó al Consejo de Estado y leyóle el testamento del padre, que le nombraba vice presidente hasta tanto se reuniera un congreso para elegir presidente. Hizo entonces embalsamar al anciano, y le celebró un gran funeral en la Catedral de la Asunción. Fué llevado en seguida en la mejor carroza fúnebre á la francesa hasta la iglesia de la Trinidad, edificada por él mismo á tres millas de la Asunción, siendo enterrado frente al altar mayor, con todos los honores de costumbre, en presencia del general López y de todos los miembros de la familia: estaba allí también toda la población de la Asunción.

El pueblo en general, creyó que el general López establecería un gobierno libre. Fundábase en que sus viajes á Europa debían haberle ilustrado, y que el cambio sería con toda seguridad ventajoso. Sin embargo, la gente más sensata, movía la cabeza y sentía la muerte del anciano.

El general López convocó inmediatamente un Congreso que le eligió presidente en Octubre 6 de 1862. Algunos desgraciados miembros de este Congreso expusieron respetuosamente su opinión de que el gobierno no debería ser hereditario y otros se opusieron á que fuese militar. Estos diputados fueron encarcelados y engrillados, muriendo casi todos víctimas de sufrimientos. Benigno López, su hermano, que fué uno de los más avisados, se le desterró á su estancia del norte. El padre Mais que había sido confesor del viejo López, fué también de los desgraciados, pero sobrevivió lo suficiente, para verse en libertad y convertirse en un abyecto instrumento de López.

Se abrió una suscripción para levantar un monumento á la memoria de López I. Esta idea fué al parecer espontánea de los ciudadanos, aunque en realidad fué una orden de López. Se dispuso que las suscripciones no pasasen de cinco pesos fuertes y se hicieron listas de todos los individuos que podían disponer de esa cantidad, enviando á recoger el dinero sin recabar préviamente el consentimiento de los donantes. Esto tuvo lugar lo mismo para los extranjeros como con los hijos del país. En el mes de Junio se habían reunido solamente entre los paraguayos cincuenta y cinco mil pesos fuertes. La cantidad recogida desapareció totalmente y como es natural, nunca se averiguó la causa de su desaparición, ni se realizó la amenaza del monumento.

El obispo del Paraguay, llamado Urbieta, era bastante anciano, pero todavía montaba á caballo. López I habló en el Congreso de su vejez, y propuso pedir una bula al papa para tener listo el reemplazante del viejo.

Efectivamente obtuvo la bula para un sacerdote de la campaña llamado Palacios, hombre de cerca de treinta y cinco años de edad y con quien podría contar para todo.



El nuevo magistrado fué festejado con banquetes y discursos, porque no se creía decente dar bailes habiendo muerto tan recientemente el viejo presidente.

Ni el primero ni el segundo de los López permitieron jamás que se criticara á Francia. Si lo hubieran permitido les habría llegado su turno.



CAPITULO II

López I tenía cerca de la embocadura del rio Paraguay una curva fortificada con unas cuantas baterías, que lenta pero contínuamente eran aumentadas, y cuya retaguardia estaba defendida por una trinchera. Estas baterías dominaban toda la curva del río, y todos los buques eran obligados á detenerse y pedir permiso antes de pasar. Como esta era la única vía practicable de comunicación entre el Brasil y su provincia de Matto-Grosso, el gabinete de San Cristóbal desaprobaba, como era natural, este obstáculo á la libre navegación, y acumulaba gradualmente grandes depósitos militares en Matto-Grosso, indudablemente con la intención de destruír á Humaitá alguna vez. El Brasil tenía más arriba del río un fuerte de la misma naturaleza llamado Coimbra por el cual pasaban necesariamente todos los buques que se dirigían á Matto-Grosso. Esta fortaleza, sin embargo en nada incomodaba al Paraguay, pues su comercio se hacía río abajo. Esta batería y la cuestión de límites eran causas de constantes desinteligencias entre los gobiernos, lo que hacía evidente que tarde ó temprano estallaría una guerra, pues ni uno ni otro quería ceder un ápice en lo que consideraban su derecho. La lucha con el Brasil y con la República Argentina, fué iniciada por López sin prévia declaración de guerra. Buscaba pretextos para declarar la guerra según las leyes de la civilización, pero no pudo resistir á la tentación de aprovecharse del descuido de sus adversarios y se apoderó de sus vapores en tiempo de paz. El verdadero principio de la guerra, y sus causas ostensibles fueron las siguientes: — El 17 de Abril de 1863, el general Flores, gaucho desterrado y jefe de un partido político en la Banda Oriental, partió de Buenos Aires en un bote acompañado por cuatro individuos y desembarcó en su país con objeto de revolucionarlo. Su intención no era otra que apoderarse del gobierno. Como los gauchos habían permanecido en quietud durante algún tiempo, sólo necesitaban de un jefe para volver á su incesante lucha. No tardó en reunir á sus partidarios, siendo auxiliado por el departamento de guerra de Buenos Aires, entonces en paz con Montevideo, con los pertrechos necesarios.

La revolución ganó terreno lentamente, y el gobierno no era bastante fuerte para contenerlo.

El Brasil se aprovechó del estado de la Banda Oriental para reclamar del gobierno daños y perjuicios, en favor de varios súbditos brasileros, que habitaban el país, y que se pretendía habían sido estaqueados ó asesinados, sin que el gobierno hubiera tomado medidas para castigar á los criminales.

El Paraguay empezó á prepararse activamente para la guerra á principios de 1864, y en Marzo del mismo año, López estableció en Cerro León, un campamento militar, en que adiestraba para la guerra un ejército de 30.000 hombres de 16 á 50 años de edad. Al mismo tiempo se disciplinaban en Encarnación 17.000 reclutas, 10.000 en Humaitá, 4.000 en la Asunción y 3.000 en la



Concepción. El total de hombres que se disciplinaron en los seis meses que corrieron de Marzo á Agosto de 1864 se elevó á 64.000, sin contar unos seis mil que murieron en este período. Antes de dar principio á estos preparativos, el ejército constaba de 28.000 veteranos, con un solo general: López.

El ejército paraguayo estaba organizado según el sistema y la ordenanza española. El sueldo nominal de cada soldado era de siete patacones al mes, pero solo lo recibía cada dos meses. La tercera parte se le pagaba en moneda metálica, otra en papel y la última en efectos, que los soldados podían sacar de los depósitos del gobierno, establecidos para ese objeto. Después de comenzada la guerra, el ejército dejó de percibir su sueldo, durante toda ella López decretó dos recompensas, cada una de las cuales no pasó del equivalente de un mes de sueldo.

El Brasil por su parte continuaba preparándose para la guerra, y en Marzo de 1864 recibió sus primeros diez cañones Wehitworth.

El reclutamiento de Sierra León alarmó mucho á la prensa de Buenos Aires, aun cuando sabía que esos preparativos eran contra el Brasil, y consideraba al Paraguay por sus tradiciones y posición como un aliado natural de la República Argentina.

Los preparativos que se hacían en el Paraguay eran demasiado grandes para sus recursos. Se colocó una línea telegráfica de 270 millas, desde la Asunción al Paso de la Patria, trabajo que duró diez meses. Se estableció una gran fábrica de equipos militares, en que se fabricaban sillas, cinturones, cartucheras, etc. que se remitían á Cerro León por el ferrocarril.

En este mismo año el gobierno paraguayo envió al argentino una nota, quejándose del auxilio y protección moral dada por éste al rebelde Flores, y pidiendo explicación sobre la fortificación de Martín García. Este punto es una isla situada en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, que domina su embocadura y por consiguiente la del Paraguay. Martín García en poder de López hubiera sido para el Paraguay lo que era Humaitá para Matto-Grosso. Por su disposición geográfica pertenece á la Banda Oriental; pero ha estado y está en poder de la República Argentina. El gobierno argentino prometió explicaciones, pero habiendo esperado diez semanas la contestación, el gobierno paraguayo insistió nuevamente. A pesar de esto, el gobierno argentino eludió la cuestión. Estas emergencias no concurrían por cierto á mejorar las relaciones entre ambos gobiernos, que habían sido siempre tirantes

En el mes de Julio, el Brasil para hacer más eficaces sus reclamos, invadió la Banda Oriental, pero se contuvo cerca de las fronteras; nadie sabía si su intención era unirse á la revolución ó solamente precipitar sus reclamos.

Sin embargo, á fines del mes se adhirió á Flores; pero apoyándolo sólo con su influencia moral. Buenos Aires envió á Flores por este mismo tiempo unos 2 000 hombres, pero aparentemente sin la intervención del gobierno.

Por último, el 4 de Agosto, Saraiva, plenipotenciario brasilero en el Río de la Plata, envió un ultimátum al gobierno de Montevideo, exigiendo el pago de los reclamos, y el castigo de



las autoridades de que se quejaban los súbditos brasileros, amenazándole al mismo tiempo con la represalia.

Antes de esto, el gobierno paraguayo había sostenido una correspondencia con el ministro oriental, residente en la Asunción, haciéndole creer que el Paraguay ayudaría á su gobierno.

Cuando llegaron á la Asunción las noticias del ultimátum brasilero, el ministro oriental propuso al gobierno del Paraguay interviniera en el Río de la Plata con su escuadra y su ejército. La nota paraguaya en que se contesta esta solicitud, es un documento sumamente singular, que por su extensión no lo insertamos íntegramente. Con este pretexto de establecer los antecedentes para mayor claridad del asunto, revela todas las confidencias diplomáticas el ministro oriental Entre otras cosas declara, que el ministro oriental en su capacidad oficial, le había propuesto una alianza ofensiva y defensiva contra el gobierno argentino, que el mismo ministro había declarado que la isla de Martín García pertenecía de derecho á la Banda Oriental, ofreciendo mantenerla neutral dado el caso que su gobierno se apoderára de ella; que el ministro había propuesto irse á Montevideo y desde allí enviar un emisario para ligar una intriga con Urquiza, jefe de la provincia de Entre Ríos y tratar de decidirlo á declararse contra el gobierno de la República Argentina, pronunciándose en favor de Montevideo.

El ministro Berges concluye su despacho diciendo, que su gobierno no cree conveniente intervenir con escuadra y ejército en el Río de la Plata como lo proponía el gobierno oriental; pero que siendo especialmente necesario al bienestar del Paraguay, el equilibrio del Río de la Plata, su gobierno se reserva el derecho de asegurar este estado por su acción independiente y propia.

Al mismo tiempo que contestaba á sus aliados de esta manera, el ministro Berges se dirigía el mismo día al Sr Vianna de Lima, ministro brasilero residente en la Asunción, protestando contra la amenaza de represalias hechas por el Brasil á la Banda Oriental

Vianna de Lima contestó el 1º de Septiembre, que su gobierno no sería detenido por consideración alguna, en el cumplimiento del sagrado deber de protejer las vidas é intereses de sus súbditos Berges replicó el 3 del mismo mes, que si el Brasil llegase á tomar las medidas contra las cuales protestaba su gobierno, se vería en la penosa necesidad de hacer efectiva su protesta.

Con este motivo se hicieron grandes demostraciones (naturalmente por orden del gobierno) en favor de la protesta. Una comisión de las principales personas de la Asunción se presentó en el palacio para manifestar su adhesión á la política del gobierno. En seguida marcharon en procesión desde el palacio hasta la plaza principal, acompañados por una compañía de soldados. Allí izaron la bandera nacional, que fué saludada con 21 cañonazos; poniéndose en seguida el pueblo entero á bailar, beber y recorrer las calles dando serenatas,—siempre por orden superior.—Todo el mundo, sin excepción, estaba obligado á tomar parte en estas calaveradas, bajo pena de hacerse sospechoso de traición, lo que era equivalente para las señoras á ser deportadas á las selvas; y para los hombres, á ser encarcelados.



Ni aun los grandes pesares de familia eran suficiente causa para faltar á estas manifestaciones.

Se redactaron manifiestos, que fueron firmados por todo el mundo, sin excepción alguna, ofreciendo al gobierno sus vidas y sus bienes para defender su causa. Hasta las señoras y los niños fueron obligados á firmar estos documentos; igual cosa sucedió en todos los pueblos y aldeas del Paraguay, de manera que no quedaba un sólo individuo que no hubiera puesto en manos del gobierno su vida y su propiedad, sin sospechar siquiera la causa.

La manifestación firmada por todos los habitantes de la Asunción, fué presentada á López por ellos mismos, y terminada su lectura, éste les dirigió las siguientes palabras:

«A nombre de la patria os doy gracias ciudadanos, por la solemne manifestación que me hacéis, y cuya principal importancia consiste en la sinceridad y expontaneidad de que venís haciendo justo alarde.

«Como magistrado y paraguayo, me felicito de recibir aquí consignada vuestra elocuente adhesión á la política del Gobierno, por una explosión de patriotismo, como la que representa esta populosa reunión.

«La actitud que la República asume en estos momentos solemnes puede recurrir á vuestro patriotismo para oír la voz de la patria. Es tiempo ya de hacerlo. El Paraguay no debe aceptar ya por más tiempo la prescindencia que se ha hecho de su concurso al agitarse en los estados vecinos cuestiones internacionales que han influído más ó menos directamente en el menoscabo de sus más caros derechos.

«Al asumir la situación que ha provocado vuestra generosa adhesión y ofrecimiento, no me he hecho siempre ilusiones sobre la gravedad de esa misma situación; pero vuestra unión y patriotismo, y el virtuoso ejército de la República, han de sostenerme en todas las emergencias para obrar cual corresponde á una nación celosa de sus derechos y llena de un grandioso porvenir.

«En el desempeño de mis primeros deberes es que he llamado la atención del emperador del Brasil, sobre su política en el Río de la Plata, y todavía quiero esperar que apreciando la nueva prueba de moderación y amistad que le profeso, mi voz no será desoída; pero si desgraciadamente no fuera así, y mis esperanzas fuesen fallidas, apelaré á vuestro concurso, cierto de que, la patriótica decisión de que estáis animados no ha de faltarme para el triunfo de la causa nacional, por grandes que puedan ser los sacrificios, que la patria demande de sus hijos.

«Entre tanto, permaneced tranquilos en la imponente actitud que habéis asumido, mientras no me vea en la necesidad de apelar directamente á vosotros.»

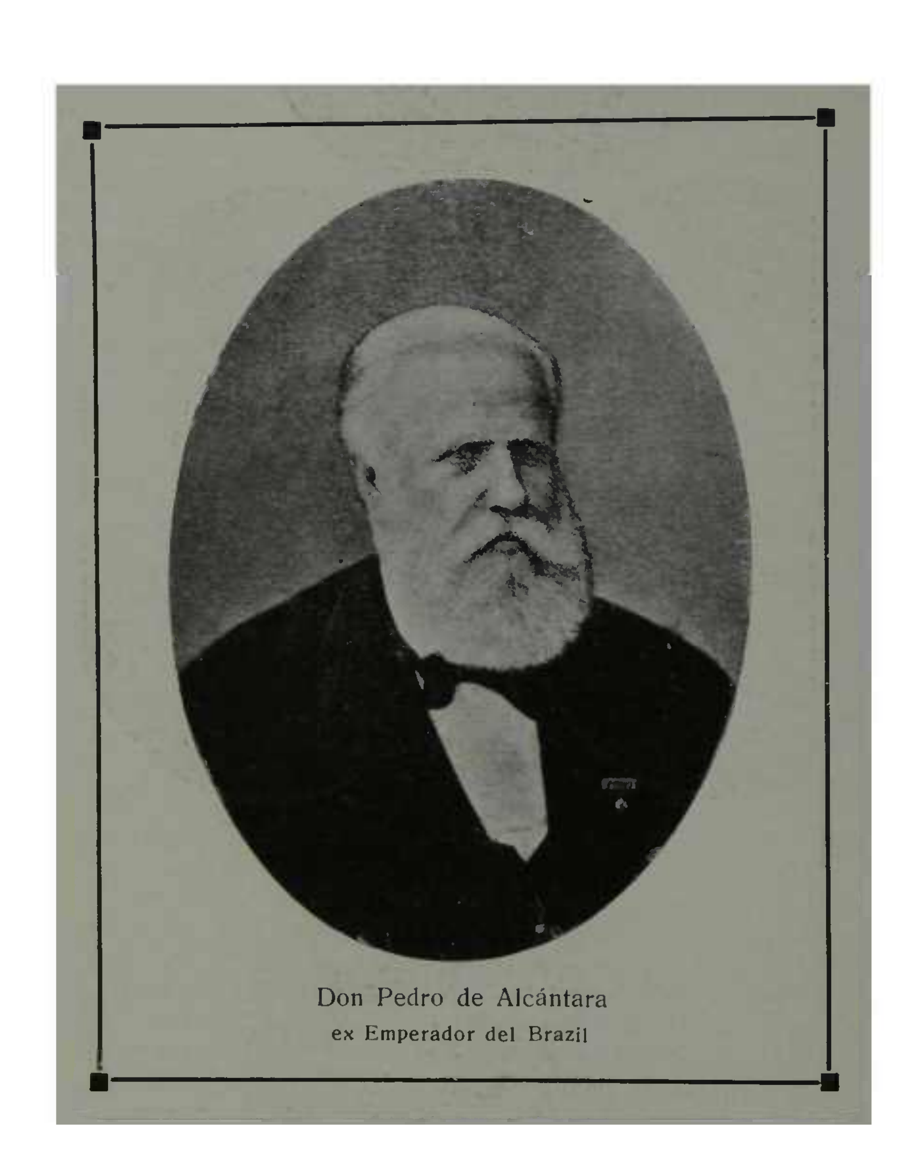
Estas demostraciones fueron incesantes durante toda la guerra. Se promovían bailes y se improvisaban en las plazas salones rústicos; después que la concurrencia acompañada por las bandas de música, visitaba la casa del presidente, de madame Linch, del obispo y de los ministros, volvía á los salones y bailaba hasta la madrugada. Estos bailes tenían lugar noche á noche y eran costeados por diferentes individuos, que recibían para ello orden





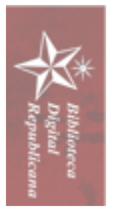
1. Coronel Esteban Garcia
2. Teniente General D. Juan Gelli y Obes
3. Coronel Benjamin Calvete
4. Coronel Manuel Fraga

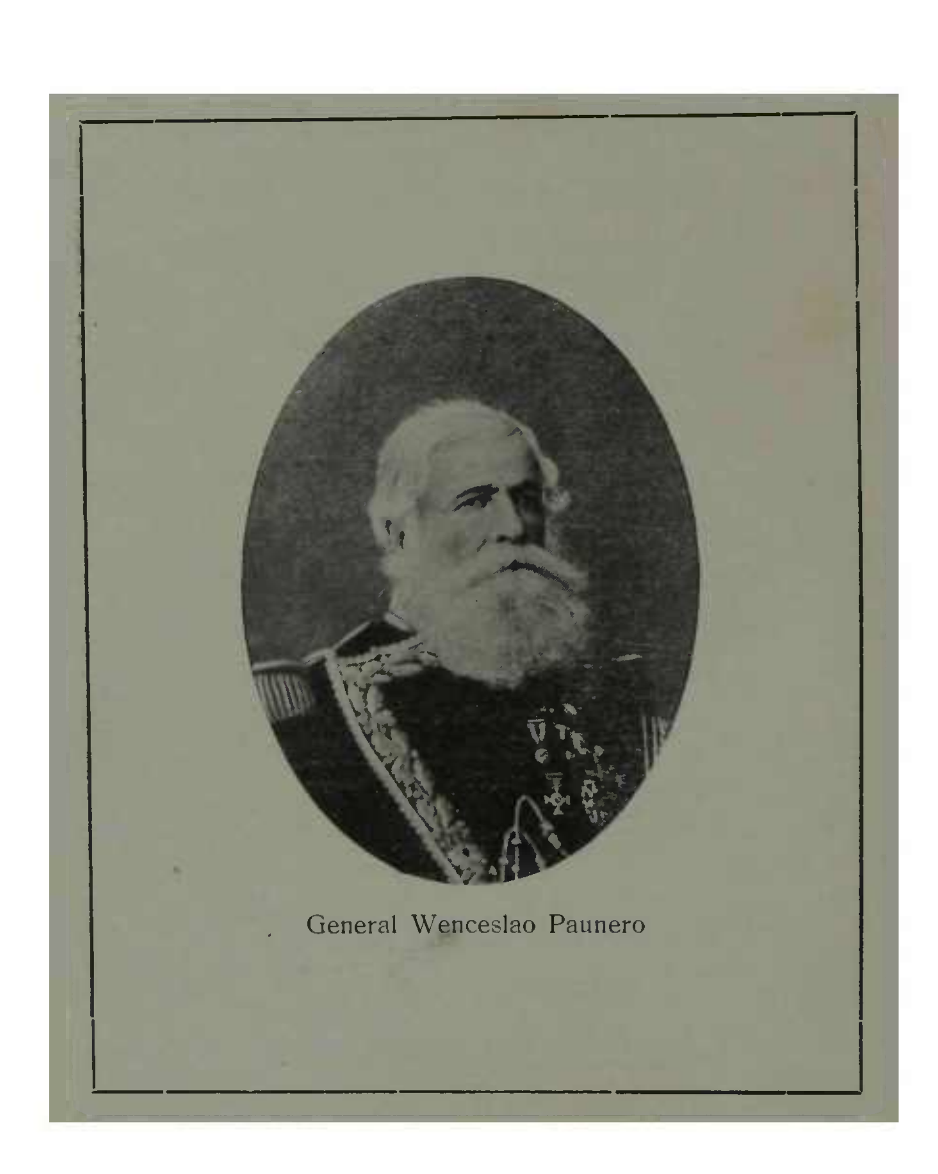




Don Pedro de Alcántara
ex Emperador del Brazil

Prisioneros de guerra y familias paraguayas torturados por López en el Campamento de San Fernando





General Wenceslao Paunero



de la policía. La prensa bonaerense, burlándose de estas fiestas, las llamaba «el baile de San Vito».

La prensa de Buenos Aires, se había alarmado desde que empezó el primer reclutamiento en el Paraguay, y cuando llegaron á su noticia los rumores de los procedimientos del gobierno paraguayo, empezó á discutir qué partido tomaría la República Argentina en esta emergencia.

Corría la voz que Corrientes había sido invadida por los paraguayos, y se decía que 10.000 soldados debían desembarcar en La Paz, pueblecito de Entre Ríos. En Buenos Aires se creía que el ejército paraguayo consistía en 50.000 hombres, y como la República carecía de ejército y López continuaba sus aprestos bélicos, tenían mucha razón para alarmarse.

En Octubre el almirante Tamandaré, jefe de la escuadra brasilera en el Plata, dirigió una pomposa circular á los ministros extranjeros, manifestando que iba á ejercer represalias contra el gobierno neutral y que visitaría todos los buques neutrales que navegaser en las aguas del río Uruguay para evitar todo contrabando de guerra. M. Lettson, ministro inglés en la Banda Oriental, contestó que las aguas del Plata y del Uruguay eran libres para todas las naciones, y que los brasileros no tenían jurisdicción en ellas; que aquello no era cuestión de neutralidad, pues Flores era simplemente un rebelde; que el Brasil no había declarado la guerra y que por esta misma razón no podía haber contrabando de guerra; y finalmente que las cañoneras británicas protegerían de todo insulto en aquellas aguas á todos los buques que llevaran la bandera inglesa.

La prensa bonaerense, siempre enemiga de López, se ocupó en burlarse del protector del equilibrio del Río de la Plata, y en ridiculizar la talabartería paraguaya, que el «Semanario», diario oficial del Paraguay, había mencionado como uno de los preparativos de la guerra. Estas burlas, por mucho que divertieran á sus autores hirieron profundamente á López, y le causaron mayor impresión que ninguno de sus grandes reveses durante la guerra, llegando hasta mencionarlas en su correspondencia oficial con el gobierno argentino, llamándolas impúdicas manifestaciones de la prensa argentina; y no puede dudarse que esos artículos fueron la principal causa de la declaracinó de guerra á la República Argentina.

El Brasil se puso decididamente de parte de Flores, sin declaración de guerra contra el gobierno oriental, y Tamandaré en una de sus circulares oficiales, declara incidentalmente que todas sus operaciones serán llevadas en combinación con Flores.

El Brasil entero creía que el Paraguay haría efectiva su protesta; y aun se decía en un diario de Río de Janeiro, en el mes de Octubre, que 7.000 paraguayos habían marchado ya contra el Brasil.

A principios del mes de Noviembre de 1864, los brasileros ocupaban todos los pueblos al norte del río Negro, en la Banda Oriental; y el general Flores, en combinación con ellos, operaba al sud del mismo río. Tamandaré bloqueaba todos los puertos de la República Oriental sobre el Uruguay. El Brasil exigía como

2

una condición «sine qua non», la caída del gobierno existente. Dos de los ministros de aquel gobierno tenían una reputación malísima, por haber sido los que ordenaron la premeditada «masacre» de centenares de prisioneros de guerra, tomados en una revolución; y la prensa bonaerense se demostraba en esos momentos sumamente severa con el doctor Carreras, que era uno de ellos, á consecuencia de algunas frases enérgicas que había empleado en su correspondencia diplomática. Se hablaba de una alianza brasilero-argentina, y en fecha de 1º de Noviembre, el órgano del gobierno indicaba cual sería la política que seguiría el gobierno argentino.

El general Urquiza, jefe de Entre Ríos, aunque aparentemente es sólo el gobernador de una provincia argentina, subordinado por lo tanto al Presidente de la República, es sin embargo un monarca independiente. Se creía generalmente que Urquiza enviaría un ejército en defensa del gobierno de Montevideo, y daban pábulo á esta creencia las declaraciones de la prensa entrerriana, que aseguraba que 5.000 paraguayos estaban listos para desembarcar en Entre Ríos, donde tenían preparados ya carros y bueyes para marchar sobre la Banda Oriental. Urquiza es el jefe de un fuerte partido político en la República, y sobre todo en Buenos Aires. Es indudable que secretamente alentaba al gobierno oriental, con la promesa de auxiliarlo, como lo hizo después con el Paraguay, durante toda la guerra, aunque públicamente profesaba su adhesión á la República Argentina y prometía enviar tropas al ejército. Sin embargo supo aprovecharse de la ocasión, salvando á su provincia del envío de grandes contingentes, y logrando enriquecerse y enriquecer á su comarca con la proveduría de ganados y caballos para el ejército aliado, durante toda la guerra.

Los sarcasmos de la prensa argentina contra López continuaban, y no habiendo tomado el Paraguay determinación alguna, después de saber la ocupación de la Banda Oriental por los brasileros, decía «que el Paraguay no saldría de la crisálida».

Existía una compañía brasilera, que hacía la carrera entre Curumbá y Montevideo con escala en la Asunción. Uno de sus vapores se llamaba el «Marqués de Olinda». Este buque, de viaje para Matto Grosso, llegó á la Asunción el 10 de Noviembre de 1864, llevando á su bordo al señor Carneiro Campos, recientemente nombrado presidente ó gobernador de la provincia brasilera de Matto Grosso. López se hallaba en Cerro León en esos momentos, y vaciló durante el día fluctuando entre la guerra y la paz. Tenía la idea de que el Paraguay, sólo podría hacerse conocer por la guerra, y su ambición personal lo precipitaba en este sendero, pues abrigaba la convicción de poder reunir inmediatamente toda la población del Paraguay, formando así un inmenso ejército; sabía también que los brasileros emplearían mucho tiempo para reunir fuerzas de consideración, y creía que no estarían dispuestos á sostener una guerra tenaz y prolongada. Se decía á sí mismo, que si no aprovechaba de aquel momento para emprender la guerra con el Brasil, éste podía hacérsela en ocasión más desventajosa para él. Tomada su resolución, despachó con un expreso á uno de sus ayudantes, con orden de que el «Tacuarí» (el vapor más li-



gero del Río de la Plata) alcanzara al «Marqués de Olinda» que había seguido su viaje y lo trajera á la Asunción. Esta orden fué cumplida, siendo alcanzado el vapor 200 millas río arriba, apresado y conducido á la Asunción, donde fondeó custodiado por una guardia, quedando prisioneros é incomunicados todos los pasajeros, entre los cuales se encontraba el presidente de Matto Grosso.

En el mismo día (12 de Noviembre de 1864) Berges escribió al señor Vianna de Lima, diciéndole que á consecuencia de la invasión de la Banda Oriental por los brasileros, quedaban rotas las relaciones con el Brasil, y sólo sería permitido el pasaje para Matto Grosso á los buques neutrales.

Vianna contestó protestando contra la detención del «Marqués de Olinda» sin previa declaración de guerra y pidiendo sus pasaportes para partir aguas abajo en dicho paquete. Se le enviaron los pasaportes, pero no se permitió la salida del vapor. No habiendo vapores disponibles en el río Paraguay, el ministro brasilero no sabía como hacer para dejar el país, y se dirigió á M. Washburn, ministro americano, como al decano del cuerpo diplomático en el Paraguay, pidiéndole medios de transporte para él y su familia. Después de una larga correspondencia con Berges, M. Washburn consiguió una orden en que se ponía el vapor «Paraná», á disposición del señor Vianna de Lima, dando aquel una garantía oficial de que el vapor no sería molestado en su regreso. En esta correspondencia, M. Washburn hace referencia á un ofrecimiento de Berges para facilitar y proteger al señor Lima el viaje por tierra, á la cual respondió M. Washburn, que ese ofrecimiento era innecesario por cuanto el señor Lima y su familia, no podían exponerse á los terribles sufrimientos del calor y de los pésimos caminos. Berges contestó diciendo: «el infrascrito no había prometido proveer á la seguridad del señor Vianna de Lima, dado el caso que viajara por tierra, como parece haberlo comprendido V. E. pues esa seguridad está plenamente garantida por las leyes de la República y por la moralidad de sus habitantes, como V. E. habrá tenido ocasión de observarlo en sus frecuentes viajes al interior»

La energía de M. Washburn, en esta ocasión, salvó al señor Lima y su familia de las miserias y horrores que causaron la muerte al presidente de Matto-Grosso y á la mayor parte de la tripulación del «Marqués de Olinda».

El día que fué apresado el «Marqués de Olinda» M. Washburn mostró al gobierno del Paraguay una nota de M. Seward en que aplaudía la actitud del Paraguay, y condenaba la del Brasil, considerándola como una amenaza á la tranquilidad de los Estados del Río de la Plata. En Enero del año siguiente, M. Washburn partió con licencia para los Estados Unidos.

Unos cuantos días después del apresamiento del «Olinda», sus pasajeros y tripulación fueron desembarcados y encerrados en un galpón como prisioneros de guerra. En esta prisión fueron malísimamente tratados, viéndose obligado el presidente Campos á comer en el mismo plato con los marineros, y permaneciendo en completa incomunicación. Más tarde se concedió permiso á 42 de los tripulantes para bajar á Buenos Aires. El resto de los prisioneros fué poco



después enviado al interior sin que nadie supiera por el momento cual era su destino; estos infelices sufrieron horribles privaciones, muriendo la mayor parte de hambre, aunque López aseguraba en su diario oficial que recibían medio sueldo y raciones completas. El presidente de Matto-Grosso y seis de sus compañeros sobrevivieron á estos horrores, y á mediados de 1867 fueron llevados bajo la custodia de una guardia al campamento paraguayo de Paso Pacú, en donde todos murieron. El presidente murió el día que, presenciando el incendio del campamento brasilero en Tuyuty, perdió toda esperanza de ser salvado por sus compatriotas. Dejó una carta para su mujer, escrita con lápiz, realmente conmovedora, que fué encontrada por los aliados entre los papeles tomados á López el 27 de Diciembre de 1868.

El cargamento y provisiones del buque fueron puestos en remate, y el producido de la venta entró en las cajas del gobierno. Se encontraron en el buque 2.000 fusiles y 400.000 pesos fuertes en papel moneda. Estos últimos, como es consiguiente, no tenían utilidad alguna para el Paraguay. Poco después el cónsul del Brasil en Buenos Aires, publicó un aviso, diciendo que sabía se trataba de hacer circular ese papel y que prevenía que no sería reconocido por el Gobierno Imperial.

El «Marqués de Olinda», fué armado con cuatro cañones, entrando á formar parte de la escuadrilla paraguaya.

El gobierno pasó á los agentes extranjeros en la Asunción la siguiente circular:

«Ministerio de Relaciones Exteriores.

Asunción, 17 de Noviembre de 1868.

El abajo firmado, ministro y secretario de Estado en el departamento de Relaciones Exteriores, ha recibido orden del Exmo. Presidente de la República para poner en conocimiento de V E. que, habiéndose verificado la invasión y ocupación del territorio Oriental del Uruguay por la vanguardia del ejército imperial del Brasil al mando del brigadier Mena Barreto y llenándose así el caso previsto en la solemne protesta, consecuente en aquella declaración y la del 3 de Septiembre, el abajo firmado ha dirigido á S. E. el señor César Sauban Vianna de Lima, ministro residente de S. M. el emperador en esta capital, la resolución que V. E. hallará en la copia adjunta bajo número 1 y su contestación bajo número 2.

El abajo firmado se lisonjeaba de que en los principios de libre navegación y comercio lícito para la provincia de Matto-Grosso en favor de las banderas amigas, querrá V. E. ver una manifestación del vivo conato que su gobierno tiene de circunscribir en cuanto de él dependa los males de la guerra á las prácticas de las naciones más civilizadas, evitando perjuicios á los nacionales de los gobiernos amigos que tengan intereses en aquella provincia brasilera.

El infrascrito aprovecha esta ocasión, etc.

José BERGES.

Fácil es comprender por esta nota, el deseo que tenía López de ser considerado por los poderes europeos como un gobernante esclarecido y civilizado. Desde el principio hasta el fin de la guerra,



ha sostenido con insistencia que fué el Brasil quien inició la guerra contra el Paraguay y no éste contra aquél.

Es verdaderamente extraordinario que los diarios de Buenos Aires, durante toda la guerra hayan dado noticia de muchos acontecimientos, largo tiempo antes de que sucedieran. La expedición de Matto-Grosso fué anunciada mucho antes de saberse en el Paraguay, y en Noviembre se hablaba ya de que López había pedido licencia al gobierno argentino para que su ejército pasara por el territorio de Corrientes, cosa que no sucedió hasta el mes de Febrero del año siguiente.

El siguiente párrafo traducido de un diario de Buenos Aires, da una idea clara de cual era el sentimiento general de sus habitantes respecto al Paraguay:

«LOS PARAGUAYOS—Estos caballeros acaban de salir de su crisálida, contra el sentido común y la opinión de todo el mundo. Han tardado cuatro meses para salir y cuando menos pasará un año antes de que hagan algo, por que el Paraguay ha sido siempre muy precavido y muy prudente—demasiado prudente.

«Vamos á ver mis queridos paraguayos, que tal os portáis en una guerra exterior. Tened cuidado de no asustaros de las dificultades que podáis encontrar al salir al mundo, transformados de paraguayos en conquistadores de las libertades de otros pueblos.

«En cuanto á mi país, no le importa un bledo que ustedes se hayan movido, y en cuanto á mi me gustan los alborotos y declaro que la cosa más rara que veré en mi vida será una batalla entre tortugas y otros animales más ágiles.

«Bendito sea Dios!»

Sin embargo algunos diarios eran subvencionados por el Paraguay. El cónsul paraguayo en el Rosario ofreció á un periódico de esa ciudad diez doblones al mes y el papel necesario para su impresión si se comprometía á escribir en favor del Paraguay. La oferta fué rechazada esta vez.

Cuando llegaron al Brasil las noticias de la toma del «Olinda» y la prisión del presidente de Matto-Grosso, produjeron un estallido de indignación. Sin embargo, el gobierno tomó el asunto con sangre fría y declaró, en el diario oficial, que contaba con el patriotismo de todos los brasileros para lavar esta afrenta. Que el Paraguay se hallaba enervado por un gobierno despótico; y que esta era una razón más para no inquietarse por el resultado, que el asunto de la Banda Oriental estaría pronto terminado, y que entonces todas las fuerzas del imperio, se encontrarían disponibles y prontas á operar contra el Paraguay.

Los asuntos de la Banda Oriental se acercaban á su fin, desde la intervención brasilera.

El Brasil se había aliado con Flores y habían llevado todo por delante, hasta que fueron momentáneamente detenidos en Paysandú: sitiaron este pueblo por agua y tierra con todas sus fuerzas. La plaza era mandada por el coronel Leandro Gómez, que la defendió con un heroísmo que le valió el aplauso aun de sus propios enemigos. Contaba solamente con un puñado de hombres para contrarrestar á Flores y á todo el poder brasilero, y carecía de



víveres. Pasó por las armas 24 brasileros que había tomado prisioneros, lo que arrancó un juramento de venganza de sus compañeros. Sin embargo, propiamente hablando, estaba en su perfecto derecho, porque el Brasil no había hecho declaración de guerra y el ejército era por consiguiente una horda de asesinos. Después de varios ataques infructuosos, Paysandú fué bombardeado por los brasileros durante dos días, enviando en seguida una intimación de rendición con bandera de parlamento. Mientras Gómez escribía una contestación, los brasileros entraron traidoramente en el pueblo bajo la protección del armisticio. Algunos oficiales brasileros fueron directamente al sitio en que Gómez escribía, y tomándolo por el pescuezo, lo remitieron preso con algunos de sus principales oficiales, á una casa vecina. Algunos momentos después todos ellos fueron sacados al jardín y fusilados en el acto. Hicieron una verdadera carnicería con las mujeres y niños de la población. La toma de Paysandú y sus atrocidades son una página vergonzosa de la historia del Brasil.

El gobierno de Montevideo, comprendió entonces que no le era posible resistir y determinó entrar en tratados. La situación era muy complicada. Sin embargo, se llegó á un arreglo; Flores entró al gobierno con una gran influencia, desligándose pronto de los que lo acompañaban y quedándose sólo con el título de Gobernador provisorio de la Banda Oriental.

——:——

CAPITULO III

Espedición á Matto Grosso

El 24 de Diciembre de 1862, toda la población de la Asunción, corría á las barracas, pues se sabía que ese día debía zarpar una expedición para invadir á Matto-Grosso.

Tres mil hombres y dos baterías de campaña, se embarcaron en cinco vapores y tres goletas. Dos chatas, armadas cada una con un cañón de ocho pulgadas, iban á remolque de los vapores. Todos los soldados llevaban uniformes nuevos, y sus camisetas coloradas presentaban un aspecto muy pintoresco.

Entre las tropas embarcadas se encontraban los batallones 6º y 7º los cuales se habían ocupado durante muchos años en la construcción de terraplenes para las obras del ferrocarril, suspendidas ahora como era consiguiente. Estos eran los dos mejores batallones del ejército compuesto de antiguos soldados, todos ellos mulatos, conocidos por el apodo de «orejas chicas». El batallón número 7, era mandado por el Sargento Mayor (después Coronel) D. Luís González, que ha figurado mucho en esta guerra, y presenciado casi todos sus más sangrientos combates.

Antes de zarpar la expedición, le fué distribuída la siguiente proclama:

SOLDADOS:—Mis esfuerzos para el mantenimiento de la paz han sido estériles. El imperio del Brasil poco conocedor de vuestro valor y entusiasmo os provoca á la guerra: la honra, la dignidad nacional y la conservación de los más caros derechos nos mandan aceptarla.

«En recompensa de vuestra lealtad y largos servicios, he fijado mi atención sobre vosotros, eligiéndoos entre las numerosas legiones que forman el ejército de la República para que seáis los primeros en dar una prueba de la pujanza de nuestras armas, recogiendo el primer laurel que debemos añadir á aquellos que nuestros mayores pusieron en la corona de la patria en las memorables jornadas de Paraguarí y Tacuarí.

«Vuestra subordinación y disciplina, y vuestra constancia en las fatigas me responden de vuestra bravura, y del lustre de las armas que á vuestro valor confío.

«Soldados y marinos:—Llevad este mismo voto de confianza á vuestros compañeros que de nuestras fronteras del Norte, han de unirse á vosotros, y marchad serenos al campo del honor, y recogiendo gloria para la patria y honra para vosotros y nuestros compañeros de armas, mostrad al mundo entero cuanto vale el soldado paraguayo».

Coimbra es una fortaleza, situada sobre el río Paraguay, en la frontera de Matto-Grosso, lindando con él, aquel. Domina la entrada por el río á aquella provincia, que en realidad es la única practicable, porque son tan malos los caminos por tierra desde Río Janeiro, que los carros emplean tres meses, y los viajeros á caballo uno, en hacer la travesía. De manera que toda la comunica-



ción con aquella provincia se hacía por el Río de la Plata. Coimbra está situada al pie de una montaña, que va gradualmente descendiendo hasta perderse en el río. Construída en piedra y con murallas de 14 pies de altura, es una posición muy fuerte, atacable solamente por un lado, y defendible por una guarnición pequeña. Estaba artillada con treinta y siete piezas de bronce, casi todas de calibre de á 8 y algunas de 32, y defendida por una guarnición de 400 hombres. Su elevación sobre el nivel del río era de 40 piés.

En la noche del 26 de Diciembre los vapores anclaron á una legua de Coimbra, en donde se efectuó el desembarque de las tropas y de la artillería. El general (entonces coronel) Barrios, cuñado de López II era el jefe de la expedición. La artillería estaba colocada en una colina frente á Coimbra al otro lado del río. Las cañoneras tomaron posición para bombardear el fuerte, y todo quedó dispuesto para el ataque.

En la mañana del 27 Barrios envió una nota á Porto-Carreiro, jefe de Coimbra, bajo bandera de parlamento, intimándole rendición en el término de una hora, amenazándolo con tomar la posición por asalto sino accedía á la demanda, y diciendo que en este caso la guarnición quedaría sujeta á la ley marcial.

Porto-Carreiro contestó que el ejército brasilero no acostumbraba á rendirse sin órdenes superiores; que había enviado copia de su nota á su superior y esperaba su resolución.

Después de esta respuesta, los paraguayos rompieron el fuego sobre la fortaleza, continuando el bombardeo hasta el día siguiente, en que una parte de las fuerzas paraguayas intentó tomar la posición por asalto, siendo rechazada.

La fortaleza sólo era atacable por un lado á causa de las colinas inaccesibles que la rodeaban; y hacia ese lado estaba muy defendida por cercos de tunas, que los asaltantes tenían que atravesar bajo el fuego de las baterías. Vencido este inconveniente todavía era difícil avanzar á causa de las piedras y troncos que obstruían el camino. Apesar de sufrir un terrible fuego de metralla y de fusilería, llegaron hasta las murallas; pero no pudieron treparlas porque carecían de escaleras; sin embargo siete hombres lo consiguieron y penetraron en la fortaleza, algunos fueron inmediatamente muertos y los demás se retiraron. El coronel Luis González llevaba el ataque en persona con el batallón número 6, fuerte de 750 hombres, perdió en él 200 entre muertos y heridos, contándose él entre estos. Esta operación fué más bien un reconocimiento que un ataque, pues sólo se expuso una parte de la fuerza.

Durante toda la noche se hicieron preparativos para llevar un ataque general al día siguiente. A medio día, cuando se llevó el asalto á la fortaleza, sólo se encontraron en ella dos heridos. Comprendiendo la guarnición que los paraguayos tenían la decidida intención de posesionarse de la plaza, la evacuaron silenciosamente en la noche, embarcándose en dos vapores, sin ser sentida ni aun sospechada la operación.

Los paraguayos encontraron en Coimbra grandes depósitos de armas y de pólvora. La guarnición lo había abandonado todo.



Los brasileros efectuaron su retirada de una manera verdaderamente maestra, pero si se tiene en cuenta las muchas municiones que tenían en la fortaleza, que sus comunicaciones no estaban cortadas y que poseían buques á vapor, es indudable que debieron sostenerse en aquella población.

Cuando Porto-Carreiro se presentó á su superior, fué inmediatamente arrestado y enviado preso á Cuyabá.

Tomado Coimbra, Barrios avanzó inmediatamente sobre Alburquerque y Curumbá, encontrando á ambas plazas abandonadas; pero en esta última halló veintitres cañones de bronce y en ambas grandes cantidades de municiones.

Curumbá era el principal puerto comercial de la provincia de Matto Grosso, y se tomó en ella un botín de inmenso valor. Los habitantes se habían refugiado en las selvas vecinas; Barrios envió á buscarlos y los hizo volver á sus hogares. Sus casas habían sido ya del todo saqueadas, y se habían enviado á López algunos de los artículos más codiciados del botín, que éste no rehusó aceptar. Las mujeres fueron muy mal tratadas, dando el ejemplo el mismo general Barrios. Un caballero brasilero y su hija fueron llevados á bordo de su buque, y rehusándose el anciano á dejar á su hija en poder de Barrios, fué arrojado de allí, amenazándolo con fusilarlo y quedando su hija en poder del general. Barrios tomó declaraciones á todos los hombres que hicieron prisioneros, y los que no pudieron responder á las preguntas que se les hacían, fueron apaleados por su orden y algunos muertos á lanza, con el pretesto de que eran espías.

Cuando los paraguayos ocuparon á Curumbá, el general Barrios envió dos vapores al alcance de los buques en que habían escapado los brasileros. Uno de los vapores paraguayos, el «Ypora», pequeño buque construído en el Paraguay, armado con cuatro cañoncitos, marchaba más rápidamente que su compañero, y en el San Lorenzo avistó al «Añaby». Este buque era una pequeña cañonera de construcción inglesa, armado con seis cañones, siendo el de popa una hermosa pieza de bronce de 32. El teniente Herreros, jefe de la expedición, iba á bordo del «Ypora», é inmediatamente dió caza al enemigo. El «Añaby», mandado por el capitán inglés Baker, sostuvo un vivo fuego en retirada, con su coliza de popa, sobre el «Ypora», matando con una de sus balas á un oficial paraguayo que se hallaba sobre el puente. El «Ypora» no contestó al fuego; pero teniendo á bordo alguna tropa de infantería además de su tripulación, continuaba la caza, consiguiendo al fin alcanzar y abordar al «Añaby». Los brasileros se aterrorizaron, muchos se tiraron al río, donde fueron muertos á balazos; el resto fué completamente pasado á cuchillo. El capitán Baker, que se había visto obligado á cargar y disparar su cañón personalmente, viendo que sus hombres no querían batirse de ningún modo, se echó al agua y se refugió en las selvas.

Se desprendieron botes para dar caza á los fugitivos, y todos los que tomaron fueron asesinados. Los paraguayos cortaron las orejas á los muertos y las ensartaron en cuerdas, que amarraron en los obenques del «Ypora». Cuando algún tiempo después llegó el «Ypora» á la Asunción, las orejas fueron retiradas inmediatamente

por «orden suprema»; y cuando este hecho atroz llegó á conocimiento de la prensa bonaerense, el «Semanario», diario oficial del Paraguay, rechazó la calumnia con indignación.

Bajando el río con sus vapores, Herreros se detuvo en Dorados, arsenal de Matto-Grosso, que había encontrado abandonado en su viaje río arriba. Allí encontró otros dos vapores paraguayos, y entre todos cargaron la enorme cantidad de munición y sobre todo de pólvora que existía en aquel punto. Había también un depósito de máquinas. A medio día hacía un calor intenso y la pólvora estaba tan mal acondicionada y almacenada, que los pisos de los depósitos estaban regados con ella, lo mismo que el camino que de ellos conducía á los vapores. El oficial encargado del transporte de la pólvora manifestó á Herreros el peligro de continuar la operación con aquel calor.

Herreros sostuvo que no había tal peligro y él en persona relevó al oficial. El depósito voló poco después, matando á Herreros, á otro oficial y ventitres soldados más. Esto tuvo lugar el 10 de Enero de 1865. Al llegar estas noticias á la Asunción se le decretó un monumento y grandes exequias fúnebres. Era apreciado por todo el mundo y muy bien relacionado.

Al mismo tiempo que se llevaba á cabo esta operación por el río, el general (entonces coronel) Resquin, invadía por tierra la misma provincia de Matto Grosso, partiendo desde la Concepción con 2.500 hombres de caballería y un batallón de infantería. Encontraron el país abandonado, porque dos meses antes el gobierno había prevenido á aquellas poblaciones que estuviesen dispuestas para retirarse para el caso en que los paraguayos se presentasen. En los lugares que recorrieron sólo hallaron una que otra anciana, que no había querido abandonar su hogar. Pero siempre encontraban papeles, documentos y armas generalmente enterradas de prisa por las autoridades que habían huído.

En muchos lugares hallaron á las mujeres escondidas en los bosques con toda su propiedad. Estas desgraciadas, fueron sin excepción alguna escandalosamente tratadas y robadas.

Las casas todas fueron saqueadas por los paraguayos, encontrando en ellas muchísimo botín. Asolaron la propiedad del barón de Villa María, que apenas tuvo tiempo para escapar, logrando echarse al bolsillo una botella de diamantes. Era el hombre más rico de la provincia y tenía una hermosa casa, magníficamente amueblada, adornada con cuadros, etc. Tenía también 80.000 cabezas de ganado vacuno. Todo esto junto con su título de nobleza recién comprado al Emperador, fué tomado por los paraguayos. El título con el sello del Emperador estaba colocado en un cuadro dorado, que algún tiempo después adornaba las antesalas de madama Linch, señora irlandesa, educada en Francia, que había seguido á López desde Europa.

Las noticias de la invasión de los paraguayos á Matto Grosso fué llevada á Río de Janeiro por el barón de Villa María, que hizo el viaje en un mes.

Muchas de las mujeres tomadas en Matto Grosso fueron enviadas á la Asunción, á fin de ser repartidas entre las familias para servirles en cambio de los alimentos. Sin embargo muchas



tenían que mendigar por las calles y daba lástima ver cuan desgraciadas parecían.

Resquin estaba bajo las órdenes de Barrios y mantenían libres sus comunicaciones. Aquel no había encontrado casi ninguna resistencia. El país estaba muy inundado por el río en la época de la invasión, y los paraguayos tenían á veces que marchar días enteros en el agua.

Por esta razón no se internaron más al Norte que Barrios, y enviaron á éste todas las armas y documentos que tomaron, dejando pequeñas guarniciones en las aldeas porque pasaban.

Se mandó inmediatamente á la Asunción una primera remesa de cañones de todo calibre (desde 4 á 32) donde fueron montados con toda actividad, construyendo al mismo tiempo los correspondientes armones de guarnición. Cincuenta carpinteros trabajaban día y noche en esta obra. En Matto Grosso estos cañones estaban malísimamente montados, la mayor parte en pobres cureñas de guarnición.

Muchos cargamentos de pólvora y algunos de munición, fueron enviados al Paraguay, que puede decirse se surtió en aquellos depósitos brasileros de casi todo cuanto ha consumido en esta guerra.

Sólo dejaron el número de artillería necesaria para defender las plazas guarnecidas por los paraguayos. En una sola aldea de las tomadas se encontraron 4 cañones, 500 fusiles, 67 carabinas, 131 pistolas, 468 sables, 1090 lanzas y 9447 balas de cañón.

Hacía largo tiempo que el Brasil se había estado preparando para la guerra en esta provincia. Entre los documentos tomados se hallaban despachos del gobierno imperial de Julio y Octubre de 1861 y de Enero de 1862, ordenando al gobierno provincial vigilar al Paraguay y dar parte de sus movimientos.

La conducta de los brasileros que abandonaban á Matto Grosso, y se tiraban al río en vez de asaltar ó echar á pique al «Ypora» dió lugar á que los paraguayos adquirieran un profundo desprecio por su enemigo.

Como los vapores paraguayos no pudieran subir el río más allá de la embocadura del Cuyabá por falta de agua, y siendo casi imposible marchar por tierra hasta la población del mismo nombre, dejaron una guarnición de mil y pico de hombres, repartida en Curumbá, Coimbra, etc., mientras las demás tropas volvieron á la Asunción.

——:——



CAPITULO IV

PRINCIPIO DE LA GUERRA CONTRA LA REPÚBLICA ARGENTINA POR LÓPEZ II — TRATADO SECRETO DE LA TRIPLE ALIANZA

A mediados de Enero de 1865 murió, como había sido previsto por López, el anciano obispo de la Asunción (Urbieta), quedando de jefe de la iglesia el nuevo obispo Palacios. Este era un hombre de 35 años de edad, de semblante benigno, pero que nunca miraba á nadie de frente. Desde que fué hecho obispo, comía casi siempre en la mesa de López, y llegó á ser un famoso glotón, circunstancia que sin duda contribuyó á empeorar su carácter naturalmente perverso. Se prostituía personalmente y prostituía al clero entero, llevando las iniquidades hasta el punto de servirse de la Confesión, que es uno de los sacramentos de la Iglesia Católica Romana, con el objeto de delatar á López el último pensamiento del pueblo. Este malvado no perdió jamás la ocasión de hablar á López contra todo el mundo, y sin duda muchas de las atrocidades de este último eran inspiradas por él. López lo despreciaba tanto, que solía ridiculizarlo públicamente en su mesa. Este hombre instigaba á López á vengarse de los insultos que le dirigía la prensa de Buenos Aires, que continuaba hiriendo á López en su cuerda sensible llamándole cacique, y clasificando á la Asunción de toldería. La prensa de Buenos Aires pretendía que la retirada de los brasileros en Matto Grosso era un gran movimiento estratégico y profetizaba que el Brasil no tendría gran dificultad en dar cuenta del Paraguay. El 26 de Enero el señor Paranhos, plenipotenciario brasilero en el Río de la Plata, dirigió una circular al gobierno argentino y á los ministros extranjeros residentes en aquellos países detallando la manera como el Paraguay había comenzado la guerra, concebida en los siguientes términos:

Misión especial del Brasil

Buenos Aires, 26 de Enero de 1865.

El abajo firmado, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. el Emperador del Brasil, acreditado en misión especial acerca de la República Argentina, recibió orden para dirigir á S. E. el señor doctor don Rufino de Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, el manifiesto que hace objeto de la presente nota.

El gobierno de la República del Paraguay, sorprendiendo la buena fe y la moderación del Brasil, le declaró la guerra, en alianza con el gobierno de Montevideo, y ya llevó sus armas á poblaciones casi indefensas de la provincia de Matto-Grosso.

El gobierno imperial desea que las potencias amigas puedan apreciar en su imparcial é ilustrado juicio cuanto hay de injusto é inaudito en ese temerario procedimiento de un gobierno con quién el Brasil se esforzaba por cultivar las más benévolas relaciones de vecindad.

La República del Paraguay, señor Ministro, vivía secuestrada del comercio de las otras naciones y amenazada en su existencia



por el ex-gobernador Rosas, cuando entre ella y el Brasil se establecieron relaciones de amistad y recíproca confianza. El interés que el gobierno de S. M. tomó por la independencia del pueblo paraguayo, fué reconocido por el propio gobierno de la Asunción, y de ello pueden dar testimonio varios gabinetes de Europa y América.

En 1852, aliándose el Brasil al Estado Oriental del Uruguay y á una importante fracción de la República Argentina, contra sus opresores y enemigos del Imperio, los generales Rosas y Oribe, el gobierno imperial convidó luego al del Paraguay para esa cruzada de honor y de interés común, no por la necesidad de su cooperación, sino como garantía del futuro reconocimiento de su independencia por la Nación Argentina. El gobierno paraguayo, sin embargo, obligado por pactos preexistentes entre él y el Brasil, á tomar parte activa en aquella triple alianza, apenas le prestó una adhesión nominal: se le sustrajo á todas las cargas, reservándose sin embargo, el derecho de participar de los beneficios que resultasen, y efectivamente resultaron, de los esfuerzos del Imperio y de sus aliados.

Abiertos los afluentes del Río de la Plata á la navegación de los ribereños y de todo el mundo civilizado, el gobierno paraguayo fué el primero en utilizarse de la concesión de los aliados; pero por su parte, conservó el alto Paraguay cerrado á todas las banderas, hasta las del Brasil, de la República Argentina y del Estado Oriental, á las cuales no permitía pasar más allá de la Asunción. Esta denegación del Paraguay no era una simple falta de reciprocidad, era la postergación de principios estipulados entre el Brasil y la República por un tratado solemne, el de 25 de Diciembre de 1850.

La provincia brasilera de Matto-Grosso, que encierra en sí elementos de gran prosperidad, continuó privada de la navegación exterior como antes estuviera la República del Paraguay, no ya por el ominoso poder del gobernador Rosas, sino por la voluntad arbitraria del gobierno de la Asunción. Así permaneció aquella provincia desde 1852 hasta 1856, cuatro largos años después de franqueda la navegación del Plata y de sus afluentes por todos los otros ribereños.

Tan injusto é irritante procedimiento del gobierno paraguayo estuvo á punto de provocar una guerra con el Brasil; éste, sin embargo, la supo evitar por su moderación, no obstante los costosos preparativos que había hecho ya para sostener por las armas su derecho. En 1856, se firmaron en la Corte de Río Janeiro dos convenciones que pusieron término á aquel conflicto.

Una de estas convenciones aplazaba la cuestión de límites, causa principal de la contienda, porque el gobierno paraguayo ya no admitía ninguna de las soluciones que antes propusiera, ni otra, más ventajosa á la República, que entonces le ofrecía el gobierno imperial. La segunda aseguraba á la bandera brasilera el libre tránsito por el río común, con esta restricción, á que el Imperio accedió por amor á la paz, que sólo dos buques de guerra podrían pasar las aguas de la República para el territorio brasilero del Alto Paraguay.

Apenas promulgado el referido amigable acuerdo, el gobierno



paraguayo lo anuló de hecho, sujetando la navegación común á reglamentos que eran la negación de lo estipulado y harían imposible todo comercio exterior con la provincia de Matto-Grosso.

Fácil es conjeturar el efecto que debía producir la nueva provocación en el ánimo del pueblo y del gobierno brasilero. La guerra se hizo una vez más inminente: el Brasil fué obligado á nuevos armamentos; pero todavía en esta emergencia, el Brasil prefirió la paz, y pudo, por su prudencia, evitar decorosamente aquel recurso extremo.

El gobierno imperial propuso y firmó con entera buena fe el acuerdo que se contiene en la convención fluvial de 20 de Febrero de 1858. Esta convención no fué para el Brasil una tregua, á cuya sombra pudiese prepararse con más ventajas para romperla luego que así le conviniese.

No, el gobierno imperial con la conciencia de sus derechos y cierto del civismo del pueblo brasilero, nunca quiso ver en los excesivos armamentos paraguayos más que el triste resultado de la política meticulosa de ese gobierno y del régimen anormal en que aún permanece la república.

Esperó sinceramente que el tiempo y sus benévolas intenciones determinasen por fin la conversión de aquel gobierno á los dictados de la razón y de la justicia internacional.

En estas disposiciones confiaba el gobierno imperial, cuando le sobrevino el conflicto con el de Montevideo, y se vió con espanto en el Río de la Plata presentarse el gobierno de la Asunción como el más celoso defensor de la independencia de la República Oriental del Uruguay, que nadie sériamente podía juzgar amenazada por el Brasil, que la defendieron contra el poder de Rosas y sin el concurso á que el gobierno paraguayo se obligaba en el citado pacto de 25 de Diciembre de 1850.

Después de numerosos actos, por los cuales el gobierno imperial ha dado pruebas inequívocas de su respeto á la independencia de aquel estado limítrofe, cuando el gobierno argentino, que tiene con el Brasil estipulaciones especiales á ese respecto, hacía justicia á las intenciones de éste, la simple duda por parte del gobierno paraguayo era por sí sóla una ofensa inmerecida; pero ese gobierno fué más lejos. Erigiéndose en árbitro supremo entre el gobierno imperial y la República Oriental, dirigió al primero una notificación amenazadora, que nada menos importaba que coartar al Brasil una parte de sus derechos de soberanía en el conflicto en que se encontraba con el gobierno de Montevideo.

El abajo firmado se refiere aquí á la nota paraguaya, que corre impresa con la fecha 30 de Agosto último, por la cual pretendió el presidente de aquella República ingerirse en la cuestión á que era del todo extraño, so pretexto de peligro para la independencia del Estado Oriental.

El gobierno de la Asunción no definía la naturaleza y alcance de su amenaza, la envolvió en misteriosa reserva y la hizo dependiente de una cláusula — la ocupación del territorio oriental por fuerzas del Brasil — que no se verificó, y que el gobierno imperial había declarado estar fuera de su intento de medidas coercitivas contra el gobierno de Montevideo.



La respuesta á semejante pretensión y amenaza, no podía ser otra sinó la que le dió la legación imperial en la Asunción, haciendo sentir al gobierno paraguayo que el Brasil ejercía un derecho inherente á todas las soberanías, y que ninguna consideración podría detenerlo en el justo y honroso empeño de defender su dignidad y protejer las personas y propiedades de los numerosos súbditos brasileros residentes en el Estado Oriental.

La entrada de un ejército brasilero en el territorio de la República del Uruguay, sin que practicase acto alguno de usurpación, sirvió no obstante, de fundamento para que el presidente de la República del Paraguay rompiese sus relaciones de paz con el Brasil. La amenaza de 30 de Agosto último fué alegada como previa y solemne declaración de guerra, para justificar un abuso incalificable de la buena fe internacional con que ese gobierno inició sus hostilidades de la guerra contra el Brasil.

El señor Ministro tiene conocimiento de la captura insidiosa del paquete brasilero «Marqués de Olinda», que navegaba como de costumbre, pacíficamente por el río Paraguay con destino á la provincia de Matto-Grosso, y de la prisión aflictiva á que han sido reducidos algunos de los inermes pasajeros de ese vapor, entre los cuales se encuentra un alto funcionario brasilero, que iba á ponerse al frente de la administración de aquella provincia.

El gobierno de la Asunción consideró como prisioneros de guerra, y trató con extrema severidad á pasajeros que simplemente transitaban por las aguas de la República, confiados en el estado de paz en que se encontraban ambos países, y á la sombra de un derecho incontestable.

Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de atentado semejante.

El conflicto del Brasil con el gobierno de Montevideo fué, como se ve, un pretexto y una ocasión, que el gobierno paraguayo aprovechó para llevar á efecto sus proyectos de guerra. Los hechos referidos ponen en toda luz el plan de ha mucho tiempo premeditado por ese gobierno y el fin á que se dirige; pero hay otra prueba no menos significativa de sus maléficos intentos. Esta prueba es la expedición militar que envió al territorio de Matto-Grosso contando con las ventajas de la sorpresa en aquella remota provincia brasilera, víctima á esta hora de la desvastación y atrocidades que van practicando sus invasores

En vista de tantos y tales actos de provocación, la responsabilidad de la guerra entre el Brasil y la República del Paraguay pesará exclusivamente sobre el gobierno de la Asunción. El gobierno imperial repelerá con la fuerza á su agresor; pero salvando con la dignidad del imperio sus legítimos derechos, no confundirá la nación paraguaya con el gobierno que así la expone á los azares de una guerra injusta y sabrá mantenerse, como beligerante, dentro de los límites que le marcan su propia civilización y sus compromisos internacionales.

El abajo firmado tiene el honor de renovar al señor doctor don Rufino de Elizalde, las protestas de su más alta consideración.

José María da SILVA PARANHOS.

El 5 de Febrero de 1865 llegaron á Buenos Aires despachos



del general López para el general Mitre, presidente de la República, pidiendo permiso para que un ejército paraguayo cruzara el territorio de Corrientes. Mitre negó este permiso, y pidió explicaciones sobre la aglomeración de numerosas fuerzas paraguayas en las fronteras de la República Argentina.

La prensa de Buenos Aires dejó entonces de ridiculizar á López para llamarle el Atila americano. Pedía á gritos el derrocamiento de López y la apertura del Paraguay al libre comercio, considerando bien empleadas las vidas que pudieran sacrificarse en esta empresa. Los argentinos siempre habían tenido celos de los ferrocarriles, arsenales, astilleros y telégrafos del Paraguay que estaban entonces más adelantados que los de la República Argentina. En el Paraguay estos establecimientos pertenecían exclusivamente al gobierno, que por su poder despótico sobre las personas y propiedades de sus habitantes, podía construír grandes obras sin más gastos que la compra del material traído de Inglaterra.

La escuadra brasilera en el Río de la Plata, bajo las órdenes del almirante Tamandaré, no daba señales de vida, ni para libertar al presidente de Matto-Grosso, ni siquiera para bloquear el río Paraguay.

El 15 de Febrero, López decretó la reunión de un congreso extraordinario para el mes de Marzo. Todos los paraguayos que estaban en Buenos Aires fuera de las garras de López firmaron y publicaron una protesta contra el propósito de legalizar sus actos, obligando al congreso á sancionarlos. López se vengó en seis de las principales personas, forzando á sus parientes en el Paraguay á escribir y publicar cartas, desconociéndolos como parientes á causa de su traición. El siguiente, es un extracto de una de esas largas cartas, que López obligó á una madre á escribir contra su hijo, publicándola en seguida en el «Semanario» — «Digo más, » que si mi hijo Benigno, persiste en su mala conducta y si no » se vindica públicamente, recaerá sobre él la maldición de todos » sus conciudadanos, con la de su aflijida madre, quien contra su » deseo, se verá obligada á maldecirlo...»

Mas adelante, cuando los asuntos de la guerra empeoraban, López hacía escribir cartas más degradantes aún para la humanidad. Los amigos de todos los que eran tomados prisioneros, se rendían, ó desertaban al enemigo, eran obligados á escribir cartas idénticas en el «Semanario».

El 5 de Marzo se reunió el congreso en la Asunción. Se componía de los hombres más influyentes del Paraguay, los que al llegar á la capital tenían que aproximarse á algunos de los empleados del gobierno para adquirir una idea de lo que habían de decir en el congreso, y recibían instrucciones sobre todo cuanto tenían que hacer.

En el mensaje del presidente al congreso se aludía, en términos violentos, á los sentimientos poco simpáticos del gobierno argentino, y en apoyo de esto se hizo distribuir entre los congresales, copias de algunas de las farsas, con que la prensa de Buenos Aires obsequiaba á López.

Las sesiones del congreso duraron cuatro días, en los cuales se discutieron y sancionaron los siguientes proyectos:—Uno autori-

Pasaje del Rio Ayuí por el Paso de Ayala. Corrientes 13 Agosto de 1865.—Ejército argentino



1.—General Bartolomé Mitre
Gral. en Jefe de los Ejércitos aliados en la guerra del Paraguay

2. Coronel Segundo Roca

3.—Coronel Martin Arenas

4.—General Cesario Dominguez



zando al gobierno á realizar un empréstito de 5.000.000 de libras esterlinas;—otro autorizando á López para nombrar seis brigadieres generales y tres generales de división. Fueron denunciados en el seno del congreso los insultos de la prensa de Buenos Aires, y se propuso que los diarios que los contenían fueran quemados por la mano del verdugo público. Se votó una ley autorizando á López para emitir el papel moneda que creyera conveniente. Se le confirió el rango de Mariscal de Campo con un sueldo de 60.000 duros anuales (su padre sólo había recibido 4.000). López aceptó el de Mariscal de Campo, «por el honor que importaba», pero no podía «resignarse» á recibir el dinero. Sin embargo, los diputados insistieron, y rehusó por segunda vez. Esto se repitió durante todas las sesiones (excusado es decir que todo se hacía por orden suprema) hasta que por fin aceptó. Durante la discusión, un miembro propuso presentarle una espada y una joya de honor, en vez de los 60.000 duros; pero López aceptó ambas cosas.

La idea vertida por el obispo de que la fortuna privada de López y la del Estado eran una misma cosa, fué calurosamente aplaudida. Se propuso una prohibiéndose exponer en la guerra su preciosa vida. López objetó, que no aceptaría, porque si sufría algún contraste sin estar el presente, se creería responsable de la desgracia; pero como no se insistió mucho en este punto, prometió espontáneamente exponerse lo menos posible. El obispo manifestó que el valor y la decisión personal de López eran la causa de sus temores.

Se sostuvo en el congreso que la República Argentina había declarado tácitamente la guerra, negando al Paraguay el permiso de que sus tropas cruzasen el territorio de Corrientes, mientras había permitido que la escuadra brasilera subiera el río y amenazara al Paraguay. López fué autorizado para hacer pasar sus tropas cuando lo creyera conveniente.

Los banquetes y los bailes estaban á la orden del día en la Asunción.

López daba bailes todas las noches en salones improvisados en las plazas públicas. Estos salones se dividían en tres compartimentos para tres diversas clases de la población. La gente de buen tono, «las peinetas doradas», y la gente ordinaria. Las peinetas doradas eran el nombre dado á una clase inventada al principio de esta verdadera epidemia de bailes y se componía de todas las muchachas de última clase con pretensiones de hermosas, y maneras pasablemente licenciosas. Todas ellas usaban una gran peineta dorada para sostener sus negros cabellos. Fueron introducidas en la vida pública por el superior gobierno, para modificar los sentimientos de las señoras, que aun con peligro de su vida, se rehusaban por lo general á tomar parte en estos bailes. Sin embargo, eran obligadas á asistir y presenciarlos aunque fuera por poco tiempo.

Las personas que López encarceló el día de su elección morían en las prisiones, una tras otra, y el mal trato que les daba infundió un gran terror en la población. A una de ellas, el juez Lezcano, que era un excelente anciano, se le tuvo á la intemperie y metido en el barro hasta que la muerte lo libró de aquel martirio. Su cuerpo fué enviado en seguida al hospital para practi-



carle la autopsia. (Esta operación se ejecutó con todas las personas distinguidas que murieron, para demostrar que no habían sido envenenadas). El jefe de policía llamó á la esposa de Lezcano y le dijo «sonriendo» que su marido estaba en libertad y que podía ir á cuidarlo al hospital. La señora, enagenada de placer, corrió al hospital; pero, cuál sería su horror al encontrar el cuerpo de su esposo en la sala de disección!

Sus restos fueron llevados por la tarde en una carreta conducida por agentes de la autoridad, no teniendo su infeliz familia ni aun el triste consuelo de enterrarle.

Un señor Jovellanos fué devuelto á su familia en el momento de morir. Cuando murió, López envió como en el primer caso una carreta de bueyes conducida por vigilantes, los que penetrando brutalmente en la casa, arrastraron el cadáver por los pies y arrojándole en la carreta se lo llevaron. La población no respiraba de miedo.

El 25 de Marzo, López decretó la emisión de 2.900.000 pesos papel, lo que elevaba la emisión total á 5.000.000; y el 10 de Abril abolió la ley que mandaba pagar la mitad de los sueldos en metálico.

Por esta época se infirió un ultraje escandaloso al cónsul brasilero en la Asunción, que había permanecido en el país por hallarse casado con una paraguaya.

Una tarde que caminaba tranquilamente por la calle, recibió un botellazo que le partió el cráneo, dejándole sin sentido y peligrosamente herido. La creencia general era que los perpetradores de estos hechos obraban por orden superior.

El 16 de Abril varios agentes paraguayos realizaron en la Bolsa de Buenos Aires grandes operaciones; este incidente causó mucha sensación é indujo á los curiosos á procurarse noticias. Estos descubrieron que el general Robles, por orden de López, había escrito una carta á los agentes paraguayos en el Río de la Plata, avisándoles secretamente que se había declarado la guerra á la República Argentina; que tenía órdenes de marchar sobre Corrientes; que estaba á punto de practicar la operación; y que les enviaba las noticias de antemano para que pudieran tomar las medidas que creyesen convenientes. La declaración á que se refería era un despacho de Berges al Sr. Elizalde, ministro de relaciones exteriores. Esta nota llevaba fecha 29 de Marzo, pero la primera noticia que de ella tuvo el gobierno argentino fué su publicación en los diarios de Corrientes, después de la ocupación de esa ciudad por los paraguayos. La nota no fué oficialmente recibida por el gobierno argentino hasta el 3 de Mayo, y estaba concebida en los siguientes términos:

Asunción, Marzo 29 de 1865.

«A S. E. el doctor D. Rufino de Elizalde, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

El abajo firmado, Ministro Secretario de Estado de Relaciones Exteriores de la República del Paraguay, tiene el honor de



acusar á V E. recibo de las dos notas que con fecha 9 de Febrero de este año se sirvió dirigirle.

Una de estas notas contesta á la que el abajo firmado tuvo el honor de dirigir á V E. el 14 de Enero último, solicitando el permiso de tránsito inocente por la Provincia de Corrientes, para el ejército que debía operar contra el Imperio del Brasil en su Provincia de San Pedro de Río Grande del Sud, en la guerra que infelizmente ha estallado entre ambos, y en la cual el gobierno imperial ha obligado al de la República.

Tan justa y atenciosa solicitud con las seguridades ofrecidas, hizo esperar al gobierno del abajo firmado que el de la República Argentina se prestaría á ello, tanto más, que nada tenía en sí, que no sea autorizado por el derecho de gentes, aconsejado por la equidad y relaciones entre ambos gobiernos, así como por la indeclinable necesidad en que se halla la República del Paraguay de combatir al Gobierno Imperial en su propio territorio para obtener resultados que dispongan al gabinete de San Cristóbal, á oír la voz de la justicia y dar las seguridades necesarias sobre su política futura con respecto á los intereses de esta República, á los de la Oriental del Uruguay, y en general á los de todos los Estados del Plata.

Pero es con el mayor sentimiento que este gobierno se impuso de la negativa dada á una solicitud agravada con los inconsistentes raciocinios con que el Gobierno Argentino ha procurado motivar la repulsa de tan justa é indispensable solicitud, y considera este Gobierno de tal gravedad este procedimiento, que no puede ya negarse á la convicción y á la evidencia, de que el Gobierno Argentino al favorecer así al Brasil, patentiza una hostilidad contra el Paraguay, que ni aún tiene el mérito de la franqueza y la lealtad.

Si esto no fuera suficiente para fijar el juicio del Gobierno del abajo firmado, el contenido de las dos notas, objeto de esta contestación, y hechos positivos que prueban la injustificable animosidad que el Gobierno Argentino desde años atrás nutre hacia esta República y su Gobierno, ya no le permite hacerse la menor ilusión sobre las tendencias de la política del Gobierno Argentino á su respecto.

Las ponderadas seguridades de neutralidad que el Gobierno de V E. manifiesta en una de sus notas de 9 de Febrero último, con motivo de su negativa de tránsito al ejército paraguayo para la provincia brasileña de San Pedro de Río Grande del Sud, no alucinan ya á nadie, y menos al gobierno del abajo firmado, para merecer la consideración y el crédito que se tributa á las seguridades oficiales de todo gobierno, que respetando la opinión pública, se respete á sí mismo. El Gobierno de V E. por antecedentes desgraciados, y su política con el Estado Oriental, no extrañará que el del Paraguay no las considere como manifestación leal de su política hacia esta República.

Nadie ignora que un general argentino, se introdujo en la República Oriental sin causa ni motivo, ni aún llamado por el país á combatir al gobierno leal y la población oriental con elementos brasileños y porteños, reclutados y suministrados por un



comité revolucionario oriental que funcionaba con escándalo públicamente en la hoy capital de la Confederación Argentina, bajo la vista y connivencia del Gobierno Nacional, proceder sobre el que el Gobierno de V E. debe hasta hoy las explicaciones amistosas que le han sido solicitadas por el gobierno del abajo firmado, y que aunque ofrecidas con las más amplias seguridades de una estricta neutralidad en los asuntos orientales por el gobierno de S. E. el general Mitre, no han sido recibidas.

Tan desastroso procedimiento, valieron á la dilacerada República Oriental tantas desgracias y manifiestas traiciones; la pérdida de su independencia, y hasta su autonomía, de que no posée ya sino un simulacro. Y esto se debe, señor Ministro, únicamente á la política inclasificable del gobierno argentino, que ni tiene la disculpa del provecho é interés propio, reduciéndose á la representación de un agente brasileño que preparaba al Imperio la víctima de su política de deslealtad y absorción.

Tan funestos resultados pudieron haber esclarecido al Gobierno Argentino sobre los graves yerros de una política que no tiene nombre, y no podía tener objeto compatible con la política nacional argentina, ni con su lealtad, honor é intereses verdaderos.

Mas, lejos de esto, el Gobierno de S. E. el señor General Mitre, no titubeó un instante en proseguir esa política anti-argentina, y ofensiva á la existencia, intereses y honor de la República del Paraguay, no tomándose ni aun el trabajo de recurrir á otros medios, que los empleados para hacer la desgracia de la República Oriental del Uruguay.

Y no es con menor escándalo de la opinión pública y del descrédito de su propia administración que el Gobierno del señor General Mitre, consintió y animó la repetición de una farsa inmoral, tolerando que se constituya un nuevo comité revolucionario de traidores paraguayos en número tan diminuto, y tan insignificante por sus luces y posición social, que el ridículo de esta inícua representación no podía sino recaer sobre el actual Gobierno Argentino, que cargará con las graves consecuencias de este acto desleal, comprobado por el sentimiento de reclutar en Buenos Aires y en territorio argentino, nacionales y extranjeros para la formación de una legión, que unida al ejército del Brasil, deba traer la guerra al Paraguay, franqueándole además los órganos de su prensa oficial para sus elucubraciones criminosas.

Actos tan hostiles contra la paz interna de gobiernos amigos, sin precedente en la historia de los pueblos cultos, constituyen á todos los gobiernos en el deber de usar de medios que los pongan al abrigo de tentativas anárquicas, de un gobierno que desconoce lo que debe á los derechos de naciones soberanas é independientes, que tanto ha descendido de la posición elevada que es inherente á todo gobierno, hasta de servir de foco á los demagogos y revolucionarios que quieren conflagrar y perturbar el orden legal y la tranquilidad interna de su patria.

Empero el Gobierno de V E. no juzgó todavía suficiente este proceder hostil é ilegal para realizar los fines de su política con el Paraguay: la calumnia y los insultos á la nación y go-



bierno paraguayo no le detuvieron y los órganos oficiales de la prensa porteña abundan en producciones tan soeces é insultantes que en ningún tiempo, la más desenfrenada licencia y abuso en ningún país supo producir.

No se puede dar mayor escarnio, que el pasaje que V. E. ofrece, como dice en virtud de tratados existentes por el tratado fluvial de la República Argentina, que permite al Brasil llevar sus fuerzas navales y terrestres al Paraguay, porque al final del territorio argentino se halla el de ésta, lo que le da la ventaja de atacar la República en la frontera del norte por la provincia de Matto-Grosso, y por las fluviales en el sud, que es por dos puntos. El Paraguay al fin de la navegación por el territorio fluvial argentino, no encuentra nada sino el mar, y no el Brasil, y no puede atacar el Imperio sino en el norte por la provincia de Matto-Grosso que es por un sólo lado.

Nadie ignora esto y menos el Gobierno de V E., que por equidad y en observancia de una estricta neutralidad y reciprocidad, debía: ó conceder el solicitado tránsito inocente por la provincia de Corrientes al Paraguay y al Brasil, ó negar á éste el uso de su territorio fluvial; visto que dice en su nota: que no hay motivo que haga forzoso é indispensable la concesión de pasaje por territorio argentino, teniendo los beligerantes una extensa y dilatada frontera por donde pueden ejercer sus hostilidades.

Qué mayor escarnio que pedir explicaciones en su otra nota de la misma fecha sobre la reunión de las fuerzas paraguayas en la izquierda del Paraná, en territorio paraguayo, que se permite llamar contestado, moviendo cuestiones de límites, habiendo sido perfectamente instruído de ello por la nota del abajo firmado, en que solicitó el pasaje inocente por la provincia de Corrientes?

Y qué mayor escarnio que las protestas de evitar todo motivo que pueda alterar las relaciones amistosas que pone el más decidido empeño de cultivar y estrechar, como concluye V E. la nota de esta contestación, y los insultos y calumnias que lanza su prensa oficial á la faz del mundo contra la Nación Paraguaya y su Gobierno?

El conjunto de actos hostiles é injustificables, para los cuales el Paraguay y su Gobierno, en ningún tiempo dieron el más leve motivo; después de tantas pruebas del más decidido empeño para conservar las más amistosas relaciones con la República Argentina y su Gobierno y de la abnegación con que el Paraguay ha soportado las contínuas provocaciones para no alterarlas, lo convencen de que la política del actual Gobierno Argentino amenaza los más vitales intereses del Paraguay y de su Gobierno.

S. E. el señor Presidente de la República, ha ordenado al abajo firmado, de decir á V. E. que con la convicción de que la política del actual Gobierno Argentino, como lo justifican los hechos consignados en esta nota, es atentatoria á los derechos, intereses, el honor y la dignidad de la Nación Paraguaya y de su Gobierno, le impuso el deber de hacer presente tan grave situación á la Nación y que adjunte á V E. copia legalizada de la resolución del H. C. N. E. que atendiendo y considerando los hechos



declara la guerra al actual Gobierno Argentino para salvar el honor-la dignidad y los derechos de la República.

Declarada así la guerra, S. E. el señor Presidente de la República, protesta solemnemente, que no habiendo el Paraguay jamás dado el más mínimo motivo de agravio á la República Argentina ni á ninguno de sus gobiernos, incluso al actual, responsabiliza á este último exclusivamente de las consecuencias desgraciadas de una situación contraria á los sentimientos de consideración y amistoso interés que la Nación Argentina siempre ha merecido á la República del Paraguay y su Gobierno.

Aprovecho, etc.

José BERGES

El Soberano Congreso Nacional

DECLARA:

Art. 1º—Apruébase la conducta del P. E. de la Nación para con el Imperio del Brasil, en la emergencia traída por su política amenazadora del equilibrio de los Estados del Plata, y por la ofensa directa, inferida al honor y la dignidad de la Nación, y usando de las atribuciones del artículo 3º, título 3º de la ley de 13 de Marzo de 1861, autorízaseles para continuar en la guerra.

Art. 2º—Declárase la guerra al actual Gobierno Argentino, hasta que dé las seguridades y satisfacciones debidas á los derechos, á la honra y la dignidad de la Nación Paraguaya y su Gobierno.

Art. 3º—S. E. el señor Presidente de la República hará la paz con uno y otro beligerante, cuando lo juzgue oportuno, dando cuenta á la Representación Nacional conforme á la ley.

Art. 4º—Comuníquese al P. E. de la Nación.

JOSE FALCON
Vice-Presidente del H. C. N.

El 17 de Abril llegó á Buenos Aires la noticia del ultraje que pasamos á referir.

El 13 de Abril á las 7 de la mañana, cinco vapores bajaron el río, pasando por Corrientes, en cuyo puerto estaban anclados dos vapores argentinos, el «25 de Mayo» y el «Gualeguay». Los paraguayos pasaron de largo por frente á Corrientes, luego dieron vuelta dirigiéndose aguas arriba y al pasar al costado de los vapores argentinos, los ametrallaron, abordándolos en seguida y posesionándose de ellos.

Los argentinos apenas hicieron resistencia, pues no tenían la más remota idea de semejante ataque. Los que no se echaron al río fueron pasados á cuchillo. Los que se ocultaron durante la carnicería, fueron tomados prisioneros, llegando su número á 49, incluso un capitán, un jefe y cuatro tenientes. Los que se echaban al agua eran fusilados por los paraguayos, que permanecieron en el puerto durante tres ó cuatro horas, partiendo en seguida con sus presas á remolque. En estos vapores se encontraron 800 machetes, que fueron distribuídos al batallón número 6. Los vapores eran dos buques mercantes viejos é inútiles; pero después de algunas composturas, fueron habilitados y agregados á la flotilla paraguaya. Estas noticias fueron recibidas en la Asunción como si hubiera sido un gran triunfo, y los bailes redoblaron. Buenos



Aires casi voló al recibir la nueva del ultraje. Los ciudadanos se reunieron y fueron en masa á la casa del Presidente. Habiendo expresado sus sentimientos tan bien como pudieron. Mitre contestó:

«Señores:

«Después de la provocación lanzada, del insulto hecho á nuestra bandera por el tirano del Paraguay, vuestro gobernante no puede deciros otra cosa, sino que las proclamas y las manifestaciones van á ser traducidas en hechos, que dentro de venticuatro horas estaremos en los cuarteles, dentro de quince días en campaña, y á los tres meses en la Asunción».

Mitre declaró á la República en estado de sitio. Decretó la formación de 19 batallones de 500 hombres cada uno, que debían agregarse al ejército en campaña, y que Corrientes y Entre Ríos concurrieran á la guerra con 5.000 hombres de caballería cada uno. Nombró á Urquiza jefe superior de la caballería de Entre Ríos. Esta medida fué impolítica, porque Urquiza era capitán general del ejército argentino, y verdadero Czar, en su provincia de Entre Ríos. Era tan poderoso que el gobierno no podía obligarlo á hacer nada contra su voluntad. Si Mitre le hubiera ofrecido el puesto de general en jefe del ejército, Urquiza hubiera tal vez aceptado, y entonces la República habría contado quizá con 15.000 buenos soldados entrerrianos, además de la pericia militar del general Urquiza, y probablemente la guerra hubiera terminado en unos cuantos meses. Este desaire fué tal vez la razón porque Urquiza no tomó parte en la guerra, y no envió soldados al ejército.

El general Mitre por su parte dirigió al país la siguiente proclama:

«Compatriotas»: En medio de plena paz y con violación de la fe de las naciones, el gobierno del Paraguay nos declara la guerra de hecho, apresando traidoramente á mano armada, en nuestro territorio dos vapores de la Escuadra Argentina, y haciendo fuego sobre nuestras poblaciones indefensas.

Provocados á la lucha sin haberla buscado, después de haber hecho cuanto decorosamente podía y debía hacer para evitarla, guardando la neutralidad que era la regla de nuestra política, contestaremos la guerra con la guerra, y la haremos con toda la energía y con todo el poder que corresponde á los gloriosos antecedentes de la Nación Argentina, deslealmente vulnerada en su honor y atacada en su seguridad.

«Conciudadanos»: Contando, como cuento, con la virilidad del pueblo Argentino y con vuestra incontrastable decisión, el país se ha mantenido hasta hoy en estricto pie de paz, cumpliendo lealmente con sus deberes de neutral, porque estaba seguro que llegado el momento del peligro, todos acudirían sin distinción alguna á ocupar sus puestos en torno de la bandera Nacional, resueltos á cumplir con sus deberes sagrados.

«Argentinos»: Ha llegado el momento. — En nombre de la Patria y con la autoridad de la ley, os llamo á ocupar vuestros puestos de ciudadanos y de soldados de un pueblo libre, cuyas banderas siempre fueron acompañadas por la justicia y la victoria.

«Compatriotas»: Puedo ofreceros tranquilamente el triunfo, por-



que él está en la conciencia de todos los argentinos, y lo aseguran de antemano los poderosos elementos de que la Nación puede disponer, con el auxilio de la Providencia y de vuestro valor y patriotismo.

Después de este noble esfuerzo, la paz será más sólida, más gloriosa y más fecunda, y podréis continuar con mayor energía la tarea del progreso en que habéis sido interrumpidos por una agresión tan vandálica como traidora.

Por mi parte, no necesito deciros que cumpliré con los altos deberes que la Patria y la Constitución me imponen en estas circunstancias; y que confiando en que el cielo proteja la justicia de nuestra causa, y en vuestro generoso patriotismo, no descansaré hasta restituiros la paz que os ha sido traidoramente arrebatada, y dejar vindicado como corresponde el honor de la Nación Argentina.

Vuestro compatriota y amigo—

BARTOLOME MITRE.

Buenos Aires, Abril 18 de 1865.

El presidente Mitre convocó al Congreso, pasó una circular á los Ministros extranjeros, informándoles que la República se hallaba en estado de sitio y declarando bloqueados todos los puertos del Paraguay.

Casó, el «exequatur» de los cónsules paraguayos en la República, y Egusquiza (cónsul en Buenos Aires) fué puesto en prisión. Poco después se le dejó libre bajo de fianza, pero al día siguiente fué de nuevo arrestado.

El general Paunero fué nombrado jefe de la primera división del ejército argentino. Se mandó remontar á quinientos hombres todos los batallones de infantería.

Lagraña, gobernador de Corrientes, llegó á tiempo para hacer detener el vapor «Esmeralda», que llevaba al Paraguay una partida de rifles y machetes, que fueron embargados por el gobierno argentino.

Urquiza por su parte reunió un ejército de 10.000 hombres, que sin embargo no movió de su provincia.

El primero de Mayo de 1865 llegaron á Buenos Aires y fueron recibidos en el muelle por el general Mitre, los generales Flores, Urquiza y Osorio, el señor Octaviano plenipotenciario brasileño, y el almirante Tamandaré. El mismo día se firmó un tratado secreto de alianza entre el Brasil, la República Argentina y la Banda Oriental. Sin embargo se traslució que los aliados habían determinado acabar con el último de sus hombres, y el último peso de su tesoro, para humillar al déspota del Paraguay.

Algunos días después, los diaristas consiguieron sonsacar de los ministros que habían firmado el tratado las principales estipulaciones, y fueron publicadas, aunque sin autorización oficial.

Los banquetes se pusieron á la orden del día, asistiendo á ellos la mayor parte de los ministros extranjeros, demostrando de esta manera sus simpatías por los aliados.

El tratado secreto fué publicado en Buenos Aires el mes de Abril de 1866, por un diario, que lo tradujo del Libro Azul de la Inglaterra. Su texto había sido comunicado confidencialmente por el señor Castro, ministro oriental; la publicación de este docu-



mento causó un verdadero disgusto á los contratantes, y á consecuencia de ella el ministro oriental en Londres pidió sus pasaportes.

El tratado se encuentra íntegro en el apéndice; sus puntos principales son los siguientes: — Los aliados se comprometen á no deponer las armas hasta dar en tierra con el poder de López, y á no tratar con él sino de común acuerdo. La independencia del Paraguay quedaba garantizada. El Paraguay pagaría los gástos de la guerra. Las fortificaciones de Humaitá serían destruídas, no debiendo permitirse su reconstrucción. El Paraguay sería desarmado.

La firma del gobierno argentino en este documento es hasta cierto punto disculpable, porque el ultraje inferido por López, estaba fresco todavía; pero el Brasil no había recibido igual afrenta y su proceder era imperdonable.

——:——



CAPITULO V.

EL EJÉRCITO PARAGUAYO Y SUS RECURSOS GENERALES. — LAS FUERZAS DE LOS ALIADOS

Las fuerzas del Paraguay en esta época consistían en un ejército de cerca de 80.000 hombres; la tercera parte de estos formaban la caballería, las otras dos la infantería y la artillería. Los mejores soldados se escogían para la artillería y la caballería. La caballería estaba dividida en regimientos, y la infantería en batallones; la artillería en escuadrones de artillería ligera y artillería de plaza. Cada regimiento de caballería se dividía en cuatro escuadrones, compuesto de 100 hombres cada uno; debían ser mandados por un coronel, un teniente coronel y dos sargentos mayores etc. pero, en realidad, muchos regimientos sólo eran mandados por un teniente y raras veces por un oficial de mayor graduación que un capitán. La causa de esto era la escasez de oficiales superiores; pues López era muy parco en sus promociones. A manera que la guerra se prolongaba, la fuerza de los regimientos disminuía, y no era posible remontarlos del todo. Las dos últimas observaciones son igualmente aplicables á la infantería. Los regimientos de caballería estaban armados con sables, lanzas y carabinas de chispa.

Las lanzas paraguayas tenían tres yardas de largo y las de los aliados doce pies. La escolta del presidente se componía de doscientos cincuenta hombres armados con carabinas rayadas, de cargar por la recámara, sistema Turner; el regimiento de dragones de la escolta, con carabinas comunes rayadas.

Como los primeros no se batieron hasta los últimos días de la guerra no pudieron ensayar sus armas. La caballería montaba en recado, que es la silla del país, y constituye una buena cama. No usaban freno y para suplirlo, pasaban una fuerta guasca ó cuerda, que les servía de riendas por dentro de la boca del caballo asegurándola con un nudo. En esta época había en el Paraguay unos cien mil caballos, de los cuales la mitad no habrían podido galopar más de tres millas. Los caballos paraguayos nunca habían sido buenos, á lo que se agrega que últimamente habían sido diezmados por una terrible enfermedad en el espinazo, que generalmente había atacado á los mejores.

Cada batallón de infantería se dividía en seis compañías de cien hombres cada una, llamados de granaderos, 1ª, 2ª, 3ª, 4ª y de cazadores. La compañía de granaderos era compuesta de los hombres más fornidos y altos del batallón y la de cazadores por los más débiles y bajos. Sin embargo, al principio de la guerra la mayor parte de los batallones constaban de 800 á 1.000 hombres, conteniendo á veces más de seis compañías, compuesta cada una de 120 hombres. Tres batallones estaban armados de rifles Witon. Uno de estos, formado por López I, había permanecido constantemente en Humaitá, donde en lugar de raciones, se le entregaban tres tiros para que cazaran en los bosques el alimento necesario. En vez de balas usaban cortados para tirar á los patos. Esta circunstancia destruyó la raya de los rifles, quedando por consiguiente inutilizados.

Tres ó cuatro batallones estaban armados con fusiles fulminantes y los demás fusiles de chispa, que tenían la marca de las armas de la Torre de Londres. No llevaban más arma blanca que la bayoneta, para la cual no usaban vaina porque la conservaban siempre armada.

Solamente el batallón 6º tenía los machetes encontrados en los vapores tomados en Corrientes, porque después de su vuelta de Matto-Grosso hacía el papel de infantería de marina.

Había tres regimientos de artillería volante, que constaban de cuatro baterías de seis cañones cada una, otra batería de cañones rayados de acero de á 12, el resto era de todos los tamaños, forma, peso y metal imaginables, variando su calibre entre 2 y 32. La mayor parte de ellos acababan de ser montados en la Asunción.

La artillería de plaza (toda lisa) constaba de 24 cañones de 8 pulgadas de diámetro y 251 arrobas y 5 libras de peso, dos de 50 muy pesados y como cien más cuyos calibres variaban entre 24 y 32. De esos, 18 de 8 pulgadas de diámetro, 2 de calibre de 56 y 70 de menor calibre, entre los que había muchos de 12 y de 8 constituían el armamento de las tan temidas baterías de Humaitá. Las chatas estaban armadas con seis cañones de 8 pulgadas. La mayor parte de la artillería consistía en cañones de hierros viejos y carcomidos, probablemente llevados como lastre por algunos buques y comprados por el Paraguay, parecidos á los que sirven de postes en Woolrich.

Los soldados de artillería ligera además de su propio ejercicio eran adiestrados en el de caballería, y los de plaza en las maniobras de batallón. El Paraguay contaba con un total de 300 á 400 cañones de todo tamaño. Su marina consistía en 17 vapores pequeños, todos ellos mercantes, excepto el «Añabay» y el «Tacuarí» que eran verdaderos buques de guerra. Estos buques estaban armados con cañones lisos de 4 á 32. El «Jejui» montaba un cañón rayado de cargar por la culata (calibre 12). Los marinos usaban rifles Witton con bayonetas-sables. Ni los rifleros ni los artilleros usaron nunca el punto graduado de esas armas, sino que levantaban sus punterías algunas yardas sobre la altura del blanco según la distancia.

Los medios de transporte eran lentos, consistiendo en carretas de bueyes. No había para el transporte convoyes especiales, sino que se entregaban á cada jefe las carretas y bueyes que pedía y éste sacaba de su tropa los hombres necesarios para su manejo.

El cuerpo médico consistía en un cirujano mayor, tres cirujanos con el rango de capitanes, y un farmacéutico con el de teniente, todos ellos eran ingleses. Estos tenían bajo sus órdenes muchos practicantes paraguayos, todos enseñados por ellos y por el farmacéutico. El convoy del hospital era idéntico al que hemos descrito. Las drogas eran ya muy escasas.

Había en los depósitos paraguayos como quinientas toneladas de pólvora y grandes cantidades de balas, bombas, etc.

El traje del soldado consistía en una camisa, calzoncillos y pantalones blancos, camiseta de bayeta grana con vivos blancos



y azules, sobre esta camiseta llevaban un cinturón blanco y no usaban calzado. El gorro paraguayo era el segundo distintivo de su uniforme, el de la infantería era parecido al gorro de cuartel de infantería de la guardia imperial francesa, pero con pico, y era ó colorado con vivos negros, ó negro con vivos colorados.

Cuando ya no quedaba paño en el país, este gorro fué sustituido por el kepí de baqueta, que era una buena invención. La caballería y artillería usaba un alto morrión negro con un penacho los de caballería tenían una flor de lis y los de artillería una escarapela tricolor.

Al regimiento de la escolta armado con rifles Turner, le llamaban «cá - Carayá» ó «cabezas de mono», porque llevaban un yelmo de cordobán con guarniciones de bronce, en cuya extremidad superior estaba cosida una cola de mono negro. Una larga cola negra de caballo caía desde el yelmo sobre la espalda del soldado. Estos soldados llevaban una túnica punzó y pantalones blancos, y cuando estaban de servicio, botas granaderas. Los dragones de la escolta usaban altos morriones cuadrados, como el resto de la caballería, pero tenían una ancha faja de bronce alrededor de la estremidad superior, por lo cual eran llamados «Aca-verá» ó «cabezas relucientes». El soldado paraguayo llevaba en el morrión, peine, dinero, cigarros, fosfóros, aguja, hilo, botones, tabaco de mascar y el pañuelo.

Los uniformes de los oficiales y de los marinos eran parecidos á los franceses, pero el peti-uniforme consistía en una camiseta negra con vivos colorados, la que fué reemplazada cuando el paño se hizo escaso por la de los soldados, que tuvieron que pasarse sin ella. Al fin ya no tenían ni esto, y el único distintivo del oficial era el kepí y la espada que nunca abandonaba.

Los paraguayos eran los hombres más respetuosos y obedientes que se pueda imaginar. Desde el soldado hasta el general todo el mundo se descubría en presencia de su superior, que nunca contestaba el saludo.

Todo el que llevaba traje militar en el Paraguay era de hecho jefe superior de todo particular, y todos los jueces, etc., tenían que descubrirse en presencia de un alférez. López se resentía de todo insulto hecho á sus oficiales, y durante el reinado de su padre, una señorita dejó de ser invitada por dos años á los bailes, por orden suya, á consecuencia de no haber querido bailar con un oficial.

El paraguayo no se quejaba nunca de una injusticia, y se hallaba enteramente satisfecho con todo lo que determinaba su superior. Si le azotaban, se consolaba diciendo: «si mi padre no me azota, quién me haría este favor?» Todos llamaban á su oficial superior «su padre» y á su inferior «su hijo». A López le llamaban «taita-guazú» ó el padre grande, le decían también «mita-morotí», ó el niño blanco, y «caraí» ó «caraí-guazú», que significa gran señor.

El cabo tenía la obligación de no abandonar su vara cuando estaba de servicio. Era el verdugo apaleador y podía dar á cualquier soldado tres palos bajo su propia responsabilidad. A un sar-



gento le era permitido ordenar que un soldado recibiera doce palos, y á un oficial tantos cuantos quisiera.

Por faltas muy graves y por las más insignificantes cometidas en la vanguardia, el jefe de campo no podía castigar al culpable, sino que tenía que ponerlo en el cepo, y dar parte á López de su falta, el cual sentenciaba. Si era oficial, se le quitaba la espada y se le arrestaba, hasta que López dispusiera. Los cepos en campaña consistían en atar al individuo por las manos con un lazo, asegurándolo en una estaca, y haciendo esta misma operación con los pies, de manera que el paciente se hallara igualmente distante de ambas estacas.

Como en el ejército francés, todos los oficiales salían de la tropa. Los jóvenes de buena familia que servían, tenían que dejar su calzado porque no era permitido á ningún soldado llevar zapatos.

Al principio los castigos eran impuestos con arreglo á la ordenanza española, pero últimamente eran del todo arbitrarios. Un artículo de las ordenanzas condena á muerte á todo el que acepte cualquier cosa que pertenezca al enemigo.

Las raciones eran una vaca diaria para 80 hombres y cuando escaseaba la carne, para 200. Sin embargo, esto sucedía raras veces. Recibían mensualmente una libra de yerba, un poco de tabaco, sal y maíz cuando había para hacer con él una sopa. Durante la guerra la sal era escasísima, y su falta es la que más se sentía, y ha costado al Paraguay millares de vidas; millares han perecido igualmente por la falta de alimentos vegetales, que habían sido la base de su alimentación hasta que entraron al ejército, donde no se comía sino carne cansada y flaca. Los soldados recibían una ración, los oficiales dos, los jefes de campo cuatro y los generales ocho.

Los brasileños tenían en este tiempo una escuadra de veintiocho cañoneras, armadas con ocho cañones cada una, en término medio, que podían navegar en el río; su ejército constaba de cerca de veinticinco mil hombres y lo reconcentraba en la Banda Oriental. Flores había declarado su intención de hacer una cruzada contra López, y que la población se levantaría como un sólo hombre. Sin embargo sólo pudo reunir tres batallones. Carecía de artillería y de vapores. La República Argentina apenas tenía ejército y su marina consistía en dos viejos y carcomidos buques mercantes, que apenas podían moverse de su fondeadero. Uno de ellos era el expaquete inglés «Camila».

Los aliados, pues, tenían que prepararlo todo antes de entrar en campaña.

——:——

CAPITULO VI

PRINCIPIO DE LA CAMPAÑA EN CORRIENTES—EL GENERAL URQUIZA

El 14 de Abril de 1865 (viernes santo) día siguiente de la toma de los vapores argentinos, el general Robles á la cabeza de tres mil soldados conducidos en cinco vapores desembarcó en la ciudad de Corrientes. Formó su tropa en la plaza y permaneció allí durante largo tiempo, esperando que se le acercara alguna persona de la ciudad á quien poder comunicar sus miras para aquietar los temores de la población. Por fin, algunos individuos se atrevieron á acercarse y Barrios les dijo entonces, que los paraguayos venían como hermanos para librar á los correntinos del despotismo de Buenos Aires; y que la ciudad y sus habitantes serían respetados. En el mismo día penetró en la ciudad una columna de caballería paraguaya de cerca de 800 hombres. Estos habían hecho la marcha por tierra, atravesando el Paraná por el Paso de la Patria, camino que servía para la activa y fácil comunicación entre el Paraguay y su ejército en Corrientes.

Robles dejó una guarnición en Corrientes, y como recibía diariamente recursos por el río, marchó lentamente hacia el sud, á lo largo de la costa. Un poco más abajo de la ciudad de Corrientes, las barrancas tienen una elevación de 50 pies sobre el nivel del río; esta altura no desaparece hasta una larga distancia; de manera que aun cuando la escuadra brasileña se hubiera presentado repentinamente, no habría podido hacer daño de consideración en las filas paraguayas.

Tres vapores paraguayos permanecían cerca de Corrientes con sus fuegos encendidos, con el objeto de observar los movimientos de la escuadra brasileña.

La ciudad de Corrientes fué respetada; en la campaña y en los caminos todo fué saqueado, arrebatando á los pobladores, sus vacas, caballos, etc. Pero en general, al principio de la campaña, las personas no fueron molestadas.

Un año antes de estos acontecimientos, López había enviado á Corrientes un agente, llamado Miguel Rojas, que aparentaba ser un comprador de ganados para el Paraguay y que se surtía en Corrientes de lo que necesitaba para el abasto del ejército. Pero Rojas tenía también otra comisión, y había sondeado á la mayor parte de los correntinos respecto á sus opiniones políticas; así fué que cuando llegó Robles sabía perfectamente en quien podía fiarse, por no ser hostiles á la invasión de los paraguayos. Había en Corrientes muchos descontentos, y como correntinos y paraguayos hablan el mismo idioma (guaraní), se consideraban en cierta manera hermanos. Los paraguayos y correntinos se admiran mútuamente como jinetes; y aquellos llaman á estos, «curepí» ó cueros de chancho.

López envió desde la Asunción un número de hombres escogidos para gobernar á Corrientes, aunque colocó allí un gobierno-pantalla, compuesto de tres correntinos: Gauna, Silveiro y Cáceres. Este triunvirato no era más que un manequí. Los individuos enviados desde la Asunción eran encabezados por don José Berges,



ministro de relaciones exteriores, acompañado por el Padre Bogado, don Miguel Haedo, don J. B. Urdapilleta y varios otros. López enviaba sus órdenes á Berges, y éste las comunicaba al triunvirato para que las ejecutara. La guarnición de Corrientes y los vapores fondeados en el puerto, estaban bajo las órdenes de Berges. Este no abusaba de su poder, reduciéndose á ejecutar las órdenes de López.

Al principio se concedían fácilmente pasaportes á los que querían abandonar la ciudad, y se hacía cuanto era posible para que el gobierno de López apareciera como civilizado y honorable.

Los archivos del gobierno de Corrientes fueron robados, y todos los documentos importantes enviados á la Asunción, entre ellos un mapa de la provincia en que estaban delineados los diferentes departamentos.

Se introdujeron grandes cantidades de papel moneda del Paraguay y se hizo obligatorio su curso.

Entre tanto el Presidente Mitre se preparaba á ponerse en campaña y reunía un ejército apresuradamente.

Todo el mundo daba contribuciones para la guerra. La prensa despreciaba á López y á sus hombres, contando con la victoria apenas se iniciara la campaña. Haciendo alusión á estos artículos, un diario de Montevideo observaba, que sólo una nación de corderos podía entusiasmarse porque se le pintara la impotencia y la degradación de sus enemigos.

Se formó una legión paraguaya, mandada por los coroneles Iturburu y Decoud.

Tan enfurecido estaba el pueblo con el apresamiento de los vapores, que la noticia de la toma de Corrientes no hizo gran efecto. El 24 de Abril salió de Buenos Aires para Corrientes el primer batallón argentino.

Con motivo de la marcha de Robles, Lagraña el gobernador de Corrientes, se internó hacia el sud, proclamó al pueblo llamándole á las armas, y decretó que todo argentino de 16 á 60 años de edad se presentase inmediatamente á enrolarse en el ejército; declaró también que todo el que no obedeciese las órdenes del gobierno de Corrientes, sería considerado traidor y como tal condenado á muerte.

En el Rosario hubo grandes demostraciones; Caminos, el cónsul paraguayo, fué preso. Una comitiva se presentó á las puertas del consulado y arrancando el escudo lo arrojó por tierra, siendo después al extremo del muelle, donde en compañía con el retrato de López, fué fusilado y tirado al río.

Urquiza lanzó grandes proclamas, hizo grandes profesiones de fe, é indujo al pueblo de Buenos Aires á creer que sin vacilación marcharía con diez mil hombres, el 26 de Abril, en socorro de los correntinos. Decretó que todos los soldados se presentaran en el ejército con sus caballos propios, y manejó las cosas de manera que se los hizo pagar por el gobierno de la república. El decreto que ordenaba este pago, no quitaba á los soldados la propiedad de sus caballos.

El Congreso Argentino se reunió el 1º de Mayo, y sancionó



un empréstito de 12.000.000 de fuertes, que fué inmediatamente negociado. En su mensaje al Congreso, Mitre recomendó á Urquiza por haber reunido mayor número de hombres del que se le había pedido.

Algunos días después, Urquiza partió para Entre Ríos, despidiéndose de sus amigos por medio de un aviso en los diarios en el que decía que la necesidad de ponerse inmediatamente al frente de sus tropas, lo privaba del placer de hacerlo personalmente. El Presidente Mitre lo acompañó hasta el muelle y tomándole por la mano, le dijo: «Apresúrese general». En ese momento llegaba un mensajero de López con pliegos para Urquiza, y éste sin abrirlos, se los entregó inmediatamente á Mitre, quien contestó al secretario de Urquiza al presentarlos, que la «buena fe manifestada por el general Urquiza, le impedía abrirlos». Entonces el secretario mismo los abrió y los entregó á Mitre, que ordenó su publicación, y la prisión del mensajero que los había traído. Los despachos contenían una carta de Berges relatando los acontecimientos de Corrientes, y esperando que Urquiza no sería indiferente á ellos. López había entretenido por largo tiempo la comunicación directa con Urquiza, por medio de un mensajero directo (el ex-cónsul argentino).

Cuando Urquiza llegó á Entre Ríos, de vuelta de Buenos Aires, empezó á reunir su ejército, y en menos de un mes tenía diez mil hombres. Mitre le mandó armas y vestuario, que distribuyó entre sus tropas, y marchó en dirección á la Concordia, punto de reunión de los aliados, donde se encontraba ya el general Mitre. Cuando llegó á Basualdo, pueblo de la frontera de Entre Ríos, en el camino de la Concordia, hizo alto y se adelantó solo á ver al general Mitre. Estando en camino, fué alcanzado por un chasque, que le llevaba la noticia de que casi todo el ejército se había desbandado. Volvió inmediatamente y viendo que era verdad, licenció el resto de las tropas por un mes. Entonces escribió al Presidente Mitre, informándole del hecho y prometiéndole presentar en el término de un mes 12.000 soldados. Mitre contestó aprobando lo que había hecho, y Urquiza fué á visitarlo en la Concordia el 24 de Julio. En esta conferencia dejó al general Mitre enteramente satisfecho, haciéndole una formal promesa por medio de la carta que transcribimos en seguida:

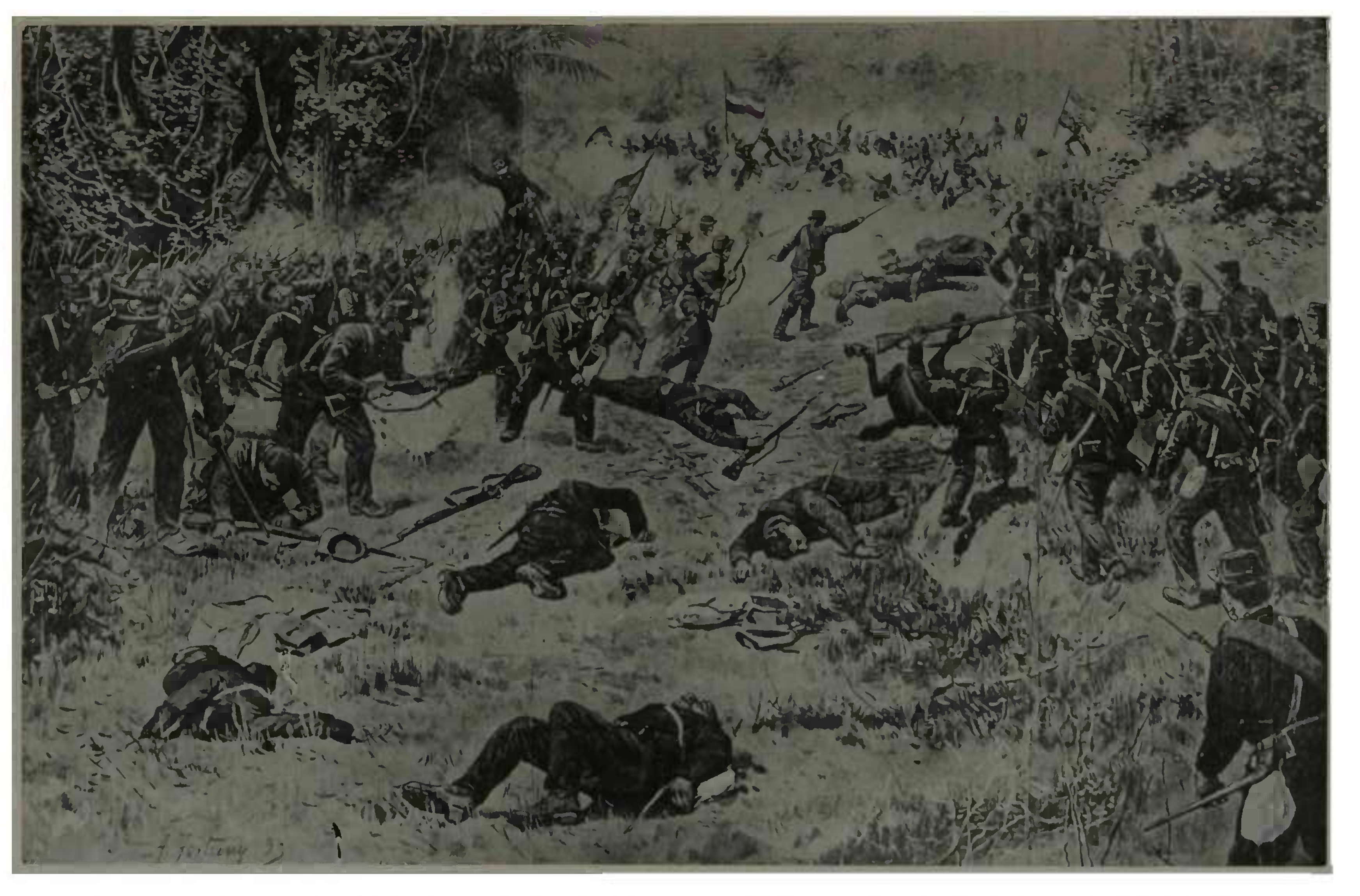
Al Exmo. señor Presidente de la República, Brigadier General D. Bartolomé Mitre, General en Jefe del Ejército.

Concordia, Julio 24 de 1865.

General:

He tenido la satisfacción de recibir la nota de V. E. fecha de hoy, comunicándome la resolución del Gobierno Nacional, con motivo de la nota que dirijí á V. E. en 14 del corriente, dando cuenta de las causas que me impulsaron á licenciar las fuerzas de caballería del Entre Ríos, á mis órdenes, y previniéndome V. E. lo conveniente para la reunión del contingente con que debe concurrir esta provincia á la guerra á que ha sido provocada la República por el Paraguay.

Al contestar á la citada nota, me es agradable dar á V. E. la seguridad positiva de que las órdenes del Gobierno Nacional y las prevenciones de V. E. serán cumplidas aun más allá de lo



Ataque de la 5.ª División del 2.º Cuerpo de Ejército á las órdenes del Coronel Cesario Dominguez á la Trinchera Paraguaya del «Boquerón de Piris».—Batalla del Sauce de los Paraguayos

Cuadro de F. Fortuny, de un croquis del Album del Sr. General D. J. I. Garmendia.

El Coronel Palleja (Oriental)—En el ataque al Boquerón de Piris, sacado del Campo de Batalla por los soldados del Batallón Florida



que ellas prescriben, si fuere necesario. Alejadas las causas que produjeron el suceso de Basualdo, sobre el que he dado á V. E. extensas explicaciones, la provincia de Entre Ríos que en todo tiempo ha acreditado su amor á la patria y su decisión incontrastable para combatir en su defensa contra todo enemigo exterior que intente avasallarla, se ha de levantar fuerte y unida en las circunstancias actuales y ha de concurrir con todos sus elementos, con todos sus hijos, á formar al lado de sus demás hermanos de las otras provincias argentinas, y combatir sin tregua ni descanso hasta arrancar del gobernante paraguayo las satisfacciones y reparaciones que nos son debidas, por el ultraje sangriento que ha inferido al honor argentino.

Pido al gobierno de mi patria y á V. E., como pido al pueblo de la República algunos días de espera, para ocupar entonces con el cuerpo de ejército entrerriano que se me ordena levantar, el puesto de peligro que se nos señale, cierto de que no hemos de ser los últimos en concurrir al combate, y de que hemos de contribuir á la par de los mejores, á dejar ileso nuestro honor y el brillo de nuestras armas.

Por lo que respecta á la comisión especial que V. E. me confiere, la acepto igualmente, dando á V. E. las gracias por la honorífica confianza con que me distingue. Procuraré desempeñarla con ánimo sereno é imparcial, cooperando eficazmente para que la moral pública sea desagraviada, salvando el principio saludable de la disciplnai, y robusteciendo el poder constitucional del Gobierno General por medio de las averiguaciones de los que aparecieran culpables y represión de ellos; así como para volver al camino del honor y del deber á los que en un momento de error pudieron separarse de él y que tengo confianza han de ser los primeros en rivalizar en decisión y patriotismo. V. E. será instruído en oportunidad del resultado, con remisión del sumario original y demás á que hubiere lugar.

Regreso á la Concepción del Uruguay para concertar con el gobierno de la Provincia las últimas medidas que aun faltan que dictar para la reunión del contingente entrerriano y para el desempeño de la comisión que se me confía, y desde allí instruiré á V. E. del resultado final de ellas, pidiendo las órdenes que tenga á bien impartirme.

Dios guarde á V. E.

JUSTO JOSE DE URQUIZA.

Urquiza volvió á San José, y á fines de Octubre reunió de nuevo algunos millares de hombres, y con dos mil de ellos marchó á la Concordia, de donde habían partido ya los aliados, y allí se le reunió otra parte de sus tropas. Entonces marchó en dirección al cuartel general de Mitre; pero al llegar á Toledo, se le desertó nuevamente la mayor parte de su ejército; volviéndose entonces con el resto, lo licenció. Cuando los aliados invadieron al Paraguay en el año siguiente envió algunos cientos de hombres, los que se amotinaron á bordo de los vapores, desbándanse en gran número, y siendo licenciado el resto. Envió también algunos cañones viejos que algunos años antes había llevado á Buenos Aires.

Durante la guerra no volvió á hablarse más de este personaje,



sino como abastecedor de grandes cantidades de caballos y de vacas, haciéndose inmensamente rico con este negocio.

López se servía á menudo de su nombre para animar á sus tropas, diciéndoles que Urquiza venía en su auxilio.

El presidente Mitre en su declaración de guerra, decía, que el gobierno argentino no depondría las armas hasta no haber derrocado el gobierno de López.

La inactividad de la escuadra brasileña había sido agriamente censurada; por último el 3 de Abril partió de Buenos Aires para el Paraguay, pero empleó un año en llegar al punto más próximo del territorio paraguayo. Creían que los paraguayos huirían apenas se presentara y que Humaitá volaría en poco tiempo. Sin embargo, cuando salieron de Buenos Aires, y se convencieron de que realmente iban á la guerra, los oficiales palidecieron, y como para animarlos, se hacían apuestas en su presencia á que ni ellos ni sus buques volverían jamás. Maniobraron tan lentamente, que emplearon cuarenta y dos días para navegar las 600 millas que separan á Buenos Aires de Corrientes. La escuadra no podía operar nunca como quería: el río estaba siempre muy bajo ó muy crecido.

Entre tanto los vapores paraguayos tenían el río libre, y aprovechaban la ocasión para bajar con sus tropas y volver con el botín de los pueblos y aldeas saqueadas.

Humaitá sólo tenía noventa cañones montados en siete baterías y la escuadra contaba con un número mayor. Con muy poco riesgo de ser echados á pique, podían haber anclado frente á las baterías y haberlas destruído, pues sus balas encadenadas y su metralla habrían barrido fácilmente á los artilleros paraguayos, porque si se exceptúa una batería de 16 cañones, el parapeto de las demás no alcanzaba á cubrir las rodillas de la tropa.

Los argentinos se quejaban amargamente de la inactividad de la escuadra. El 28 de Abril se hallaban en Goya ocho cañoneras, bajo las órdenes de Gomensoro, que declaró bloqueados desde esa fecha los puertos paraguayos, y tuvo una entrevista con el delegado del ex-gobernador de Corrientes, para combinar operaciones contra el Paraguay; Gomensoro opinó que las balas de sus cañones atravesarían de parte á parte los vapores paraguayos, porque solo eran armados en guerra, mientras los suyos eran verdaderos buques de guerra.

El general Cáceres era el jefe de las fuerzas correntinas que ascendían á 6.000 hombres. El 2 de Mayo desembarcó el general Paunero en Bella Vista con su ejército, y empezó inmediatamente á escaramucear con la vanguardia paraguaya, proclamándose siempre vencedoras ambas partes. Sin embargo, no hubo ningún combate sério.

El 3 de Mayo el triunvirato envió una diputación al general Cáceres, invitándole á evitar el derramamiento de sangre, haciendo deponer las armas á sus soldados, á quienes se ofrecía un indulto completo. Este insolente mensaje no fué contestado.

Las fuerzas bajo las órdenes de Cáceres y Paunero, eran ocho mil hombres, y al fin de Mayo contaban con diez y seis mil.

El general Robles, que estaba acampado con 25.000 hombres en el Riachuelo, barranca elevada, situada á 3 leguas de Corrien-



tes, marchó hacia el sud el 11 de Mayo y atravesando las aldeas intermedias llegó á Bella Vista el 20. El teniente coronel Aguiar mandaba la vanguardia y sostenía contínuas escaramuzas con el enemigo. Los soldados de la caballería correntina, cuando caían algunos de sus compañeros, los levantaban y partían con ellos al galope. Marcharon hasta Goya, entrando la vanguardia en dicho lugar el 3 de Junio.

Robles había dejado en la ciudad de Corrientes una guarnición de 1.500 hombres con dos piezas de artillería, al mando del sargento mayor Martínez. El 25 de Mayo una escuadra de 8 vapores brasileños y dos argentinos se presentó en Corrientes, y los brasileños tomaron posición para barrer de punta á punta las calles de Corrientes, que son tiradas á cordel, mientras que los argentinos se acercaron á la playa y desembarcaron sus tropas.

El general Paunero que mandaba esta expedición, había embarcado como 4.000 hombres á bordo de la escuadra con objeto de tomar á Corrientes, pero sólo desembarcaron 2.000, con dos cañones de á 6, bajo las órdenes de los coroneles Rivas, Charlone y Rosetti; una pequeña parte de esta tropa era brasileña. Los dos últimos jefes eran italianos y ellos como sus tropas figuraban entre los mejores soldados del ejército argentino. La escuadra entre tanto bombardeaba á los paraguayos. Poco después empezó el combate brazo á brazo, desplegando ambos combatientes la mayor bravura. El sargento mayor Martínez no pudo impedir el desembarco de los aliados porque era protegido por los cañones de la escuadra; pero cuando empezó el combate, los paraguayos mostraron el mayor valor, lo que restableció su crédito entre sus enemigos.

El desembarque se verificó á cierta distancia al norte del pueblo, los paraguayos se retiraron hasta un puente de piedra que distaría mil yardas. Este punto fué defendido por largo tiempo, aunque se hallaba expuesto al fuego de la escuadra y al de la infantería. Los brasileños tuvieron ocasión de descubrir por primera vez una peculiaridad de su táctica, que consiste en hacer fuego siempre que tienen cañones, sin cuidar si los que mueren son amigos, enemigos ó unos y otros, siendo este último caso el más general, y vean ó no vean el objeto de su cañoneo.

El puente quedó cribado por la metralla de la escuadra y dejando en ambas partes muchos cadáveres en el campo, los paraguayos se retiraron á una milla de la ciudad. Reyes y el triunvirato habían desaparecido á tiempo, y los aliados embarcaron sus heridos y las personas que quisieron abandonar la ciudad. Al día siguiente se embarcó toda la expedición y se dirigió aguas abajo á reunirse con el cuerpo principal del ejército; el triunvirato y Berjes restablecieron nuevamente su gobierno. Los paraguayos perdieron, entre muertos y heridos, 400 hombres y los aliados 350. Charlone fué herido de un sablazo en la cabeza por un oficial paraguayo. Los muertos fueron enterrados bajo el puente, donde tuvo lugar el combate.

Estando el enemigo en posesión del río, el general Robles hizo mal en dejar en Corrientes, que no tenía defensas de ningún género, una guarnición tan pequeña con orden de sostenerse, en vez de retirarse en presencia de fuerzas mayores, mucho más



cuando él se hallaba con su ejército á muchas millas de distancia, y no le era posible enviar refuerzos oportunos. Esto, sin embargo, se hizo por órdenes de López.

Decían los aliados que se había oído gritar á los paraguayos: «El que muera aquí resucitará en la Asunción», y aseguraban que esta doctrina era propalada en el Paraguay por los sacerdotes. Esto no es cierto; los paraguayos nunca lo hubieran creído, aunque los sacerdotes no habrían titubeado en predicarlo.

El parte oficial de los paraguayos, dice, que los argentinos violaron y saquearon la población. Sin embargo, esto no tiene ni visos de verdad.

El gobierno argentino concedió una medalla á los que tomaron parte en este ataque. La escuadra brasileña ancló enfrente de Corrientes para hacer efectivo el bloqueo que había declarado.

El Paraguay continuaba activamente sus preparativos. López mismo se preparaba á entrar en campaña, y corría la voz de que marcharía sobre Montevideo y Buenos Aires. El general Díaz (entonces teniente de policía) fué promovido á capitán, y encargado de mandar disciplinar el batallón número 40, compuesto en su totalidad de gente de la Asunción. Este batallón constaba de 1.050 hombres y ejecutaba sus evoluciones con mucha precisión, y asistió durante la guerra á mayor número de combates que ningún otro: cinco veces fué casi totalmente aniquilado, y otras tantas remontado con habitantes de la Asunción. El general Bruguez, (entonces teniente coronel) había conseguido poner en muy buen pie la artillería ligera, y un día del mes de Mayo, López revistó sus tropas en la Asunción; llegaban á 15.000 hombres. Presentaban muy buen aspecto con sus camisetas coloradas, y maniobraron muy satisfactoriamente. El mismo día un yankee, M. Krüger, experimentó un torpedo en presencia de López, haciendo volar á una gran altura una balsa de palmas, permaneciendo personalmente á seis varas del punto de la explosión.

Todo el mundo repetía que Bolivia iba aliarse con el Paraguay, y enviaría un ejército en su auxilio.

El 8 de Abril de 1865 López instituyó por un extenso decreto la «Orden Nacional del Mérito», que se dividía en cinco grados diferentes, á saber: gran cruz, gran oficial, comendador, oficial y caballero. La condecoración consistía en una estrella de cinco picos con flechas convergentes entre los picos, y un medallón en el centro; en el anverso llevaba esta inscripción: «Honoris causa», y en el reverso « Prœmium Meriti». Esta condecoración debía llevarse al costado izquierdo, pendiente de una cinta en cuya extremidad debía verse una angosta faja tricolor.

«La Dotorell», cañonera de S. M. B., estaba en Corrientes cuando tuvo lugar el combate del 25 de Mayo y continuaba su viaje á la Asunción cuando se encontró con el «Pirabebé» yate á vapor perteneciente á la flotilla paraguaya, armado con un cañón. El «Pirabebé», creyendo que era brasileña, hizo fuego sobre la cañonera inglesa, pero sin tocarla. El capitán del yate se disculpó luego, diciendo que no había distinguido la bandera. «La Dotorell» llegó á la Asunción el 1º de Junio, llevando á su bordo un secretario de la Legación inglesa. La misión que llevaba no fué



conocida por la generalidad de los ingleses allí residentes. Parece, sin embargo, que iba enviada para embarcar á todo súbdito británico que quisiera salir del país.

——:——

CAPITULO VII

Batalla del Riachuelo — Lopez deja la Asunción para venir al teatro de la guerra — Prisión del general Robles — Continuación de la campaña en Corrientes

El 2 de Junio de 1865, López, antes de dejar la Asunción para venir al teatro de la guerra, publicó la siguiente proclama: El Mariscal, Presidente de la República del Paraguay y general en jefe de sus ejércitos á la Nación.

Ciudadanos:

El desenvolvimiento que va á tomar la guerra en que se halla empeñada la patria con la triple alianza brasileña-argentina-oriental no me permiten ya continuar haciendo el sacrificio de permanecer lejos del teatro de la guerra y de mis compañeros de armas en campaña, cuando el orden público sólidamente afianzado en el país y el unánime entusiasmo de la nación me habilitan á concurrir allí donde el deber del soldado me llama.

Siento la necesidad de participar personalmente de las fatigas de los bravos y leales defensores de la patria, y dejo provista la administración pública para que pueda ser debidamente atendida.

Al separarme momentáneamente del seno de la patria, llevo la dulce satisfacción de que la administración general del estado continuará siendo servida con toda lealtad, dedicación y patriotismo con que los funcionarios públicos acostumbran desempeñar sus deberes.

Me asiste también la confianza de que todos los ciudadanos contribuirán incansablemente en sus respectivas esferas al éxito de la lucha en que la patria se halla empeñada, y para esto no es necesario que todos empuñemos las armas, ni todos corramos á las filas, sino que todos cooperemos al bien de la causa común.

Así debe constar del pronunciamiento uniforme con que la nación se levanta á pedir el desagravio de su honor ultrajado, la garantía de su existencia amenazada y el afianzamiento de sus derechos vulnerados.

La santidad de la causa que nos ha obligado á dejar nuestra vida pacífica y laboriosa, está en el corazón de cada ciudadano, y el Dios de los ejércitos velará sobre nuestras armas.

Asunción, 2 de Junio de 1865.

FRANCISCO S. LOPEZ

López se embarcó á bordo del «Tacuarí» el 8 de Junio al ponerse el sol, acompañándolo cuatro vapores cargados de tropas.



Como es de suponerse, toda la población de la Asunción estaba en la playa, esperando toda la tarde para verlo embarcarse. Al partir el bote que lo conducía, la marinería de la «Dotorell», se presentó en las vergas y la tropa paraguaya formó á lo largo de la obra muerta de sus buques. Sin embargo, no hubo vivas. A media noche partió, llegando á Humaitá el día siguiente por la tarde.

Inmediatamente que llegó á Humaitá, empezó á alistar sus vapores para un combate, siendo escogidos para la expedición los siguientes vapores, pues el resto se hallaba en Matto Grosso, ó eran inútiles para el propósito:

	Cañones			
Tacuarí (buque almte).	2 de á 32 y 4 de 24	de ruedas	500 tons.	Capitan Mesa
Paraguay........	4	»	627 »	Tnte. Alonso
Igarey...............	5	»	548 »	Cptan. Cabral
Marquez de Olinda...	2 de á 12 y 1 de 24	»	250 »	» Robles
Jejuy...........	4	»	300 »	Alts. Roman
Salto Oriental.......	2	»	120 »	
Pirabebe............	4	helice	250 »	Tte. Pereira
	2 de á 32	»	120 »	
	30 cañones			
Iberá...............	4	helice	600 »	Capitan Gil

Ponemos á parte el último buque porque se le salió el tornillo de la hélice y tuvo que quedarse en las Tres Bocas. Llevaban también seis chatas con un cañón de ocho pulgadas. Estas cañoneras no tenían cubierta, y eran apenas bastante grandes para cargar el cañón y los artilleros: solo dejaban un pié fuera del nivel del agua, y tenían la proa doble como las balleneras, siendo construídas de dos chapas de tablas diagonales de dos pulgadas de espesor. No podían andar sino á remolque.

El 10 de Junio fué empleado en cargar municiones y acordar el plan de operaciones.

Se escogieron uno por uno quinientos hombres del batallón número 6, y se les embarcó en los vapores: antes de embarcarse, se presentó López á caballo y los proclamó. El entusiasmo fué grande y general, prometiendo todos volver con la escuadra brasileña; López les encargó trajeran algunos prisioneros y la tropa respondió:—«¿para qué queremos prisioneros? los mataremos todos!» «No, dijo López; es bueno que traigan algunos. López estaba muy contento y los soldados fanatizados.

El capitán Mesa era el jefe de la expedición y el capitán Cabral su segundo. Los maquinistas de los vapores eran todos ingleses, excepto uno ó dos de los segundos que eran paraguayos.

Cada vapor tenía bastante gente para cubrir completamente ambos costados del buque, y cada uno llevaba á bordo un cirujano paraguayo.

Todos estos vapores excepto el «Tacuarí» eran mercantes y tenían sus máquinas muy afuera de la línea de agua, y por consiguiente muy expuestas á las balas enemigas.

Por un olvido no llevaban ganchos de abordaje, y ésta fué quizá la razón porque no pudieron tomar la escuadra brasileña.

Las órdenes impartidas á los comandantes eran: estar encima de los brasileños al nacer el día, pasar de largo por ellos, y volver en seguida colocando cada uno su vapor al costado de otro brasileño, y descargándoles toda su batería y la de las chatas, saltar al abordaje y posesionarse de ellos.

Los vapores partieron esa noche dejando al «Iberá» en su camino. Gill, su capitán, y después uno de los jefes de Humaitá se contrarió tanto con este incidente, que lloró materialmente. En vez de estar al costado de los brasileños al nacer el día, eran ya las ocho y media cuando los paraguayos los avistaron.

El río Paraná en Corrientes tiene como dos y media millas de ancho, y el Riachuelo nueve; debajo de Corrientes está dividido por dos brazos por una isla: el que queda al lado de Corrientes es el canal principal y tendrá como una y media milla de ancho. En este lugar el canal es estrecho; pero más arriba hay lugar bastante para la maniobra de los vapores.

En la barranca del Riachuelo, Brugez había colocado 22 cañones de campaña sin parapetos, cuyos calibres variaban de 4 á 18, que había hecho traer del otro lado del Paraná, llegando justamente á tiempo.

La escudra brasileña estaba fondeada un poco más abajo de Corrientes del lado del Chaco como á una y media milla de la costa correntina. Constaba de los siguientes vapores:

Amazonas (almirante)	Ruedas	6 cañones
Jequitinhonha 9	Helice	8 »
Belmonte	»	8 »
Paranahyba 12	»	6 »
Ipiranga	»	7 »
Mearin	»	8 »
Iguatemi	»	5 »
Araguary	»	3 »
Bibiribe	»	8 »
		59

Todos estos eran hermosos vapores de guerra y además de su tripulación tenían infantería.

Los buques paraguayos pasaron por la escuadra brasileña á una distancia de cerca de una milla, (dando esto una gran ventaja á la excelente artillería brasileña) y llegando hasta el Riachuelo dieron vuelta. Esta maniobra insensata dió tiempo á los brasileños para prepararse á la acción, levantar anclas y ponerse en movimiento, perdiendo así la ventaja de atracar á su costado antes que los buques brasileños se hubieran puesto en movimiento, en cuyo caso se hubiera trabado la pelea brazo á brazo con gran ventaja para los paraguayos.

Al cruzar por frente á la escuadra brasileña, ambas partes rompieron un vivo y nutrido fuego y una bala partió en dos la caldera de uno de los buques paraguayos, quedando por consiguiente fuera de combate. Este fué el «Jejuy», que ancló en el Riachuelo mientras los otros siete subieron á recibir á los brasi-

leños que ya bajaban hacia ellos, atacándolos por el centro de línea.

La «Jequitinhonha» se adelantó demasiado y encontrándose con los cañones de Brugez, embicó en la orilla opuesta, de donde no fué posible sacarla; pero hizo fuego durante todo el día, hasta que fué abandonada en la tarde, después de haberse ensayado su salvamento por dos vapores, sin conseguirlo.

El «Tacuarí», el «Marqués» y el «Salto», atacaron inmediatamente al «Paranahiba», pero solo el «Tacuarí» atracó bien á su costado, y solo dos hombres que estaban en los tambores de las ruedas pudieron saltar á la «Paranahiba», porque el resto del buque, como era natural, no podía unirse con ella. Estos dos hombres saltaron dentro; pero como los buques no estaban enganchados, y no podían mantenerse unidos, tuvieron que volver atrás.

El «Salto, vapor á hélice, se aparejó á la «Paranahiba» y al pasar por su costado, soltaron dentro de ella treinta paraguayos, Estos daban golpes á derecha é izquierda y muchos brasileños aterrorizados se echaron al agua metiéndose casi todos bajo cubierta. Los paraguayos eran dueños de la «Paranahiba» desde la popa hasta el palo mayor. Arriaron la bandera brasileña y tomando el timón dieron dirección al buque. En ese momento llegaron el «Amazonas» y otro vapor y haciendo fuego sobre la «Paranahiba», mataron las tres cuartas partes de los paraguayos que quedaban á bordo: viendo los brasileños que eran muy pocos los que sobrevivían los cargaron, matando tres ó cuatro, y escapándose los demás á nado. Dos compañías del 9º batallón brasileño estaban á bordo y su capitán Pereyra, fué muerto.

El parte oficial brasileño dice que en la «Paranahiba» tuvieron 28 muertos y 20 extraviados, suponiendo que estos últimos habrían caído al agua. En esta batalla siempre que un vapor paraguayo llegaba á lo largo de un vapor brasileño, muchos hombres de la tripulación de este último se echaban al agua, de los cuales unos se ahogaban y otros llegaban á la costa á nado.

Estos últimos eran todos muertos al llegar á tierra.

En seguida el «Amazonas» logró echar á pique al Paraguarí» pegándole un golpe en el centro de su casco y echándolo á la costa, desde donde continuó haciendo fuego; el capitán de la «Paranahiba», en su parte oficial, se atribuye el honor de haberlo echado á pique.

El cañoneo y la mosquetería fueron muy nutridos durante todo el combate. La «Belmonte» recibió varias balas bajo el nivel del agua, que la invadía rápidamente, de manera que tuvo que embicar para no irse á pique. Cuando tocó fondo estaba llena de agua casi hasta la cubierta y había perdido todas sus municiones y provisiones. No dejaban de hacer fuego sobre el «Jejui», que como hemos dicho, había quedado anulado, sumergiéndose por fin. Habiendo sido atravesadas por las balas las calderas del «Marqués de Olinda», el buque fué arrastrado aguas abajo por la corriente. Muchos de sus tripulantes perecieron de las quemaduras, y la mayor parte fueron muertos ó heridos. Baró en un banco y quedó enterrado en él. El capitán Mesa fué mortalmente herido



por una bala de rifle desde las vergas de un vapor brasileño, y el mando recayó en el capitán Cabral.

El «Tacuarí» escapó difícilmente: una bala de 68 le levantó las chapas de las calderas sin causarle más daño. El «Igurey» recibió una bala de 68 en una de sus calderas, pero aunque moviéndose apenas, continuó navegando. Las calderas del «Salto», fueron también destrozadas y casi toda su tripulación muerta ó herida. Este vapor se dirigió lentamente á tierra y varó cerca del «Marqués».

Los cuatro vapores paraguayos que quedaban se retiraron entonces, sin que los brasileños trataran de impedírselo.

El «Igurey» apenas podía marchar muy lentamente, el «Tacuarí» navegaba casi á su retaguardia para protegerle; fueron seguidos por el «Amazonas», pero á una larga distancia; cuando el «Tacuarí» detenía su marcha para que el «Igurey» se adelantara, el «Amazonas» hacía otro tanto. Dos «chatas» fueron echadas á pique y las otras dos se refugiaron en el Riachuelo.

Ya no quedaba más que una docena de hombres á bordo del «Paraguary» — entre ellos M. Gibson, el maquinista; llegando á su costado un vapor brasileño le intimó, como al único oficial que sobrevivía, que arriara la bandera ó le haría fuego. Obedeció y el enemigo le dijo que le enviara inmediatamente un bote, para recogerlos. Sin embargo, antes de que llegara el bote, el resto de la tripulación se tiró al agua, guareciéndose en el Chaco. Una parte de la tripulación de los otros buques perdidos hizo la misma cosa. Los brasileños enviaron un bote armado para recoger algunos de ellos; pero los paraguayos mataron á la tripulación y se apoderaron del bote.

Los vapores brasileños sufrieron muchas averías. La «Paranahiba» fué agujereada en trece partes cerca de la línea de agua.

El 13, la escuadra brasileña se retiró aguas abajo pasando á todo vapor las baterías del Riachuelo, á las que tenía un gran respeto. La «Jequitinhonha» se hallaba frente á ella y sin embargo no visitaron el buque; todo lo habían abandonado excepto un cañón Whitworth que echaron al agua al abandonar el buque. La escuadra brasileña fondeó un poco más arriba de Bella Vista.

Al día siguiente la «Dotorell», buque de S. M. B., bajó el río y recogió á su bordo 16 hombres pertenecientes al «Marqués de Olinda», que se encontraron abandonados. Su comandante (Robles) había sido recogido á bordo del «Amazonas», en donde se le amputó el brazo, mas él se arrancó las vendas y murió, diciendo que prefería morir antes que permanecer prisionero. El comandante del «Salto Oriental» (Alcaráz) fué también tomado; pero estando muy mal herido murió á los pocos días. El «Salto» y el «Marqués de Olinda» desaparecieron bajo el agua algunos días después.

Los brasileños prendieron fuego al «Paraguary»; pero como el casco era de hierro solo se quemó la parte interior, y algunos días después fué llevado á remolque á la Asunción. Sus chapas y máquinas fueron muy útiles á los paraguayos, pues hacia el fin de la guerra, cuando el hierro era sumamente escaso, fueron cortadas y aprovechado su material.

Cuando los brasileños dejaron el río libre, los paraguayos que estaban en el Chaco lo atravesaron, á pesar de que la ma-



yor parte de ellos habían pasado tres días sin alimento.

En esta batalla los brasileños perdieron cerca de 300 hombres (muertos, heridos y extraviados) y los paraguayos cerca de 200. Dos de las principales desventajas con que lucharon los paraguayos en este combate fueron, que los buques brasileños eran mucho más altos que los suyos, de manera que apenas era posible abordarlos, y además estaban defendidos por redes de abordaje. Los vapores brasileños eran casi todos á hélice y se escapaban fácilmente de manos de los paraguayos, que no tenían ganchos.

Durante la batalla, Berges despachó varios mensajeros de Corrientes para tener noticias de ella; pero en realidad no supo nada de lo que sucedía. Uno de los pasajeros trajo la noticia de haber sido tomados dos buques brasileños.

El cañoneo se oía distintamente en Humaitá. Al día siguiente al amanecer, dos guardias de la costa avisaron que se avistaban dos vapores, pero que no sabían si eran brasileños ó paraguayos. El mismo López no lo sabía, y todos los artilleros corrieron á las baterías. Al salir el sol se avistó un vapor trayendo otro á remolque, que se creyó al principio fuera brasileño, pero no era otro que el «Iberá»; llegando poco después los demás vapores.

El «Iporá» parecía el buque que más había sufrido. Le habían roto el palo de trinquete cerca de su arranque; toda la obra muerta de proa estaba destruída, teniendo además su cámara de cubierta cribada de balas; sin embargo, en realidad era el que había sufrido menos. Todos los vapores tenían sus chimeneas hechas pedazos por las balas, y algunos agujeros en sus cascos; pero el único daño sério que recibieron fué el agujereamiento de la caldera del «Igurey», el que á pesar de esto fué compuesto en tres ó cuatro días. Una bala de 68 se había alojado en la caldera y estaba depositada en los tubos.

Todos los cañones de la escuadra paraguaya fueron desmontados; la mayor parte por el fuego incesante que hicieron, y el resto por las balas enemigas. Los vapores que volvieron no habían sufrido gran pérdida de hombres; el que más, tenía 28 entre muertos y heridos. Los brasileños tenían algunos cañones Whitworth, de 150 y 120; pero ninguno de los vapores que volvieron llevaba señales de haber sido tocado por sus balas, y solo supimos que los tenían porque algunas de ellas, que habían caído cinco ó seis millas tierra adentro, fueron enviadas por Berges á Humaitá.

Los paraguayos desplegaron un gran valor en esta batalla, peleando contra buques y cañones infinitamente superiores. Los brasileños mismos confiesan que se escaparon apenas. Probablemente hubieran tomado la escuadra, si en vez de pasar aguas abajo hubieran abordado inmediatamente á los brasileños.

Los brasileños celebraron esta batalla como una gran victoria, y el Emperador honró á Barroso, jefe de la escuadra, con una cruz, haciéndolo «Barón das Amazonas». En cualquier otro país hubiera sido sometido á un consejo de guerra, no solo por no tratar de cortar la retirada de los vapores paraguayos, sino por el rumor que corría abordo de su mismo buque, sobre su cobardía, donde se decía que perdió completamente la cabeza, y que el piloto correntino fué el verdadero jefe de la escuadra.



Tamandaré, que hacía meses estaba «yendo», no logró «llegar» hasta la escuadra; no obstante fué felicitado por la victoria. Se ocupaba en galantear las damas de Buenos Aires.

En el momento en que un vapor paraguayo pasaba al costado de otro brasileño, un paraguayo saltó á bordo del último, y con su machete dividió la cabeza de un oficial, abriéndosela hasta el pescuezo; pero viéndose repentinamente sólo, saltó al agua por las troneras del lado opuesto, logrando salvarse.

El capitán Mesa fué desembarcado en Humaitá y atendido convenientemente; pero López no quiso verle, y si no hubiera muerto de sus heridas quizá lo hubiera hecho fusilar.

Un marinero que se había metido en la bodega durante el combate, fué fusilado en la tarde del día en que los vapores llegaron á Humaitá. López dió á entender á algunos extranjeros que este incidente le contrariaba; pero siendo cierto el caso, no podía obrar de otra manera.

Dos ó tres días después de la batalla, llegó á Humaitá la gente que se había refugiado en el Chaco, habiendo hecho todo el camino á pie (40 millas) exceptuando solamente el pasaje del Paraná. Entre ellos llegaron los señores Gibson, Bagster, Spivey, y otros maquinistas ingleses; dos de ellos venían gravemente quemados. Estos murieron algunos días después y López hizo construír en Humaitá, un cementerio inglés, con un muro decente á su alrededor y una puerta ornamentada.

M. Gibson fué encarcelado por muchos días, M. Watts, primer maquinista del «Tacuarí» fué nombrado caballero de la Orden de Mérito. Tres años después fué una de las víctimas de esos inexplicables parosismos de sed de sangre, que caracterizaron á López en sus últimos tiempos.

Las noticias de esta batalla no fueron recibidas en Buenos Aires hasta diez días después, aunque el viaje sea sólo de cuatro; las salvas, los petardos y los cohetes celebraron la importancia de la victoria.

López decretó una medalla al 2º regimiento de artillería montada, que fué el que estuvo en el Riachuelo, con estas inscripciones: «El Mariscal Presidente, al 2º Regimiento de artillería montada. Riachuelo, 11 y 13 de Junio de 1865». Estas medallas fueron modeladas y fundidas en el país.

Se mandaron vapores con el objeto de salvar algunos de los buques perdidos, pero solo se consiguió salvar el «Paraguary». Del «Jequitinhonha» se sacaron dos cañones de 68 y 4 hermosos cañones de hierro de á 32; también dos obuses de bronce de cinco pulgadas. Se tomó asímismo una gran hélice de bronce que tenían de repuesto, el cual fué enviado á la fundición. Se tomó también gran número de libros, sables, papeles, ropas, relojes, é instrumentos; se llevó igualmente su verga mayor á Humaitá donde fué destinada á servir de columna central en una ronda de baile.

En menos de dos meses Bruguez, después de haber recibido refuerzos y con ellos dos cañones de 32 marchó rápidamente, y pasando el punto donde se hallaba la escuadra brasileña, llegó á Bella Vista, y estableció sus baterías en las barrancas, que tienen



en ese lugar unos cincuenta pies de altura. Cuando los brasileños, que habían sido reforzados con dos vapores, supieron que se hallaba allí, retrocedieron y tuvieron que sufrir una nueva corrida; mantuvieron á toda su infantería sobre la cubierta y en las vergas para hacer fuego á los enemigos; pero siendo completamente dominados por éstos á causa de la altura de la barranca, en vez de causar daño sufrieron una tremenda pérdida de hombres, porque los paraguayos tenían tres batallones de infantería bajo las órdenes del sargento mayor (después general) Aquino, y barrían los puentes con la artillería. Fondearon como á seis millas más abajo, y en la misma noche Bruguez, haciendo otra rápida marcha, volvió á colocar sus baterías más abajo, en un punto llamado Cuevas. Los brasileños reconocieron el terreno y encontrando otra vez baterías volantes á su retaguardia, retrocedieron de nuevo sufriendo otro baqueteo; pero esta vez no se veía un alma sobre la cubierta. Todos se mantuvieron en la bodega excepto la tripulación del vapor argentino «Guardia Nacional» (ex-paquete inglés «Camilla») que se condujo bizarramente, contestando al fuego durante el pasaje. Este segundo pasaje por las baterías tuvo lugar el 12 de Agosto.

Durante ocho meses no se volvió á oír hablar de la escuadra brasileña, hasta que subió el Paraná, con el objeto de pasar el ejército aliado al territorio paraguayo, y se suponía, que empleaba su tiempo imaginando los medios de evitar, que les pisaran los talones aquellas terribles baterías volantes.

El general Robles con su ejército estaba en Goya, adonde había llegado el 3 de Junio; el día en que tuvo lugar la batalla del Riachuelo, emprendió una retirada á marchas forzadas, quizá por no conocer la causa del cañoneo, pues López á los principios de la guerra, jamás dejaba á su derecha saber lo que hacía su izquierda, aunque en los últimos tiempos de la campaña, solía prevenir á todo el ejército de los ataques que pensaba llevar á cabo, para evitar confusiones.

Robles acampó cerca del Empedrado, doce leguas abajo de Corrientes. Cuando el ejército avanzaba, rara vez fué molestado por los guerrilleros de Cáceres; el cuerpo principal del enemigo bajo las órdenes del general Paunero, se había conservado siempre á 16 ó 20 leguas de distancia.

Robles permaneció en el Empedrado sin hacer absolutamente nada, hasta el 23 de Julio, día en que el general Barrios ministro de la guerra, llegó á su campamento, situado á una milla del río. Robles salió de su carpa para recibirle y estrecharle la mano; pero Barrios poniéndole la suya en el pecho lo rechazó, y presentándole una carta de López, le dijo que la leyera. Después de leerla, Robles se quitó la espada y la entregó á Barrios, quien lo remitió bajo custodia á bordo del «Igurey», donde fué arrestado en un camarote principal, con centinela de vista y conducido á Humaitá; al mismo tiempo fueron todos sus papeles sellados por Barrios y enviados á López.

En Humaitá se le encerró en un cuarto y fué puesto en completa incomunicación.

Poco antes de este suceso, Resquin fué llamado de Matto-



Grosso, elevado al grado de brigadier general, y enviado á Corrientes como segundo de Robles. Es probable que llevara también la misión de vigilar la conducta de éste. El coronel Alén, jefe del estado mayor de Robles, le fué impuesto por López para que espiara sus acciones.

Se susurraba en el ejército paraguayo que Robles había convenido vender su ejército al enemigo y que esta venta se realizaría de la manera siguiente: — El 24 de Julio debía festejarse el natalicio de López, la fiesta consistiría naturalmente en bailes; Robles, como era de orden, mandaría á todos sus soldados desarmados; entonces el enemigo, marchando silenciosamente se presentaría de pronto y los tomaría á todos prisioneros. — Robles permaneció varios meses en un cuarto de Humaitá y parecía ya olvidado. Barrios estuvo algún tiempo al frente del ejército, y dejando á Resquín en su lugar, volvió al Paraguay. Este avanzó de nuevo hasta Bella Vista, en cuyas cercanías permaneció un mes ejecutando marchas y contramarchas sin motivo ostensible. El enemigo no lo molestó, porque el general Paunero, á fines de Julio, había marchado hacia el Este, y el general Cáceres se contentaba con algunas guerrillas sostenidas con bravura por ambas partes.

En la anterior marcha hacia el Sud de la Provincia, los pueblos habían sido hasta cierto punto respetados, pero esta vez fueron saqueados completamente. El Triunvirato declaró contrabando de guerra todo artículo de lana y algodón, suministrando á los vapores paraguayos con este decreto, la excusa para llevar á Humaitá todos los géneros que encontraran. Inmensas cantidades de vino, licores y cerveza fueron también transportados á los almacenes de gobierno en Humaitá. Es probable que alguna parte de estos artículos existe todavía. Muchas de las cosas robadas fueron enviadas á López de regalo; madama Lynch fué obsequiada con un piano extraído en la casa del señor Defino. Los habitantes fueron también malísimamente tratados y muchos asesinados sin motivo alguno.

La población de Goya, teniendo noticia de lo que sucedía, y esperando por momentos la llegada de los invasores, abandonó sus casas y se refugió en las islas situadas á retaguardia de la escuadra brasileña, que se hallaba en Goya, permitiendo así á los paraguayos dominar el resto del río y conducir el robo en sus vapores. Es indudable que se hubiese escabullido si los paraguayos se hubiesen internado más al Sud. López había sumergido á la ciudad de Corrientes en un terror pánico, enviando á Humaitá seis ú ocho señoras de la población, esposas de algunos distinguidos oficiales argentinos, con el pretexto de estar en correspondencia con el enemigo. Estas infelices fueron conducidas á algún punto del interior del Paraguay, y no se ha vuelto á oír hablar de ellas. Algunas fueron obligadas á dejar sus hijos en Corrientes.

El 24 de Junio se dió en Corrientes un gran baile, al que tuvieron que asistir todas las señoras.

——:——



CAPITULO VIII

Campaña del Uruguay—Los aliados abren las operaciones—Evacuación de Corrientes por el ejército paraguayo.

Al mismo tiempo que el general Robles invadía la provincia de Corrientes, una columna de 12.000 hombres y seis piezas de artillería, marchaba al Uruguay, á través de las Misiones correntinas, con el objeto de invadir la provincia de Río Grande. Esta columna — que atravesó el Paraná por la Encarnación, llamada también Itapua, era mandada por el teniente coronel Antonio Lacu Estigarribia. Llevaba consigo las canoas para pasar el Uruguay cargadas en carros.

Los ejércitos de Robles y Estigarribia estaban separados por la inmensa é intransitable laguna llamada Iberá (que significa «laguna brillante»). Esta laguna se extiende á través de la mitad de la provincia de Corrientes, y se prolonga desde el Paraná hacia el sud de la provincia. Los dos ejércitos no podían comunicarse. Estaban separados por una distancia de 200 millas en línea recta. Estigarribia se hallaba á igual distancia de la Encarnación, que era el punto más próximo del Paraguay, de manera que se encontraba totalmente aislado y sin la más remota base de operaciones. Mantenía comunicaciones con el Paraguay, por medio de chasques, que lograban pasar gracias al descuido del enemigo.

Este aislamiento de Estigarribia fué un error fatal é imperdonable, que López pagó con la pérdida de ese ejército. Era una operación audaz, poner el Paraná entre el ejército y el Paraguay, sin tener fortificaciones ni buques de guerra para protejer su retirada.. Sin embargo, los aliados no aprovecharon la ocasión que se les ofrecía.

Cuando Estigarribia llegó á la frontera de la provincia de Río Grande, los brasileños tenían reunidos en varios puntos 30.000 hombres, bajo las órdenes del general Canavarro y del Barón de Yagüy. Sin embargo, estos generales se hacían los ciegos y dejaban que Estigarribia saqueara sus ciudades, violara sus mujeres y arrasara cuanto encontraba á su paso, contentándose con enviar algunas guerrillas para observarlos. Si hacían abstracción de la vida, del honor y de la propiedad de sus conciudadanos, considerando este abandono bajo un punto de vista enteramente militar, obraban acertadamente, porque hubiera sido mucho más difícil batirlo en estas circunstancias, (aunque tenían fuerzas muy superiores en número) que rendirlo por hambre como sucedió después. Aunque sea verdaderamente singular, los aliados no tuvieron conocimiento de la expedición de Estigarribia, hasta que cayeron en sus manos algunos números del «Semanario» en que se mencionaba.

Los aliados empezaban á concentrar sus fuerzas en la Concordia, pueblecito situado en la costa del Uruguay, adonde llegaron y acamparon algunos millares de brasileños á principios de Junio. El Presidente Mitre, general en jefe de los ejércitos aliados, dejó el gobierno de la República Argentina en manos del doctor don Marcos Paz, y partió para Concordia el 17 de Junio. Pocos días después llegó el general Flores con una columna de 6.000 hom-



bres, de los cuales la mitad eran brasileños. Las tropas argentinas se reunían también gradualmente. El general Osorio, jefe de las fuerzas brasileñas, estaba ya presente, y las tropas brasileñas continuaban desembarcando diariamente.

El 18 de Julio, el general Flores, nombrado jefe de vanguardia, marchó por la margen derecha del río Uruguay al encuentro de los paraguayos, que avanzaban hácia el sud.

El coronel Estigarribia y su ejército, con una vanguardia de 2.500 hombres, bajo las órdenes del sargento mayor Duarte, se adelantó, encontrando muy poca resistencia hasta llegar al frente de San Borja, donde atravesó á la ribera opuesta, dejando á Duarte en la margen derecha del río, tomando á San Borja (el 10 de Junio) en donde el coronel Paiva con dos mil hombres hizo un simulacro de resistencia. El general Canavarro con una división de cuatro mil hombres se mantenía á una prudente distancia; después de la toma de San Borja se retiró á la Uruguayana, donde empezó á fortificarse.

El general Canavarro fué más tarde sometido á un consejo de guerra, por haber dejado á Estigarribia atravesar el río, sin oposición; pues se decía que en vista de los pobres medios con que contaba el jefe paraguayo, una fuerza de 500 hombres habría bastado para contenerlo.

Estigarribia y Duarte sostenían sus comunicaciones por medio de canoas, de las que tenían un número considerable, pues á más de las que habían llevado consigo, tomaron bastantes en el río Uruguay. Marcharon río abajo paralelamente y á la vista uno de otro, empleando mucho tiempo en esta marcha, durante la cual recibieron del Paraguay un refuerzo de 400 hombres. El 6 de Agosto, Estigarribia entró á la Uruguayana, que el general Canavarro, (que contaba con 8.000 hombres, inclusos los del coronel Paiva) había fortificado; pero que creyó prudente evacuar, dejando á Estigarribia dos piezas de campaña y muchos depósitos de provisiones. Los invasores, fuertes de 8.000 hombres, se establecieron allí. Duarte con 2.500 hombres acampó del otro lado del río en un lugar llamado Yatay. De la fuerza total de esta columna que se elevaba á 12.400 hombres, sólo quedaban 10.500; esta falta provenía de los enfermos remitidos al Paraguay, de muertes naturales, y de las bajas sufridas en las guerrillas.

Los bomberos de Duarte le trajeron la noticia de la aproximació de Flores con numerosas fuerzas. Aquel pidió refuerzo á Estigarribia. Este le contestó, «que si tenía miedo mandaría otro que le reemplazara». Duarte se dirigió también al general Robles, haciéndole presente su situación. En esta comunicación menciona también, que tenía orden de López, para «matar á todos los prisioneros que tomara». Esta comunicación fué interceptada por el general Paunero, que marchaba á incorporarse al general Flores.

El 17 de Agosto de 1865, el general Flores, llegó á Yatay, con una fuerza de 13.000 hombres y toda la artillería oriental, compuesta de 4 cañones lisos de á 6, y 4 rayados de á 9. Al instante mandó á Duarte una intimación de rendirse, á la que contestó: «que no tenía órdenes en ese sentido, del Supremo Go-



bierno. Duarte formó su línea detrás de algunas casas, apoyando su retaguardia en el río Uruguay, y aguardó el asalto en esta posición. Este fué inmediatamente llevado por las columnas de ataque, que fueron recibidas con un terrible fuego por la infantería de Duarte; en seguida lanzó su caballería contra los asaltantes ocasionándoles muchas pérdidas. Sin embargo, la superioridad numérica produjo su efecto, y la línea de Duarte fué rota y puesta en completo desórden. Pero los paraguayos mantuvieron un nutrido fuego por grupos y aún por individuos, hasta que fueron absolutamente aniquilados, porque se negaron á aceptar cuartel. No se escapó un sólo hombre. Se tomaron de 200 á 300 prisioneros, incluso el mayor Duarte.

Muchos oficiales del ejército aliado, escribían desde el campo de batalla que la carnicería había sido horrible, pues no había poder humano que hiciera rendir á los paraguayos, y que aún aislados preferían pelear haste el último instante, aunque rodeados de la muerte por todas partes. La pérdida de los aliados fué grande, pudiendo computarse, en cerca de 2.500 hombres entre muertos y heridos.

Los pocos paraguayos tomados prisioneros fueron alistados en las filas del ejército aliado; repartiéndoseles nuevos vestuarios, porque los miserables trapos que habían sacado de la Asunción, estaban en jirones y los hombres casi desnudos. El mayor Duarte fué enviado á Buenos Aires, donde el gobierno le suministró todas las comodidades. Esta conducta generosa fué en cierto modo empañada por algunos periódicos, que no dejaban de hablar todos los días de este asunto, como también del reparto de ropas á los prisioneros.

Probablemente se asombraban de la moderación que mostraban los aliados, perdonando la vida á los prisioneros, por ser éste un acontecimiento casi desconocido en los anales de la guerra sud-americana, en que es costumbre degollar á los prisioneros después de una batalla.

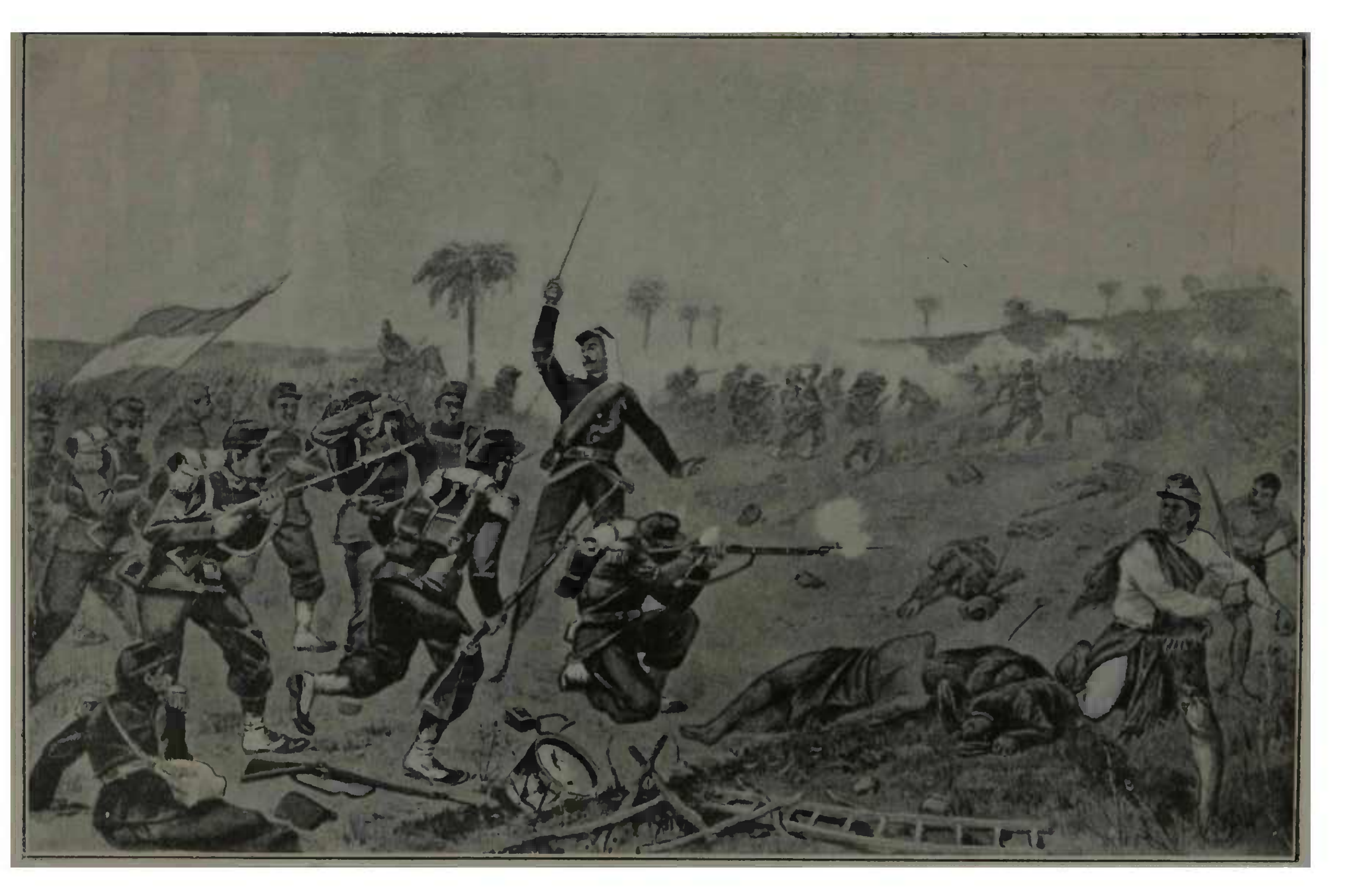
La margen derecha del Uruguay quedaba ahora completamente libre de invasores y los aliados dirigieron su atención sobre Estigarribia.

Este había presenciado la completa derrota de Duarte y se suponía que se rendiría inmediatamente. Sin embargo, no perdió tiempo en aumentar y perfeccionar las fortificaciones abandonadas por Canavarro, cercando al pueblo con «abatís».

El 25 de Agosto el general Mitre marchó de la Concordia con el resto del ejército y atravesó el río, dirigiéndose á la Uruguayana. El Almirante Tamandaré tenía allí cuatro cañoneras que habían logrado pasar los saltos del río, merced á una gran creciente.

Estigarribia suspendió una retirada, que lo habría salvado; pero pensando probablemente en lo que le haría López, si obraba sin sus órdenes, volvió á la Uruguayana y permaneció allí.

Los generales aliados enviaron entonces á Estigarribia una nota intimándole la rendición: se le proponía que toda la guarnición quedaría en libertad y que podría si lo deseaba volverse al Paraguay, retirándose con todes los honoress de la guerra. Estiga-



Carga de la Infantería Argentina en Lomas Valentina»

Dibujo de Fortuny

Combate del 2 de Mayo de 1866.—Episodio del 1.° de Caballería de Línea (Argentina)

Cuadro propiedad del Sr. Melitón Panelo.



rribia rechazó estas proposiciones por medio de una larga comunicación. La nota de los aliados fué remitida por un teniente paraguayo prisionero de Yatay, que fué también conductor de la respuesta.

Los aliados volvieron á dirigirse á Estigarribia, diciéndole que tenían fuerzas suficientes para abrumarle, y que les llegaban diariamente refuerzos; que el deber del militar era resistir solamente cuando se tenía alguna probabilidad de triunfar, y que habiéndole dejado López en tal atolladero, ya no había obligación de combatir por él.

La contestación de Estigarribia es algo larga, pero vale la pena de leerse.

Es la siguiente:

«A los señores representantes del Ejército Aliado de Vanguardia».

El abajo firmado, comandante en jefe de la división paraguaya en operaciones sobre el río Uruguay, cumple con el deber de contestar la nota que VV. EE. le han dirigido con fecha 2 del corriente acompañándole las bases de un convenio.

Antes de entrar en lo principal de la nota de VV EE. séame permitido rechazar con la decencia y altura propias del soldado de honor, todos aquellos conceptos contenidos en la precitada nota, en demasía injuriosos al supremo gobierno del abajo firmado. Ellos, con perdón de VV. EE., colocan á la referida nota al nivel de los diarios de Buenos Aires, que desde algunos años á esta parte no han hecho otra cosa, no han tenido otro oficio que denigrar grosera y severamente al gobierno de la República del Paraguay, lanzando al propio tiempo rudas calumnias contra el mismo pueblo, que los ha contestado labrando su felicidad doméstica por medio del honroso trabajo y cifrando su mayor felicidad en el mantenimiento de la paz interna, base fundamental de la preponderancia de una nación.

Si VV EE. se manifiestan tan celosos por dar libertad al pueblo paraguayo, según sus mismas expresiones, ¿por qué no han principiado por libertar á los infelices negros del Brasil, que componen la mayor parte de sus habitantes, y que gimen en la más dura y espantosa esclavitud, para enriquecer y dejar vagar en el ócio á unos cuantos centenares de los grandes del Imperio? Desde cuando acá se llama esclavo á un pueblo que elige por su libre y espontánea voluntad el gobierno que preside sus destinos? Sin duda alguna, desde que el Brasil se ha iniciado en los asuntos del Plata con ánimo marcado de someter y esclavizar á las Repúblicas hermanas del Paraguay y al mismo Paraguay quizá, si no hubiese contado con un gobierno patriótico y previsor.

VV EE. me han de permitir estas digresiones, puesto que las han provocado insultando en su nota al gobierno de mi patria.

No estoy conforme con VV. EE. en que el militar de honor y el verdadero patriota deba limitarse á combatir solamente cuando tenga probabilidades de vencer.

Abran VV. EE. la historia y en ese gran libro de la humanidad aprenderán que los mayores capitanes que aún el mundo recuerda con orgullo, ni contaron el número de sus enemigos, ni los elementos de que disponían, sino que vencían ó morían en nom-



bre de la patria. Recuerden VV. EE. que Leónidas con 300 espartanos guardando el paso de las Termópilas no quería ver las proposiciones del rey de Persia, y que cuando uno de sus soldados le dijo, que sus enemigos eran tan numerosos que obscurecían el sol cuando disparaban sus flechas, contestó: «mejor, pelearemos á la sombra». Como el capitán espartano, no puedo oír proposiciones del enemigo, porque he sido mandado junto con mis compañeros á pelear en defensa de los derechos del Paraguay, y como su soldado debo contestar á VV EE. cuando me hacen la enumeración de las fuerzas que vienen, y de la artillería de que disponen: «tanto mejor, el humo del cañón nos hará sombra».

Si la suerte nos depara una tumba en este pueblo de Uruguayana, nuestros conciudadanos conservarán el recuerdo de los paraguayos, que mueren peleando por la causa de su patria, que mientras vivieron no vendieron al enemigo la sagrada enseña de la libertad de su nación.

Dios guarde á VV. EE. muchos años.

ANTONIO ESTIGARRIBIA.

Las notas de Estigarribia eran producción de un sacerdote que lo acompañaba como capellán y secretario. Más adelante, los sacerdotes hacían el oficio de secretarios de todas las divisiones del ejército.

El Emperador del Brasil y su yerno el Conde d'Eu, llegaron á la Uruguayana el 5 de Septiembre, para revistar las tropas. Mr. Thornton, recién nombrado ministro de S. M. B. en la corte del Brasil, llegó poco después con el objeto de presentar sus credenciales al Emperador.

Los aliados hicieron los preparativos para atacar la plaza. Tenían 30.000 hombres y 42 cañones rayados, sin contar los de las cañoneras. Los generales aliados pensaban que con la artillería de que disponían, podrían derrumbar la plaza sobre Estigarribia, dando muerte á toda la guarnición, con un bombardeo de dos días, practicado desde una posición fuera del alcance de la artillería de los paraguayos, y se determinó, que cuando todos los cañones estuvieran en posición, hicieran de doscientos á trescientos disparos como para asustarlo; suspender entonces el cañoneo, y enviarle una segunda intimación de rendirse, á la que indudablemente no resistiría.

Entretanto las provisiones de Estigarribia escaseaban; su ejército había consumido todas las vacas, y empezaba á comerse los caballos. Hizo salir á todas las mujeres, como bocas inútiles; su situación empeoraba de día en día. El 13 de Septiembre se dirigió al general Mitre diciéndole, que las condiciones que se le habían propuesto hasta entonces no eran aceptables, y pidiéndole abriera de nuevo la negociación. Mitre, sin embargo, no hizo caso de la nota, sino que ordenó todos los preparativos del asalto, para intimarle nuevamente que se rindiese.

El 17, Estigarribia comenzó á construir balsas con intención de atravesar el río en ellas y en sus canoas, escapándose por allí; pero ya era tarde. Esta operación habría fracasado de todas maneras, porque el enemigo además de sus cañoneras tenía tropas del otro lado del río.



El 18 de Septiembre, todo el ejército aliado, tomó sus posiciones de ataque, y á las 12, envió á Estigarribia, la intimación de rendirse en cuatro horas. Estigarribia contestó haciendo las siguientes proposiciones:—1º Que toda su fuerza se rendiría como prisionera de guerra; 2º Que fuera permitido á los oficiales conservar sus armas, siéndoles igualmente permitido escoger su residencia, aún cuando quisieran volver al Paraguay, y 3º Que los orientales quedasen prisioneros en poder de los brasileños. El objeto de esta última cláusula era salvar las vidas de algunos orientales, que se habían reunido á sus fuerzas, los que temían que Flores los degollara según la amable costumbre del país.

Los jefes aliados se reunieron en la carpa del Emperador y después de conferenciar, contestaron que la primera y segunda proposición serían concedidas; pero que los oficiales entregarían sus espadas, pudiendo residir donde quisieran, excepto en el Paraguay. A las cuatro todo estaba concluído. Estigarribia entregó se espada al ministro de la guerra brasileño, que se hallaba presente con el Emperador.

Los paraguayos fueron repartidos en las filas aliadas, excepto algunos centenares que se mandaron de muestra á los diferentes países aliados. Todos sus fusiles, así como los tomados en Yatay, eran de chispa. Los hombres estaban en un terrible estado de extenuación, pues se habían mantenido algunos días, solamente con azúcar, del que había grandes depósitos en la plaza. El día que se entregaron, sólo quedaban vivos seis mil.

Estigarribia no había recibido comunicaciones de López desde el 11 de Junio.

El Emperador condecoró por su valor á todas las tropas presentes en la Uruguayana.

El general Castro con 2.000 hombres y el coronel Reguera con 600, habían sido enviados desde Yatay, á retaguardia de los paraguayos con órdenes de marchar hasta Encarnación, es decir, por el camino que habían recorrido los paraguayos, con el objeto de cortar sus comunicaciones y reconocer el país, para el caso en que se enviaran refuerzos al socorro de Estigarribia. Sin embargo, ésto no se intentó, quedando enteramente libre de invasores, todo el Este de Corrientes y la provincia de Río Grande. El 27 de Septiembre se encontró el coronel Reguera con cien paraguayos, que le presentaron guerrillas, ocultándose en los bosques. Reguera, para concluir, desmontó su caballería y penetrando en la selva, acuchilló como treinta paraguayos. En su parte declara que era absolutamente imposible hacerlos rendir; todos preferían morir.

En el ejército paraguayo no se daba gran importancia á la batalla del Yatay, á no ser bajo el punto de vista de haber mostrado á los aliados con qué clase de pueblo tenían que habérselas. Pero la noticia de la rendición de Estigarribia cayó sobre López como un rayo, aunque debía haber comprendido que esta división, una vez cercada y sitiada por todo el ejército aliado, estaba condenada á sacrificar hasta el último de sus hombres ó á rendirse. Cuando López recibió la noticia, rugía de cólera contra Estigarribia. Mandó llamar á todos los oficiales de la guarnición de Humaitá y les participó la noticia, diciéndoles que Estigarribia había



vendido la guarnición por 10.000 libras esterlinas, y presentándolo á la execración de todos como traidor á la patria. Este fué el único revés, que durante la guerra, afectó verdaderamente á López, aunque no lo mostró públicamente. Pasó tres días presa de tan furiosa rabia, que ni aun su hijo, á quien quería locamente, se atrevía á acercársele.

En el club de la Asunción se preparó una manifestación para condenar á Estigarribia, y el «Semanario» metía un ruido infernal, ponderando la gran estrategia de López y llamándole el Cincinato americano.

López ordenó en el acto la evacuación de Corrientes por las fuerzas paraguayas. Berges, por orden de López, escribió al triunvirato diciéndole que no habiendo encontrado el gobierno del Paraguay el apoyo que esperaba de parte de la provincia de Corrientes, y que no sirviendo las fuerzas del triunvirato ni aun para mantener libre la comunicación entre sus ejércitos, había resuelto, en consecuencia, llamar todas sus fuerzas al Paraguay, en donde sus comunicaciones no estarían expuestas á los inconvenientes que sufrían en Corrientes, y ofreciendo al mismo tiempo la «hospitalidad del Paraguay» á todo el que quisiera aprovecharse de élla, y hasta al mismo triunvirato.

Dirigió también una circular á los agentes diplomáticos, declarando que el Paraguay había hecho la guerra en Corrientes de la manera más «civilizada», y evitando, en cuanto era posible, los males de la guerra, y terminaba diciendo, que si alguno de sus súbditos había sufrido perjuicios, que «quedaran tranquilos», pues el Paraguay los indemnizaría tan luego como hubiera terminado la guerra.

Los paraguayos embarcaron en los vapores su artillería, que estaba en Cuevas (á las barbas de la escuadra brasileña, que se hallaba en Goya) y el general Resquín, extendiendo su línea de Oeste á Este cuanto le fué posible, marchó de frente, arrebatando todas cuantas vacas y caballos encontraba en su marcha al Paso de la Patria, donde eran esperados por dos vaporcitos y algunas lanchas para transportarlos al Paraguay. El pasaje empezó el 31 de Octubre. Otros vapores estaban empleados en transportar tropas de Corrientes á Humaitá.

Cuando los paraguayos abandonaron á Cuevas y el ejército aliado había tomado posesión de dicho punto, la escuadra brasileña se animó á subir hasta allí, repitiéndose esto mismo en Bella Vista y Corrientes. Esta última ciudad no fué saqueada, ni la generalidad de sus habitantes maltratada, pero como era natural, la población se regocijaba de verse libre de las pesadas humoradas de López. Muchos correntinos, que se habían comprometido con los paraguayos, los acompañaron llevando consigo sus familias.

El día que los paraguayos empezaron á atravesar á Itapirú, cinco vapores de guerra brasileños, llegaron casi á tiro de cañón de los vaporcitos que los pasaban. La gente que presenciaba esto, daba por perdido al ejército, como era natural suponerlo, creyendo que los brasileños no permitirían de ningún modo que pasase el río, y que pronto sería alcanzado y destruído por los ejércitos aliados. Sin embargo, los brasileños se contentaron con presenciar la



operación y se retiraron sin disparar un solo tiro! Dieron por escusa el no haber agua suficiente para sus buques, lo que era sin embargo falso, porque después, cuando el río estaba mucho más bajo, los mismos buques subían y bajaban continuamente. También dijeron, que éllos no sabían cuantas baterías ocultas pudieran tener los paraguayos y que no querían arriesgar sus buques.

El 3 de Noviembre los paraguayos habían pasado al otro lado sus últimos soldados y cañones, y á más 100.000 cabezas de ganado. Mataron además muchos millares de vacas que no pudieron ttransportar. Sin embargo, el ganado llevado de Corrientes fué de poca utilidad, porque casi todo murió de cansancio ó falto de alimento (á causa de ser muy escasos los pastos en la vecindad del Paso de la Patria) ó por haber comido de una hierba venenosa llamada «mio-mio», que abunda en el Sud del Paraguay y que sólo conocen los animales criados en el distrito. El número de animales muertos que cubría los campos de Itapirú durante algunos meses era terrible.

———:———



CAPITULO IX

LÓPEZ SE PREPARA Á RECIBIR Á LOS ALIADOS EN EL PARAGUAY— RECRIMINACIONES ENTRE LPÓEZ Y MITRE—LOS ALIADOS LLEGAN Á LA MARJEN CORRENTINA DEL PASO DE LA PATRIA—MALONES DE LOS PARAGUAYOS Á CORRIENTES

Cuando López partió de la Asunción para Humaitá en el mes de Junio, dió á entender que iba á tomar personalmente el mando del ejército de Corrientes, y todos los días se esperaba verle dejar á Humaitá, para realizar este propósito. Diariamente se hacían preparativos, y se circulaban rumores para corroborar esta idea. Hizo aprontar dos galeras para hacer la campaña, una para escritorio y otra para dormitorio. Se decía que marcharía sobre Montevideo y Buenos Aires y es indudable que esta era su intención. Si lo hubiera hecho al principio del año, se habría llevado todo por delante, y dictado sus condiciones á aquellos países. Entonces no tenían un ejército que mereciera el nombre de tal, y los paraguayos, confiando como confiaban en el heroísmo de López, lo hubieran seguido hasta el fin del mundo.

Tenía sin duda alguna idea, como se decía, de hacerse coronar Emperador del Río de la Plata. Si hubiera marchado hasta Entre Ríos, es muy posible que Urquiza se hubiera plegado á él. En presencia del aspecto que tomaban los acontecimientos, los aliados concibieron una pobre idea del poder de López, á consecuencia del fácil y completo éxito de las primeras operaciones de la campaña. López había perdido completamente su reputación de general, por el hecho de haber lanzado la columna de Estigarribia al centro del país enemigo sin apoyo de ninguna naturaleza. Es más que probable que tenía la esperanza de que Urquiza ayudara á Estigarribia; pero no había tratado al efecto, aunque no hay duda que Urquiza indujo á López á esperar su apoyo, pues sus agentes iban y venían constantemente. Se animaba sin cesar al ejército paraguayo, haciéndole creer que Urquiza estaba á punto de plegarse á sus banderas. Se decía también que Bolivia haría una alianza con el Paraguay y que 12.000 bolivianos marchaban á Matto-Grosso. La prensa chilena era el único apoyo extranjero con que López contaba en esta época.

López envió una partida de exploradores é hizo abrir una picada desde Curumbá hasta el Sagrado Corazón (Bolivia) por un territorio enteramente desierto. Este era el único camino para Bolivia, y durante toda la guerra los aliados suponían, que López recibía provisiones y municiones por esta via; sin embargo, esta suposición es falsa, porque el transporte tenía que hacerse en mulas, teniendo que llevarse las provisiones para el viaje, que duraba largo tiempo, y como no había ni puentes, ni botes para atravesar los ríos que cruzan el camino, no podía transportarse nada que no pudiera ser atravesado por medio de «pelotas».

No se hizo uso de este camino sino dos ó tres veces, y toda la carga que transitó por él, fué un poco de azúcar y café, que habría podido conducirse en un canasto.

Durante toda la guerra, el Paraguay no recibió jamás del

exterior provisiones de ninguna clase, si se exceptúan las que se tomaron en Matto-Grosso y Corrientes.

Varios buques italianos fueron detenidos dos ó tres meses en Humaitá, con el pretexto de que llevarían noticias sobre el país. Un vaporcito inglés, llamado «Flying Fish», fué detenido también. El doctor Barton, inglés, que por largos años había prestado distinguidos servicios al gobierno del Paraguay, como médico en jefe, se retiraba á Inglaterra en este vapor y fué detenido por 15 días en Humaitá, sin tener casi nada que comer. El vapor fué en seguida remitido á la Asunción y comprado por el gobierno. Sin embargo, el doctor Barton, afortunadamente para él, logró partir en un buque de vela.

Había en el Paraguay muchos refugiados políticos de las Repúblicas Oriental y Argentina; entre ellos el doctor Carreras, (ex-ministro de guerra del gobierno Oriental), el coronel Laguna, el coronel Telmo López y el triunvirato correntino. La mayor parte de estos refugiados habían ido á ofrecer á López sus servicios militares, que él aceptó, aunque no les dió nunca empleo ninguno. Más tarde, fueron fusilados ó murieron en la tortura.

López hizo venir á Humaitá á sus hermanos Venancio y Benigno, para tenerlos especialmente á la vista. Ambos se hallaban muy enfermos.

A fines de Octubre levanté un plano trigonométrico del terreno que media entre el Paraná y Humaitá, teatro probable de las futuras operaciones. Este es el primer reconocimiento topográfico que se haya hecho hasta el día de aquel terreno.

El ejército que volvía de Corrientes, parecía extremadamente fatigado; pero todos sus hombres se regocijaban de haber vuelto al Paraguay. Sólo volvieron sanos como 14.000 hombres, y 5.000 enfermos. Estos últimos habían llegado en diferentes ocasiones durante la campaña. Cerca de 8.500 hombres habían perecido en Corrientes, lo que incluyendo la columna de Estigarribia, daba una pérdida total de 21.000 hombres. En el Paraguay, habían muerto desde el principio del reclutamiento unos 30.000 hombres, haciendo un total de 40.000 hombres muertos y 10.000 rendidos, cuando la guerra apenas empezaba. Los que morían eran generalmente los reclutas, pues los veteranos resistían mejor. Desde el principio del reclutamiento, la diarrea y la disentería, no habían cesado de hacer grandes estragos. Estas enfermedades eran causadas principalmente por el cambio total de alimentos, y reinaron durante toda la guerra con mayor ó menor intensidad. Hubo también epidemias de viruela y sarampión, tanto en el Paraguay como en Corrientes, que arrebataron millares de hombres, dejando á otros tantos en un estado completo de extenuación. Por dos ó tres meses después de la llegada de López á Humaitá, los hospitales eran perfectamente atendidos, porque aun cuando las drogas escaseaban, había abundancia de vino y de azúcar, traídos de los pueblos de Corrientes.

López hablaba ahora de marchar á Santa Teresa, para formar allí su campamento principal, pues no se sabía por qué camino invadirían los aliados. En Santa Teresa se hallaría á igual distancia del Paso de la Patria y de la Encarnación, únicos dos lugares sobre el Paraná, en que un ejército podía pasar conve-



nientemente. Mas los aliados, inmediatamente después de la toma de la Uruguayana, repasaron el Uruguay y marcharon en varias divisiones en dirección al Paso de la Patria, con la intención de cortar la retirada al ejército de Resquín, pero éste fué bastante activo para prevenir el golpe.

Los paraguayos ocultaron seis piezas de artillería en los montes de las orillas del Paraguay, más ó menos á una milla de su desagüe. Otras seis piezas quedaron en Itapirú, mientras el resto que había vuelto de Corrientes (cerca de 600 piezas) fueron llevadas al Paso de la Patria y colocadas allí como reserva.

Una pequeña batería, compuesta de un cañón de 8 pulgadas, 2 de 32 y 14 piezas de campaña, fué establecida en Curupaity, con hornillos para calentar las balas. Sin embargo, nunca se hizo uso de ellas, porque los buques de madera no se pusieron á tiro de las baterías. Además, se estableció una estacada en el río, pero las estacas estaban demasiado separadas para impedir la navegación.

El 23 de Noviembre, López dirigió la siguiente nota al Presidente Mitre:

Cuartel General de Humaitá, Noviembre 20 de 1865.

A S. E. el Presidente de la República Argentina, Brigadier General don Bartolomé Mitre, General en Jefe del Ejército Aliado de la misma República, de la del Uruguay y del Imperio del Brasil.

Como General en Jefe de los Ejércitos Aliados, en guerra con esta República, tengo el honor de dirigir á V E. la presente.

En la imperiosa necesidad en que algunas veces se hallan los pueblos y sus gobiernos de dirimir entre sí por las armas las cuestiones que afectan sus intereses vitales, la guerra ha estallado entre esta República y los Estados cuyos Ejércitos V. E. manda en jefe.

En tales casos, es de uso general y práctico entre las naciones civilizadas atenuar los males de la guerra por leyes propias, despojándola de los actos de crueldad y barbarie que deshonrando á la humanidad, estigmatizan con una mancha indeleble á los jefes que los ordenan, autorizan, protejen ó toleran, y yo lo había esperado de V E. y sus aliados.

Así penetrado, y en la conciencia de estos deberes, uno de mis primeros cuidados, fué ordenar la observancia de toda la consideración con los prisioneros de cualquier clase que sean, fuesen tratados y mantenidos con respecto á sus graduaciones; y en efecto, han disfrutado de las comodidades posibles y hasta la libertad compatible con su posición y conducta.

El Gobierno de la República ha dispensado la más alta y amplia protección, no solamente á los ciudadanos argentinos, brasileños y orientales que se hallaban en su territorio ó que los sucesos de la guerra habían colocado bajo el poder de sus armas, sino que ha extendido esta misma protección á los mismos prisioneros de guerra.

La estricta disciplina de los ejércitos paraguayos en el territorio argentino y en las provincias brasileñas, así lo comprueban, y aun las familias y los intereses de los individuos que se



hallaban en armas contra la República, han sido respetados y protegidos en sus personas y propiedades.

V. E. entretanto iniciaba la guerra con excesos y atrocidades, como la prisión del Agente de la República en Buenos Aires, ciudadano Félix Egusquiza; la orden de prisión y consiguiente persecución del ciudadano José Rufos Caminos, Cónsul General de la República cerca del Gobierno de V E. y su hijo don José Félix, que tuvieron que asilarse á la bandera amiga de S. M. Británica; la secuestración y confiscación de los fondos públicos y particulares de aquellos ciudadanos, ya sea en poder de ellos mismos ó en depósito en los Bancos; la prisión del ciudadano Cipriano Ayala, simple portador de pliegos; el violento arranque de las armas nacionales del Consulado de la República, para ser arrastrado por las calles; el público fusilamiento de la efigie del Presidente de la República y el consiguiente arrojo que de esa efigie y del Escudo Nacional se hizo al río Paraná, en pública expectación en el puerto de la ciudad de Rosario; el asesinato atroz cometido por el general Cáceres en el pueblo de Saladas con el subteniente ciudadano Marcelino Ayala, que habiendo caído en su poder, no se aprestó á llevar su espada contra sus compañeros, y el bárbaro tratamiento con que ese mismo general acabó los días del también herido alferez, ciudadano Faustino Ferreira, en Bella-Vista; la bárbara crueldad con que han sido pasados á cuchillo los heridos del combate del Yatay, y el envío del desertor paraguayo Juan González, con especial y positiva comisión de asesinarme, no han sido bastantes á hacerme cambiar la firme resolución de no acompañar á V. E. en actos tan bárbaros y atroces, ni pensé jamás que pudieran encontrarse nuevos medios de crímenes para enriquecer las atrocidades é infamias que por tanto tiempo han flagelado y deshonrado, ante todo el mundo las perpétuas guerras intestinas del Río de la Plata.

Quise todavía esperar que en la primera guerra internacional como esta, V. E. sabría hacer comprender á sus subordinados que un prisionero de guerra no deja de ser un ciudadano de su patria, cristiano, y que como rendido deja de ser enemigo, ya que no supo hacer respetar de otro modo los derechos de la guerra, y que los prisioneros serían por lo menos respetados en su triste condición y sus derechos de tal, como lo son ámpliamente en esta República los prisioneros del ejército aliado.

Pero, es con la más profunda pena que tengo que renunciar á estas esperanzas, ante la denuncia de acciones todavía más ilegales como atroces é infames que se cometen con los paraguayos que han tenido la fatal suerte de caer prisioneros en poder del ejército aliado.

Tanto los prisioneros hechos en varios encuentros de ambas fuerzas, como notablemente los de Yatay y los rendidos de la Uruguayana, V. E. ha obligado á empuñar las armas contra su patria, aumentando por millares con sus personas el efectivo de su ejército, haciéndoles traidores para privarles de sus derechos de ciudadanía y quitarles la más remota esperanza de volver al seno de su patria y de su familia, sea por un canje de prisioneros ó por cualquiera otra transacción, y aquellos que han querido resis-



tirse á destruir su patria con sus brazos, han sido inmediata y cruelmente inmolados.

Los que no han participado de tan inícua suerte, han servido para fines no menos inhumanos y repugnantes, pues que en su mayor parte han sido llevados y reducidos á la esclavitud en el Brasil, y los que se prestaban menos por el color de su cútis para ser vendidos, han sido enviados al Estado Oriental y las Provincias Argentinas de regalo, como entes curiosos y sujetos á la servidumbre.

Este desprecio, no ya de las leyes de la guerra, sino de la humanidad, esta coacción tan bárbara como infame que coloca á los prisioneros paraguayos entre la muerte y la traición: entre la muerte y la esclavitud, es el primer ejemplo que conozco en la historia de las guerras, y es á V. E., al Emperador del Brasil, y al actual mandatario de la República Oriental, sus aliados, á quienes cabe el baldón de producir y ejecutar tanto horror.

El Gobierno Paraguayo, por ninguno de sus actos, ya sea antes ó después de la guerra ha provocado tanta atrocidad. Los ciudadanos argentinos, brasileños y orientales han tenido toda la libertad de retirarse con sus haberes y fortunas de la República y del territorio argentino, ocupado por sus ejércitos, ó de permanecer en ellos, conforme les conviniere.

Mi gobierno, así respetaba las estipulaciones convenidas en los pactos internacionales para el caso de una guerra, sin tener en cuenta de que esos pactos hubieren espirado, considerando sólo esos principios como de interés permanente, de humanidad y de honor nacional. Jamás olvidó tampoco el decoro de su propia dignidad, la consideración que debe á todo Gobierno y al Jefe del Estado, aunque en actual guerra, para tolerar insultos al emblema de la patria de los aliados, ó al fusilamiento de V E. ó el de sus aliados en efigie, y mucho menos podría acompañarles como medio de guerra en el empleo de algún tránsfuga argentino, oriental ó brasileño para asesinarlos en sus campamentos. La opinión pública y la historia juzgarán severamente esos actos.

Las potencias aliadas pues, no traen una guerra como lo determinan los usos y las leyes de las Naciones civilizadas, sino una de exterminio y horrores, autorizando y valiéndose de los medios atroces que van denunciados y que la conciencia pública marcará en todos los tiempos como infames.

Traída la guerra por V E. y sus aliados en el terreno en que aparece, concibo de mis deberes y de la obligación que tengo en el mando supremo de los Ejércitos de la República, haré de mi parte que V. E. en esos actos, que mi propia dignidad no me permite dejar continuar, y al efecto, invito á V. E. en nombre de la humanidad y del decoro de los mismos aliados, á abandonar ese carácter de barbarie en la guerra, á poner á los prisioneros de guerra paraguayos en el goce de sus derechos de prisioneros, ya estén en armas, esclavizados en el Brasil ó reducidos á servidumbre en las Repúblicas Argentinas y Oriental, á no proseguir en ningún acto de atrocidad, previniendo á V E. que su falta de contestación, la continuación de los prisioneros en el servicio de las armas contra su patria, diseminados en el ejér-



cito aliado ó en cuerpos especiales, la aparición de la bandera Paraguaya en las filas de su mando ó una nueva atrocidad con los prisioneros, me han de dispensar de toda la consideración y miramientos que hasta aquí he sabido tener, y aunque con repugnancia, los ciudadanos argentinos, brasileños y orientales, ya sean prisioneros de guerra ó no en el territorio de la República, ó en los que sus armas llegasen á ocupar, responderán con sus personas, vidas y propiedades á la más rigurosa represalia.

Esperando la contestación de V E. en el perentorio término de treinta días, en que será entregada en el Paso de la Patria.

Dios guarde á V E. muchos años.

Firmado—FRANCISCO S. LOPEZ

Es copia—José M. Lafuente,

Secretario de S. E. el General en Jefe

El Presidente Mitre contestó á los pocos días por medio de la siguiente nota:

El Presidente de la República Argentina y General en Jefe de los Ejércitos Aliados.

Cuartel General, frente á Bella-Vista, Noviembre 25 de 1865

Al Excmo. Sr. Presidente de la República del Paraguay, Mariscal D. Francisco Solano López.

He recibido la nota que como General en Jefe de los Ejércitos Aliados me dirige V. E. desde su Cuartel General en Humaitá, con fecha 20 del corriente, en que después de referirse á hechos que supone en desacuerdo con las leyes de la guerra, perpetrados por los Ejérctios Aliados sobre los prisioneros paraguayos en el combate del Yatay y en la rendición de la Uruguayana, así como otros que V. E. señala, me invita á la observación de aquellas leyes, significándome su disposición á usar de la represalia en caso contrario.

Impuesto de la citada nota de V E., es de mi deber manifestarle en respuesta, que todos los hechos que V. E. señala en ella como graves cargos contra los sentimientos de humanidad y de dignidad propia, de parte de los Ejércitos Aliados contra los paraguayos en armas que han caído rendidos al esfuerzo de sus armas, son totalmente falsos unos, y desfigurados otros, quizá debido todo á apasionados y supuestos informes transmitidos á V. E., y es sensible que en un momento de reflexión no haya patentizado á su ánimo la falsedad de esos informes.

Colocado el gobierno de mi patria, así como los del Imperio del Brasil y República Oriental, en el imperioso deber de salir á la defensa de su honor, de su dignidad y de la integridad de su territorio, alevosamente atacados por V. E. de una manera inusitada entre países civilizados, asaltadas en plena paz sus fortificaciones y buques de su armada, sin prévia declaración de guerra, lo que dá el carácter de piráticas á tales agresiones, y teniendo que ocurrir á salvar de la muerte y de la depredación más bárbara las vidas y propiedades de sus nacionales respectivos, tanto en las provincias imperiales de Matto-Grosso y de Río Grande, como en esta Argentina de Corrientes, han procurado hacer esta defensa con estricta sujeción á las prescripciones del derecho en los casos de guerra internacional. Y así lo han hecho, no sólo por deber y



por honor, sino también porque habiendo mirado con indignación y repugnancia las violencias y crímenes de todo género cometidos por las fuerzas de V E. en los pueblos y demás puntos de los territorios Brasileño y Argentino, que han tenido la desgracia de ocupar aunque haya sido momentáneamente, no podían incurrir en el mismo delito que reprochaban, ni podían ni debían presentar ante el mundo civilizado y cristiano otro ejemplo que el que están acostumbrados á dar con sus ejércitos que tenían y tienen la noble misión de vindicar el honor nacional y no la de saquear los pueblos indefensos y las propiedades particulares, como lo han hecho las fuerzas de V E., desde que por ambas riberas del Uruguay pisaron tierra Argentina y Brasileña, hasta los pueblos de Uruguayana y Paso de los Libres á que alcanzaron, dejando todos esos pueblos y sus campiñás completamente arrasados, habiéndose transportado gran parte del robo á disposición de V. E. en el Paraguay, y por su orden, según consta en el libro copiador de las comunicaciones que dirigía á V. E. el comandante Estigarribia, jefe de esas fuerzas paraguayas, cuyo libro original existe en poder del Exmo. Gobierno del Brasil, mientras que V. E. lanzó sobre esta provincia de Corrientes y que alcanzó hasta el paso de Santa Lucía, ha cometido todavía hechos más atroces aún, arrebatando violentamente todos los ganados de millares de establecimientos de campo, incendiando las habitaciones y dejando sin techo ni abrigo á miles de familias de la extensa campaña que han asolado, llevando su inhumanidad ó más bien dicho, la de V. E., cuya orden se invocó para el efecto, hasta la barbarie de arrancar de sus casas y conducir prisioneros al Paraguay las inocentes esposas y tiernos hijos de jefes patriotas y valientes pertenecientes al Ejército Argentino, que habían permanecido en puntos ocupados por fuerzas de V. E., creyéndole capaz de observar esas mismas prescripciones que hoy invoca en favor de Paraguayos prisioneros, habiendo derecho á dudar de la sinceridad de ellos en quien las ha desconocido como V E. lo ha hecho hasta en las mujeres y niños. Todos estos actos que son de pública y evidente notoriedad, serán una ignominia perdurable para quienes los han ordenado, ó autorizado, ó consentido y en consecuencia, V E. tendrá que responder siempre, no sólo ante los pueblos aliados que le hacen la guerra, sino ante el mundo todo, que ha sido unánime en alzar un grito de execración contra ellos.

Terminados los combates por el triunfo de las armas aliadas, los heridos y prisioneros que salvaron del conflicto, han sido los primeros recibidos y tratados en los hospitales del Ejército á la par de los mismos heridos pertenecientes al Ejército Aliado; y podría aún decir, que han sido más favorecidos en su asistencia por la compasión y simpatía que naturalmente inspiraban, tanto por el estado de desnudez y desamparo en que se hallaban, cuanto porque no podían mirar en ellos sino unas desgraciadas víctimas de un mal aconsejado gobernante que los lanzaba á la muerte en una guerra tan inmotivada como injusta, provocada por una voluntad caprichosa y arbitraria. Así es que lejos de obligar á los prisioneros á engrosar violentamente las filas de los Ejércitos Aliados ó de tratárseles con rigor, han sido tratados todos ellos, no sólo con hu-



manidad sino con benevolencia, habiendo muchos de ellos sido puestos en completa libertad, trasladado á otros á las poblaciones en considerable número y destinados una parte á servicios pasivos en los Ejércitos Aliados, especialmente en los Hospitales de sangre en que se han curado sus mismos compañeros. Es cierto que muchos de ellos han ingresado á las filas de los Ejércitos Aliados, pero ha sido por voluntad propia, y por haberlo así solicitado, gracia que no se les debía negar, cuando sus paisanos los paraguayos, emigrados en el territorio de las Naciones Aliadas habían pedido expontáneamente armarse en su calidad de tales, y se les había reconocido este derecho.

Estos son los principales cargos que se contienen en la nota de V. E. — Basta lo expuesto no sólo para desvanecerlos, sino para hacer recaer sobre quien corresponde la inmensa responsabilidad de los hechos de barbarie que por desgracia han ocurrido en la presente guerra. Podría hacerlos del mismo modo con los otros hechos aislados de que V E. se ocupa; pero es tan notoria la falsedad de unos y la inexactitud de otros, que sería excusado entrar á refutarlos, y sobre todo hallándonos en guerra abierta, y debiendo las armas decidir en la cuestión, V E. comprende bien que no es ésta la oportunidad de las recriminaciones, y que no podría dejar de entrar en este terreno si debiese contestar á estos otros cargos de V. E. Agregaré para terminar, que no acierto á comprender como puede haber dado cabida á la especie del desertor paraguayo Juan González, si es que tal desertor ha existido; siendo sensible que por honor mismo del puesto en que V E. se ha colocado en esa República, haya dejado consignado en una nota séria y bajo su firma el temor del puñal dirigido alevosamente por la mano de un general argentino. Declaro á V E. que no le creo capaz de atentar de semejante manera contra mi vida ni contra la de ninguno de los otros generales de los Ejércitos Aliados, porque acostumbrado siempre á hacer este honor á los jefes enemigos contra quienes he tenido que combatir, me es forzoso hacérselo también á V E.

En consecuencia de lo expuesto y en prevención de los desafueros á que pueda lanzarse V. E. y que me hace presentir el espíritu de la nota á que contesto, declaro á V. E. formalmente, en cuanto me corresponde como general en jefe de los Ejércitos Aliados, que la salvaguardia de la vida de los argentinos, brasileños y orientales de que V E. haya podido apoderarse por la casualidad ó la traición — y no en lucha abierta y leal, en la que todavía no ha tenido V E. la fortuna de apoderarse ni de un sólo soldado—y de las propiedades de aquellos mismos que están á su alcance, que cualquier acto que V E. ó autoridades por sus órdenes puedan cometer con violación á los principios reconocidos que son leyes para los pueblos cultos, además de las satisfacciones y reparaciones á que hubiese lugar en oportunidad V. E. será responsable personalmente con sujeción á las mismas reglas que invoca y establece. Si á pesar de esto V. E. emplease medios en desacuerdo con los regulares reconocidos en la guerra, V. E. se habrá colocado deliberadamente fuera de la práctica y del amparo de la ley de las Naciones y dará autorización á los poderes

Aliados á obrar según V E. le insinúa; pues quedará manifiesto el propósito deliberado de hacer más crueles los males de la guerra, que las Naciones Aliadas han procurado aminorar en cuanto les ha sido posible; en cuya resolución persevero y perseveran, siendo su ánimo firme y tranquilo no dejar las armas de la mano hasta tener plena y completa reparación de sus agravios, fiando su vindicación, después de la bondad de Dios, al poder de sus armas y no á venganzas innobles y cobardes ejercidas contra hombres inermes é indefensos y contra mujeres y niños.

Tal es la única contestación que me es dado ofrecer á V. E., todo sin perjuicio de las resoluciones que en vista de la nota de V. E. tomen los gobiernos de la triple alianza á quienes doy con esta misma fecha conocimiento, así de ella, como de esta contestación.

Dios guarde á V E.

Firmado: BARTOLOME MITRE.
Es cópia:—José M. LAFUENTE.
Secretario de S. E. el General en Jefe.

La nota de López fué conducida por el «Pirabebé», yatch á vapor armado con un cañón, bajo bandera de parlamento. Tan pronto como se avistó, la escuadra brasileña fondeada en Corrientes, hizo grandes aprestos de combate; tres vapores se adelantaron á reconocerlo, formando á la cabeza de la columna el «Ibahy», que era el más grande. Cargaron todos los cañones y los marinos ocuparon sus puestos de combate. Entretanto el «Pirabebé» varó en un banco de arena y no pudo moverse. Entonces avanzó el almirante Barroso que montaba en el «Igurey», «en busca de peligros», como él decía. A pesar de que el «Igurey» llevaba bandera de parlamento el «Ibahy» desprendió un bote con un oficial paraguayo á acompañarle, lo que aquel aceptó; cuando subió á bordo de la «Ibahy», el comandante lo abrazó creyendo que había venido á entregar su buque; pero aquel le manifestó, que era portador de pliegos que debía entregar personalmente al almirante; entonces fué conducido en un bote, encontrando en el camino á Barroso, que venía aguas arriba.

Los brasileños desprendieron tropas, que tomaron prisioneros y condujeron á bordo de sus buques á toda la tripulación del «Pirabebé»; un oficial brasileño, arrió la bandera del Paraguay, la pisoteó y escupió, sacando en seguida del buque todo cuanto existía, inclusive la ropa de los maquinistas. El «Pirabebé» fué sacado á remolque por los vapores brasileños y llevado á Corrientes, en donde su tripulación fué puesta de nuevo en posesión del buque, que á pesar de esto continuaba prisionero. Sin embargo, al día siguiente lo dejaron libre.

La respuesta de Mitre fué llevada en un bote á remo al Paso de la Patria. Se dice que se encolerizó mucho por las acusaciones que se le hacían.

López, publicó en el «Semanario» ambas notas.

Tres días antes que López enviara su nota á Mitre, amenazándole con represalias, las anticipó, haciendo traer engrillados á Humaitá, á todos los connacionales de los aliados residentes en el país, y reduciéndolos á una dura prisión. A la mayor parte se le quitaron pronto los grillos, pero permanecieron siempre presos é



incomunicados durante toda la guerra. Mas tarde fueron expuestos al bombardeo constante de los encorazados sobre Humaitá, y finalmente todos, excepto uno que escapó por milagro, fueron fusilados ó muertos en el tormento.

López partió de Humaitá al Paso de la Patria, y tomó en persona el mando del ejército el 25 de Noviembre de 1865.

Todas las tropas de la República fueron llamadas á aumentar las filas del ejército en el Paso, quedando en Humaitá apenas los artilleros para las baterías. Algunos escuadrones de caballería, fueron dejados en observación sobre varios puntos de la frontera. Se comenzó de nuevo el reclutamiento con gran vigor. El total de fuerzas que pudo reunir López fué de 30.000 hombres. En las tropas veteranas, la caballería era mucho más numerosa, pero se convirtieron varios miles en infantería. Se reunieron caballos en todo el país, y confiscando todos los de propiedad particular pudo montar su caballería. Hizo traer de Humaitá más artillería de campaña, reuniendo en el Paso de la Patria cerca de cien cañones.

El general Robles que había permanecido rígidamente encarcelado, fué llevado con su ayudante al Paso de la Patria. La mitad de los oficiales superiores del campamento, fueron engrillados sin que nadie supiera por qué. Un largo proceso secreto, terminó con la condenación á muerte de todos ellos; habiéndose enviado varios sacerdotes para que los absolvieran y les administraran la extrema-unción, fueron sacados, Robles á caballo y los demás en carros, y conducidos á un sitio en que estaba reunido todo el ejército formando tres costados de cuadro; leída la sentencia, el general Robles con algunos de sus ayudantes, el coronel Martínez que mandaba la guarnición de Corrientes el 25 de Mayo y algunos otros, fueron fusilados, siendo el resto perdonado por López.

Muchos de los paraguayos que habían sido tomados prisioneros en la Uruguayana empezaron á volver en grupos de 2 á 12 atravesando á nado el Paraná. Flores hizo fusilar como desertores á varios que tomó. López al principio miraba estos hombres con desconfianza y los hizo acampar aparte; más tarde fueron distribuídos en distintos cuerpos.

López, vivía con el temor contínuo de ser asesinado, y por la noche su casa era rodeada por un doble cordón de centinelas; últimamente ya no era doble sino triple. Durante el día eran retirados, y el cuerpo de guardia era un galpón á corta distancia de su casa. La gente que deseaba verlo, tenía que esperar en el mismo galpón. Una tarde que esperaba en él para ver á López, lo mismo que otros muchos oficiales, un sargento de la guardia trabó conversación conmigo. Un momento después hubo un gran movimiento; muchos oficiales entraban y salían del cuarto de López: la guardia fué relevada y los oficiales que esperaban conmigo fueron todos arrestados; uno de los ayudantes de López se presentó y me dijo:

—S. E. le ordena que escriba toda la conversación que ha tenido con el sargento de guardia y la traiga mañana». Me retiré creyendo no poder recordar ni la vigésima parte de la disparatada conversación del sargento, pero tomando las cosas un as-



pecto sério, hice lo que pude y probablemente la recordé toda. Llenaba un pliego entero, reduciéndose toda ella á cosas por este estilo: «l sargento me preguntó si la reina Victoria llevaba siempre su corona cuando salía á pasear». «Me preguntó también, si yo llevaría el uniforme paraguayo cuando me fuese á Inglaterra». Este pliego fué cerrado y remitido á López á las 7 de la mañana del día siguiente. Este no estaba levantado todavía, pero el sargento había sido fusilado ya, y todos los soldados de la guardia habían recibido cien azotes cada uno. Unos cuantos meses después supe que el sargento, junto con dos hombres de los de la Uruguayana habían sido fusilados por conspirar contra la vida del presidente y que esos dos soldados habían sido encontrados en el patio de la casa de López. La tranquilidad del sargento en aquella tarde, no era ciertamente la de un conspirador. López no me dijo jamás una palabra sobre este asunto, ni acusó recibo del relato de la conversación, quizá por vergüenza.

Una muchacha correntina, que se había venido de Corrientes con el ejército, quiso volver un día á su país; pero fué tomada y recibió sesenta azotes en público sobre sus carnes desnudas, lo que fué considerado como un gran entretenimiento.

Dos desertores del ejército aliado, que habían atravesado el Paraná, algunas leguas más arriba del Paso de la Patria, fueron tomados. Uno de ellos se quejaba de hallarse enfermo y el doctor Stewart, cirujano mayor, pasó á visitarle. No presentaba síntoma alguno determinado, pero sospechando el doctor Stewart lo que podía tener, recomendó al general Barrios que lo mantuviera separado del ejército. No se hizo caso de esta prevención, y poco después apareció el individuo brotado de viruelas. López reconvino al doctor Stewart por no haber separado á aquel hombre. Este declaró que había aconsejado al general Barrios que lo hiciese; pero Barrios, que estaba presente, lo negó. Sin embargo, López debió creer al doctor Stewart, porque no volvió á hablar más del asunto. Generalmente creía lo que los ingleses le decían, porque nunca le engañaban. Estos dos desertores fueron entonces azotados hasta hacerles confesar que habían sido enviados por el general Mitre, para introducir las viruelas en el país; el tormento les arrancó la confesión que se deseaba, pero, á pesar de esto, fueron muertos á azotes.

Mientras López estaba en el Paso de la Patria, asistía á la iglesia todos los domingos, acompañado de todos los oficiales francos del ejército. Escogía de las marchas particulares que las bandas tenían reservadas para él, la que solamente se tocaba siempre que salía de su casa ó de la iglesia. Algunas de las bandas paraguayas tocaban admirablemente. Después de la misa solía dirigir la palabra á los soldados, que se agrupaban á su alrededor con este objeto, diciéndoles que no tuvieran dudas sobre la derrota de los negros, como llamaba á los aliados indistintamente, introduciendo siempre algunos chistes, que era lo que más agradaba á los soldados. Dirigía también la palabra á los oficiales, pero entonces hacía su discurso en tono de reprensión, por no enseñar á sus soldados y no observar lo que hacían.

Las tropas cultivaban extensos maizales en el Paso de la Pa-



La entrevista de Jataity—Cora El 11 de Septiembre de 1866





1.—Mcal. D. Manuel Luis Osorio
Comandante en Jefe del Ejército Imperial de operaciones en el Paraguay

2.—Don Julio de Vedia
General de División



3.—Tte. Cnel. Gaspar Campos
Muerto prisionero de los paraguayos en Itai-Vaté



4.—Capitán Don Domingo Faustin Sarmiento
† en Curupaity.



tria. En pocos días todo el ejército se construyó ranchos, que los paraguayos levantaban como por encanto en cualquier punto donde acampaban. Los hacían cortando cuatro arbolitos con las horquetas hasta el alero y otros dos que las tenían á la altura del caballete. Estos puntales se clavaban en la tierra y se colocaban tres travesaños en las horquetas. Los tirantillos, que se hacían de cualquier madera, eran asegurados con cuerdas á los travesaños. El techo y los costados se cubrían con pasto ó con cueros secos, lo que completaba el rancho.

Un buque italiano hizo dos viajes á Humaitá con el objeto de sacar del país, si le era posible, á algunos súbditos italianos. Llegó también á bordo de la «Decidée», Mr. Vernouillet, ministro francés, pasando en seguida en su vapor al Paso de la Patria, con el objeto de visitar á López. El y el capitán de la «Decidée» fueron condecorados con la orden nacional del Mérito. La «Decidée» embarcó tesoros en el Paso de la Patria.

En uno de los primeros días de Diciembre, López fué á caballo á Itapirú, y viendo algunos correntinos del otro lado del río, mandó que les hiciesen fuego con un cañón de á 12, pero aunque la bala anduvo cerca no los ofendió. Entonces envió al otro lado cuatro canoas con doce hombres. Estos después de cambiar algunos tiros, desembarcaron y después de arrollar á los correntinos se volvieron. Un paraguayo fué muerto. López se entretuvo mucho con este episodio y al día siguiente envió otra expedición, y como el enemigo no la destruyó, dió en enviar una casi todos los días, compuesta de 100 á 200 hombres. Estos hombres solían atravesar el Paraná á la vista del enemigo, remando las canoas, parados, como lo hacían siempre; en seguida desembarcaban echando al enemigo como una milla adentro, para volverse una hora después llevando consigo sus muertos y heridos. Esto se repitió más de tres meses, estando la escuadra brasileña á dos pasos de allí, sin dar señales de vida, dando por razón para esta inacción, que «su escuadra no estaba completa, y que no quería correr el riesgo, pues no sabía cuántas baterías y cañones tenían los paraguayos».

El almirante Tamandaré, aún no había llegado á la escuadra; seguía ocupándose de galantear en Buenos Aires, hablando de lo que iba á hacer y prometiendo festejar en la Asunción el 25 de Marzo (fiesta cívica brasileña). Pero al fin, la gente perdió completamente la paciencia, de tal modo, que si no se hubiera embarcado, le hubieran muerto á pedradas. Por este motivo llegó á Corrientes el 26 de Febrero y comprometió públicamente su palabra, de hallarse en la Asunción el 25 de Marzo, costara lo que costase.

De los malones que hemos mencionado, el más serio fué el del 31 de Enero, en que atravesaron, 400 hombres al mando del teniente coronel Viveros, entonces simplemente teniente. Este número no se componía de hombres de un mismo batallón, sinó de algunos de cada uno de los batallones del ejército. Partían siempre con gran entusiasmo, saltando y gritando y siendo acompañados por las mujeres y una banda de música, hasta el embarcadero. Mme. Linch los acompañaba hasta el último momento,



y les daba cigarros, etc. En esta ocasión desembarcaron en Corrales, lugar de desembarque en la costa correntina, á las dos, emprendiendo inmediatamente el combate con la vanguardia de los aliados. Estos 400 paraguayos, se batían con 7.700 hombres del ejército aliado, los que sin embargo, no se atrevían á atacarlos muy decididamente. Después de cuatro horas de combate con la guardia nacional de Buenos Aires, que por un descuido incomprensible solo tenía tres paquetes de munición, los paraguayos se retiraron á sus canoas y pernoctaron allí recibiendo un refuerzo de 1.000 hombres durante la noche, retirándose al Paso de la Patria en la mañana siguiente, después de algunas escaramuzas. Parece increíble que los aliados dejaran siempre que estos hombres volvieran, en vez de cortarles la retirada. Este combate costó á los aliados 50 oficiales (cuatro de ellos coroneles efectivos) y perdieron 900 hombres entre muertos y heridos. Las pérdidas de los paraguayos fueron 170 hombres entre muertos y heridos. López dió una cruz á los que sostuvieron este combate; la de los oficiales, de plata y la de los soldados, de cobre.

Estas expediciones al campo de los aliados, en donde había 50.000 hombres, era una vergüenza para éstos y su escuadra, la cual debió impedir todo movimiento de los paraguayos por el río. Estos tenían un piquete con dos canoas en el Paraná - Miní, una de las cuales iba todas las tardes á reconocer la escuadra brasileña en Corrientes, la que no intentó el más pequeño reconocimiento durante todo ese tiempo. En la noche del 9 de Febrero dos canoas se les fueron río abajo á los paraguayos, y algunos palos arrastrados también por la corriente. produjeron un verdadero pánico en la escuadra, que tocó zafarrancho y rompió el fuego á derecha é izquierda.

Después del combate de Corrales, la población de Corrientes no se creía muy segura de no sufrir una segunda invasión; y en la noche del 19 de Febrero, hubo una falsa alarma, que produjo un terror pánico en el campamento aliado; se decía que los paraguayos habían atravesado el río, y rodeado al ejército, que sería atacado al amanecer.

Se dió orden á la escuadra de practicar un reconocimiento, pero no llegó á la embocadura del río Paraguay, y volvió asegurando que todo estaba tranquilo. En ese mismo día tres vapores paraguayos, el «Igurey», el «Gualeguay» y el «25 de Mayo» bajaron desde Humaitá al Paso de la Patria, en donde embarcaron mil hombres, con los cuales remontaron el río hasta la aldea de Itatí, donde estaba acampado el ejército oriental, fuerte de 500 hombres á las órdenes del general Suárez. Este oficial, más prudente que valiente, se retiró ocho millas tierra adentro, dejando saquear su campamento y la aldea, á pesar de gritarle los paraguayos: «á dónde están los héroes del Yatay». Partió con tanta prisa, que perdió todos sus papeles; y su reloj de oro con la cadena fué presa de un italiano que seguía al ejército. Tomaron también algunas cabezas de ganado vacuno y caballar, así como azúcar, vino, aguardiente y harina, que fueron llevados á Humaitá después de consumida una gran parte.



El campamento oriental fué quemado hasta los cimientos, lo mismo que la aldea de Itatí.

Algunos días después, el «25 de Mayo» y el «Igurey» volvieron á Humaitá, quedando el «Gualeguay» en el Paraná.

Las excursiones á Corrales continuaban, y los paraguayos volvían siempre con algún trofeo. Una vez, un negro sargento, volvió llevando en un saco nueve cabezas de soldados aliados, y se presentó con ellas á López, apilándolas una sobre otra, en la puerta de su casa. López las envió á la casa del Jefe de Estado Mayor, en donde fueron nuevamente puestas en pila, para servir de escarnio á casi todo el campamento que acudía á contemplarlas. El sargento fué promovido al puesto de abanderado (éste era el único oficial negro en todo el ejército del Paraguay); pero López lo mandó después á todos los combates, hasta que fué muerto, librándose así del oficial negro.

Otra vez, trajeron un prisionero herido; pero habiendo muerto en el camino, su cadáver fué arrojado y abandonado cerca del cementerio.

El «Gualeguay» hacía muchos viajes aguas abajo para reconocer la escuadra brasileña; y en una ocasión, en que el general Hornos con su escolta se hallaba en Corrales, pasó ese vapor á distancia de trescientas yardas, obsequiándolos con tres tiros de metralla.

El gobierno argentino, desde el principio de la guerra, luchó con grandes dificultades para el reclutamiento de fuerzas, principalmente en las provincias del NO. Entonces se recurrió al sorteo; pero algunos contingentes se amotinaron en el camino y se desbandaron; reunidos nuevamente, se repitió el desbande. Al fin se enviaban los reclutas maniatados, hasta el Rosario, en donde eran embarcados y llevados al ejército. Hay una nota oficial de uno de los gobernadores de provincia, acompañando una remesa de reclutas. en la cual menciona el número enviado, y pide se le devuelvan las prisiones para mandar los demás.

Los criminales fueron sacados de todas las cárceles de la República, y enviados al ejército.

——:——



CAPITULO X.

Los aliados invaden el Paraguay—Operaciones preliminares El combate del Banco—Evacuación del Paso de la Patria

Casi todo el ejército aliado, fuerte de 50.000 hombres, se hallaba acampado cerca de Corrales, pronto á cruzar el río Paraná, y una división brasileña de 12.000 hombres, con 18 cañones rayados, bajo las órdenes del Barón de Porto Alegre, había marchado desde Río Grande á la Candelaria, con la intención de pasar por ese punto para internarse al centro del Paraguay.

Para recibir estas fuerzas, López mandó al coronel Nuñez (entonces mayor) con 3.000 hombres y doce cañones á la Encarnación; pero Porto Alegre modificó sus planes y marchó á lo largo del Paraná costa abajo, para cruzarlo unas leguas más arriba del Paso de la Patria, y tomar á López por el flanco, mientras Mitre lo atacaba por el frente. Este proyecto fué abandonado también, y Porto Alegre con su ejército, desembarcó por fin en el Paso de la Patria.

El 21 de Marzo de 1866, la escuadra brasileña calentó las calderas, y partió de Corrientes, y fondeó en línea de batalla desde Corrales hasta la embocadura del río Paraguay. Constaba de 18 cañoneras á vapor, armadas con 6 ú 8 cañones cada una, y cuatro encorazados, tres de los cuales tenían casamatas altas, y uno de ellos, el «Bahía», era un monitor de torre giratoria, con dos cañones Whitworth de 150. El total de cañones de la escuadra llegaba á 125.

Al mismo tiempo, dos de los vapores y el encorazado «Tamandaré» siguieron el río aguas arriba explorándolo hasta Itatí. El «Tamandaré» varó, pero fué puesto á flote por los otros vapores, volviendo entonces á reunirse con la escuadra.

Itapirú, que los aliados honraban con el nombre de fortaleza y que consideraban necesario demoler hasta la base antes de pasar el río, era una antigua batería construída á principios del reinado de López I, y que tenía por base un montón de rocas volcánicas. La tierra era revestida por una pared de ladrillo, que había caído por uno de sus lados. Su armamento consistía en una pieza rayada de á 12. Tenía 30 piés de diámetro en su parte más ancha y su altura sobre el nivel del agua era de 20 piés. Si hubiera estado armada de artillería pesada de grueso calibre, tal vez hubiera sido útil, pero en el estado en que estaba, solo servía de espantajo á los aliados.

El río Paraná era profundo por todas partes, excepto en un lugar frente á la isla «Carayá» situado en el canal Norte, en donde sólo había 12 piés de agua; López hizo sumergir dos canoas llenas de piedras para cortar la entrada del canal interior. En este canal había dos chatas armadas cada una con un cañón de 8 pulgadas, y también el vapor «Gualeguay» mandado por el teniente López y armado con 2 cañones de á 12. El 22, este vapor sacó á remolque una de las chatas y la dejó á media milla abajo de Itapirú, muy próxima á la costa. La chata abrió entonces el fuego contra la escuadra, metiendo cuatro balas en el buque almirante. Entonces se movieron los encorazados y rodeando á la chata, rom-



pieron sobre ella un fuego incesante. La chata, sin embargo, hizo excelentes tiros, pegando siempre en su blanco y consiguiendo matar y herir algunos hombres. Por último, los encorazados se aproximaron á 100 varas de ella; entonces su tripulación se echó al agua, ocultándose en los montes después de varar la chata. Los brasileños desprendieron tres botes con el objeto de tomarla, pero en el momento de llegar á ella, cien infantes que estaban ocultos y parapetados en el monte, rompieron sobre ellos un fuego vivísimo, consiguiendo matar la mitad de la tripulación, escapándose el resto tan pronto como les fué posible. Los encorazados continuaron su fuego y por último hicieron volar el depósito de pólvora de la chata, retirándose en seguida. El cañón paraguayo quedó ileso y fué sacado del agua; la chata quedó inutilizada. El 27 la otra chata fué remolcada hasta el mismo lugar, y rompió el fuego sobre la escuadra. Tres encorazados se aproximaron y la cercaron, manteniendo un nutrido fuego que fué sostenido por la chata. Esta vez los paraguayos tenían los cartuchos en tierra para prevenir toda explosión, y un hombre se ocupaba constantemente en alcanzarlos. La mayor parte de las balas (de 68) que disparaba la chata, estallaban en pedazos contra la coraza de los buques, logrando penetrar algunas. Una bala pegó al «Tamandaré» en el borde de la tronera, y haciéndose pedazos, penetró en la casamata matando é hiriendo á casi todos los que en ella se hallaban. Su primero y segundo jefe, 3 oficiales y 18 marineros fueron muertos, y tuvo además 15 heridos. Esto sucedió en el momento de anochecer y el «Tamandaré» se retiró del combate. Los otros dos vapores continuaron su fuego hasta las nueve de la noche, tanto contra la chata, como contra Itapirú, que con su cañón de 12, les hacían también fuego aunque inútilmente. La infantería mantenía un fuego nutrido desde los montes, el que era obstinadamente contestado por mosquetería y metralla. A las nueve se retiraron sin haber causado más daño que herir á dos hombres en el bosque. A las 12 del día siguiente, la chata rompió de nuevo el fuego, y los cuatro encorazados y cuatro vapores de madera avanzaron y emprendieron la tarea de combatirla. El encorazado «Barroso» fué agujereado en cuatro partes diferentes y casi todos sufrieron iguales averías. El cañón de á 120 del «Barroso» fué partido en dos. Sin embargo, esta vez el cañón paraguayo recibió una bala que lo hizo pedazos, en el momento mismo en que el artillero iba á disparar. Sin embargo, lo que es verdaderamente singular, ninguno salió herido.

En la noche del 29 los paraguayos traían de Humaitá otra chata, para emplear el cañón que habían recuperado del agua. Una canoa la llevaba á remolque aguas abajo, pero fué descubierta por los brasileños (pues era una noche de luna) que inmediatamente levantaron anclas y rompieron el fuego.

La tripulación se refugió en la selva, quedando la chata y la canoa en poder de los enemigos.

Estas chatas se batían frecuentemente solas, contra toda la escuadra; era muy difícil ofenderlas á larga distancia, pues apenas dejaban salir fuera del agua la boca del cañón.

Para entretenimiento particular de López, que con su excelente telescopio y sentado en su corredor del Paso de la Patria



observaba todo lo que pasaba, el vapor Gualeguay salía todas las tardes hasta la punta de la isla á desafiar á toda la escuadra brasileña, haciendo fuego con sus cañones de á 12, que eran contestados por aquélla, con toda clase de proyectiles, desde los de 68 hasta los de 150. Estos caían á su alrededor como el granizo, levantando al aire grandes trombas de agua. Por lo general se retiraba antes de ponerse el sol. Esta operación se repitió día á día por tres semanas, durante las cuales sólo recibió una bala que le atravesó la chimenea.

Cuando los brasileños no se entretenían con el «Gualeguay» ó las chatas, bombardeaban á Itapirú, sin causarle el más pequeño perjuicio, por la muy sencilla razón, de que no había nada que perjudicar. El terreno que lo rodeaba estaba materialmente arado por las balas.

Colocaron en Corrales una batería de cañones rayados de á 12 y otra de morteros de 13 pulgadas, con los que también bombardeaban á Itapirú, volteando varias veces el asta-bandera, que se reponía inmediatamente. Se entretenían también en hacer fuego con sus cañones de 150, sobre las gentes que transitaban el camino de Itapirú visible para ellos; otras veces hacían fuego en dirección al Paso de la Patria; pero las balas no alcanzaban.

En frente de Itapirú había un banco de arena de reciente formación, que en Noviembre del año anterior carecía enteramente de vegetación, pero que ahora estaba cubierto de altas yerbas.

Esta isla estaba situada á tiro de rifle de Itapirú. En la noche del 5 de Abril, los brasileños ocuparon este banco, abriendo trincheras inmediatamente y colocando 8 cañones en batería, sostenidos por 2.000 hombres, que durante el día permanecían ocultos en sus trincheras.

Desde este banco mantenían un constante fuego de rifle y de cañón sobre Itapirú, pero sin resultado alguno.

El 10 de Abril fueron atacados por los paraguayos. El general Díaz (entonces coronel) dirigía el ataque desde Itapirú, donde permaneció con una reserva de 4.000 hombres. Mandó dos divisiones de 400 soldados cada una, embarcados en canoas, los que llegaron al Banco á las cuatro de la mañana. La noche era obscurísima y no fueron sentidos hasta que desembarcaron. Los paraguayos hicieron una descarga y en seguida cargaron al enemigo, tomando parte de las trincheras, después de ser repelidos varias veces. La artillería brasileña mantuvo un fuego tremendo con balas encadenadas, que ocasionó serias pérdidas á los paraguayos. Entre los asaltantes, había 200 hombres de caballería desmontados armados de sable, su arma favorita, los que hicieron una verdadera carnicería. La artillería fué tomada y recuperada varias veces. Tan luego como el fuego fué sentido, cinco cañoneras y tres encorazados rodearon la isla y se enviaron numerosos refuerzos á la guarnición. Por último, casi todos los paraguayos estaban fuera de combate, y los que podían moverse se retiraron á sus canoas, sin que hubiera entre ellos un sólo hombre sano; los que tenían heridas las piernas se sentaban y remaban, y los que habían perdido un brazo, remaban con el otro. Era ya de día, y los paragua-



yos tenían que navegar contra una fuerte corriente, expuestos á un terrible fuego á quema-ropa de metralla y balas encadenadas; sin embargo, 15 canoas llenas de hombres lograron llegar á tierra.

Los paraguayos tuvieron 14 oficiales muertos y 7 heridos. Lograron escapar 300 soldados heridos, pero quedaron en el Banco 500 muertos, heridos y prisioneros. Entre los prisioneros se encontraba el teniente Romero, jefe de una de las divisiones, y por consiguiente, su esposa se vió obligada á publicar una carta en el «Semanario», desconociéndole por traidor. Los brasileños perdieron como mil hombres entre muertos y heridos.

Como siempre, el fuego de sus mismos vapores les causó gran parte del estrago. Seis soldados brasileños fueron fusilados por cobardes.

Al otro día de la ocupación del Banco por los brasileños, López hizo montar en Itapirú un cañón de 8 pulgadas, y en seguida otro, algunos días después.

Mientras el jefe del Banco escribía el parte de la acción, estando á su lado un coronel y un oficial, una bala de 68 ,lanzada desde Itapirú, los mató á los tres. El mismo día, el «Fidelis» lancha á vapor brasileña, fué echada á fondo por una bala, y el «Enrique Martins» fué atravesado por dos balas abajo de su línea de agua, teniendo que embicar para salvarse. Otra bala del Itapirú, partió una pieza rayada de 32 de las baterías del Banco.

Los aliados no ganaban absolutamente nada con la ocupación del Banco, y de parte de López fué una verdadera locura mandar sus hombres á una muerte segura. Aunque hubiera tomado este Banco, no le habría sido útil para nada, y en poder de los aliados no le causaba perjuicio. El 6 de Abril, el general Hornos con 6 vapores, subió el río Paraná, con el objeto de examinar un paso en frente de Itatí, de donde desalojó una guardia de 12 hombres. Mientras estaba allí, López mandó al mayor Godoy con seis piezas de artillería y 200 hombres á la isla de Carayá para esperarle á la vuelta, en que con gran sorpresa de los vapores les hicieron desde el bosque fuego de artillería é infantería. Cuando pasaron, Godoy volvió con su fuerza al Paso de la Patria.

El efecto de los anteriores y repetidos malones sobre Corrientes, y del combate del Gualeguay y las chatas, inspiraron á los paraguayos una gran confianza, y la plena esperanza de vencer á los aliados.

Los aliados habían terminado sus apronte3 para atravesar el río. Tenían 150 canoas, 30 planchas flotantes, además de 30 transportes á vapor, y podían en un sólo viaje desembarcar 15.000 hombres. La forma y también la depresión del ángulo del terreno, en la unión del Paraguay y el Paraná, eran muy favorables al desembarque de los aliados, porque podían barrerlo con la artillería de su escuadra desde ambos ríos á la vez, dejando libre la extremidad del ángulo para realizar el desembarque y formación de sus tropas. Dado el caso que el desembarque hubiera sido disputado, ningún punto habría sido más favorable á los asaltantes. Sin embargo, cuando cruzaron el río no colocaron cañoneras en el río Paraguay como debieron haberlo hecho, para protejer el des-



embarque de sus tropas, sino que dispusieron sus vapores en línea de combate desde Itapirú hasta la embocadura del Paraguay.

Desde el punto de unión de los ríos Paraná y Paraguay hasta Curupaity en una dirección, y por muchas leguas en la otra, las orillas del río forman un extenso carrizal de tres millas de anchura próximamente. Llámase carrizal á un terreno cortado por profundas lagunas y barrizales, intermediados por bosques impenetrables y espesos matorrales de tres varas de elevación. Cuando el río crece, el carrizal queda enteramente cubierto por las aguas con pocas excepciones. Cuando el río está bajo, pueden hacerse sendas entre las lagunas. El único camino permanente era el del Paso de la Patria á Itapirú y Paraná-miní á lo largo del río, pero cuando el río estaba crecido quedaba también bajo el agua. Este camino es cruzado por dos lagunas, que desaguan en el río y que se cruzan en canoas; los caballos pasan nadando á sus costados. Estas lagunas se llaman Yuquerí y Pasope. López hizo construir puentes sobre ellas para retirar su artillería de Itapirú. No pudo hacerse ningún otro camino á causa de las numerosas y profundas lagunas. En el camino de Itapirú al Paso de la Patria, una milla antes de llegar á este último lugar, existe un espacioso terreno, abierto y bajo, que se extiende desde el río hasta la aldea del Paso de la Patria. Este terreno es cruzado por el arroyo Carayá que tiene más de seis pies de profundidad y que se pasa por un puente.

El Paso de la Patria es una pequeña aldea, situada al borde de la tierra firme, á 30 ó 40 pies sobre el nivel del «Carrizal», de que la separa una escarpada barranca, cuya cima está en el mismo nivel que el interior del país. A lo largo del borde de esta barranca en el Paso de la Patria, tracé una trinchera, que, al enfrentar á la casa de López, descendía al «Carrizal», porque éste no quiso que pasara por su casa. La trinchera tenía once pies de anchura y seis de profundidad, y seguía el perfil general de la cresta de la barranca, con varios reductos en los ángulos entrantes y salientes para flanquear las cortinas y poder batir todo el frente accesible. Su derecha terminaba en la laguna Serena, y su izquierda entre la laguna Panambí. Estaba defendida por 30 piezas de campaña apoyadas por infantería y era una posición verdaderamente fuerte, porque no podía ser flanqueda á causa del Carrizal, y el terreno que tenía á su frente era llano en la distancia de una milla y atravesado por el arroyo Carayá, que había sido profundizado por medio de un dique cerca de su desagüe en el Paraná.

A lo largo del camino del Paso de la Patria á Itapirú, López había colocado 4.000 hombres para escopetear á los aliados en su desembarque. Estos permanecían escondidos en el bosque, y para ocultar el fuego, cavaban hoyos, que tapaban con hojas colocadas sobre ramas, como á una yarda de la superficie. De este modo, el humo se diseminaba y no era visible al enemigo.

El 16 de Abril de 1866, el general Osorio, el más valiente de los oficiales brasileños, subió media milla por el río Paraguay, con 10.000 hombres y desembarcó atrincherándose inmediatamente. En seguida desembarcaron 10.000 argentinos en el mismo lugar. Los primeros que pusieron pie en la playa fueron 700 paraguayos de los que habían sido tomados prisioneros en la Uruguayana.



Los paraguayos los atacaron inmediatamente, pero fueron rechazados como es de suponerse; sin embargo guerrillaron todo el día. Osorio fué hecho Barón do Herval por haber sido el primero que atravesó el río.

En la mañana del 17, López con su escolta marchó unas dos mil varas en dirección á Itapirú; dos prisioneros fueron traídos á su presencia con los brazos atados, y él ordenó que se les desataran. Fueron interrogados, pero no pudieron decir nada sobre el número de las fuerzas aliadas. En ese mismo día se retiró de Itapirú toda la artillería, excepto dos cañones de 8 pulgadas, que se enterraron por ser demasiado pesados, pero que más tarde fueron descubiertos por el enemigo. Los aliados tomaron posesión de Itapirú el 18, y el general Mitre cruzó el río y se estableció allí. El, en persona, acompañado de los generales Flores y Osorio, practicó un reconocimiento, en el cual se vieron expuestos al fuego de una guardia paraguaya, pero pronto se adelantó su escolta y los protegió.

Los aliados emplearon doce días en efectuar el pasaje de su artillería, caballería y provisiones. Durante este tiempo sufrieron mucho por la escasez de las raciones, y si no hubiera sido por la actividad del general Gelly, jefe de estado mayor, hubieran carecido enteramente de alimentos.

Los aliados tenían entonces en Itapirú 54 vapores grandes, 11 chicos y 48 buques de vela. Jamás se vió ni se verá en mucho tiempo en el Paraná, una flota semejante.

En la tarde del 19 de Abril la escuadra brasileña formó en orden de batalla en frente al Paso de la Patria, una parte en el canal interior y otra en el exterior, pronta á bombardear el campamento. Si hubiera roto el fuego esa noche habrían causado serias pérdidas á los paraguayos. Todo el campamento sabía lo que le esperaba; pero López ni dió órdenes ni tomó disposición alguna, para tener á la gente á ciegas hasta el último momento. Al amanecer, López, sin permitir que nadie le siguiera, por el temor de que el enemigo le reconociera y le hiciera fuego, se retiró á caballo, seguido á una larga distancia por sus ayudantes, los cuales no se reunieron con él hasta que estuvo bien fuera de la vista de la escuadra. Partió sin dar una sola orden sobre lo que debía hacerse, sin decir quien debía quedarse y quien debía retirarse, hasta dejando á madama Linch y á sus hijos para que se salvaran como pudieran. No dijo á nadie á donde se dirigía; de manera que sus ayudantes y madama Lynch pasaron la mitad del día buscándolo.

En el Paso de la Patria había más de mil mujeres que seguían al ejército y éstas se pusieron en marcha formando una prolongada hilera. El general Resquín, que había quedado allí, ordenó la retirada del ejército, dejando sólo la guarnición suficiente para cubrir las trincheras y la artillería que las defendía. El general Bruguez mandaba en jefe la guarnición haciendo de segundo el teniente coronel Marcó, que mandaba la infantería.

Después de salir el sol y cuando casi todo el mundo se había marchado, la escuadra rompió el fuego, y bombardeó el punto durante todo el santo día. La guarnición se ocultaba detrás de

los parapetos y no podía ser ofendida, y el efecto de todo el bombardeo se redujo á matar ó herir media docena de hombres. Es una cosa verdaderamente singular, que las balas Whitworth, que caían como granizo sobre la columna, que abandonaba el Paso no causaran el menor daño. En la estación telegráfica, cayó una bomba de 68, en momentos en que un joven recibía un despacho, y reventó á su lado cubriéndolo de tinta, y al aparato de tierra, sin causar más daño.

La estación del telégrafo fué removida entonces al norte del Estero Bellaco, donde fué instalada bajo un árbol.

Como no se había dado orden alguna sobre el desalojo del Paso de la Patria, todos los episodios del gobierno fueron abandonados y saqueados por la guarnición, con el consentimiento tácito de los oficiales. Se consumieron grandes cantidades de vino, aguardiente, comestibles, etc., y la caja del gobierno que solo contenía papel moneda, fué saqueada. López envió á algunos de sus ayudantes para salvar sus efectos. Le habían abierto sus barriles de vino. Un anciano, que había cuidado la casa desde que se edificó, se negó absolutamente á abandonarla, diciendo que era demasiado viejo para acostumbrarse á otro lugar y que preferiría morir cuidando la casa. Tuvieron que llevarlo por la fuerza.

López se había retirado á una pequeña colina distante tres leguas del Paso, para contemplar el bombardeo. A las 12 del día su ayudante y madama Lynch, el obispo y el estado mayor, lo descubrieron; él los ocultó á todos detrás de la colina, no permitiendo subir sino á la señora y al obispo, por temor de ser reconocido. Sin embargo, dos balas llegaron á una milla de distancia del punto en que estaba, y creyendo que habían sido dirigidas contra él, partió inmediatamente y fué á pernoctar en el «abasto». Estando allí fuera del alcance de las balas, comenzó á echarla de valiente. Poseía una clase peculiar de valor; cuando se hallaba fuera de tiro, aunque estuviera cercado por el enemigo, conservaba siempre el buen humor, pero no podía aguantar el silbido de una bala.

Después de obscurecer, cenamos, ó más bien dicho almorzamos, porque no habíamos comido nada desde el día anterior, aunque López no se había descuidado. Esa tarde se ocupó en estudiar los planos del terreno, para escoger la posición en que debía esperar el ataque del enemigo. Las tropas que habían evacuado el Paso de la Patria vivaqueaban al norte del Paso Sidra. En la mañana siguiente López recorrió á caballo mucho campo, sobre todo á lo largo del Estero Bellaco, mientras continuaba sin interrupción el bombardeo del Paso de la Patria. Durante esa noche el cuartel general se estableció en Nduré. López pasó el 22 entregado al descanso, y toda la parte norte del Bellaco fué reconocida y dibujada; se averiguó que aquella era una posición mejor que la del sud, porque las comunicaciones eran más directas y el estero más formidable. Se determinó ocupar esta posición, y se ordenó al ejército marchara al norte del paso de Gómez, situado en el camino principal de Humaitá, y se destacaron algunas tropas para defender los pasos menos importantes de la izquierda. Se estableció en Rojas el cuartel general y se resolvió abandonar el



Paso de la Patria. El «Gualeguay» fué sumergido en Totatí con solo tirar las válvulas de las bombas. Sin embargo, Tamandaré lo descubrió algunos días después, lo levantó y lo devolvió á su legítimo dueño, el gobierno argentino. El Paso de la Patria fué abandonado y quemado en la madrugada del 23 de Abril, y los aliados que habían construído baterías y colocado 40 cañones prontos á bombardear por tierra al mismo tiempo que por agua, que tenían la intención de asaltarlo, se posesionaron de él con la mayor alegría y repicaron todo el día. López hizo imprimir órdenes del día, con su firma, en las que ordenaba se respetasen las vidas de los prisioneros y rendidos. Estas órdenes fueron desparramadas por el Paso de la Patria, para que las recogiesen los soldados aliados, con la esperanza de inducir á muchos á pasarse á sus filas.

Si López en vez de enviar sus tropas á los bancos del río, expuestos á todo el fuego de la escuadra, donde perdió casi todo el regimiento 20 de caballería y el 7 de infantería, sin posibilidad de hacer á los aliados daño de consideración, hubiera defendido las trincheras del Paso de la Patria, quizá hubieran caído de 8 á 10.000 aliados, sin gran pérdida por su parte, y probablemente los asaltantes nunca hubieran podido tomar la posición. Su error en toda esta guerra ha consistido en enviar pequeñas partidas de hombres, muchas veces bisoños, á pelear en campo abierto, con tropas disciplinadas, infinitamente superiores en número y mandadas por oficiales experimentados. Sus soldados salían siempre con gloria, pero como es consiguiente, casi siempre acuchillados.

---:---



CAPITULO XI

Batallas del 2 y del 24 de mayo—Destrucción del ejército Paraguayo

A fines de Abril de 1866, las posiciones de los ejércitos beligerantes eran las siguientes: los paraguayos con cerca de cien piezas de artillería estaban acampados al Norte del Bellaco del Norte; su vanguardia con seis piezas volantes, al Norte del Bellaco del Sud.

Los aliados ocupaban las alturas que se extienden de Este á Oeste (una milla al norte del Paso de la Patria) á donde se atrincheraban, apoyando su flanco izquierdo en el Carrizal. Su vanguardia bajo el mando del general Flores era formada por los orientales y algunos brasileños y argentinos, con 12 piezas de artillería, y estaba acampado al sud del Bellaco del Sud; los centinelas de ambas vanguardias se hallaban separados solamente por el Estero.

El Estero Bellaco consiste en dos corrientes de agua paralelas, que casi siempre guardan una distancia de tres millas y separadas una de otra, por un espeso bosque de palmas llamadas Yatay, que se halla á la altura de 30 á 100 pies sobre el nivel de los «esteros». El Bellaco desagua en el Paraguay por la laguna Piris, y en el Paraná como á 100 millas al este. El agua de estos esteros es sumamente clara y agradable, y está llena de un junco que crece hasta 5 y 9 piés sobre el nivel del agua. El agua estancada en algunos lugares por falta de corriente, y cubierta de juncales. es extraordinariamente agradable. Estos juncos crecen á la distancia de dos pulgadas uno de otro, y por consiguiente constituyen por sí mismos un obstáculo intransitable; el fondo en que se arraigan es siempre un barrizal profundo cubierto por tres á seis piés de agua. Los esteros son, como se ha dicho, intransitables, excepto por los pasos, que son simplemente los lugares en que se han arrancado los juncos de raíz, y en que la arena ha substituído el barro del fondo. En estos pasos, lo mismo que en los otros puntos de los esteros, la profundidad de agua que debe atravesarse es de tres á seis piés. En algunos puntos una y hasta dos ó tres personas montadas en buenos caballos, pueden pasar á través de los juncos, pero luego que ha pasado un caballo el fondo se empeora todavía más por los hoyos que dejan los bazos. Estos esteros formaban la principal defensa de los paraguayos.

López mandó al Estero Bellaco 50 rifleros escogidos, con órden de tirar exclusivamente sobre todos los oficiales que se pusiesen á su alcance. Se les daban raciones dobles, no tenían que montar guardia ni hacer servicio alguno fatigoso. Estos hombres mataron á varios de los principales oficiales de los aliados.

El 2 de Mayo ambos ejércitos ocupaban las posiciones indicadas. López, ordenó en ese día que una fuerza de 5.000 soldados bajo las órdenes del general Díaz (entonces teniente coronel) compuesta de 4.000 hombres de infantería y 1.000 de caballería á las órdenes del teniente coronel Benítez, su ayudante favorito, efectuaran una sorpresa sobre la vanguardia aliada. La infantería



marchó por el paso Sidra y la caballería por el paso Carreta cayendo sobre el enemigo antes de ser sentidos. La artillería apenas pudo hacer una descarga antes de ser tomada por los paraguayos, quienes se posesionaron también de todo el campamento de la vanguardia aliada, inclusive la tienda del general Flores. Los tres batallones orientales llamados «Florida», «24 de Abril» y «Libertad» fueron completamente acuchillados, pero se batieron con gran bizarría á las órdenes de sus respectivos jefes, Pallejas, Flores y Castro, que se condujeron como leones, pero fueron abrumados por el número. Del batallón Florida solo quedaron 40 hombres de tropa y sus 27 oficiales quedaron reducidos á 8. El 24 de Abril perdió 9 oficiales y 200 hombres. Del batallón 38 de voluntarios da Patria, solo quedaron 41 hombres; según el parte oficial, tuvo 94 muertos y 188 heridos; el regimiento N.º 1º de caballería argentina perdió 100 hombres. La división del general Flores que componía la vanguardia y que constaba de las tropas brasileñas, argentinas y orientales arriba mencionados, perdió 1.600 hombres soldados y 31 oficiales. Antes de terminar el combate se remitieron á López 4 cañones Lahite de bronce rayados con sus correspondientes armones de munición. A estos cañones se les llamó siempre las «piezas de Flores» y prestaron á los paraguayos muy buenos servicios durante toda la guerra. El mismo general Flores escapó milagrosamente de caer prisionero; pero llegó el general Osorio y le salvó perdiendo un batallón entero de brasileños. Si Díaz se hubiera retirado después de vencer la vanguardia, y llevado consigo el resto de los cañones tomados, este hecho hubiera sido una espléndida victoria á muy poca costa; pero se propuso seguir adelante y contener al ejército aliado que estaba ya en movimiento y se dirigía á su encuentro. Ignorando completamente la ciencia de la guerra, fué inmediatamente flanqueado por el general Mitre que mandaba á los aliados, y tuvo que retirarse perdiendo el resto de los cañones que había tomado y un gran número de muertos y heridos. El teniente coronel Benitez fué muerto por una bala, y abandonado en el campo de batalla; el batallón 40 sufrió atrozmente y fué necesario remontarlo casi del todo. Los paraguayos perdieron en todo, 2.300 hombres, entre muertos y heridos; y los aliados más ó menos el mismo número. Estos persiguieron á los paraguayos á través del Bellaco por una corta distancia, tomándoles un cañón rayado de á 12, que habiendo reventado había sido abandonado por los paraguayos, quienes, volviendo á cargar, arrojaron al enemigo al otro lado del Bellaco. Después de este combate ambos ejércitos volvieron á sus primitivas posiciones.

El general Mitre dice en su parte oficial que los aliados tomaron 4 cañones y 3 banderas, mientras en realidad fueron sus enemigos que esto hicieron.

Varios paraguayos, que no estaban en la gracia de López aprovecharon la ocasión que les presentó esta batalla para desertar.

El jefe del batallón 38, el jefe del cuerpo á que pertenecían las 4 piezas tomadas, y el brigadier Pesegueiro, brasileños todos, pidieron ser juzgados por un consejo de guerra, para probar su inculpabilidad, lo que les fué concedido.

Después de la batalla, el general Flores, escribió á su es-



posa la siguiente carta, que fué publicada en los diarios de Buenos Aires.

Campamento de San Francisco, Mayo 3 de 1866.

Sra. Doña María G. de Flores.

Mi estimada esposa:

Las buenas, como las malas noticias, deben recibirse siempre con tranquilidad. Ayer ha sufrido la vanguardia de mi mando un contraste de alguna consideración, perdiéndose casi totalmente la división oriental.

De doce á una del día, fué sorprendido mi campo por una fuerte columna de tres armas. No era posible resistir el empuje de fuerzas triples á las nuestras; pero la división oriental sucumbió honrando el pabellón de la patria.

Yo había comprendido la mala situación en que estábamos acampados. Dos días antes del suceso, el Mariscal Osorio y yo nos apersonamos al general en jefe para decirle la conveniencia que había de mudar de campo; pero el señor Mitre nos contestó así: «No se alarme usted general Flores; la agresión de los bárbaros es negativa, porque ha sonado la hora fatídica de su exterminio.»

Si hay, pues, alguno responsable del suceso de armas del 2, es el único, el general Mitre.

Puedo asegurarte, María, con toda la franqueza de mi alma, que en toda mi campaña contra el tirano Berro, no he pasado tantas contrariedades como las que he sufrido en el corto periodo que estamos en territorio paraguayo; no es para mi genio lo que aquí pasa.

Todo se hace por cálculos matemáticos; y en levantar planos y medir distancias, y tirar líneas y mirar el cielo, se pierde el tiempo más precioso; figúrate que las principales operaciones de guerra se han ejecutado en el tablero de un ajedrez.

Entretanto, hay cuerpos del ejército que han estado sin comer tres días. Yo no sé que será de nosotros, y deveras que si á la crítica situación en que estamos, se agrega la constante apatía del general Mitre, bien puede suceder que yendo por lana salgamos trasquilados.

Todo se deja para mañana, y de día en día se aplazan los movimientos más importantes, y que de suyo reclaman celeridad.

Sólo he visto actividad en los días de besamano. Entonces sí—se cruzan los cuerpos de músicas, los cumplimientos, las felicitaciones; relucen los uniformes y las ricas espadas.—Y esto sucede con frecuencia, porque un día es cumpleaños del Emperador, otro el de la princesa Leopoldina, mañana el de la independencia del Brasil, y siempre envueltos en estas majaderías.

En adelante, mi vanguardia se compondrá de argentinos. No hay caballos ni mulas para los trenes, ni boyadas, ni ganado para comer.

Si pasamos un mes por acá, tendremos que repasar el río Paraná, y haremos cuarteles de invierno en Corrientes.

En este caso tendré el gusto de verte, así como á mis amigos.



Excuso decirte que los brasileños dieron la espalda cochinamente y hubo un batallón que no quiso cargar.

Mi carpa fué saqueada por los paraguayos. Mándame una balija con ropa, un poncho grande de paño, un sombrero de paja y dos pares de botas.

Ahí van cartas de nuestro hijo Fortunato.

A mi hija Agapita un abrazo, y tú, mi querida María, recibe el corazón de tu viejo apasionado—

VENANCIO FLORES.

P. D.—Te recomiendo, María, que me mandes solamente ropa de Campo y nada de faldas ni casacas. Curioso es decirte que estos días han querido hasta ordenarme el modo de vestirme.

¿Pues no me dijo el general Mitre con mucha política, que sería conveniente que yo me cuidara algo de mi persona? Al principio creí que aludía al individuo; pero después me dijo que por qué no disponía de un uniforme de la Comisaría á fin de conservar la dignidad del empleo. Te aseguro que yo no sé de dónde saqué paciencia ese día. Me dí vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

———

Ambas partes solían enviar á las avanzadas los prisioneros y desertores de sus contrarios, para invitar á sus paisanos á desertar, diciendo que se encontraban mucho mejor tratados entre sus enemigos, que en su propio ejército. Sin embargo, el pez rara vez mordía la carnada.

En el campamento paraguayo no se permitía ninguna correspondencia entre los soldados del ejército y sus parientes; sin embargo, muchas mujeres iban y venían constantemente y llevaban á la Asunción noticias del ejército. Se ordenaba al pueblo que cada día que pasase fuera considerado como un nuevo triunfo de López, y por de contado, nadie se atrevía á demostrar que lo dudaba, aunque mucha gente de la Asunción, esperaba por días ver entrar á los aliados. Para que la población no se entregara á «malos pensamientos» se le daba ocupación continua, pues cada familia tenía orden de comprar y entregar cosidos, unas cuantas docenas de calzoncillos para el ejército. Además, casi todos los días se decían misas por la salvación y felicidad de «D. Francisco Solano López». Estas misas eran encomendadas por personas particulares.

Después de la batalla del 2 de Mayo los aliados estaban más en guardia. Los paraguayos fueron siempre muy vigilantes.

El ejército paraguayo, como ya lo hemos dicho, estaba acampado en la posición que se había determinado sostener, permaneciendo todavía la vanguardia en el Bellaco del Sud, como á 4 millas de su ejército. La vanguardia tenía orden de no disputar los pasos del Bellaco, sino de retirarse cuando los aliados hicieran un movimiento sério en esa dirección. Practicaron este movimiento el 20 de Mayo, atravesando el Bellaco en tres columnas; los paraguayos se retiraron en completo orden y establecieron sus guardias avanzadas en el centro del Bellaco del Norte. Los aliados marcharon adelante y acamparon sobre el borde del bosque de Pal-

mas, ocupando inmediatamente su vanguardia á las órdenes de Flores, el terreno bajo, inmediato al sud del Bellaco del Norte. La división del general Flores consistía ahora, en los pocos orientales que quedaban, en dos divisiones brasileñas y un regimiento de caballería argentino. Tenía también 30 piezas brasileñas. El ejército brasileño á las órdenes de Osorio, ocupaba la izquierda y estaba acampado desde el potrero Piriz hasta la izquierda de Flores; los argentinos bajo las órdenes de los generales Gelly y Obes, Paunero y E. Mitre (hermano del generalísimo) ocupaban la derecha, extendiéndose hasta Rori. Todo el ejército aliado constaba de cerca de 45.000 hombres y 150 piezas de artillería, ocupando un frente de casi tres millas. Construyeron inmediatamente dos reductos, uno en su centro y otro en su izquierda.

Los paraguayos estaban acampados desde Gómez hasta Rojas, ocupando con pequeños destacamentos, tropas y artillería, todos los pasos al Este hasta el paso Canoa. Tenían su derecha apoyada en bosques impenetrables y en el Carrizal del potrero Sauce. Este potrero era una picada natural en el monte, solamente accesible á los aliados por una extrecha abertura que miraba al Este, frente á su campamento. Esta abertura estaba defendida por una pequeña trinchera, capaz de enfilar las columnas de ataque en toda la extensión de ella.

Los paraguayos se comunicaban por el potrero Sauce, por un camino abierto á través del bosque. Estos bosques tienen tanto árboles altos como bajos, y entre ellos hay un matorral de arbustos, espinas y enredaderas, de manera que apenas puede verse á veinte varas de distancia. El Bellaco, al Oeste del paso de Gómez y del ejército paraguayo, tenía más de seis piés de profundidad, hasta perderse en el monte, donde se convierte en un arroyuelo corriente y claro. El paso Gómez y todos los pasos al Norte del mismo, tenían más ó menos, cuatro piés de profundidad, y los aliados para atacar de frente á los paraguayos, debían atravesar dos pasos igualmente profundos y expuestos durante todo el pasaje á un fuego tremendo. En caso de que intentasen flanquear la izquierda paraguaya, se exponían á ver cortadas sus comunicaciones.

El ejército paraguayo había sido nuevamente remontado y contaba con 25.000 hombres. El día en que la vanguardia paraguaya retrocedió delante de los aliados, dió principio á una trinchera en el paso de Gómez, que arrancando del bosque de la derecha, terminaba en el estero á la izquierda del paso Fernández. También se abrieron trincheras en los demás pasos; lo hacía formidable la posición de los paraguayos. La primera determinación era esperar el ataque, y cuando lo hicieran los aliados, lanzar 10.000 hombres sobre su retaguardia, por un camino abierto en el angosto monte que lo rodeaba, y que estaba ya hecho, excepto unas cuantas varas que se habían dejado para no ser cortadas hasta el último momento, como estaba indicado en el plan. Los aliados probablemente, vigilarían con cuidado la abertura conocida del potrero, pero la practicada nuevamente no era visible, y los paraguayos no serían sentidos hasta que estuvieran acuchillando su retaguardia.



Muerte del Coronel Martinez de Hoz.—Acayuazú



1.—Coronel Alejandro Díaz

2.—General Emilio Conesa
Jefe de la 2.ª División Buenos Aires





3.—General Indalecio Chenaut
Jefe del Estado Mayor del primer Cuerpo de Ejército

4.—José Murature
Almirante de la Escuadra Argentina





los aliados habrían sido destruídos; pero López cambió de parecer el 23 de Mayo, y atacó á los aliados el 24.

Hablando de esta batalla, un año después, López dijo, que había llegado á su conocimiento el plan de ataque del general Mitre, que debía efectuarse el 25, y que francamente no le gustaba y resolvió prevenirlo anticipando el ataque, como lo hizo.

Al mismo tiempo ridiculizaba al coronel Marcó, por «haber abandonado el campo de batalla» cuando una bala le había hecho pedazos «todos los huesos de la mano».

El 20 de Mayo, López trasladó su cuartel general á Paso Pucú, donde permaneció durante dos años, y á donde llevó también varios batallones de reserva, porque se decía que la escuadra debía atacar á Curupaity. En la tarde del 23, López recorrió los batallones de reserva y les dirigió la palabra, recordándoles, que el día 2, un pequeño número de tropas había arrebatado al enemigo sus cañones y sus banderas, y deduciendo de esto, que si llevaba un ataque por gran número de fuerzas, era indudable que destruiría totalmente á los aliados. Los soldados estaban muy entusiasmados y le contestaron, que sólo esperaban sus órdenes para marchar y concluír á sus enemigos. Entonces les dijo, que se preparasen á recibirlas. Pasó toda la noche conversando y dando instrucciones á los que debían tomar parte en la batalla. El general Barrios, con 8.000 hombres de infantería y 1.000 de caballería, debía llevar el ataque á la izquierda enemiga; el general Díaz (entonces coronel) con 5.000 infantes y 4 obuses, por el centro y el general Resquín por la derecha, con 7.000 hombres de caballería y 2.000 de infantería. El ataque debía hacerse simultáneamente, y la señal para iniciarlo sería un cañonazo disparado por Barrios, cuando estuviera listo, pues éste tenía que recorrer una larga distancia por entre bosques, donde sólo se podía marchar por hileras. Debía hacer su camino á lo largo del Carrizal hasta llegar al potrero de Piriz, donde debía formar su cuerpo de ejército. Toda esta distancia está poblada por bosques que llegan hasta el intransitable Carrizal, de manera que los soldados de Barrios, tenían que marchar unos trás otros, viéndose obligada la caballería á conducir sus caballos de la brida. Díaz debía reunir y formar sus tropas en el punto más próximo posible al enemigo, tratar de no ser visto, ni sentido, y lanzarse violentamente sobre su centro, al sonar la señal convenida; Resquín debía tener sus tropas formadas y listas antes de amanecer, detrás de los palmares de Yataytí-Corá, donde no podrían ser vistas por el enemigo. Las caballerías de Barrios y Resquín debían hacer un rodeo y reunirse á retaguardia de los aliados.

Se esperaba que Barrios hubiera terminado su pasaje á las 9, pero sólo á las 11.30 del día pudo terminarlo y dió la señal del ataque.

Los paraguayos cayeron inmediatamente sobre los aliados, atacando toda su línea.

Afortunadamente para los aliados, todas sus tropas se hallaban sobre las armas, porque en esos momentos, el general Mitre, se disponía á practicar un sério reconocimiento sobre las posiciones paraguayas. Tres minutos después del cañonazo, el com-



bate era general; la fusilería era tan nutrida que, sólo se oía un sonido contínuo, aumentado por el cañoneo de los aliados.

Por la derecha, los paraguayos arrollaron á los brasileños hasta el Estero, en donde se rehicieron, rechazando á los paraguayos hasta los montes; estos se rehicieron á su vez, y llevaron por delante á los brasileños, repitiéndose lo mismo por tres veces en el día. La caballería paraguaya, que cargó á los brasileños en su retirada, hizo una carnicería atroz, causando igual daño entre los paraguayos la artillería y fusilería de los brasileños.

En el centro el general Díaz, tuvo que habérselas con el general Flores, cuyos rifles y artillería le causaron horribles estragos desde el momento en que salió del bosque.

Los aliados llevaban una gran ventaja, no solamente por ser atacados en sus propias posiciones y por tropas indisciplinadas, sino también, porque su artillería entró en acción, mientras la paraguaya estaba ociosa. Tenía también la ventaja de pelear dos contra uno y además la superioridad de sus armas. Los paraguayos apenas tenían rifles, y la mayor parte de sus fusiles eran de chispa; casi todo el armamento y la artillería de los aliados, si se exceptúan algunos cañones pertenecientes á los argentinos, eran rayados.

Otra gran desventaja que tuvo Díaz, fué hallarse obligado á atravesar un estero para batirse de cerca con los aliados; este estero quedó materialmente lleno de cadáveres. Uno de sus batallones, (el 25) compuesto casi todo de reclutas, se arremolinó y la artillería aliada lo aniquiló totalmente.

Sobre la izquierda, la caballería de Resquín arrolló cuanto encontró en su primera carga, acuchillando á la caballería correntina, mandada por los generales Cáceres y Hornos y dispersándola totalmente. Entonces una parte de la caballería cargó á la artillería de la derecha, perdiendo en el camino la mitad de sus fuerzas, consiguiendo sin embargo tomar veinte cañones, que tuvo que abandonar, porque no siendo sostenida, y entrando en acción las reservas argentinas fué cargada y totalmente destruída, no habiendo querido rendirse soldado alguno. La infantería de Resquín entró en acción entonces, pero fué destruída, parte por la artillería y parte por la infantería. La reserva de la caballería de Resquín, dió vuelta por la derecha del Palmar, para realizar el plan convenido de reunirse á la retaguardia de los aliados, con la caballería de Barrios, pero los argentinos extendieron su frente en esa dirección y la rechazaron.

Sin embargo, el resto de uno de estos regimientos, bajo las órdenes del mayor Olabarrieta, penetró en la línea haciendo prodigios de valor, y con veinte de sus hombres, logró llegar hasta el punto en que debían reunirse con Barrios; pero como este había sido derrotado ya, tuvo que volverse, atravesando las líneas brasileñas, y peleando durante todo el trayecto hasta llegar al potrero Sauce. Olabarrieta llegó casi sólo y mal herido.

El fuego cesó á las cuatro de la tarde; los paraguayos se hallaban en derrota completa y su ejército enteramente destruído. Los aliados, por su parte, habían sufrido serias pérdidas, pero les



quedaba todavía un ejército. Los paraguayos dejaron 6.000 cadáveres sobre el campo: los aliados sólo tomaron 350 prisioneros, heridos todos. Esto sucedía, porque los paraguayos no se rendían nunca, y aun heridos peleaban hasta morir. Los hospitales paraguayos recibieron 7.000 heridos del campo de batalla, siendo de advertir, que los heridos leves no entraban en los hospitales. Parecerá extraordinario, que los paraguayos sólo perdieran un oficial de graduación, cuando casi todos salieron heridos. El mayor Yedros, (que había permanecido encarcelado y engrillado desde la elección de López II), el mayor Rojas y el capitán Corbalán, ayudantes de campo de López, en quienes antes había depositado una gran confianza, fueron sacados de las cárceles (nadie había sabido nunca la razón de su encarcelamiento) y enviados á pelear, degradados hasta el rango de sargento; todos ellos fueron mortalmente heridos ó muertos en el campo de batalla. José Martínez, nombrado porta-estandarte en el Paso de la Patria, teniente en la batalla del Banco, capitán después del 2 de Mayo, en que fué herido, hizo los empeños posibles para que se le dejara asistir á esta batalla, y habiendo sido herido mortalmente, fué nombrado mayor antes de morir. Era muy apreciado por López. Muchos de los negociantes de la Asunción, que acababan de ser reclutados, se encontraban también entre los muertos.

El humo era tan denso durante el combate, que los aliados no vieron el daño que habían causado á los paraguayos; y por la dificultad de las comunicaciones á causa de los esteros, y la gran confunsión de aquellos momentos, López no supo la realidad de sus pérdidas hasta la mañana siguiente.

Los aliados perdieron más de 8.000 hombres entre muertos y heridos; entre los últimos se hallaba el general Sampaio (herido mortalmente) y los generales Osorio y Paunero (levemente).

El general Mitre mandaba á los argentinos en persona, haciendo á los generales Flores y Osorio el cumplimiento de dejar enteramente á su cargo la dirección de las operaciones de sus respectivos cuerpos, durante el combate.

López almorzó temprano, y se trasladó con sus telescopios al cementerio de Paso Pucú, para presenciar la batalla á cinco millas de distancia.

Permaneció allí hasta que se rompió el fuego, y á esa hora bajó hasta la trinchera, aunque el obispo, que siempre marchaba á su lado, protestó que no debía «exponerse de esa manera». Cuando llegó á las tres millas del fuego, despachó su escolta en una dirección, dirigiéndose él en otra con el obispo y un ayudante, por temor de ser reconocido y de que se le hiciera fuego, ocultándose en un bosquecito entre el Paso Fernández y Rojas, de donde sólo podía verse el humo. Después se retiró como á una milla á tomar un lunch; al volver á la selva encontramos ya á muchos de los primeros heridos que volvían de la batalla, pero que no podían dar una idea de lo que sucedía. Uno de estos era un muchacho de 15 años; una bala le había atravesado el muslo, pero traía además de su fusil, un sable, una lanza, un rifle, una bala de cañón y un hermoso poncho de paño, como trofeos del campo de batalla. El muchacho presentó á López sus trofeos y éste le devolvió



el poncho y dió las armas á sus ayudantes para que se las llevasen. El soldado fué nombrado cabo y enviado á las trincheras para que pelease en caso de un ataque. Después de anochecer, López fué al Paso Gómez, á la casa del general Bruguez, donde se encontró con Barrios y Díaz, quienes les dieron las malas noticias, hasta donde ellos las sabían. Para engañar á sus propios amigos y al enemigo, hizo tocar á todas las bandas de música durante la noche entera, con el objeto de hacer creer que había ganado la jornada. En el «Semanario» se consideró esta batalla como una grande y gloriosa victoria. A las diez de la noche se retiró á su cuartel general de Paso Pucú.

La mayor parte de los heridos paraguayos permanecían aún tirados en las selvas, y durante tres días consecutivos, continuaron entrando en el campamente, arrastrándose penosamente. Once días después los aliados encontraron todavía un herido moribundo. Un mayor coronel, llegó al campamento cuatro días después; había recibido una herida en los pulmones y tuvo que sentarse desfallecido en un monte próximo al enemigo, acompañado por un soldado, herido también; encontrándose sin fuerzas para moverse, ordenó al soldado que lo matara, llevara á López su kepí y su espada, y le dijera «que había cumplido con su deber hasta el último momento». El soldado se negó á cumplir la orden, y por último fueron encontrados por los paraguayos que los recogieron. Algún tiempo después se mejoró, pero fué muerto en Julio, en la batalla del Sauce.

Los aliados aseguraron que López había embriagado á sus tropas con aguardiente y pólvora, para hacerles pelear como pelearon. Sin embargo, esto no es exacto, antes al contrario, los paraguayos casi siempre peleaban con el estómago vacío, pues en vísperas de combate no se permitía á los soldados separarse de sus cuerpos para carnear. Los brasileños en esta batalla, como en todas las subsiguientes al 2 de Mayo, entraron á pelear sin banderas, sin duda para impedir que se las llevara el enemigo.

Los aliados tomaron 4 obuses, 5.000 fusiles y 5 banderas. Una de éstas, Osorio la mandó de regalo á Tamandaré; fué tomada matando á un sargento herido que la tenía, el que después de habérsele intimado que se rindiera, ocupó sus últimos momentos en despedazar la bandera con los dientes, para impedir que cayese en poder del enemigo.

El batallón 40, que había sido tan terriblemente diezmado el 2, fué casi exterminado de nuevo, retirándose del combate apenas con 80 hombres. Los batallones 6 y 7, que eran los mejores y más antiguos del ejército, quedaron reducidos á 100 hombres cada uno.

Los heridos de gravedad que exigían una larga curación, fueron enviados á la Asunción, y los más leves, cuyo restablecimiento no sería tan largo, permanecieron en el campamento.

Los aliados enterraron una parte de sus muertos; los cadáveres paraguayos fueron colocados en capas de hombres alternadas con leña, por piras de 50 á 100 hombres, prendiéndoseles fuego.

Los soldados aliados observaban que los paraguayos estaban demasiado flacos para quemarse.

Los 10.000 hombres que sobrevivieron, quedaron completamente desorganizados y dispersos, pasándose muchos días antes que pudieran ser reunidos de nuevo.

CAPITULO XII

Paralizasión de las operaciones. – La escuadra brasilera— Descripicón de Curupayty—Porto Alegre refuerza á los aliados López se reanima—batalla de Yatayti Corá y del Sauce

El ejército aliado en vez de aprovechar la derrota del ejército de López y marchar adelante, quedó completamente paralizado, y ocupado en atrincherarse, hasta que López le obligó á moverse.

Después de la batalla del 24 de Mayo, los aliados hubieran podido tomar la retaguardia de los paraguayos, pasando por su izquierda casi sin perder un hombre, porque de esa manera se hubieran salvado de los fuegos de su artillería y habrían podido tomar á Humaitá y á las demás baterías del río, sin disparar un sólo tiro.

El 20 de Mayo penetró en el río Paraguay una escuadra de 16 cañoneras y corbetas con cuatro encorazados, y habiendo echado á la distancia una ojeada sobre Curupaity, ancló debajo del Piquete de las Palmas. López había echado á pique al vaporcito «Paraguayra» y dos bergantines en el canal del río, entre la isla de Curuzú y el Chaco para impedir el pasaje. Tanto habría valido sumergir otras tantas botellas en aquella extensa y fuerte corriente. Tamandaré instaló una gran maestranza para la compostura de las máquinas de su escuadra, hospitales y almacenes en el Cerrito, situado en la embocadura del río Paraguay; examinó la laguna Piris con miras de navegarla, y descubrió que podía hacerlo con sus vapores pequeños, y desde ella bombardear el campo de López. Hizo también un reconocimiento buscando un camino para establecer comunicaciones directas con el ejército, que les evitara dar la larga vuelta por Itapirú. Se descubrió, pero no era practicable, porque los paraguayos recorrían diariamente los montes, lo que lo hacía inseguro. Además, los paraguayos tenían guardias en todos los puntos accesibles del Carrizal y á veces tomaban prisioneros á algunos de los hombres que desembarcaban á cortar leña para los buques. En una ocasión tomaron un rifle «Enfield», con la marca de la Torre de Londres, y la fecha de 1866.

Tamandaré debía atacar y tomar á Curupaity; pero comó el ataque no se realizaba, el público empezaba á creer que le tenía miedo. Todo le servía de excusa: los buques sumergidos, las estacas, y las muchas damajuanas vacías que flotaban como boyas y que él suponía (porque le daba la gana) eran señales que marcaban la posición de torpedos. Instigado por estas murmuraciones subió con la escuadra el 15 de Junio, y lo bombardeó á una gran distancia, sin matar ni herir á un sólo paraguayo. Después de esto se retiró y fondeó, habiendo perdido algunos hombres.



Curupaity es una barranca de arcilla mezclada con arena, llana en su parte superior, cóncava en su descenso, situada en una curva del Paraguay. En tiempos normales el nivel del río es ocho ó nueve yardas más bajo que el de la barranca. Las grandes lluvias destruyen el borde de ésta y las crecientes la carcomen constantemente, haciendo caer con frecuencia pedazos de tierra, de manera que en pocos minutos podría hacerse practicable para un desembarque. Por esta razón construí una batería cubierta, que abarcaba toda la extensión de la barranca, para la artillería de campaña y la infantería, en previsión de que el enemigo quisiera hacer un desembarque. En la extremidad sud de la barranca se levantó una batería de gaviones, armada con dos cañones de 32 y uno de 8 pulgadas, colocando en la misma batería, como reserva, 14 piezas de campaña. Era sostenida por un batallón de infantería, mandado por el mayor Sayas.

Se colocaron en el río algunos torpedos mal construídos; y el 20 de Junio dos de ellos se escaparon de sus amarras y se fueron aguas abajo, dando uno contra el «Bahía» y el otro contra el «Belmonte», pero como ambos estaban enteramente mojados no produjeron efecto alguno. Se componían de tres cajas ajustadas unas dentro de otras, de las cuales la última era de zinc y contenía la pólvora. La espoleta era una cápsula de vidrio conteniendo ácido sulfúrico con una mezcla de clorato de potasa y azúcar blanca, cubierta con lana y algodón. Estas espoletas fueron inventadas por M. Masterman, jefe del departamento químico. La espoleta estaba encerrada en un pequeño cilindro perforado, y debía ser quebrada por un pistón cuando el torpedo recibiera un choque. Los brasileños pescaron estos dos torpedos, pero en esa misma noche se les lanzó un brulote, y desde entonces fueron más cuidadosos. Se observaba un fenómeno singular de sonido en el cañoneo de la escuadra brasileña cuando estaba frente á las Palmas. En Paso Pucú algunas veces apenas se oía, pero otras el disparo de cada cañón era reproducido por una rápida sucesión de seis ecos, que parecían un fuego por pelotones; los primeros y los últimos eran los más débiles, y los intermedios los más fuertes. Este fenómeno, sin embargo, sólo se observaba al amanecer y en ciertas condiciones atmosféricas. Durante el día y al anochecer, sólo se repetía una vez. Nunca dejó de haber cañoneo por la mañana y por la tarde, porque apenas se movía una hoja en los bosques, la escuadra rompía el fuego con balas encadenadas y metralla.

López hacía cuanto estaba de su parte para reorganizar su ejército y engañar á los aliados sobre su verdadero estado. Sus guardias avanzadas eran muy numerosas, y se hallaban situadas á gran distancia de sus líneas y muy próximas á las del enemigo. Estas guardias hostilizaban constantemente á los contrarios, sorprendiendo sus avanzadas, matándolas y robando sus centinelas. Para evitar esto, los aliados obligaron á sus avanzadas á sostener un tiroteo incesante durante la noche, con el único objeto de que no se durmieran sus centinelas.

Además, López enviaba todas las mañanas un escuadrón de caballería para reconocer la derecha enemiga, que á menudo volvía trayendo prisioneros hacienda, caballos, etc.

Para formar cada batallón ó regimiento, fué necesario amalgamar los restos de muchos otros, y reorganizar el ejército entero. López hizo venir seis mil esclavos, y los distribuyó en los diferentes cuerpos. Habiéndose presentado 200 indios payaguas, López los destinó á la artillería pesada. Bruguez y Díaz fueron nombrados generales en Junio de 1866.

Los atrincheramientos fueron terminados á toda prisa, y artillados con las piezas traídas de Humaitá y Asunción. En el centro, entre Paso Gómez y Paso Fernández, se colocaron tres piezas de á 8. En esta misma trinchera, que no era muy extensa, se amontonaron 37 piezas de todos los calibres y formas imaginables. Toda clase de cañones viejos de 18 á 24, todo lo que por cortesía pudiera llamarse tal, fué aprovechado y prestó buenos servicios á los paraguayos. Se artilló también la trinchera del potrero Sauce; y á mediados de Julio, López empezó el bombardeo del campamento aliado; pero sólo la vanguardia de Flores estaba al alcance de sus tiros.

Esta era casi enfilada por la batería Sauce, la que sin embargo no tenía piezas de mucho calibre. Los bombardeos se repetían diariamente, pero no causaban daño de consideración, aunque los paraguayos tiraban admirablemente, sobre todo los oficiales de la marina llamados Fariña y Mazó, que ponían sus bombas de 8 pulgadas en el punto que querían. López con su telescopio solía ir á sentarse cerca del cementerio del Paso Pucú, para divisar el cañoneo. El primer día del bombardeo, los aliados perdieron cerca de 80 hombres entre muertos y heridos, y siempre sufrían algunas bajas. Dos veces se hizo volar la carpa del general Flores, y él y Mitre escaparon milagrosamente en varias ocasiones, porque los paraguayos tenían la costumbre de hacer fuego siempre que veían á su alcance algún grupo de oficiales.

Los aliados tenían cañones Lahitte de 9, 12 y 24, con los culas solían hacer bombardeos espantosos. Sin embargo, estos cañoneos causaban poco ó ningún daño, porque sus bombas tenían muy malas espoletas y eran mal fundidas; por esta razón varias veces reventaron en las piezas, y generalmente explotaban antes de llegar á las líneas.

Los paraguayos estaban muy esparcidos, y eran menos numerosos que los aliados; tenían también orden extricta de permanecer cubiertos por los parapetos siempre que hubiera cañoneo, de manera que los accidentes eran raros. De vez en cuando, por vía de distracción, se hacían volar de parte á parte, algún armón de municiones. A lo largo de todas las líneas se levantaron «mangrullos» de 50 á 60 pies de altura, desde los cuales se podía observar los movimientos del enemigo. Se hacían con cuatro árboles rectos y delgados, enterrados y colocados de manera que formaran un cuadro de cerca de 8 pies, con varios tablados puestos sobre vigas aseguradas á los puntales por medio de guascas. Los aliados fueron los inventores de estos «mangrullos», que los hacían con madera labrada. Se establecieron telégrafos que ligaban el cuartel general con todas las divisiones del ejército, es decir, con Curupaity, Humaitá, la Isquierda y el Sauce. Algún tiempo después, fueron extendidos á Chichi, al Angulo, al Espinillo, á Yasy, y á Benítez, cuando



estos puntos fueron ocupados por divisiones del ejército. Estos telégrafos estaban colocados en postes; se empleaban aparatos de Morse. Como no había suficiente número de estos aparatos, M. Treuenfeldt construyó algunos. Mientras se hacían, fueron suplidos por un instrumento que era simplemente un martillo; los despachos se recibían escuchando la sucesión de golpes que representaban las rayas y puntitos de los geroglíficos de Morse. Los telegrafistas paraguayos eran muy hábiles para entender este instrumento. Los telégrafos funcionaban durante el día entero, pues los jefes de división tenían obligación de noticiar á López de los más insignificantes incidentes de sus cuerpos, y éste ocupaba el día entero en recibir estos despachos. Había un oficial exclusivamente encargado de llevar estos telegramas.

El general Bruguez, mandaba el centro y la derecha desde Paso Fernández al potrero Sauce; y el general Barrios la izquierda, desde el Paso Fernández al Paso Vai. El general Díaz no tenía mando fijo, pero era comisionado por López, casi diariamente, para recorrer todo el ejército, con el objeto de saber si faltaba algo. Era el gran favorito de López, que lo reservaba para mandarlo en los casos apurados. El general Resquín, aunque conservaba todavía el título de jefe de la división del Sud, desde la llegada de López al Paso de la Patria, era jefe del Estado Mayor, continuando hasta el fin, con el mismo título y el mismo empleo.

Uno de los mayores inconvenientes con que lucharon los paraguayos desde el principio de la campaña, fué el mal estado de los caballos. Muchos ayudantes y jefes de cuerpos montaban rocinantes, que no tenían sino el cuero sobre los huesos, no podían salir del paso, y con frecuencia se paraban en el camino por no poder moverse. El trayecto se habría hecho más rápidamente andando á pié; pero las numerosas lagunas que cruzaban el terreno, hacían indispensable tener algo en que pasarlas. Los caballos que tenían algún aliento y que se habían reservado para el caso de una batalla, habían sido muertos el 24.

La razón dada por los aliados para no moverse y aprovecharse de su victoria, fué la falta de caballos y la imposibilidad de avanzar sin caballería; pero lo cierto es, que no conocían el verdadero estado del enemigo.

Las enfermedades causaron muchas bajas á los aliados. Los argentinos fueron reducidos de quince mil á nueve mil hombres, y los brasileños no sufrieron menos. El ejército aliado quedó limitado á treinta mil hombres.

Porto Alegre dejó 12.000 hombres en la provincia de Río Grande para protejerla contra una nueva intentona de los paraguayos, y se puso en marcha con 14.000 soldados y 50 piezas de artillería. Trajo también 14.000 caballos gordos para la caballería brasileña.

Los argentinos se hallaban también sin caballos, porque los aliados los habían pasado todos al Paraguay y no habían cuidado de llevar los forrages necesarios. El punto en que se hallaban carecía enteramente de pastos, y por consiguiente, sus caballadas corrieron la misma suerte que la de los paraguayos. Por esta razón, el gobierno argentino adoptó eficaces medidas para proveer á su

ejército de buenos animales. Publicó un decreto declarando, que los caballos eran artículo de guerra, y prohibiendo que de la ciudad fuesen enviados á la campaña. Se expropiaron casi todos los de carruaje, de carro y de silla, y se remitieron al ejército.

Dos mil hombres de caballería de Porto - Alegre llegaron al Paso de la Patria el 12 de Julio, y el resto de sus fuerzas llegó poco después. La mayor parte de su ejército se componía de infantería montada. Algunos de sus regimientos estaban armados de carabinas rayadas, con bayoneta.

Los aliados también trabajaban activamente, construyendo baterías en toda la extensión de sus líneas. Su ardor por la guerra se había amortiguado. Los soldados habían visto caer á su alrededor millares de sus camaradas; los ataques habían sido siempre iniciados por los paraguayos, y los aliados solo habían avanzado cuando el campo había sido abandonado deliberadamente; y ahora que los paraguayos hacían tregua á su iniciativa, sus jefes vacilaban, y en vez de avanzar se atrincheraban.

El ardor de los soldados aliados flaqueba, y en el ejército no se hablaba de otra cosa sino de la paz. La alianza brasileña había sido antipática á los argentinos y orientales, aun en los momentos en que fueron ultrajados por López, al principio de la guerra. Por este tiempo los brasileños y especialmente la escuadra eran violentamente injuriados, sobre todo esta última, que había echado tantas bravatas y que temblaba ahora en presencia de la pequeña batería avanzada de Curupaity.

A fines de Junio, López había remontado su ejército á 20.000 hombres (de los cuales una gran parte eran viejos, niños y soldados dados de alta) y tenía la convicción de que en caso de ser atacado por los aliados, los derrotaría completamente, exterminándolos quizá. Sin embargo, estos no se hallaban dispuestos, á tomar la iniciativa y López se decidió á provocarlos. Primero tuvo la idea de echarles de cebo una columna de ataque que se retiraría cuando la cargaran; pero como el pescado era viejo no tragó el anzuelo; no logrando esto, se adoptaron medidas más sérias que tuvieron el resultado deseado.

El 10 de Julio envió dos batallones, para hacer un ataque falso á uno de infantería argentina, que estaba de vanguardia al norte del paso Leguizamón. Este batallón fué reforzado inmediatamente por otros tres; los paraguayos se retiraron escaramuseando hasta una corta distancia.

En la tarde del día siguiente, López envió al mismo lugar cinco batallones de infantería con dos coheteras y dos regimientos de caballería de reserva. Los argentinos estaban preparados y con su artillería lista para hacer fuego sobre los paraguayos, la que sin embargo, les hizo muy poco daño. Los paraguayos fueron recibidos por cinco batallones bajo las órdenes del general Rivas (entonces coronel); el general Paunero, se adelantó con la reserva; después de sostener ambos combatientes un fuego vivísimo, se retiraron, dejando incendiado el pastizal por los cohetes á la «congreve»; terminando la acción á la entrada de la noche. Cuando cesó el tiroteo el mismo general Mitre avanzó con dos batallones y ocupó el campo de batalla; entonces los paraguayos cargaron



de nuevo; y Rivas, avanzó, con sus cinco batallones y tomó el mando de la columna argentina. El combate se prolongó hasta las 9 de la noche, hora en que se retiraron los paraguayos del campo de batalla; los argentinos perdieron como quinientos hombres y tres oficiales superiores—los paraguayos 400. Los cohetes hicieron muchos estragos.

Esta batalla, se llamó de Yataytí - Corá; y este es otro de los casos en que López se debilitó en pequeños combates que no le ofrecían ventaja alguna. Si los aliados hubieran valido su sal, no habrían dejado escapar á ningún hombre de esta columna mucho menos numerosa que la suya y alejada dos millas de sus posiciones, mientras ellos estaban á dos pasos de su base. Tal vez López, creía necesario no dejar descansar á sus tropas para que no creyeran que tenía miedo á los aliados. Como de costumbre, ambas partes pretendían haber obtenido una victoria espléndida. El mayor Godoy, jefe de los paraguayos salió levemente herido en el brazo. Durante la batalla, las baterías de los dos campos sostuvieron un fuerte cañoneo.

Era necesario encontrar algún otro medio para obligar á los aliados á llevar un ataque á los paraguayos, y el mejor que se halló, fué colocar una pieza de á 8, dentro del monte, en la punta Ñaró que estaba muy próxima al campamento aliado y casi enfilada á la división de Flores. Hubiera sido posible montar y parapetar el cañón sin que el enemigo lo sospechara, y tanto lo habría incomodado, que lo hubiera obligado á tratar de tomarlo, en cuyo caso habría sido defendido por el fuego de las baterías de «Paso Gómez» y «Potrero Sauce», además del suyo propio. Sin embargo, este plan fué abandonado, y se hizo un reconocimiento del terreno entre Sauce y Potrero Piriz con el objeto de abrir durante la noche una trinchera, que abrazara el terreno comprendido entre Punta Ñaró y Potrero de Piriz, y que por su posición comprometería el flanco izquierdo de los brasileños y la retaguardia de los orientales.

Las selvas que mediaban entre el Sauce y Piris no eran ocupadas por ninguno de los ejércitos, pero los paragayos tenían siempre en ellas hombres que las exploraban. Estos montes y los espacios que las dividían estaban aún sembrados con los cadáveres del 24 de Mayo.

Estos cadáveres no estaban descompuestos sino completamente momificados; el cútis se había secado sobre los huesos, los cuerpos tenían un color amarillento y estaban sumamente enjutos. El campo estaba literalmente cubierto de balas, cartuchos y proyectiles de toda especie; los árboles de la selvas acribilladas de balas de rifle. Atravesamos la selva hasta llegar al potrero Piris, en cuyo centro estaba un bombero brasileño montado á caballo, pero no vió absolutamente nada; seguimos el curso de Yurui hasta llegar nuevamente á un punto del monte, desde el cual podíamos ver todo perfectamente y que sólo distaba 500 yardas de las trincheras brasileñas. Los brasileños notaron algún síntoma raro en la selva, y reuinron sus ganados sin demora, recelando probablemente algún nuevo malón, como los que habían sufrido varias veces. Sin embargo, no nos hicieron fuego, y la comitiva, entre la que se hallaban los gene-



rales Díaz y Aquino volvió por el campo abierto. Los bomberos enemigos no dejaron de vigilarnos, pero no hicieron fuego porque teníamos una escolta de 50 rifleros. Dí parte de que la trinchera era practicable, y López determinó abrirla inmediatamente. Con este motivo todas las azadas, palas y picos (que llegaban á 700) fueron enviadas al Sauce, y los batallones 6 y 7, (que habían hecho los terraplenes y trincheras de Humaitá), fueron escogidos para realizar la obra. Se encargó á los soldados el mayor silencio, y las mayores precauciones para que el enemigo no oyera el choque de los instrumentos y de las armas. A veinte varas de la línea de trabajadores se tendieron 100 hombres en guerrilla, para cubrir á los zapadores, los que para divisar mejor si alguno se acercaba, se echaron de barriga. En algunos puntos estaban tan mezclados con los cadáveres, que era imposible distinguir á los vivos de los muertos. Hice trazar la línea á la luz de una linterna, que estaba colocada á la extremidad opuesta, y oculta al enemigo por un cuero; los zapadores fueron enfilados en línea con ella. Entonces los hombres pusieron su fusil en tierra, al frente de su puesto de trabajo, y empezaron á abrir una trinchera de una vara de ancho y otra de profundidad, arrojando la tierra hacia el frente, para ponerse á cubierto lo más pronto posible.

Las líneas enemigas estaban tan cerca, que oíamos claramente el alerta de sus centinelas y hasta la risa y la tos de su campamento. Aunque se tomaron todas las precauciones posibles para no ser sentidos, las azadas y los picos debieron chocarse algunas veces en aquella tenebrosa noche; pero lo sorprendente es, que los aliados no se apercibieron de nada hasta la salida del sol, hora en que toda la extensión de la trinchera (900 yardas) estaba tan avanzada, que los trabajadores se hallaban á cubierto del enemigo y empezaban á arrojar la tierra al lado opuesto para hacer el parapeto. Se colocaron cuatro cañones pequeños en la punta Ñaró, situados de manera, que en caso necesario pudieran ser retirados.

En medio de la noche todo el campamento fué iluminado repentinamente, y medio minuto después un ruido espantoso, que extremeció la tierra, anunció la explosión de un torpedo de 1.500 libras de pólvora. Estos torpedos eran lanzados aguas abajo casi todas las noches en dirección á la escuadra, pero ésta fué la única ocasión en que se gastó tanta pólvora. Los aliados, á la luz de esta explosión, debieron haber visto la trinchera que se hacía.

Tan luego como el enemigo se apercibió de lo que se hacía, rompió el fuego con su artillería, pero no hizo movimiento alguno ni ese día ni el siguiente (15) en que el general Osorio, por enfermo, fué relevado por el mariscal Polidoro, que había venido de Río de Janeiro con ese objeto.

La nueva trinchera, como se verá en el plano, estaba dividida en dos segmentos, y Polidoro ordenó al general Sousa, que durante la noche se aproximara á la menos extensa, y la atacara al amanecer del 16 de Julio. El general Menna Barreto recibió orden de ocupar el potrero Piris, formando la reserva de esta división. Estas órdenes fueron cumplidas. Los paraguayos se retiraron á los montes situados á la izquierda y retaguardia de la pe-



queña trinchera, que fué ocupada por los brasileños; desde allí rompieron sobre estos un fuego nutrido, aunque los brasileños lo correspondieron con igual viveza; los paraguayos no sufrieron pérdidas de consideración por estar ocultos en las selvas. A medio día, se adelantó como reserva una división argentina mandada por el general Conesa, pero apenas entró en acción. El tiroteo casi á boca de jarro continuó todo el día, cesando después de un combate de 16 horas. Los brasileños perdieron 2.000 hombres entre muertos y heridos, inclusive siete oficiales superiores. El cañoneo se prolongó durante toda la noche y todo el día siguiente.

En la mañana del 18, los aliados abrieron un tremendo bombardeo, con el cual hicieron volar dos armones de municiones. En seguida atacaron la trinchera, que los paraguayos abandonaron, llevando consigo sus cañones y retirándose al potrero Sauce. El general Bruguez rompió el fuego sobre las columnas de ataque, causándoles numerosas pérdidas. Al mismo tiempo la caballería aliada hizo una diversión sobre la izquierda paraguaya, pero sin resultado.

El general Flores, que era el jefe de este combate porque se batallaba en su propio terreno, ordenó inmediatamente que se llevara el ataque á la pequeña trinchera, que defendía la entrada del potrero Sauce. Este ataque fué realizado por los brasileños y los orientales. que habían llegado á muy corta distancia de la trinchera, cuando tuvieron que replegarse obligados por el terrible fuego de enfilada que les hacía la artillería.

El coronel Aquino, que mandaba á los paraguayos, salió con su infantería, y hostilizó las fuerzas aliadas que retrocedían haciendo fuego en retirada. Cuando las tropas de Aquino estaban casi encima de los aliados, dijo éste que quería matar algunos negros por su propia mano, y metiendo espuelas á su caballo, lo lanzó sobre el enemigo; encontrando un soldado á su paso cayó sobre él, y lo mató, pero dándose vuelta uno de sus compañeros, le asestó el rifle y le metió una bala en la barriga. Los paraguayos retrocedieron de nuevo al potrero Sauce, y Aquino, mortalmente herido, fué conducido al cuartel general. Se le promovió al rango de general, pero murió dos días después.

El general Flores, ordenó inmediatamente que se llevara un nuevo ataque á la trinchera, y esta vez una división argentina se reunió á la oriental, quedando ambas bajo las órdenes del coronel Pallejas. La mitad de la artillería paraguaya fué desmontada por la rapidez del fuego, y aunque el resto y la mosquetería hacían grandes estragos en las filas enemigas al descender en columna cerrada por aquel largo callejón, avanzaron con gran denuedo, y colmando el foso con sus cadáveres, tomaron la trinchera y su artillería, matando á todos los soldados que la defendían y enarbolando la bandera argentina. En el mismo momento, llegaban refuerzos á los paraguayos, que desembocaban por los montes; y doscientos hombres de caballería desmontada, armados solamente con sus sables, cargaron á los asaltantes y los desalojaron de la posición reconquistando sus cañones; habiendo llegado también la infantería, el enemigo se retiró clavando la artillería préviamente. El combate concluyó aquí, porque los aliados estaban satisfechos ya con sus pér-



didas, que desde el 16 hasta el 18 inclusive no bajaban de 5.000 hombres.

En este combate murieron los corones Pallejas, Agüero y Martínez, pertenecientes cada uno de ellos á los diferentes ejércitos que formaban la alianza. Además de estos tuvieron muchos oficiales muertos y heridos; entre los últimos se hallaba el general brasileño Victorino.

Los paraguayos perdieron entre muertos y heridos 2.500 hombres; el único oficial de importancia que murió fué el coronel Aquino, el teniente coronel Giménez, uno de los más bravos oficiales paraguayos fué herido por una bala que le atravesó el pié, pero continuó peleando hasta el fin de la jornada. El coronel Roa, jefe de la artillería, fué cortado sólo y completamente rodeado por el enemigo: aunque tenía su espada rota, no quiso rendirse. Dos oficiales enemigos le atacaron, pero siempre que se le aproximaban, les arrojaba á los ojos puñados de tierra y los cegaba. Escapó del enemigo milagrosamente y volvió á su cuerpo, sin un sólo rasguño.

——:——



CAPITULO XIII

LA ESCUADRA BRASILERA —TOMA DE CURUZÚ—ENTREVISTA DE LÓPEZ Y MITRE – DERROTA DE LOS ALIADOS EN CURUPAYTY —PARALIZACION DE LAS OPERACIONES.

La escuadra permanecía siempre inactiva con gran disgusto del ejército aliado, que creía haber llenado su deber, y esperaba que ésta tomara á Curupaity antes de avanzar. La escuadra, por su parte, decía, que esperaba que el ejército asaltara á Curupaity por tierra, para poder hacer algo, y que ella no tenía la culpa de que el ejército hubiera permanecido un mes en el Paso de la Patria, perdiendo todos sus bueyes y caballos. La escuadra se lamentaba igualmente de verse expuesta todos los días á los torpedos que los paraguayos lanzaban aguas abajo, y que la molestaban mucho. Uno de éstos (que por lo general contenían 1.000 libras de pólvora) voló á 300 yardas de la proa de una de sus cañoneras. El de 1.500 libras á que nos hemos referido antes, produjo un extremecimiento en la ciudad de Corrientes, que distaba 40 millas, causando gran alarma entre sus habitantes. Uno de ellos hizo volar á uno de los botes de la ronda de la escuadra, con toda su tripulación. Estos botes hacían la ronda de los buques durante toda la noche. Cuando veían venir algún torpedo, se oía un grito general, que repetía ¡Paragua! ¡Paragua! y se producía en la escuadra un alboroto infernal.

Dos torpedos hicieron volar á sus conductores, un tal M. Kruger, norte-americano, y un Ramos, paraguayo, que había hecho su aprendizaje de ingeniero con los Sres. Blyth. Las tripulaciones de ambos botes volaron también.

Tamandaré, almirante brasileño, hizo un tratado con los indios guaycurús del Chaco y armó 200 de ellos. Estos indios forman una tribu guerrera, que siempre ha estado en guerra con el Paraguay; sin embargo, no prestaron grandes servicios á los aliados, porque se fugaron con las armas y la ropa que les dieron, y siempre que encontraban algunos brasileños en pequeño número, los mataban y llevaban á los paraguayos sus vestidos para granjearse su voluntad.

En un consejo de guerra que tuvo lugar el 30 de Junio, se decidió que Tamandaré bombardease y tomase inmediatamente la batería de Curupaity. Esta batería estaba artillada ahora con 25 cañones, entre los cuales había tres de 8 pulgadas, y 6 de 32 y 24. El 16 de Julio la escuadra subió hasta ponerse á la vista de Curupaity, sin cambiar un sólo tiro con las baterías; después de esto volvió á bajar. Esta operación fué considerada como una espléndida victoria. El general Cáceres dejó el ejército, y el general Neto murió.

Era evidente que el flanco derecho de Curupaity era un punto débil. López sabía esto y procedió á reforzarlo. El general Mitre lo sabía también y determinó asaltarlo. Si lo hubiera hecho inmediatamente no habría encontrado obstáculos en su ataque, pero dió tiempo á López para prevenirse.

López hizo venir de Curumbá el batallón 10 que estaba allí de guarnición. Este batallón era fuerte de 700 hombres y com-



puesto de magníficos soldados. Al mismo tiempo hizo bajar á la Asunción á todos los habitantes de Curumbá, excepto la guarnición. Estos eran por lo general comerciantes y tenderos ricos. Recibieron la orden de marchar una hora antes de partir, y no se les permitió llevar más equipaje que un baul; se les ordenó igualmente dejaran sus puertas abiertas. En la Asunción vivían miserablemente, y es probable que en el día no exista ninguno.

Cuando los aliados llegaron al Paso de la Patria, á principios del año, López ordenó que todos los habitantes que residían sobre el Paraná se retiraran á Misiones ó á cualquier otro punto al norte del arroyo Hondo. Estas pobres gentes tuvieron que abandonar todo cuanto poseían en sus propias casas, que se reducía por lo general, á las escasas plantaciones de habas, tabaco, y algunos naranjos que cultivaban por sus propias manos. Habiendo salido casi con lo puesto, padecieron grandes sufrimientos y escaseces y muchas perecieron de hambre.

Después de la batalla del Sauce, los aliados levantaron cuatro nuevas baterías, á saber: una en Piris, otra en Punta Carapá y dos reductos avanzados. Desmontaron los bosques y palmares que obstruían el frente de su campamento, dejándolo despejado desde su derecha hasta el potrero Piris. Los paraguayos abrieron también una nueva trinchera continuando la del Paso Gómez á través de las selvas en dirección á su derecha. Allí se internaba en el potrero Sauce, pasando de este punto hasta Chichi. La zanja del potrero Sauce fué profundizada más tarde, y convertida en un canal para distraer el curso del Bellaco.

Para impedir la entrada de espías y la deserción de soldados, todo el frente de las líneas paraguayas estaba acordonado de centinelas, colocados á diez pasos unos de otros. Cada uno de estos centinelas daba el alerta en voz baja á todos los que pasaban, aunque fuera por su retaguardia. El centinela de cada pieza, hacía la misma cosa, dando un pequeño golpe en la vaina de su sable, señal á que obedecía todo el mundo, permaneciendo inmóvil hasta que lo hubiera examinado el cabo de guardia. Varios paraguayos de buenas familias, desertaron al enemigo y López determinó, en consecuencia, poner fin á estas deserciones.

Bolivia y el Perú protestaron contra el tratado de la triple alianza, y Chile parecía dispuesto á seguir su ejemplo. El Paraguay esperaba que las repúblicas del Pacífico, le prestarían su ayuda material, como le habían prestado su apoyo moral para sostener su causa. Al mismo tiempo se publicó en el «Semanario» el tratado secreto; esta publicación tuvo por efecto convencer á muchas personas del derecho con que López hacía la guerra á los aliados, y que el Paraguay combatía por su propia existencia.

Como se verá por el plano respectivo, si los aliados hubieran tomado á Curupaity habrían quedado á retaguardia de los paraguayos. El carrizal se extiende desde el Paraná hasta Curupaity, y en ese punto tiene 2.500 yardas. Como Curupayty por el lado del río estaba defendido por una batería, si los aliados no querían exponer sus tropas amontonadas en los vapores al fuego de las fortificaciones durante el pasaje, tenían que desembarcar al Sud, es decir, antes de llegar á la batería. López precaviendo este caso

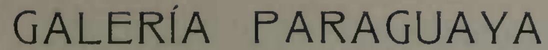


hizo abrir una trinchera en Curuzú para protejer la batería, 3.000 yardas al Sud de Curupaity, que se extendía, desde una laguna sobre la izquierda, hasta el río Paraguay por la derecha. Colocaron sobre el río como batería avanzada, dos cañones de 32 y uno de 8 pulgadas. La batería y trinchera de Curuzú eran sostenidas por 2.500 hombres y estaban armados con 13 piezas. El general Díaz mandaba en jefe, y los capitanes de Marina Gil, Ortiz y el mayor Lagos la artillería.

Al frente y al sud de la trinchera, el único camino posible, tenía que hacerse á través de un monte de cañas, en el cual los paraguayos habían practicado una estrecha picada. Este camino se va ensanchando hasta terminar en un descampado casi cuadrado como de 400 yardas, al enfrentar la trinchera. La picada era enfilada por la batería; ésta no podía ser atacada de plano por tierra, y aún cuando estaba expuesta al fuego enfilado de la escuadra, no podía ser vista, porque un monte la ocultaba.

El terreno entre Curuzú y Curupaity, está cortado por muchas lagunas que nacen de la continuación de aquella en que se apoyaba la trinchera de Curuzú, y que se extiende casi hasta el río Paraguay. Por consiguiente, el único camino entre Curuzú y Curupaity, es á lo largo del río. Entre las lagunas ya mencionadas, se hallan pequeñas alturas cubiertas de «cortaderas» y árboles espinosos llamados «Aromitas», cuyas flores exhalan un perfume delicioso. Las lagunas tienen como cuatro piés de profundidad, y su fondo es movedizo, de manera que el terreno entre Curuzú y Curupaity puede decirse que es intransitable, excepto por el camino de la costa, que en sus puntos más estrechos sólo admite cuatro hombres de frente, siendo mucho más ancho frente á Curupaity, que está situado en una llanura perfectamente plana, en la cual lo están también, Humaitá y Tuyu-Cué. Su altura sobre el nivel del carrizal es de 20 piés y de 30 sobre el del río.

El primero de Septiembre de 1866, la escuadra aliada empezó el bombardeo de Curuzú, pero infructuosamente. La batería contestó y murieron varios brasileños á bordo de la escuadra. El bombardeo continuó el día 2, y el segundo cuerpo del ejército brasileño bajo las órdenes del Barón de Porto Alegre, compuesto de 14.000 hombres, se embarcó en Itapirú y desembarcó en las Palmas, protegido por siete cañoneras, sin oposición alguna, y subiendo por la márgen izquierda del río acampó frente á Curuzú. Ese día hubo un bombardeo furibundo: algunos de los buques se presentaron frente á las baterías de Curuzú; uno de ellos, el encorazado «Janeiro» de seis cañones, después de tener atravesadas sus chapas de cuatro pulgadas por balas de 68, fué echado á pique por un torpedo, que explotó bajo su quilla, ahogándose la mayor parte de su tripulación, inclusive su capitán. Este fué el único encorazado echado á pique durante la guerra. El «Ivahy» perdió una de sus calderas, y todos los buques que tomaron parte en la acción llevaron una buena rociada de balas de 32 y 68. El cañón de 8 pulgadas fué desmontado por una bala, que le llevó un muñón. Un vigía paraguayo que estaba colocado en un árbol fué hecho pedazos por una bala, pero esta fué casi la única desgracia de aquel día.



GALERÍA PARAGUAYA

1.—Antonio Estigarribia
Comandante en Jefe de la División Paraguaya rendida en Uruguayana el 17 Setiembre 1865.

2.—El Sargento González
Paraguayo fusilado por orden de López, por haber dudado del éxito de la guerra

3.– Coronel Juan Francisco López
† En Aquidaban á la edad de 15 años

4.—Don Francisco Sánchez
Vice-Presidente del Paraguay durante la guerra

5.—Gral. José Vicente Barrios

GALERÍA ORIENTAL

1.—Brig. Gral. Venancio Flores
General en Jefe del Ejército Oriental
en la guerra del Paraguay

2.—Coronel D. León Palleja

3.—Coronel Feliciano González

4. - General Miguel Navarro



El día 3, se renovó el bombardeo y Porto-Alegre atacó la trinchera de Curuzú, avanzando con bravura bajo el fuego enfilado de la batería, y marchando con el agua casi hasta el pescuezo, flanqueó su izquierda por el punto en que se apoyaba en la laguna. Viéndose la guarnición atacada por la retaguardia y por el flanco, se puso inmediatamente en retirada. Los brasileños, al avanzar sobre la trinchera perdieron cerca de 2.000 hombres; flanqueada la posición perdieron aún algunos más, y entonces empezaron las pérdidas de los paraguayos, que dejaron en el campo 700 muertos y tuvieron 1.700 heridos que lograron salvarse. El batallón 10, que hasta entonces no se había batido, defendía el flanco izquierdo de la trinchera; pero cuando los brasileños empezaron á flanquearlo, todo él puso pié en polvorosa, excepto su jefe que murió. El resto de las tropas combatió braza á brazo y con bravura por un corto tiempo, pero pronto fué abrumado por el número y tuvo que retirarse dejando toda la artillería en poder del enemigo. En los momentos en que los brasileños tamaban posición de la batería, voló un polvorín y les mató doce hombres. Un soldado paraguayo y otro brasileño, se arrojaron uno sobre otro, tan ferozmente, que se traspasaron simultáneamente con sus bayonetas. El capitán Montiel, comandante de un regimiento de caballería desmontada, recibió varias heridas y quedó por muerto en el campo, pero recobrando su sentido se encontró en la retaguardia del enemigo que marchaba en dirección de Curupaity. Este oficial, arrastrándose como pudo, logró volver á su campamente, á través del enemigo.

Porto-Alegre solo persiguió á los paraguayos por algunos centenares de yardas, volviéndose en seguida y acampando en el terreno cuadrado de que antes hemos hablado, situado al sud de la trinchera de Curuzú. Esta victoria le valió el título de Vizconde.

Si hubiera continuado la persecución podía haber pasado por Curupaity sin perder un hombre; habría tomado la batería, quedándole todavía 12.000 hombres para caer sobre la retaguardia de López, mientras Mitre y Flores lo acometían por el frente. Los aliados en ese día hubieran tomado inevitablemente todas las posiciones paraguayas y destruído su ejército.

Se dice que Porto-Alegre pidió refuerzos á Mitre para atacar á los paraguayos, pero que no se hizo caso de su petición.

Algunas de las mal dirigidas balas de la escuadra pasaron por la casa de López, y mataron á un hombre, na mujer y una criatura. López partió como un rayo, retirándose á un punto, 2.000 yardas más lejos, sin que nadie supiera donde se había metido. Al día siguiente, hizo principiar un ancho muro de tierra y se trabajó en él furiosamente, para cubrir su habitación de Paso-Pacú por el lado de Curupaity, este muro tenía 15 piés de altura, 36 de ancho en la base, 12 en la parte superior y 90 de largo. El trabajo quedó concluído en pocos días.

Los paraguayos se habían retirado á un punto igualmente distante de Curuzú y Curupaity, y guareciéndose tras de un ligero parapeto, que habían levantado; pero éste era una mala posición, pues estaba expuesta al fuego de la escuadra y era fácil de flanquear. Sin embargo, la línea de defensa era corta.



Cuando López supo la toma de Curuzú, reprendió al general Díaz, quien contestó, que él no podía impedir la fuga de los soldados. López le ordenó entonces, que diezmara el batallón número 10, repartiera el resto de la tropa en otros batallones, y remachara una barra de grillos al mayor Sayas. Con arreglo á esta orden, fué formado en línea, y contando uno á diez, se sacaba de las filas al décimo soldado; se empezaba de nuevo por el número uno, repitiéndose la operación, hasta concluir con el batallón; entonces el general Díaz, que tenía listos los tiradores suficientes, hizo fusilar á todos los hombres á quienes había tocado el número 10, en presencia de toda la división, que había sido muy reforzada. Los oficiales del batallón, se sortearon por medio de pajas largas y cortas; los que sacaban las largas eran fusilados inmediatamente. El resto, fué degradado, y los soldados repartidos en los demás batallones de la división (1).

Los paraguayos, en su nueva posición, continuaban ocultos para la escuadra á causa de los buques. Sin embargo, ésta conocía más ó menos su posición y continuamente les lanzaba una lluvia de metralla; pero como los soldados estaban parapetados, les causaba poco daño. Curupaity era también bombardeado continuamente.

Se abrieron algunos fosos á lo largo de las lagunas que no eran bastante profundas para impedir el pasaje de las tropas. Pocos días después supo López que dos divisiones argentinas se preparaban á embarcarse en Itapirú para reunirse con Porto-Alegre: fué solamente desde aquel momento que López empezó á temer por Curupaity. Entonces adoptó la idea que yo le había sugerido días antes y de la cual no había hecho caso, — á saber: abrir una trinchera á lo largo de la escarpada barranca, que parte de la batería de Curupaity, siguiendo el borde del Carrizal, que es el punto donde principia la llanura de Curupaity. Comprendió la necesidad de llevarla á cabo inmediatamente. Hablando del giro que tomaban los acontecimientos, dijo:—«las cosas no pueden tener un aspecto más diabólico». Reforzó al general Díaz remontando sus fuerzas á 5.000 hombres y le envió más artillería de campaña. Fué recién en la tarde del 8 de Septiembre que determinó ocupar la posición de Curupaity abriendo la trinchera, que tendría 2.000 yardas de largo y le sería de inmensa utilidad, dado el caso que estuviera concluída cuando atacaran los aliados.

La noche era profundamente obscura, y las tropas y la artillería tenían que abrirse camino á través de un inmenso y espeso bosque, para tomar su nueva posición y trazar la trinchera. La confusión en aquel movimiento fué terrible—los soldados buscaban á sus oficiales y los oficiales á sus soldados.—Se dejó una vanguardia en la trinchera, que estaba á medio camino entre Curuzú y Curupaity. Si los brasileños hubieran avanzado en aquel momento no habrían encontrado oposición alguna. La trinchera tuvo que empezarse en el bosque, tan pronto como fué posible derribar los árboles, y sin ocuparse de otra cosa que de concluir su perfil gene-

(1) Esto no se supo hasta dos años después, tal era el profundo secreto que se guardaba sobre todo. (Nota del autor).



ral. La arcilla estaba extremadamente dura, y los picos apenas la penetraban. Al mismo tiempo, se construyeron nuevas plataformas para los cañones, tanto para la trinchera como para el río. La madera empleada era siempre recién cortada de los bosques, pues jamás había provisión de reserva. Se puso el mayor empeño en adelantar las obras.

López estaba enteramente convencido de que los aliados se disponían á darle el golpe de gracia, y creyó conveniente tratar de entrar en arreglo con ellos, ó cuando menos, ganar tiempo para fortificar á Curupaity. Con este fin, el 10 de Septiembre dirigió una nota al Presidente Mitre, diciéndole simplemente que tenía el honor de invitarle á una conferencia particular, en cualquier sitio ó lugar que Mitre indicase. La carta fué llevada aquella tarde por el coronel Martínez, bajo bandera de parlamento y acompañado por corneta. Apesar de la bandera blanca y del toque de atención, las guardias avanzadas le recibieron á balazos y Martínez tuvo que retirarse. Al día siguiente se presentó de nuevo y fué bien recibido, diciéndole también, que el oficial que le había hecho fuego el día anterior había sido severamente castigado. La nota fué llevada á Mitre, que se trasladó personalmente á la carpa de Polidoro, donde se encontró también con Flores; después de una consulta de media hora, escribió su contestación, diciendo que tenía el honor de aceptar la entrevista y fijándola para el día siguiente á las 9 de la mañana, entre las guardias avanzadas, en un punto llamado Yataití-Corá. Entonces hizo llamar á Martínez al cuartel general brasileño, donde le entregó la nota para López, quien contestó en la misma tarde, avisando que asistiría puntualmente al lugar indicado.

Al día siguiente (12 de Septiembre de 1866) López se vistió con un traje del todo nuevo, que se componía de un kepí, una casaca sin charreteras, un par de botas granaderas y otro de espuelas, y para completarlo un par de guantes; las botas y las espuelas no las abandonaba nunca, porque pretendía imitar á Napoleón. Sobre el traje militar, agregó su poncho favorito, que era de paño grana, forrado de vicuña, ribeteado con un galón de oro, y la abertura ricamente bordada, también de oro.

La escolta no se presentó con uniforme de parada, sino simplenamente con las camisetas de costumbre. El general Barrios y sus hermanos Venancio y Benigno López formaron también parte de la comitiva. Hasta la trinchera fué conducido en un carruaje americano de cuatro ruedas y recién allí montó su caballo blanco. Al partir del cuartel general con su comitiva, hizo un largo rodeo para salir por el paso Gómez y hacer creer al enemigo que este era el único camino que existía.

Al llegar al paso, que de las líneas paraguayas conducía á Yataití-Corá, era evidente que López tenía gran miedo de que el general Mitre le hubiera tendido un lazo, porque además de las guardias de costumbre, hizo emboscar en el paso, á corta distancia del sitio en que tuvo lugar la conferencia, un batallón entero de rifleros. Llevaba como escolta ostensible 24 hombres de la caballería de la guardia y un séquito como de 50 oficiales, que componían su estado mayor. Estos últimos no guardaban formación alguna, antes por el contrario remolineaban como un rebaño de ove-



jas. Cuando pasó la línea divisoria de los dos campos, López se descompuso y hubo de desmayarse; pero bebió un vaso de cogñac con agua y se repuso: continuó su marcha y poco después se vió llegar al general Mitre, con un pequeño estado mayor y una escolta de 20 lanceros.

El uniforme de Mitre consistía en una casaca con cinturón y tiros blancos y un sombrero viejo de fieltro con alas anchas y copa baja, que le daba cierta semejanza á Don Quijote. Las escoltas hicieron alto y los dos Presidentes se adelantaron solos, y á cierta distancia, pero al habla de sus ayudantes. Algunos minutos después, Mitre mandó llamar á Polidoro y á Flores para que asistieran la entrevista. El primero contestó, que desde que el general en jefe estaba presente, su presencia era innecesaria. Flores vino y fué presentado á López, éste le acusó de ser el causante de la guerra por haber solicitado y obtenido la intervención brasileña en la Banda Oriental, á lo que Flores contestó que nadie era más celoso que él por la independencia de su patria.

Los dos Presidentes se presentaron mútuamente; López al general Barrios y á sus dos hermanos, y Mitre al general Flores y á algunos otros oficiales. Flores se retiró algunos momentos después, quedando solos los dos Presidentes. Su conferencia privada duró cinco horas seguidas. López hizo traer sillas y una mesa; durante el tiempo de la conferencia, unas veces permanecieron sentados y otras se paseaban. Como había tinta y papel se levantó un protocolo, en el que se estableció, que S. E. el mariscal López había invitado al Presidente Mitre á tomar en consideración, si la sangre derramada ya, no era bastante para lavar sus mútuos agravios, y que S. E. el Presidente Mitre, se había limitado á contestar, que pondría el asunto en conocimiento de los gobiernos aliados, que eran los únicos competentes para resolver en la cuestión.

Durante la entrevista, cuando López encarecía sus sentimientos pacíficos, Mitre le contestaba, que él no podría tomar determinación que no estuviera de completo acuerdo con el tratado de alianza, y preguntó á López, si creía, que bajo estas bases podría terminar la guerra. López contestó, que jamás podría aceptar las condiciones de ese tratado, que nunca podría servir de base á un tratado de paz, y que si esas eran las únicas condiciones que se le hacían, las resistirían hasta el último extremo. Brindaron con agua y cogñac y cambiaron sus látigos en recuerdo de la entrevista. Mitre dijo á López que las operaciones de la guerra serían llevadas adelante con el mayor vigor. Después de esto se separaron.

López, después de la entrevista, presentaba un aspecto al parecer sombrío. En el camino se detuvo á comer en una casa antes de llegar al cuartel general donde fué recibido y consolado por el obispo y madame Lynch.

Mitre se condujo de la manera más caballeresca durante la entrevista. Apesar de haber dicho á López claramente que las operaciones de guerra no serían interrumpidas, los inútiles bombardeos diarios, fueron suspendidos en honor de la entrevista que había tenido lugar. Dos de los ayudantes de Mitre, obtuvieron permiso durante esta especie de tácito armisticio, para acercarse á conversar con los oficiales paraguayos de la guardia avanzada, y fueron tomados y



detenidos por López, muriendo al fin, á causa de la miseria y de los malos tratamientos. Los soldados aliados obtuvieron también permiso para ir á conversar con los paraguayos de las guardias avanzadas. Estos fueron más afortunados, porque se contentaron con decirles que se mandaran mudar.

López se aprovechó de la cortesía del general Mitre para cometer un ultraje horrible contra todas las ideas de la buena fe. Algunos de los emigrados paraguayos se hallaban en el ejército aliado sirviendo contra López en la Legión Paraguaya. Uno de estos, don Luciano Recalde, que pertenecía á una familia distinguida, había salido del Paraguay en tiempos de López I, y otro llamado Ruíz, con algunos compañeros pertenecientes al mismo cuerpo, se habían acercado á las avanzadas paraguayas á conversar con sus paisanos, y habían convenido con ellos en volver al día siguiente, acompañados de Luciano Recalde y algunos otros, con el objeto de tomar mate. López supo esto, y mandó al coronel Montiel (entonces teniente) para acecharlos y apoderarse de ellos. Al día siguiente Montiel y otros dos ó tres hombres más, se ocultaron en el pasto, y mientras las visitas tomaban el mate, se lanzaron sobre ellas asegurando á un Ruíz y á otro llamado Soriano, después de herirlos mortalmente. Recalde logró escaparse. Esta iniquidad puso á López contentísimo, y mandó matar á azotes á Ruíz y á su compañero. Estos paraguayos estaban con el general Flores, que cuando supo lo que había sucedido, rompió un furioso bombardeo sobre Paso Gómez.

Después de este acontecimiento, todos los paraguayos que habían caído prisioneros en la Uruguayana, y que volvían al ejército de López, eran muertos á azotes, diciéndoles que debían haber vuelto antes.

En la tarde del 12 de Septiembre, día de la conferencia entre López y Mitre, el 1º y 2º cuerpo del ejército argentino fueron embarcados en Itapirú y enviados á Curuzú, porque todo estaba ya dispuesto para llevar un gran ataque sobre Curupaity.

Los paraguayos trabajaron mucho en las fortificaciones de este punto. Se montaron en ella 8 cañones de 8 pulgadas: de éstos solamente dos sirvieron para defender el frente por tierra, cuatro exclusivamente por el río y los otros dos fueron colocados en el flanco derecho, para batir igualmente la tierra y el río. Varios cañones de 32 fueron repartidos, tanto en la batería del río, como en la trinchera, y cinco piezas de 12 y cuatro de 9 (artillería de Flores, única rayada que poseían los paraguayos) fueron colocadas en posición sobre la trinchera. El total de cañones subía á 49 piezas, á más de dos baterías de coheteras, 13 de aquéllas pertenecían á la batería del río y las demás á la trinchera. La batería del río era mandada por el capitán Ortiz y el mayor Sayás, que fué sacado de la prisión para tomar parte en la acción. En la trinchera, la artillería de la derecha era mandada por el capitán Gill, la del centro por el capitán Saguier y la de la izquierda por el coronel Hermosa (entonces mayor). El general Díaz mandaba en jefe. La infantería estaba bajo las órdenes del coronel González y ascendía á 5.000 hombres.

En la tarde del 21 de Septiembre, López me envió á examinar



á Curupaity y dar parte de su estado. Todo acababa de ser concluído. El foso tenía seis pies de profundidad y once de anchura y toda la artillería estaba en posición. Se había terminado la colocación de un ligero «abatis» en toda la extensión del foso; y dí parte á López que la posicion estaba fuertísima y que podría ser defendida con ventaja.

La derecha de la trinchera arrancaba del río y la izquierda de la laguna López; y se habían tomado todas las precauciones posibles para que el enemigo no pudiera flanquear la posición por el agua, como había sucedido en Curuzú.

López por este tiempo estaba enfermo en cama, pero cobró ánimo con las noticias, y llegando poco después el general Díaz muy alegre, López abandonó la tristeza y esperó el ataque con ansiedad.

La gran batalla tuvo lugar el 22 de Septiembre de 1866. Empezó por un gran bombardeo de la escuadra (que contaba entonces 8 encorazados). Dos de éstos, el «Brasil» y el «Barroso» levantaron anclas y navegaron aguas arriba hasta pasar á retaguárdia de la batería; pero hicieron muy poco daño á causa de la altura de la barranca. La batería sostuvo un fuego contínuo contra los encorazados causándoles muchas averías. Una bala de 150 pegó en una pieza de 8 pulgadas colocada en la batería del río, llevándole el segundo cuerpo y desmontándola. La misma bala mató al mayor Sayás. Esta pieza fué usada después en las trincheras durante toda la guerra, para tirar metralla.

A las 12 del día, los aliados llevaron el ataque en 4 columnas; una se dirigió sobre la izquierda paraguaya, dos sobre el centro y la cuarta sobre la derecha, á lo largo de la margen del río. La última columna marchaba por un buen camino, y algunos de sus soldados llegaron hasta la trinchera, muriendo dos ó tres de ellos dentro del foso mismo. Algunos de los hombres de las columnas del centro, llegaron también hasta el borde del foso; pero los que debían atacarla por la izquierda, ni se le acercaron, Tan luego como los aliados dejaron su campamento de Curuzú, los paraguayos rompieron el fuego con la artillería. Cuando estuvieron cerca, apesar de la gallardía con que avanzaron, fueron puestos en confusión por los terribles fuegos cruzados de las trincheras paraguayas que se concentraban sobre ellos en todas direcciones. Las enormes metrallas de las piezas de 8 pulgadas hacían un estrago atroz á la distancia de 200 á 300 yardas. Algunos jefes argentinos montados á caballo, llegaron hasta el mismo borde del foso, donde permanecieron animando á sus soldados; pero casi todos ellos perecieron. La columna que atacó la derecha tuvo el mejor camino, pero durante toda su marcha estuvo expuesta al fuego de enfilada, y cuando llegó cerca de la trinchera sufrió el fuego concentrado de muchas piezas que la ametrallaban horrorosamente. Las columnas del centro y de la izquierda se detuvieron largo tiempo, por los casi intransitables esteros que tenían que atravesar.

Los aliados colocaron una batería de campaña en una pequeña altura frente á la izquierda paraguaya, pero no causó perjuicios de importancia y fué desmontada muy luego. Enviaron tam-



bién dos batallones al Chaco, frente á las baterías, para enfilar la trinchera. Los aliados sostuvieron un nutrido fuego de mosquetería con sus rifles, desde que se pusieron á tiro; pero sólo consiguieron matar ó herir á algunos pocos artilleros, porque la infantería paraguaya permanecía oculta tras de los parapetos. Cuando los aliados se pusieron á tiro de sus pobres fusiles de chispa, se levantaron y rompieron el fuego.

Los soldados aliados llevaban faginas hechas con juncos y cañas, para llenar la trinchera, y escaleras de 15 pies de largo. Llevaban también sus cacerolas porque pensaban cenar en Humaitá. Cuando Mitre, que estaba parado en la trinchera de Curuzú, comprendió que el ataque era infructuoso, ordenó la retirada, dejando sobre el campo un inmenso número de soldados. La pérdida de los aliados se calcula en 9.000 hombres entre muertos y heridos. Los partes oficiales daban solamente 2.000 argentinos y 2.000 brasileños. Quedaron en poder de los paraguayos más de 5.000 hombres, y solamente en el hospital de Corrientes existían 104 oficiales, y 1.000 soldados heridos, enviados desde Curupaity. Los partes oficiales argentinos dan 153 oficiales (incluso 16 jefes) y 1.843 muertos y heridos, y los brasileños 200 oficiales y 1.700 soldados.

El parte de Tamandaré sobre las pérdidas de la escuadra en aquel día, dá 2 oficiales y 19 hombres muertos y heridos, pero uno sólo de los encorazados tuvo 27 soldados fuera de combate. En el parte de Tamandaré se decía, que varias chapas habían sido rotas y muchos espernos arrancados por las balas, agregando también que la madera interior había sufrido mucho. Al «Barroso» se le desmontaron 2 piezas de 68 y muchas balas penetraron por las troneras de los buques.

El valiente coronel argentino Rivas, fué herido y proclamado general sobre el campo de batalla. El coronel charlone fué herido muy cerca de la trinchera paraguaya, y era conducida por cuatro soldados cuando una metralla mató á los cinco.

Las pérdidas de los paraguayos fueron increíblemente pequeñas; su totalidad entre muertos y heridos no pasó de 54 hombres. La mayor parte de ellos fueron heridos por las balas de los rifleros del Chaco. El teniente Lescano, ayudante favorito de López, fué muerto por una de ellos, atravesándole el pescuezo con una bala. El teniente Urdapilleta fué también herido por ellos en el brazo.

Cuando el enemigo se retiró, López ordenó al batallón 12 que saliera de la trinchera á recoger las armas y los despojos, y además de esto, hizo una verdadera masacre con todos los heridos. Les preguntaban si podían caminar y los que contestaban que no, eran asesinados inmediatamente. Apenas había uno que otro que pudiera andar; pues los que no podían hacerlo, se habían retirado adentro de sus líneas. Interrogado el teniente Quinteros, que tenía la rodilla rota, si podía caminar, respondió que nó; entonces el soldado comenzó á cargar su fusil para matarlo; pero el oficial logró arrastrarse como pudo y se salvó.

Apenas se tomaron una media docena de prisioneros, pues los demás fueron muertos. Fueron tomados dos paraguayos de la Uru-



guayana, y el general Díaz los colgó en unos árboles, bajo su propia responsabilidad. Uno de ellos tardó mucho en morir, y rogó á Diaz lo hiciera matar, porque sufría atrozmente. Díaz contestó que eso era justamente lo que él deseaba.

El batallón 12 volvió vestido con los uniformes argentinos que había quitado á los muertos; encontraron muchos relojes y libras esterlinas. porque los soldados aliados habían sido pagados recientemente Se vistieron varios batallones con los uniformes de los muertos, y se tomaron más de 3.000 rifles de Lieja; en buena condición, pero un gran número habían sido estropeados por las balas. Se recogió una gran cantidad de libras esterlinas, que Madame Lynch cambió por papel moneda. Se tomaron también muchos tambores y cornetas, pero ninguna bandera.

Durante el bombardeo, la escuadra brasileña, arrojó cerca de cinco mil bombas. Lanzaron también algunas preciosas balas rayadas Whitworth de á 1 y bombas fulminantes; estos proyectiles son tan bonitos, que casi podría haberse considerado un consuelo ser muerto por uno de ellos.

Los paraguayos hicieron como siete mil tiros de cañón.

El general Díaz estuvo á caballo durante todo el combate, muy entusiasmado, haciendo echar dianas y tocar la música.

Durante esta combate López estaba en su casa de Paso Pacú, pero distrayéndose un momento salió un poco más allá de su terraplen. Repentinamente se oyó el silbido de una bala, y el mariscal ganó su casa corriendo como un gamo. Estas «heroicidades», el único efecto que produjeron sobre su gente, fué hacer que le rogaran encarecidamente «que no se expusiera».

Esa misma noche el general Díaz se presentó en su casa y tuvieron una cena en que bebieron sendas copas de champagne. López se emborrachó y alborotó muchísimo; pero ésta fué la única vez que lo hizo.

Los muertos fueron arrojados en las zanjas, que como hemos dicho, habían sido abiertas á lo largo de los bordes de las lagunas frente á Curupaity. Las lagunas mismas estaban también llenas de cadáveres. Cuando las zanjas se llenaron, el resto fué arrojado al río. Bien entendido que todos fueron desnudados, porque la ropa escaseaba mucho en el ejército paraguayo.

Polidoro tenía orden de asaltar el centro en Paso-Gómez, el mismo día que se atacara á Curupaity. Pero no dió un sólo paso contentándose con formar sus hombres un poco afuera de sus trincheras, para hacer creer á los paraguayos que iba á avanzar. Si hubiera asaltado á Paso Gómez hubiera sufrido más horriblemente que Mitre en Curupaity, porque se hubiera expuesto tanto al fuego de frente como al de flanco, y además de no tener el socorro de la escuadra, el camino era peor que en Curupayty. Fué muy vituperado por los aliados; pero considerado el resultado de las casos, obró con acierto.

El general Flores con la caballería aliada, se internó por la izquierda paraguaya, atravesando el Bellaco en Paso-Canoa, matando y tomando á unos 20 hombres que estaban de guardia en ese punto y llegando hasta Tuyu-cué, permaneciendo algún tiempo sobre la altura cercana á Paso-Canoa. López tenía varios ba-



tallones y regimientos de reserva en Paso-Pucú. Estos no tuvieron orden de moverse, hasta que la victoria de Curupaity fué decisiva; entonces López mandó el batallón 12 para juntar armas y dos regimientos de caballería para cortar á Flores; pero sabiendo este jefe que el ataque sobre Curupaity había fracasado, se retiró á tiempo.

El 24 del mismo mes Flores partió para Montevideo por un corto tiempo.

Todos los argentinos se embarcaron en Curuzú, quedando allí solamente el cuerpo brasileño bajo las órdenes de Porto-Alegre. Las fuerzas brasileñas, que consistían todavía en 8.000 hombres sanos, trabajaron vigorosamente en atrincherase.

Si Curupayty hubiera sido atacado de noche, habría habido alguna posibilidad de tomarlo; pero atacándolo de día, después de dar á los paraguayos todo el tiempo que precisaron para fortificarlo, no había probabilidad alguna de conseguirlo.

Después del asalto de Curupaity, ambas partes permanecie- durante catorce meses, es decir hasta que los paraguayos quemaron y saquearon el campamento aliado en Tuyutí, permaneciendo los aliados en una actitud pasiva hasta Febrero de 1868.

——:——



CAPITULO XIV

INACCIÓN DE LOS ALIADOS—EL CÓLERA—LA ARTILLERIA DE WHITWORTH—LOS ANTIGUOS CAÑONES LISOS—MUERTE DEL JENERAL DIAZ—MANUFACTURAS EN EL PARAGUAY—ANIQUILAMIENTO DE LA EXPEDICIÓN BRASILEÑA EN MATO GROSSO.

Después del asalto de Curupayty, ambas partes permanecieron en completa inacción durante largo tiempo. López no tenía hombres que desperdiciar en un ataque, y los aliados rumiaban su derrota.

La escuadra bombardeó diariamente á Curupaity durante 18 meses, importándoles poco desperdiciar dos mil bombas antes de almorzar, constando de sus partes oficiales, que solían arrojar cuatro mil por día. Curuzú estaba también armado con una batería de cañones Whitworth de 32 y 12 y otra batería Lahite con piezas de 32, que vomitaban continuamente fuego sobre el malhadado Curupaity. Todo este cañoneo era tan mal dirigido, que apenas se hacía algún daño. Seguramente el fuego de la escuadra durante todo este tiempo, no mató á los paraguayos ni cien hombres. Las espoletas de las bombas brasileñas estaban calculadas para producir la explosión á una distancia dada; pero no explotaban regularmente, porque desde el principio fueron mal hechas. Como una cuarta parte de las bombas explotaban en el momento de partir, por ser mal fundidas, y además, porque para usarlas en cañones Whitworth es necesario someterlas á una presión muy fuerte; como una cuarta parte no reventaban, y las demás explotaban á distancias enteramente irregulares. Los paraguayos habían construído chozas á cubierto de los parapetos, de manera que nunca se exponían muchos hombres; pero el estar siempre metidos dentro de ellas, les quebrantó la salud. Una bomba que cayó en un polvorín, lo hizo volar, pero afortunadamente no hizo gran daño.

La escuadra solía á veces enmudecer por un día, y otras rompía un furioso bombardeo en medio de la noche; el espectáculo que presentaban curvas descriptas por las bombas y trazadas en la obscuridad por sus espoletas, era verdaderamente grandioso. Los brasileños solían meter en sus cañones todo cuanto Dios crió, además de las balas, como por ejemplo: rejillas, pedazos de cadenas, etc., y una vez enviaron hasta un pedazo de fierro cuadrado de dos pies de largo.

Cuando empezaban los bombardeos, los paraguayos que se habían surtido de astas á propósito, rompían una música infernal, que iniciada en una extremidad de la línea iba repitiéndose sucesivamente hasta la otra, produciendo un alboroto diabólico. Estas astas tenían en la punta una pequeña abertura por donde se soplaba, produciendo un sonido parecido al de una trompeta; los llamaban «túrútútús» y ponían á Caxias casi fuera de juicio.

La escuadra tenía una vanguardia de encorazados, que estaba anclada á tiro de Curupaity, aunque no era visible por estar oculta detras de la punta saliente de una selva. Esta vanguardia era relevada cada 15 días, y para esto se ponía en movimiento toda la escuadra y algunos de los encorazados se presentaban á la vista



de la batería. En estos casos eran saludados convenientemente y no se retiraban sin haber sufrido algún daño. En Febrero de 1867 los comandantes de los encorazados «Herval» y «Silvado» fueron muertos. y una bala atravesó de parte á parte el costado del «Cabral». La cañonera «Belmonte» fué incendiada una vez por una bomba paraguaya; pero, aunque con dificultad, fué salvada. El buque que servía de hospital en Curuzú, se incendió. El vapor «Marqués de Caxias» se quemó accidentalmente en Corrientes á fines de 1867. El encorazado «Brasil», después del ataque de Curupaity, fué enviado á Río de Janeiro con el objeto de repararlo, y no volvió hasta Mayo de 1867, en cuyo tiempo la escuadra contaba con 12 encorazados.

En Enero de 1867, tres de estos subieron aguas arriba hasta enfrentar las baterías y las bombardearon; pero, como otras veces, se retiraron. La escuadra brasileña tenía bombarderas que montaban piezas de 13 pulgadas, las que también arrojaban contínuamente bombas sobre Curupaity. En Diciembre de 1866, dos pequeños encorazados y una bombardera, se introdujeron en la laguna Piris, ensanchando su embocadura, con el objeto de bombardear el potrero Sauce. Esto se hizo varias veces, pero sin éxito. Desde la laguna Piris no se veía nada, excepto las selvas que rodeaban la posición paraguaya.

En Enero de 1867, una cañonera remontó el Paraná hasta Itatí, con el objeto de hacer un reconocimiento. La pequeña guardia paraguaya que había en el pueblito, se retiró á los montes y la tripulación de la cañonera desembarcó, entró en la casa y se puso á recojer el maíz, que crecía cerca de ella. Mientras se ocupaba en esto, la guardia paraguaya cayó sobre ella y le mató un teniente y varios soldados; el resto escapó.

En Mayo de 1867, la escuadra bombardeaba día y noche sin cesar, gastando enormes cantidades de municiones.

El 21 de Diciembre de 1866, el almirante Tamandaré fué relevado por el almirante Ignacio, para mayor gloria del ejército y de la marina, porque todo el mundo estaba harto de la inacción de la escuadra, y se había probado ya, que los encorazados podían exponerse al fuego de las baterías sin gran riesgo. Sin embargo, Ignacio sólo señaló el principio de su reinado, redoblando la intensidad del bombardeo.

El ejército aliado después de la derrota de Curupaity, se ocupaba solamente en fortificar á Curuzú y Tuyuty. En el primer punto, se construyeron algunas fuertes trincheras, y se levantó una ciudadela, todo perfectamente artillado. Porto Alegre, el jefe de este punto, vivía por conveniencia á bordo de un buque que se hallaba cerca de la costa. La tropa estaba sumamente amontonada y sufría mucho con los bombardeos paraguayos.

El 20 de Diciembre de 1867 el marqués de Caxias, mariscal del ejército, llegó al Paraguay con el objeto de tomar el mando de todas las fuerzas brasileñas. Por consiguiente, la escuadra que hasta entonces había sido un poder independiente, sujeto sólo á la voluntad del almirante, quedó bajo sus órdenes. Polidoro volvió al Brasil. Porto Alegre fué también á divertirse por allí, desde Diciembre hasta Marzo, dejando el mando de Curuzú al general



Argollo. Cuando volvió, Argollo pasó á Tuyuty y tomó el mando de este punto.

Después de la batalla de Curupaity, el general Paunero con 4.000 hombres, marchó á sofocar una insurrección en el interior de la República Argentina, que amenazaba su tranquilidad. Con los nuevos contingentes que llegaban diariamente, el ejército contaba en Enero de 1867, de 14.000 hombres. López recibía siempre noticias de estas pequeñas revoluciones, y solía animar á sus soldados, diciéndoles que los argentinos se verían obligados á abandonar muy pronto la guerra á causa de estos disturbios.

El primer acto de Caxias al recibirse del mando de los brasileños, fué publicar una orden del día, prohibiendo á los oficiales brasileños llevar signo de ninguna naturaleza que los distinguiera de sus soldados, exceptuando sus espadas. Sus kepis eran cubiertos de blanco como los de tropa. Esta medida fué tomada porque los paraguayos siempre que reconocían algún grupo de oficiales, les hacían fuego en el acto. Otra gran medida de Caxias, fué la promesa que hizo en Enero de 1867, de estar de vuelta en Río Janeiro en el mes de Mayo próximo, después de haber terminado la campaña contra López. Fuera de esto, Caxias no hizo nada en 15 meses.

En Septiembre de 1866, empezaron á llegar los primeros brasileños del nuevo contingente de 20.000 hombres, y continuaron llegando lentamente. Al fin de este mismo año había dos mil brasileños armados con fusiles de aguja. El general Osorio marchaba de Río Grande con un ejército de 12.000 hombres, con la intención de invadir el Paraguay por la Encarnación, penetrando en el centro del país por ese punto. Esta operación, era la que Porto Alegre debió hacer algún tiempo antes, pero ni él, ni Osorio la llevaron á cabo. Si se hubiera realizado, la guerra habría terminado.

Para animar á los soldados aliados se hizo circular la noticia de que debía estallar una revolución contra López; que tres prisioneros de los de la Uruguayana habían recorrido el país y que en todos los puntos en que habían hallado alguna seguridad, habían proclamado al pueblo y ganado muchos prosélitos á la revolución; que trescientos hombres habían tomado las armas y se hallaban atrincherados en Bobi, lugar situado al otro lado de la Encarnación; que López había mandado 600 hombres para perseguirlos, y que Mitre había ordenado al general Osorio que los protegiera. El general Castro, (oriental), creyó de buena fe esta historieta, y escribió sobre ella á un amigo.

El presidente Mitre se alejó del teatro de la guerra á principios de Febrero de 1867, dejando el mando en jefe del ejército á Caxías. Se vió obligado á partir momentáneamente á consecuencia de las proporciones alarmantes que tomaba la revolución argentina. Sin embargo, esta no tuvo las consecuencias que se creía.

Los habitantes del Plata habían perdido enteramente todo el interés que tenían, por la guerra, y como nada se hacía, puede decirse, que la habían olvidado.

El Paso de la Patria, llamado ahora por los aliados Itapirú, se había convertido en una plaza de comercio; y en el campamento



de Tuyuty, se levantaron innumerables barracas, donde con dinero se podía comprar casi todo cuanto se deseaba. Estando el cambio muy escaso, se introdujo un nuevo sistema; los patacones se dividían con cincel y martillo en dos ó cuatro partes, y circulaban como fracciones de peso fuerte. En el campamento aliado se levantaron teatros y hasta el banco Mauá estableció una sucursal en el Paso de la Patria.

En Tuyuty, se abrió una doble fila de trincheras con muchos reductos. En el Paso de la Patria, se construyó también una fortaleza. Se colocaron en las baterías de todo el frente cañones Whitworth de 32, otro tanto se hizo en el Potrero Piris, aumentando la artillería con morteros, y se bombardeaba el campamento diariamente pero sin causar perjuicios.

Los esclavos brasileños fueron arrancados á sus amos y enviados á la guerra, porque era ya imposible reclutar más hombres libres en el Brasil.

El cólera representó un papel terrible en la guerra durante el año 1867. Apareció en Río Janeiro en Febrero, y en el Paso de la Patria, el 26 de Marzo. En tres días el estrago fué horroroso en todo el ejército. En Curuzú fueron atacados 4.000 hombres, muriendo 2.400, incluso 87 oficiales—50 hombres se turnaban para trabajar día y noche en abrir sepulturas. Todo esto se veía con facilidad desde los mangrullos paraguayos. Porto Alegre se condujo muy bien visitando á sus enfermos de día y noche.

En Tuyuty no era tan intenso, sin embargo, hizo muchas víctimas. A principios de Mayo había 13.000 brasileños en los hospitales. Para ocultar lo mejor posible, este desastroso estado de cosas, los corresponsales de diarios no tenían acceso en el campamento aliado.

El proyecto de invadir el Paraguay por la Concepción fué abandonado y se ordenó á Osorio que marchara en dirección al Paso de la Patria, como lo había hecho Porto Alegre; se embarcaron en Itapirú 2.000 brasileños, con el objeto de marchar aguas arriba, á reunirse con Osorio y desembarcar en algún punto entre el Paso de la Patria y Encarnación. Esta última idea fué también abandonada y Osorio adelantándose de su ejército, fué recibido en Itatí por Caxias á principios de Mayo.

Después de ésto, se volvió y condujo su ejército al Paso de la Patria donde atravesó el Paraná para entrar en el Paraguay.

El 29 de Mayo á causa de una gran creciente del río, que casi cubrió el campamento, el ejército de Curuzú tuvo que embarcarse con toda su artillería y fué llevado á Tuyutí. Había estado acampado durante nueve meses en uno de los puntos más malsanos que podía haberse escogido. Los depósitos de Itapirú fueron también removidos, pues la creciente los puso en sérios peligros.

Un batallón llamado garibaldino, que había estado acampado en el Chaco desde el ataque de Curupaity, fué dejado allí. Se hallaban situados sobre la margen del río, en el riacho Quiá.

Caxias hizo venir un globo que le costó 15.000 patacones,



y un francés para ascender en él y observar las líneas paraguayas. En el momento de la ascensión el globo se incendió y se destruyó. Se dijo entonces, que el francés tenía la intención de poner fuego á los polvorines brasileños y escaparse en el globo. Fué juzgado por un consejo de guerra y sentenciado á muerte. Sin embargo, la sentencia no se llevó á cabo. Se trajeron de Río Janeiro dos nuevos globos y un norteamericano para manejarlos. Uno de ellos tenía cuarenta piés de diámetro y el otro treinta.

La primera ascensión se hizo en Junio de 1867. El globo estaba amarrado á tres cuerdas tenidas por soldados para que no se escapara. La mayor altura á que llegó no pasó de 180 varas. Fué llevado por medio de las cuerdas de un extremo á otro del campamento aliado; los conductores eran dirigidos por un telégrafo de banderas, que manejaban los arenautas. El globo se mantenía siempre fuera de tiro, pero á menudo se le hacía fuego, porque lo usaban con frecuencia, y en una ocasión cuatro soldados de los que tenían las cuerdas fueron heridos. Desde el globo los aliados contaron 106 piezas y 3 morteros en las líneas paraguayas, sin contar las de Curuayty y Sauce que no eran visibles.

Siempre que aparecía el globo los paraguayos hacían mucho humo enfrente de sus trincheras para ocultarlas, teniendo de antemano preparados los fuegos, que en su mayor parte se componían de pasto, con el objeto de producir mucho humo. Se estableció un telégrafo eléctrico que ligaba el cuartel general de Caxias con la batería Piris y el Paso de la Patria. Se decía en el campamento aliado, que Caxias recibía contínuamente cartas de alguna persona del campamento de López, informándole de todo cuanto pasaba en él; para desmentir esto, baste decir, que con el sistema terrible de espionaje puesto en práctica en el Paraguay, nadie habría podido pasar una sola comunicación sin que López lo supiera. Los paraguayos emplearon todo este tiempo en fortificarse. La guarnición de Curupaity trabajaba contínuamente en profundizar y ensanchar los fosos. El parapeto y las banquetas fueron perfeccionadas y se construyeron contra los parapetos chozas de cuero, colocadas de manera que no incomodaran en caso de tener que hacer fuego. Las baterías del río fueron aumentadas con piezas traídas de Humaitá, hasta contar con 35 cañones, quedando en Humaitá solamente tres cañones de 8 pulgadas y unos cuantos de 32 y 24. Dos piezas de 24 fueron enviadas al arsenal en donde fueron taladradas y rayadas para arrojar balas de 56, siendo en seguida colocadas en Curupaity. Estas dos piezas no quedaron bien porque su alcance no pasaba de 150 yardas. Un enorme cañón de 12 toneladas de peso, y que arrojaba balas esféricas de 10 pulgadas, fué fundido en Ybycui y llevado al arsenal de la Asunción donde fué taladrado y montado. Este cañón fué fundido con las campanas de todas las iglesias del país, y por esta razón fué llamado «El Cristiano». Fué también colocado en las baterías de Curupaity.

Se fundieron muchos cañones en el arsenal de la Asunción, algunos de hierro y otros de bronce. Los de hierro eran de 24 y 18, y los de bronce formaban dos baterías de calibre de 9, que



era el de las bombas de Lahite, que el enemigo enviaba en profusión y que en su mayor parte no explotaban. Dos baterías de cañones lisos de á 4, tomados en Coimbra, fueron rayados para el mismo objeto, y cinco buenos viejos cañones lisos fueron taladrados y rayados para emplear las balas Lahite de 32, que enviaba el enemigo; todas las piezas sirvieron admirablemente. Uno de estos cinco, que era un viejo cañón de hierro, con cinco libras de pólvora y quince grados de elevación, tenía un alcance de 5.300 yardas. Había también cuatro ó cinco baterías de cañones rayados de á 3. Estas piezas pesaban 112 libras cada una, y arrojaban pedazos de hierro dé una pulgada y cinco octavos de diámetro y cinco pulgadas de largo. No sirvieron gran cosa, probablemente porque el giro de la raya no era bastante rápido. Un cañón pesado de hierro, de 56, fué enviado al arsenal y taladrado y rayado para arrojar balas de 150. Su culata fué torneada y reforzada con anillos de hierro. Las balas eran pedazos de hierro con las extremidades cuadradas y templadas (se había descubierto no sé cómo un tratado sobre las balas de Palisser) y terminaban en un anillo de bronce elástico, idéntico de los morriones de la escolta de López, cuyos soldados, por las cinrcunstancias de tener anillos de bronce en el borde de sus kepís, eran llamados «acá-verá» ó cabezas relucientes. y el cañón se bautizó con el mismo nombre. Fué colocado en posición en Humaitá, pero después de algún tiempo de servicio voló la culata. Algunos cañones viejos de hierro, fueron convertidos en morteros, y reforzados con muñones y anillos de hierro batido. Tres eran de 10 pulgadas y dos de á 8. Se fundió también un mortero de bronce de 5 pulgadas, y un cañón de bronce de 7 toneladas de peso, que fué taladrado para emplear la enorme cantidad de balas Whitworth de 32, que se habían recogido. Esta pieza fué bautizada con el nombre de «El general Díaz», pero era tan mal fundida, que después de unos 60 tiros su ánima, que era exágona, se estropeó tanto, que destrozaba todas las bombas que lanzaba. En Marzo de 1868 fué enviada á la Asunción y refundida. Se fundieron también, bajo mi dirección, 3 baterías de obuses rayados para una clase especial de granadas llamadas Shrapnel. Estos obuses pesaban mil doscientas libras cada uno, y sus recámaras necesitaban una libra de pólvora. Arrojaban una bala esférica de á 12, una Lahite de 32, ó la clase especial de granadas Shrapnel que se fundieron para ellos, podía dárseles una elevación de 35 grados. Su alcance era de 5.000 yardas. Se hizo una «nueva leva» de las pocas campanas que quedaban, y de todas las sartenes y ollas de cobre que había en el país, y con todo esto se fundió un cañón de 10 toneladas, que fué taladrado y rayado para balas Whitworth de 150, de las cuales se habían recogido varios millares lanzadas por el enemigo. Este cañón era admirablemente fundido y prestó grandes servicios. Se llamaba el «Criollo» y fué montado en la Asunción.

Para facilitar las comunicaciones se abrió una picada desde Curupaity hasta el Sauce, siguiendo el borde del carrizal. Curupaity fué casi unido al Sauce por una prolongada trinchera, que pasaba por Chichi, en donde estaba acampada una división con algunas piezas de artillería, bajo las órdenes del teniente coronel



Delgado, para el caso en que los brasileños quisieran pasar desde Curuzú, aunque los esteros estaban verdaderamente intransitables.

En Marzo abrí una nueva trinchera en el Potrero Sauce (donde mandaba el coronel Roa) trazada con más regularidad que la antigua y á mayor distancia del Monte, que se había hecho transitable y estaba muy ralo. El antiguo foso fué profundizado para dar salida al Bellaco, que estaba estancado en el punto por donde penetra en la selva, formándose así un nuevo canal para su corriente. Por medio de esta represa el agua fué elevada 6 pies más, lo que le daba una profundidad mayor en el Paso Gómez y hacía inatacable este punto. El nuevo canal formaba también un gran obstáculo frente á la nueva trinchera del Sauce, porque era muy hondo y su anchura bastante grande para que no fuera fácil echar sobre él puentes portátiles. El Bellaco estaba estancado á una altura de seis pies, en el punto por donde entraba en la antigua trinchera, por medio de una compuerta, arreglada de tal manera que fuera fácil abrirla desde la trinchera nueva, para el caso en que, tomada la antigua, el enemigo se dispusiera á un rápido ataque sobre la nueva. En este caso, bastaría abrir la compuerta para que una oleada tremenda arrastrara todo cuanto hallara hasta el carrizal. Los soldados del potrero Sauce eran incomodados día y noche por las balas de rifle, que les arrojaban las guardias avanzadas de los aliados, hiriéndoles muchos hombres. Si los aliados hubieran tirado siempre con rifle, en vez de hacerlo con cañones, pronto habrían concluído con los paraguayos. Cuando ya no había nada que fortificar por el frente, se dió principio á un foso que ligaba al Paso Bahí con Humaitá, quedando así el ejército paraguayo definitivamente atrincherado y á cubierto de todo ataque por ese lado.

Con el objeto de hostilizar al enemigo y de enfilar sus nuevos reductos avanzados, dí principio á una batería en el Paso de Yatayty-Corá. El terreno era muy bajo y el terraplen de la batería fué elevado á seis pies. La batería había sido construída como para ser artillada con 12 piezas. Para facilitar las comunicaciones con ella, y poder retirar la artillería en caso de un ataque, se practicó un camino á través del Bellaco, en el Paso Satí. Este se hizo por medio de dos diques con un puente en el medio, pero nunca se concluyó del todo. Se construyeron algunos parapetos bajos á retaguardia de la batería para protejer con infantes la retirada de la artillería. Mientras esta batería se construía, era bombardeada continuamente por el enemigo, desde dos puntos, con piezas Whitworth de 32, y con un cañón Krupp, de acero rayado (de á 12) perteneciente á los argentinos. Esta última pieza, aunque era una arma muy inferior á las de Whitworth, estaba en mucho mejores manos y hacía espléndidos tiros. Casi no lanzaba otra cosa que bombas de percusión, tan admirablemente dirigidas, que pasaban rozando la batería y penetraban justamente donde los hombres trabajaban. Había siempre un centinela ocupado solamente en vigilar esta pieza, y cada vez que veía el fogonazo, daba el alerta á los trabajadores. Como esta pieza estaba á 2.500 yardas de la batería, los hombres tenían tiempo para cubrirse con el parapeto,

El T. C. Gaspar Campos (Argentino) sorprendido en Acayauzú.

Salva la bandera de su batallón arrojándola al rio

(Album del General Garmendia) — Dibujo de Fortuny.





El Teniente Coronel Don Gaspar Campos. prisionero de guerra.
después del largo y penoso martirio. muere de hambre en el cepo.
En Ita-Ivaté. la noche del 12 de Setiembre 1867

Dibujo de Fortuny



evitando así muchos desastres. Una de estas bombas cayó un día sobre un hombre que conducía una carretilla á lo largo de la batería; pegando sobre su morrión, explotó, chamuscándole el pelo y metiéndole en la frente algunos granos de pólvora, sin hacerle más daño. El morrión, que era de baqueta, voló casi despedazado, yendo á caer á muchas yardas de distancia. El soldado abandonó la carretila y corrió inmediatamente tras de su morrión; lo recogió y metiéndoselo hasta las cejas, volvió á tomar su carretilla, haciéndola rodar con mayor vigor que antes, en medio de los gritos de alegría de sus compañeros.

No muy lejos de Yatayty-Corá estaba estacionado un piquete avanzado de caballería, llamado piquete «Bomba» por la siguiente circunstancia: Habiendo roto los soldados una de las tres patas de su olla, buscaron alguna otra cosa para sostenerla sobre el fuego. Encontraron una bomba de á 9, que había sido arrojada por el enemigo, pero que no había explotado y la pusieron bajo la olla. Apenas se calentó lo bastante, explotó é hizo volar la comida, con gran alegría de la tropa. Eran soldados de caballería y no habían previsto el desenlace.

Cuando caía una bomba en un grupo de paraguayos y hacía volar alguno de ellos, sus camaradas lanzaban un alarido de placer; consideraban este brinco como una cosa tan graciosa y divertida, que la misma víctima habría tomado parte en la algazára si le hubiera sido posible.

Los cañones Whitworth son inmejorables como precisión y alcance, pero requieren excelentes artilleros. Cuando una bomba Whitworth revienta en su trayecto, todos los cascos siguen su camino, formando un ángulo muy pequeño con la trayectoría original. No son, por consiguiente, tan ventajosas como las antiguas bombas esféricas lisas, para batir á hombres parapetados, porque éstas al explotar, se desparraman mucho más. Las bombas rayadas con espoletas de precisión que caían en tierra antes de explotar casi nunca reventaban, porque el fuego de la espoleta se extinguía ahogado por la tierra. Otra gran desventaja, que presenta el uso de la rayada, es que tirando á grandes distancias, rebotan tan alto, que puede asegurarse, que después del primer roce, pierden enteramente su dirección. Los lingotes Whitworth parecía que tenían una fuerza penetrativa mucho mayor que los lisos, en las substancais duras, pero mucho menor que éstos en las blandas, como la arena.

Los brasileños no hacían caso de sus espoletas de precisión; si las hubiesen usado habrían causado algún daño con sus continuos bombardeos, pues el perjuicio que hacían á las trincheras paraguayas era insignificante y reparable en poco tiempo.

Las balas Whitworth tenían una velocidad tal, que el estampido y el silbido peculiar de estas balas se oía casi simultáneamente. Los paraguayos, á causa del sonido de estas balas en su trayectoria, las llamaban «fúús».

Todas las estaciones del telégrafo estaban defendidas por parapetos, para ponerlas á cubierto de los tiros.

En Mayo de 1867, se montó en Chichi una batería con tres piezas de 8 pulgadas, una de Lahitte de 32 y algunas otras



más pequeñas, y el 30 del mismo mes, se rompió el bombardeo sobre Curuzú desde Chichi y Curupaity. Como la guarnición estaba concentrada en un espacio reducido, sufrió algunas pérdidas.

En Octubre de 1866, el vizconde de Beauimont, secretario de la legación francesa en la República Argentina se presentó con bandera de parlamento en las líneas de López, llevando despachos que debía entregar personalmente á M. Cochelet, cónsul francés en la Asunción. Después de esperar varios días para que M. Michelet viniera de la Asunción recibió su respuesta y partió de nuevo bajo bandera de parlamento.

Estas banderas de parlamento inspiraban siempre alguna esperanza de paz, y los soldados las veían con placer. Cuando alguna salía de las avanzadas del enemigo, tenía que detenerse á medio camino entre ambas líneas, hasta que López enviaba algunos para recibirla. Mandaba siempre varios oficiales, porque desconfiaba de sus hombres, y éstos tenían que dar un rodeo por los peores caminos, para hacer creer al enemigo que eran los únicos que conducían á las líneas paraguayas. En estos casos solían conversar dos ó tres horas con los oficiales aliados, fumando repetidos cigarros, y volviendo después á donde estaba López, que les exigía repitieran todo cuanto habían hablado. En una de estas ocasiones, el coronel Montiel y uno de los oficiales aliados se desafiaron, aplazando el duelo para después de la guerra.

En paso Gómez existía un gran depósito de pólvera, en el cual había también un laboratorio de espoletas y un taller para colocarlas en las bombas. Este depósito voló el el 9 de Diciembre de 1866, (sin saberse la causa), produciendo un estruendo horroroso, y desparramando en todas direcciones las inmensas vigas del techo. El mayor Albarenga, jefe del laboratorio, que era un gran pirotécnico de primera clase voló también, y como 45 hombres más fueron muertos ó heridos. El enemigo rompió inmediatamente el fuego sobre el Paso Gómez; el general Bruguez respondió con el mayor vigor, formando al mismo tiempo á sus tropas en orden de combate, por temor que el enemigo aprovechándose de la confusión les llevase un ataque. En esta explosión se perdió una gran cantidad de municiones.

El general Díaz solía pasearse á caballo por Curupaity, durante los grandes bombardeos, para mostrar á sus soldados lo poco que le importaban los «negros». Un día, á fines de Enero de 1867, y durante un bombardeo, salió á pescar en canoa, con algunos de sus ayudantes, á la vista y á corta distancia de la escuadra. Una bomba de 13 pulgadas explotó muy cerca de ellos, dividiendo casi en dos la pierna del general Díaz y volcando la canoa. Los ayudantes lo sacaron á nado hasta la costa, de allí le condujeron á su casa, y enviaron un telegrama á López. Este mandó en el momento al doctor Skiner, que inmediatamente le amputó la pierna. Mrs. Lynch vino á verle en su carruaje y le condujo al cuartel general, en donde fué alojado en casa del general Barrios y diariamente vi-



sitado por López. La pierna amputada fué guardada, encajonada en un cajoncito hecho á propósito y depositada en su cuarto. Sin embargo, algunos días después, el general Díaz murió y su cadáver fué enviado á la Asunción para ser enterrado allí, siendo acompañado por todos los habitantes del pueblo. Según dijo el «Semanario», muchas señoras depositaron sus joyas sobre su tumba, pero no agregó lo que se hicieron éstas después de depositadas. El coronel Alen le sucedió en el mando de Curupaity.

El 24 de Julio se celebraba el natalicio de López y el 16 de Octubre al aniversario de su elección de presidente. Ambos días, pero sobre todo el último, eran de rigurosa fiesta. En estos días, como en la Natividad, y en algunas fiestas cívicas, López tenía grandes recepciones, á las cuales todos los oficiales se presentaban de gran parada. En estas fechas López iba á la iglesia, y de allí se retiraba acompañado de todo su séquito; al llegar á su casa, el obispo le dirigía un discurso muy cumplimentero, al que López, que era muy buen orador, contestaba muy extensamente. Después de la recepción, se servía champagne, cerveza y otras bebidas bajo los naranjos y se hacían centenares de brindis, dirigidos todos al mariscal, por que no era permitido brindar por otra persona. Algunas veces, sin embargo, recibía algo más tangible que una felicitación por escrito para recordar el día. En 1866, como testimonio de sus sentimientos patrióticos, las señoras de la Asunción le presentaron una bandera bordada por ellas con oro, diamantes y rubíes, y cuya asta era de plata; además le enviaron un álbum encuadernado en oro sólido y acomodado en una caja, con una estátua ecuestre encima, todo de oro macizo. Las insinuaciones y las ideas para estas «manifestaciones» partían todas del cuartel general, y eran sugeridas por una señora amiga de López. Como es de suponer nadie se atrevía á negarse para contribuir á estas cosas.

El año siguiente (1868), los ciudadanos se vieron en la necesidad de hacer otro obsequio, y esta vez no hubo reserva alguna respecto á la persona que sugirió la idea, porque los diseños fueron ordenados por la señora del campamento, y desde allí enviados á la Asunción, en donde fueron ejecutados. Los regalos consistieron este año en una espada de honor y una corona de laurel fundida en oro. El puño consistía en un San Jorge y el dragón, todo de oro macizo, adornados con 23 brillantes y gran número de piedras preciosas. La vaina era de oro con arabescos de relieve. Esto se encontraba en otra vaina formada de tubos concéntricos, también de oro puro, con una estátua en el extremo, y construída de manera, que cerrándola se veía solamente la parte que contenía el puño, figurando entonces un bello adorno de mesa. Esto fué colocado en una hermosa bandeja de plata, que fué llevada y presentada por una comisión de ocho personas, de las cuales la principal era D. Saturnino Bedoya, cuñado de López y tesorero general. Era un trabajo de mérito. Cuando cada uno de los comisionados acabó de leer su discurso, y el regalo fué



presentado, López detuvo á su cuñado. Desde ese día jamás le volvió á hablar y empezó á tratarle cada vez peor, llegando últimamente hasta engrillarlo y matarlo en el tormento; pero cuando supo su muerte se puso furioso, porque si hubiera sabido que estaba moribundo, lo hubiera hecho fusilar para salvar las apariencias. Otros dos de los comisionados murieron del cólera y el resto fué alistado en el ejército. La corona de laurel no pudo terminarse para el día de la presentación, aunque se hicieron varios diseños de ella, que no fueron aceptados por la sola razón de que tendría poco valor, á pesar de que entre las hojas había flores de brillantes.

La corona debía ser colocada en un cojín, y ambas cosas en una caja de oro de 18 pulgadas de largo por 14 de ancho. Se insinuó que para hacer un regalo que valiera la pena, lo único que podía hacerse era fundir una esfera de oro incrustada con brillantes. Mas tarde, sin embargo, López encontró un medio más seguro de posesionarse de todo cuanto había en el país de algún valor. Se apoderó de todas las joyas de las familias de la manera siguiente:

Puede darse un hecho indudable, que todas las mujeres paraguayas, desde la más alta hasta la más baja, poseían muchísimas joyas. Entre las clases acomodadas había gran cantidad de hermosas perlas y brillantes, pues las joyas eran el único artículo de lujo importado por los españoles, y los regalos que los paraguayos hacían á sus novias consistían siempre en alhajas.

Se inició un movimiento patriótico (promovido por la instigadora de siempre), entre las señoras, de las cuales algunas se constituyeron en comisión, é invitaron á las demás á presentar á López todas sus joyas para contribuir así á los gastos de la guerra. Como es de suponerse, en todos los pueblos y aldeas del país, se formaron comisiones idénticas que declararon su adhesión á la idea. Cuando la oferta se formalizó, López dió las gracias por medio de una carta en forma de decreto en que decía, que el país no requería tal sacrificio; pero que él aceptaría la vigésima parte, para con ella fundir una medalla en conmemoración del patriotismo de las damas.

«Poco después, toda la joyería fué recolectada», y los jueces de paz «invitaron» á todos sin excepción y hasta á las recalcitrantes, á «ofrecer» todas las joyas, deponiéndolas en sus manos. La orden fué inmediatamente cumplida, y después de reunidas las joyas, no volvió ha hablarse nada de ellas, ni nadie se atrevió á preguntar por su paradero. Se hizo un diseño para la medalla y fundieron cuatro, «con un doblón fundido á proplósito».

Se ordenó que las mujeres hicieran otra demostración patriótica, á saber: pedir permiso para tomar las armas y pelear al lado de sus hermanos. Esta oferta se hizo al vicepresidente, en la Asunción, y fué rechazada por lo pronto. Con todo, unas veinte muchachas pertenecientes la aldea de Areguá, obtuvieron lanzas, unos trajes blancos con fajas tricolo-



res, y una gorra escocesa inventada por Mrs. Lynch, y solían recorrer la Asunción cantando himnos patrióticos.

Se estableció un gran hospital á medio camino entre Paso Pucú y Humaitá, el cual llegó algunas veces á contener 2.000 enfermos. Además, cada división tenía su propio hospital, en el cual sólo entraban aquellos enfermos que podían formar en caso de necesidad. Las drogas faltaban casi absolutamente, y los médicos tenían que servirse de las yerbas del país. Se erigió en Paso Pucú, cerca de la casa del doctor Stewart, un hospital para oficiales superiores, que consistía en una docena de ranchitos. El cólera estalló en Mayo de 1867, apareciendo primero en Paso Gómez. Pronto se generalizó por todo el ejército, haciendo numerosas víctimas. Se establecieron dos grandes hospitales para coléricos. El coronel Pereira, jefe de la caballería y el coronel Francisco González del número 6 y muchos otros oficiales y soladdos fueron víctimas del flagelo. Los generales Resquín, Bruguez y el doctor Skinner cayeron al mismo tiempo, pero como otros muchos, se salvaron. Benigno, hermano de López se enfermó de miedo y el mismo López pasó en cama varios días, extraordinariamente asustado y creyéndose muy malo. Desde el momento en que apareció el flagelo, todo el campamento recibió orden de hacer fumigaciones con hojas de laurel y pasto, y el cuartel general estaba tan envuelto en aquella constante humareda, que era imposible vivir en él. López se sintió completamente impotente para luchar con un azote tan terrible y casi se enloqueció de susto, acusando á sus médicos de tener la intención de envenenarle, opinión en que era secundado por el obispo. Soltó de la prisión al Padre Maiz, que estaba preso desde el tiempo de su elección, y publicó en el «Semanario» un gran artículo firmado por Maiz, en que hacía un parangón entre López y Jesucristo, plagado de textos de la escritura para sostener esta tésis. El «Semanario» lo comparó por mucho tiempo al Todopoderoso, y Julio, mes de su natalicio, fué llamado el «mes del cristiano López». Cuando se restableció, se contentó con ser llamado el «invencible Mariscal».

Se prohibió á los médicos decir el nombre de la enfermedad que causaba tantos estragos (la mortalidad diaria durante mucho tiempo era de 50) y los soldados la bautizaron con el nombre de «Chain».

El cólera recorrió todo el país, muriendo millares de personas.

Tan luego como supo López que Osorio había abandonado la idea de cruzar el Paraná por Encarnación, y que marchaba hacia el Paso de la Patria, hizo retirar al mayor Nuñez de aquel punto, con los dos batallones de infantería, el regimiento de caballería y las seis piezas que había mandado, dejando siempre una guarnición en observación. Núñez fué promovido á teniente coronel, y enviado á Barrios como segundo.

Se formó una gran reserva, que acampó en los alrededores del estero del Paso Pucú, compuesta de 7 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 30 piezas de campaña,



casi todas rayadas. Las líneas paraguayas, por su gran extensión y el pequeño número de hombres que las defendían, estaban expuestas á un ataque, y esta reserva se hallaba situada en un paraje central, lista para acudir á cualquier punto amenazado.

Fuí encargado de presentar un proyecto de ferrocarril, desde Curupaity hasta el Sauce, con un ramal á la izquierda Levanté los planos y construí una sección, que no tenía muchos terraplenes; pero cuando iba á ser puesta en ejecución, se encontró que no había una cantidad suficiente de rails.

Una expedición brasileña, que durante dos años había estado marchando sobre Matto Grosso, para recuperarlo, se contentó con ocupar las ciudades del interior que habían sido evacuadas por orden de López, quedando los paraguayos solamente en posesión del río. Los indios de la provincia estaban armados también de rifles; pero en vez de usarlos para pelear, se servían de ellos para cazar. Sin embargo, en Mayo de 1867, esta columna, fuerte de 5.000 hombres, bajo las órdenes del coronel Camisao se puso en marcha sobre el Paraguay, al oír que no quedaban fuerzas en el Norte. Sabiendo esto, López embarcó para la Concepción, en donde ya estaban reunidos doscientos hombres de caballería; dos compañías del batallón 12 de infantería y el regimiento 21 de caballería, bajo el mando del teniente coronel Montiel y el mayor Medina. Se pusieron en marcha hacia el Norte y encontraron á Camisao, ya al sud del río Apa. No hubo combate, pero los paraguayos los rodearon en su marcha y les quitaron todas las provisiones, arrebatándoles el poco ganado que les quedaba. Al mismo tiempo, el cólera estalló de una manera atroz entre los soldados de Camisao, que vivían de naranjas verdes y de cogollas de palmas. Camisao y la mayor parte de sus soldados fueron víctima de la peste y del hambre, y los paraguayos cayeron sobre el resto, quitándoles sus bagajes, y matando la mayor parte de él. Muy pocos fueron los que volvieron á contar el cuento á Matto Grosso. Los soldados de Camisao estaban armados con rifles para tirar bombas «Jacob». Los paraguayos volvieron inmediatamente á Paso Pacú, que distaba unas 300 millas. Esta expedición se practicó en un mes. López guardó secreto sobre esta operación, que sólo participó á algunos amigos de confianza; nadie supo el motivo del sigilo.

Otra expedición partió de Cuyabá, transportada en dos vapores, desembarcó en Curumbá y se posesionó de él el 13 de Julio de 1867. Al día siguiente volvió á embarcarse y retrocedió á su punto de partida, llevándose algunos brasileños. Los paraguayos perdieron 100 hombres. Su jefe, el teniente coronel Cabral, fué muerto. Los dos vapores fueron seguidos aguas arriba, y alcanzados por el capitán Núñez en el Salto; echó á pique al vapor brasileño «Jaurú», quedando él mal herido y casi toda su tripulación fuera de combate, á consecuencia del fuego de los rifles brasileños.

Hablando de este asunto, López daba á entender, que Cabral había vendido la plaza á los brasileños y que el día del



asalto había mandado todos sus hombres sanos á los montes y retirados dos cañones de las trincheras; que cuando los enfermos que estaban en el hospital vieron que venían los brasileños, que se presentaron con sus armas; que al principio fueron vencidos, pero después rechazaron al enemigo. López decía además, que los brasileños habían guisado y condimentado á Cabral y á su capellán, comiéndoselos en pago de su traición.

En Marzo de 1867, el honorable Mr. Washburn, ministro norteamericano, ofreció su mediación; pero nos reservamos este punto para otro capítulo.

Los bombardeos generales eran una verdadera diversión para todo el mundo. Los aliados se entretenían con el ruído y creían que producían grandes perjuicios. A los paraguayos les gustaban, porque obtenían un jarrito de maíz por cada bomba ó montón de cascos que recogían (1). A López le gustaba también porque recogía enormes cantidades de diferentes clases de balas y bombas y gran cantidad de hierro, que se enviaba á la Asunción, para la fundición de proyectiles. De los pedazos pequeños se hacía metralla.

La caballería paraguaya estaba muy mal montada; sus miserables caballos que morían todos los días y eran reemplazados por «baguales» que los soldados tenían que domar. A pesar de esto, la infantería enemiga nunca podía resistir una carga de la caballería paraguaya; ni la infantería paraguayá uná cárga de la caballería aliada, porque estaba muy bien montada.

Los paraguayos ensillaban sus caballos todas las mañanas; y cuando era evidente que el enemigo no intentaría nada en el día, mandaban sus caballos á pastorear, ocupándose los soldados en cortar pasto para la noche.

En el ejército paraguayo no se permitía andar solos por la vanguardia, ni aun á los oficiales, por temor de que desertasen. Se elegían además hombres de los diferentes cuerpos para que sirviesen de espías. Eran escogidos según su conocimiento del terreno y su buena conducta. Nunca se les permitía ir solos, sino en grupos de dos ó tres cuando menos. Estos hombres eran tratados por López con una marcada bondad, y se les daban dobles raciones de yerba, maíz, etc., para tenerlos contentos. Su ascenso era muy rápido y su único oficio el espionaje. El mismo López enviaba á menudo espías al campo enemigo. Sin embargo, no les prestaban grandes servicios, porque cuando le traían alguna noticia que le desagradaba, se incomodaba, y pronto se acostumbraron á solo relatar cosas que le agradaran.

Las mujeres del campamento tenían á su disposición una hilera de ranchos en cada división, y en Paso Pacú había dos grandes aldeas de estas casuchas. Tenían sargentas nombradas por ellas mismas, que eran responsables del orden. Las mujeres podían recorrer libremente todo el campamento excepto en el tiempo del cólera que no se les permitía separarse de sus divisiones. Al principio no podían permanecer en los cuar-

(1) Algunas veces sacaban proyectiles de sus propias piezas y obtenían la recompensa. (N. del A.)



teles después de la retreta, pero hacia el fin de la guerra esta orden fué abolida. Asistían á los hospitales y lavaban la ropa de sus queridos. No podían dejar el campamento sin un permiso especial firmado por Resquín. No se les permitía raciones, y tenían que vivir con lo que les daban los soldados.

El campamento paraguayo se mantenía notablemente aseado, y los cuarteles estaban muy bien barridos.

A causa del bloqueo habían escaseado mucho los artículos necesarios, y éstos eran reemplazados, en cuanto era posible, con manufacturas del país. El surtido de artículos de algodón para ropa de tropa, había sido consumido hacía largo tiempo, y las mujeres tuvieron que volver á tomar los husos que habían abandonado poco antes de la guerra, por la baratura de los efectos de algodón manufacturados en Inglaterra. El algodón del Paraguay se considera como uno de los mejores del mundo por su resistencia y color, y grandes cantidades habían sido remitidas antes de la guerra por orden de López que pensaba hacerlo un artículo de exportación; era hilado y tejido por las mujeres, produciendo una tela muy buena para camisas y calzoncillos de soldados. Por el mismo procedimiento se tejió lana para ponchos, que se teñían de diferentes colores; la hebra del «caraguatá» ó ananá silvestre, lo mismo que la del coco, se tejían para hacer camisas y calzoncillos. Todos los trabajos de sementera eran hechos por las mujeres.

El papel era ya muy escaso en el Paraguay, y el consumo considerable, porque todo cuanto se hacía, por insignificante que fuese, se constataba por documentos. Además del «Semanario», se publicaron durante este tiempo, tres periódicos semanales, á saber: el «Centinela», en español, con uno ó dos artículos en guaraní, el «Lambaré» y el «Cabichuí», ambos enteramente en guaraní. Este último, era una especie de «Punch», pero sus chistes eran estúpidos y algunas veces escandalosos. El «Cabichuí» y «Centinela» estaban ilustrados con grabados en madera, trabajados por dos ó tres soldados, según sus propios dibujos, y abiertos con corta-pluma.

Mr. Treuenfeld, jefe de la oficina telegráfica, fundó una fábrica de papel, empleando como materia prima el algodón y el caraguatá; producía un papel muy decente. Todos los archivos de gobierno fueron revisados, con el objeto de sacar de ellos todos los pedazos de papel utilizables para escribir. Se hacía reduciendo la letra lo más posible para economizar el papel. En el ejército había una pequeña imprenta en que se publicaba el «Cabichuí». Los artículos destinados á publicarse en el «Semanario» eran antes leídos á López, y una vez aprobados se expidían á la Asunción por el telégrafo; los que se escribían en la capital eran transmitidos también por el telégrafo para obtener su aprobación; de lo que resultaba que la correspondencia que pasaba por el alambre era asombrosa. Se raspaban pedazos de cuero de vaca, hasta darles una superficie blanca y en seguida se encuadernaban para servir de libros de apuntes. El pergamino se hacía con dos pieles de carneros y después de algunos ensayos, llegó á producirse uno tan bue-



no como el europeo. Este se usaba para los despachos de los oficiales.

La tinta se hacía con una haba negra, de que se extraía el principio colorante por medio de cenizas. Cada división fabricaba el jabón para su propio consumo; lo hacían, hirviendo, por un espacio que variaba según la calidad de las cenizas, éstas y sebo. Tres hombres se ocupaban constantemente entre las selvas en preparar la ceniza, para lo cual escogían un árbol especial llamado Yoüwü, porque su ceniza era muy fuerte. La sal se trabajaba antes en gran escala en «Lambaré» con el barro del río, pero las mujeres estaban demasiado ocupadas en otras cosas, y no tenían tiempo para dedicarse á ésto; por consiguiente sólo los hospitales estaban provistos de este artículo, y no por cierto en gran abundancia. Verdad es que las tropas tenían una ración quincenal, pero era tan exigüa que no bastaba para salar una sola comida. Algunos meses después, los soldados descubrieron en el Chaco un árbol de hojas muy gruesas, las que cocidas producían una sustancia parecida á la sal pero de un gusto no muy bueno. Sin embargo, la comían porque tenían gran necesidad de ella.

Se estaqueban cueros y se raspaban con cuchillos hasta adelgazarlos bastante, y luego los sobaban bien hasta que llegaban á tener la consistencia de un becerro muy grueso. Entonces los cortaban y hacían con él los pantalones; pero tenían el defecto que cuando se mojaban se ponían tan tiezos, que el portador no podía encojer las piernas. Por esta razón fueron abandonados. Las alfombras de los salones de baile del Club, y las de la estación central del ferrocarril en la Asunción fueron retaceadas para hacer ponchos, pero eran tan duros que los soldados parecían metidos entre dos tableros de fijar avisos. Como los inviernos en el Paraguay son muy fríos cuando sopla el viento sud, los soldados sufrieron mucho por la falta de ropa.

Se fabricaba pólvora, sacándose el azufre de la pirita de hierro, que es muy abundante en el Paraguay, y el salitre de orín ó de sustancias de animales descompuestos. Esta pólvora, sin embargo, no era fuerte.

Al principio hacían los fulminantes de papel, pero como no servían, se construyó en el arsenal una máquina para amoldarlos en cobre, como se hace en todas partes.

Todos los cañones, etc., etc., que se fabricaban en el Paraguay durante la guerra fueron obra de ingenieros ingleses que nunca se habían ocupado de esta clase de manufacturas. Tenían que diseñar y construir sus propias máquinas para taladrar, rayas, etc., y demostraban gran habilidad por la manera como se desempeñaban. Cada división tenía su curtiduría, en donde se preparaban los cueros necesarios para los atalajes de la artillería, monturas, etc. Se hizo también vino, aunque en pequeña escala, con jugo de naranjas, pero no obtuvo éxito, porque era intolerablemente dulce.

Para inspirar á sus soldados un odio profundo á los aliados, López inventó diferentes historias. Una era, que habían envenenado el agua del Bellaco, en el ángulo, y por muchos



meses no se les permitió beber de ella. Pero la más extravagante de todas estas invenciones, consistió en hacerles creer que los aliados habían lanzado un globo lleno de un horroroso veneno. que debía exterminar á todo el ejército paraguayo. Se decía que este globo había sido descubierto en las avanzadas del Potrero Sauce; un clérigo y un capitán de artillería (Amarilla) acusados de haberlos examinado, fueron puestos en una rigurosa cuarentena por 15 días.

Un oficial de las avanzadas de Paso Vay fué fusilado, por que corría la voz que había recibido un regalo de 30 doblones, mandado por el enemigo. En Curupaity fueron fusilados tres oficiales por alguna irregularidad en la distribución de las raciones de carne entre los soldados.

Todos los pasados y prisioneros, eran completamente despojados de sus ropas en las avanzadas y de cuanto tenían de algún valor; después de este recibimiento se les ataban los brazos á la espalda y eran conducidos al cuartel general para ser examinados por el general Resquin. Eran también interrogados por una ó dos personas enviadas por López al efecto, y cuando daban á los aliados más hombres de lo que López creía conveniente que tuvieran, eran azotados hasta que rebajaran la cifra lo más posible. En seguida eran enviados á la cárcel y después de un intervalo más ó menos corto, la mayor parte morían víctimas de los malos tratos y del hambre. Cuando López quería tener noticias del enemigo, solía enviar á algunos de sus espías á robar un centinela, cosa que lograban hacer casi siempre.

La primera ascensión del globo hecha en el campamento aliado produjo gran sensación. Ese día el globo estuvo oculto por un rato detrás de una nube, y el obispo y los que lo vigilaban estaban asombrados de que tuvieran el poder de hacerlo invisible á su antojo. Por medio de un telescopio se podían ver las cuerdas que lo retenían y los hombres que lo manejaban. Poseyendo un plano exacto del terreno y viendo el punto sobre el cual se hallaba el globo, pude medir su diámetro y la altura de las ascensiones, para edificación de López. Al principio casi se sospechaba que el globo iba á bombardear el campamento, y sus maneras acusaban «un estado nervioso» lamentable.

——:——

CAPITULO XV

Los Aliados marchan á Tuyucué—Los encorazados pasan la batería de Curupayty.

A fines de 1867, las cosas tomaron definitivamente un aspecto como para hacer creer que los aliados tenían la intención de terminar la campaña. La esperanza, sin embargo, fué enteramente ilusoria.

A principios de Julio, 5.000 hombres marcharon del Paso de la Patria, dos leguas Paraná arriba, y acamparon allí. A mediados de Junio llegó Osorio con su ejército, y tomó el mando de la vanguardia, y el 22, el ejército, fuerte de 30.500 hombres, se puso en movimiento, habiendo dejado trece mil en Tuyuty, que estaba muy bien fortificado. Esta posición quedó bajo las órdenes de Porto Alegre, y Caxias se puso al frente del ejército que marchó costeando el Paraná hacia arriba, y atravesando el Bellaco en Paso Frete, en dirección á Tuyucué, posesionándose de este punto el 29, donde tuvo lugar una escaramuza con la vanguardia paraguaya, mandada por los mayores Medina y Rolón, en la que ambas partes perdieron algunos hombres.

El 27, cuando el ejército aliado continuaba aun su marcha, volvió el general Mitre y volvió á asumir el mando en jefe. Los aliados iban colocando un telégrafo bajo de tierra, á medida que marchaban, según el sistema adoptado en la última guerra entre Prusia y Austria, en que el alambre es aislado por medio de una envoltura de gutapercha, y colocado en el surco que deja un pequeño arado.

Después de llegar á Tuyucué, una parte de las fuerzas se adelantó hasta ponerse á tiro de la batería del Espinillo; pero siendo cañoneada, se retiró y acampó fuera del alacance de los fuegos, colocando su vanguardia en Puesto Gauyayví, á 2.400 yardas del Espinillo. Entonces comenzaron á atrincherarse y á levantar baterías, colocando en ellas algunos cañones Whitworth. En espectativa del movimiento de los aliados, López hizo colocar una nueva línea telegráfica desde Humaitá, que pasando por el carrizal terminaba en la Villa del Pilar, de manera que cuando el enemigo cortaba la línea del camino real, sus comunicaciones no sufrieron interrupción; con todo, siempre la hacía componer para que se creyera que no tenía otra.

Los aliados no tardaron en establecer una guardia en San Solano, que era una estancia del gobierno, y sólo distaba una legua del camino real de Humaitá á la Asunción, y lanzaron partidas exploradoras de caballería por toda la campaña, las que recogían hacienda etc. Sin embargo, el río estaba siempre libre para los vapores de López. Los aliados en Tuyucué se proveían por medio de mulas de carga, de las que partía un convoy desde Tuyutí cada dos días, tomando el camino del Bellaco, á la vista de las guardias paraguayas. El 11 de Agosto, López mandó un escuadrón de caballería para apoderarse



del convoy, golpe que lograron, matando algunos carreteros y llevando algunas carretas adentro de las líneas paraguayas. La escolta del convoy no encontró esta diversión muy de su gusto, así es que el combate fué insignificante.

Cuando los aliados marcharon á Tuyucué, y López vió amenazadas sus comunicaciones, mandó explorar el Chaco inmediatamente, haciendo abrir un camino desde Timbó, tres leguas al norte de Humaitá hasta Monte Lindo, dos leguas al norte de la embocadura del Tebicuary. Timbó era el punto más cercano á Humaitá, en que fuera posible efectuar un desembarco, porque el resto de la margen del río era un verdadero carrizal. El camino del Chaco era bastante recto y tenía cincuenta y cuatro millas de largo. No seguía el curso del río Paraguay sino que se internaba. La mayor parte del camino estaba sembrada de pantanos, y era cruzado por cinco profundos arroyos, además del río Bermejo, y en casi toda su extensión pasa por entre montes, que largos, angostos y tortuosos pueblan casi todo el Chaco. El camino es perfectamente llano y está entrecortado por numerosos esteros. Inmediatamente se establecieron postas en toda su extensión.

El 15 de Agosto, que era el día de la Asunción de Nuestra Señora, el almirante izó la bandera de la triple alianza, y con diez encorazados forzó á todo vapor la batería de Curupaity, á las 7 y 30 minutos de la mañana. Préviamente á esta operación dió la siguiente orden del día: «¡Brasileños! las santas protectoras de este día, son: Nuestra Señora de la Victoria, Nuestra Señora de la Gloria y Nuestra Señora de la Asunción. Con la victoria y con la gloria marchemos á la Asunción.

Los buques sufrieron muchos daños en el pasaje. El comandante del «Tamandaré» abrió una de las troneras para hacer fuego; pero inmediatamente le metieron una bala que lo hirió, matando é hiriendo además 14 hombres de la tripulación. Su máquina sufrió también averías tan serias, que la inutilizaron, teniendo que sacarlo á remolque el «Silvado» y el «Herval». Un botecito que servía para transmitir órdenes, fué recogido por uno de los encorazados.

El pasaje de la escuadra por Curupaity hizo comprender á los paraguayos que su artillería de poco calibre era impotente contra los encorazados. López dió á entender que la había dejado pasar para rendirla por hambre, porque colocada entre Curupaity y Humaitá no podría recibir provisiones; y que entonces tendría que repasar á Curupaity, en cuyo caso la echaría á pique.

Los aliados hicieron por el Chaco un camino que, partiendo del río Quiá, conducía hasta el punto intermedio, entre Curupaity y Humaitá, donde se hallaba la escuadra; y construyeron un tramway para facilitar la comunicación y suministrar provisiones á sus buques.

Cinco encorazados fondearon á la vista de la Iglesia de Humaitá y la bombardearon por meses enteros, pues era casi el único objeto visible para ellos. Otros tres anclaron á la vista de Curupaity y lo bombardearon por la retaguardia. En-



tre Humaitá y Curupaity toda la ribera es un carrizal intransitable, en el cual sólo hay una angosta senda, de la cual es imposible desviarse á ningún lado hasta llegar á los puntos en que se interna en Humaitá ó Curupaity. En este lugar la barranca tiene una extensión de 3.000 yardas, y en su extremidad norte, es decir al principio del carrizal, hay un punto en el que se podrían desembarcar tropas. Estas hubieran podido marchar por el Chaco y ser desembarcadas allí por los encorazados con gran ventaja. Previniendo estó, levanté en la selva una pequeña fortaleza armada con tres piezas de 24, colocadas de tal manera que podían hacer fuego al frente y á la retaguardia, y que también flanqueaban los fosos de la fortaleza. Este fuerte fué construído y artillado á las barbas de los encorazados, sin que éstos lo sospecharan siquiera.

Humaitá apenas tenía una pieza de artillería; fué necesario sacar de Curupaity casi todos los cañones de grueso calibre para colocarlos allí; así es que la escuadra por su miserable lentitud, tuvo que sufrir en Humaitá el fuego de las mismas piezas que le habían saludado en Curupaity. Igual cosa le sucedió después por tres veces; de manera que la artillería, cuyo fuego no debían haber sufrido sino una vez, era contínuamente trasladada á los puntos por donde debía pasar, teniendo que recibir sus fuegos cuatro veces. El coronel Alén fué enviado á tomar el mando de Humaitá, quedando el capitán Gill con el de Curupaity.

El carrizal desde Curupaity hasta la laguna Piris estaba en poder de López, y se creía, que levantando secretamente una batería más abajo del punto que ocupaba la escuadra de madera, podría alterarse el curso de la guerra, porque cortando el abasto, de la escuadra, tendría que bajar pasando por la batería, y en este caso los encorazados se verían obligados á repasar Curupaity. A consecuencia de esto, fuí enviado en compañía del general Bruguez para ver si encontrábamos algún camino, por el cual fuese posible llevar piezas pesadas y aun ligeras. Sin embargo, esto era absolutamente imposible, sin hacer grandes trabajos, y no teníamos ni los medios ni el tiempo para practicarlos.

Tan luego como los aliados empezaron á atrincherarse en Tuyucué, López hizo levantar un enorme terraplén para defender su casa por aquel lado. La pieza más cercana por aquella parte, distaba 7.000 yardas. Más tarde los brasileños se entretenían en hacer fuego sobre el terraplén con sus cañones Whitworth, de 32, cuyas balas pasaban algunas veces al otro lado del terraplén, enterrándose á gran distancia. Este terraplén tenía 90 pies de largo, 36 de ancho en la base y 18 de altura. Se construyó sobre él un techo, bajo el cual se hallaban colocados los telescopios.

López, que no se consideraba todavía seguro, porque un día cayó un casco de bomba sobre el techo de su casa, hizo construír una casamata, dentro de la cual comía y vivía cuando se hacía fuego; un tiro que sonara en cualquier dirección, era lo bastante para hacerlo saltar de la cama y meterse en ella.



Esta casamata era construída con enormes tirantes de palo de fierro de 9 pies de largo, clavados en el suelo uno al lado del otro, en dos hileras separadas entre sí por una distancia de 9 pies; siendo el todo cubierto por tirantes más grandes de la misma madera. La casamata estaba recubierta por 9 pies de tierra, teniendo además á cada lado un muro de 18 pies. El piso era de ladrillo, y había argollas para colocar hamacas, en las que López solía poner la suya. Cuando Paso Pucú fué evacuado, esta casamata fué completamente arrasada, llevándose la madera á Humaitá y desparramando la tierra. Todo esto se hizo en una noche, no quedando rastro de la casamata.

——:——



CAPITULO XVI

PROPOSITOS DE PAZ—MEDIACIONES DE M. GOULD Y DE M WASHBURN.

El honorable M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en el Paraguay, como ya lo hemos dicho, había dejado la Asunción á principio de 1865, con licencia temporal de su gobierno, y en Noviembre del mismo año se hallaba de vuelta en Buenos Aires. Después de muchas idas y venidas al cuartel general, no habiéndole concedido el general Mitre el pase que solicitaba para volver á ocupar su puesto, subió el rió en un buque de guerra pero fué detenido por el almirante Tamandaré; á pesar de ésto, manifestó su intención de continuar su viaje, lo que realizó; Tamandaré protestó. El 4 de Noviembre de 1866 desembarcó en Curuzú y se presentó en las avanzadas paraguayos de Curupaity, con bandera de parlamento. Habiendo ambas partes izado la bandera blanca, obtuvo permiso de López para desembarcar su familia y equipajes, y partió para la Asunción.

El 1º de Enero de 1867 el general Ashboth, ministro de los Estados Unidos en Buenos Aires, ofreció su mediación en la guerra del Paraguay, por orden de su gobierno. No habiendo recibido contestación, escribió de nuevo el 26, incluyendo copia de su primera nota, y recibió entonces una respuesta en que se le decía, que el gobierno argentino agradecía debidamente sus buenos deseos, y que cuando lo creyera oportuno haría uso de ellos.

En Marzo del mismo año M. Washburn ofreció á López su mediación, que éste aceptó, bajando entonces el ministro al campamento paraguayo. Después de imponerse de las ideas de López sobre el particular, pasó el 11 al campo de Caxias, que era entonces el general en jefe del ejército aliado. Se presentó en las avanzadas aliadas en un carruaje americano de López, tirado á la cincha, y fué recibido allí por el coronel Fonseca, jefe del estado mayor, haciendo á caballo el resto del viaje.

M. Washburn permaneció tres días en el campamento aliado y volvió al de López sin haber logrado nada en favor de la paz, porque Caxias le declaró que no se aceptaría negociación alguna que no tuviera por base la separación de López del gobierno del Paraguay. López no quiso oír hablar de esto, «aunque se le insinuó que podría salir por una puerta de oro».

M. Washburn fué un acérrimo partidario de López hasta el momento en que éste dió principio á sus atrocidades en gran escala, lo que no tuvo lugar hasta mediados de 1868; pero desde el mmomento en que frascasó esta mediación, López le tomó una marcada antipatía, y le vejó siempre que pudo. Algún tiempo después, M. Washburn, fué acusado por ambas partes de dejarse sobornar, aunque en realidad ninguna tenía objeto para hacerlo, aun cuando él hubiera querido ser sobornado.

A mediados de Agosto de 1867, Mr. Gould, secretario de la



legación británica en el Río de la Plata, fué enviado por su gobierno al Paraguay, con el objeto de rescatar algunos súbditos británicos. No tenía sus credenciales en debida forma, ni autoridad para amenazarle, viéndose reducido á pedir á López les concediera licencia para salir del país.

Visitó los campamentos aliados en Tuyu-cué y en Tuyuty con el objeto de pedir permiso para pasar por las líneas al campo de López. Al llegar allí, López le hizo alojar en un pequeño cuarto, colocado en medio de una cabaña muy larga, cuyas divisiones eran únicamente de juncos, á través de las cuales las personas de las piezas adyacentes podían ver y oir cuanto pasaba en su cuarto. Los ingleses del campamento se le podían acercar libremente, y lo impusieron de la posición en que se encontraban todos sus compatriotas residentes en el Paraguay. López no dió á M. Gould una negativa directa, pero el asunto concluyó con permitir sólo la salida de tres ó cuatro viudas y sus hijos. Sin embargo, M. Gould no pudo comunicarse absolutamente con ninguno de los súbditos ingleses empleados fuera del campamento. Comprendiendo que su misión fracasaría, redactó, probablemente á pedido de López, unas condiciones de paz, que él creyó serían admitidas por los aliados. Estas condiciones fueron formalmente aceptadas por López, representado por Caminos, ministro de relaciones exteriores, y con estas bases M. Gould se dirigió al campamento aliado.

Las bases eran las siguientes:

1ª La previa garantía dada por acuerdo secreto á los gobiernos aliados, de la aceptación por parte del gobierno del Paraguay, respecto de las proposiciones que estuviesen dispuestos á hacerle.

2ª Los poderes aliados reconocerían de la manera más formal, la independencia é integridad de la república del Paraguay.

3ª Todas las cuestiones relativas á territorios y límites, pendientes antes de la guerra, serían aplazadas ó sometidas al arbitraje de poderes neutrales.

4ª Los ejércitos aliados se retirarían del territorio paraguayo y las fuerzas paraguayas desalojarían los puntos ocupados por ellas en el territorio brasileño, tan pronto como estuviera asegurada la conclusión del tratado de paz.

5ª No se demandaría indemnización alguna por los gastos de la guerra.

6ª Los prisioneros de guerra de ambas partes serían puestos en libertad inmediatamente.

7ª Las fuerzas del Paraguay serían licenciadas en su totalidad, excepto las necesarias para el mantenimiento del orden en el interior de la república.

8ª S. E. el mariscal Presidente, apenas concluído el tratado de paz ó sus preliminares se retiraría á Europa, dejando el gobierno en manos de S. E. el vice-presidente, quien según las prescripciones de la constitución de la república queda con el mando en casos análogos.

La conducta de M. Gould es digna de las mayores recomen-



daciones, tanto por sus pacientes esfuerzos para obtener la libertad de los igleses, cuanto por el arreglo de las anteriores condiciones de paz, tan altamente favorables al Paraguay y que fueron aceptadas por ambas partes.

En este caso, López habría concluído con honor, porque él mismo habría hecho la paz, venciéndose de esta manera el gran obstáculo que oponía su orgullo, que apenas era zaherido por esta combinación.

El 11 de Septiembre, M. Gould, llevó estas condiciones al campamento aliado, en donde fueron favorablemente recibidas y puestas en conocimiento de los respectivos gobiernos; el coronel Fonseca, jefe del estado mayor brasileño, fué despachado á Río Janeiro en un vapor expreso, para recabar la aceptación del emperador.

M. Gould volvió dos días después, y habiendo informado á López del estado de la negociación, recibió una nota del ministro Caminos, diciéndole, que él había «previamente» declarado que el artículo 8º no podía ser ni discutido por él, y agregando el siguiente párrafo que, dictado por el mismo López, lo coloca en un punto de vista sumamente ridículo:

« Por lo demás. puedo asegurar á V que la república del » Paraguay, nunca manchará su honor y su gloria, consintiendo » que su presidente y defensor, que le ha dado tanta gloria » militar, peleando por su existencia, baje de su puesto, y me» nos aún que sea expatriado del teatro de su heroísmo y sacri» ficios, porque estas son las mejores garantías para mi patria, » de que el mariscal López correrá la suerte que Dios tiene » reservada á la nación paraguaya».

La verdadera razón que tuvo López para rechazar las bases que había aceptado previamente, fué que mientras M. Gould las ofrecía en el campamento aliado, recibió noticias de una nueva revolución en la Confederación Argentina, la cual le hizo suponer que los aliados se verían obligados á entrar en negociaciones de paz aceptando cualesquiera condiciones.

M. Gould no se prestó á contestar la comunicación que contenía tan descaradas mentiras, y el mismo día partió en la cañonera inglesa. El capitán de la cañonera fué nombrado por López caballero de la Orden del Mérito. M. Gould no fué tratado por López con el respeto debido á un agente de S. M. B., y sólo fué recibido de noche.

El terrible egoismo desplegado por López en esta ocasión, no tiene ejemplo. Los aliados estaban dispuestos á conceder al Paraguay condiciones tales, que habrían parecido dictadas por un vencedor, con la sola cláusula de que él abandonara el el país y eso mismo con todos los honores. Pero el bárbaro prefirió sacrificar hasta el último hombre, mujer y niño de aquel pueblo valiente, adicto y mártir, con el solo objeto de mantenerse un poco más de tiempo en el poder. Los sacrificios y el heroísmo de que habla en su carta, son una a troz mentira, porque jamás estuvo próximo al peligro, y vivía con todo el lujo y sibaritismo que pudiera apetecer.

CAPITULO XVII

LOS ALIADOS TRATAN DE SITIAR Á HUMAITA

DESCRIPCION DEL TERRENO AL REDEDOR DE HUMAITÁ—COMBATE POR EL CONVOY – BATALLAS DE ISLA TAYÍ, TATAYIBA, Y GUARDIA TAYÍ—BLOQUEO É INCENDIO DEL CAMPAMENTO ALIADO EN TUYUTÍ

Humaitá, como Curupaity está situado en una barranca llana, á treinta pies sobre el nivel del río, en una rápida curva que hace la corriente, en forma de herradura, á la cual presenta una superficie cóncava, que permite concentrar el fuego de todas las baterías sobre cualquier punto de la curva. La barranca tiene una extensión de 2.500 yardas y sus extremidades están limitadas por carrizales. La aldea está rodeada por una trinchera cuyos extremos se apoyan en el río, en el punto en que nacen los carrizales. Esta trinchera tiene 14.800 yardas de largo, incluyendo los redientes que están colocados á cada 250, y encierra un espacio llano de pasturaje, como de 4.000 yardas de largo y 3.000 de ancho. Pasando de Humaitá aguas arriba, no hay desembarque posible á causa del carrizal, á no ser por una barranca llamada Tayí, situada 15 millas al norte de Humaitá, desde donde parte una vía que conduce á los caminos reales del interior. El Tayí, llegó á ser, como es consiguiente, un punto estratégico de importancia. El carrizal entre Humaitá y Tayí tiene más ó menos la forma de un rombo, con caminos perpendiculares de 4 á 7 millas cada uno, y á esto se llama Potrero Obella. En su mayor parte es del todo intransitable, pero existen una ó dos sendas por las que puede atravesarse. Por el lado de tierra está completamente cortado por una selva impenetrable, que tiene solamente una abertura, por la cual López introducía ganado en grandes cantidades, que se sacaban á manera que se necesitaban por la extremidad próxima á Humaitá. Cuando el río estaba bajo, quedaba una senda practicable á lo largo de su margen, pero cuando se llegaba al Arroyo Hondo era necesario pasarlo en canoas.

Fuera de las trincheras de Humaitá, en una extensión de muchas leguas, el terreno está cubierto de esteros, que dejan entre sí estrechas lenguas de tierra, sobre todo en las inmediaciones de San Solano y Tuyucué; pero la mayor parte del terreno próximo á la trinchera es practicable.

El terreno frente á Humaitá, del otro lado del río, es enteramente intransitable (aunque fué cruzado por los paraguayos hasta Timbó). Cuando el río crece este terreno queda completamente cubierto por el agua; y desde allí hasta unas tres leguas de la embocadura del Tebicuary no se puede efectuar desembarque alguno, porque todo es carrizal. La margen del río, Paraguay, en casi toda su extensión, es más elevada que el carrizal, lo que hace posible abrir un camino á lo largo del río, sin que esto quiera decir, que pueda ligársele con el interior.

Pero continuemos con la historia de la guerra. Las provisiones para el ejército aliado en Tuyucué eran despachadas todos los días de Tuyuty, con una escolta de infantería, caba-



llería y artillería; el comboy tomaba el camino que pasaba por el frente de las líneas paraguayas, pero que quedaba del otro lado del Bellaco. Los carros de los vivanderos iban por otro camino, que pasaba por atrás del monte de Palmas y que no era visible á los paraguayos. López, sin embargo, tenía siempre desparramadas partidas de merodeadores, que siempre que hallaban grupos aislados, caían sobre ellos y se apoderaban de lo que llevaban. Una vez hicieron una excelente presa, tomando un carro de papel, que, no pudiéndolo llevar de día al campamento, lo ocultaron en un monte, transportando después el carro á una cierta distancia: todas las noches durante una semana iban en busca de algunas resmas, á través de las patrullas del enemigo.

López determinó hacer un ataque falso sobre el convoy cuando pasara y armar una emboscada al enemigo, que él suponía seguiría á sus soldados en la retirada. El 24 de Septiembre, después de haber mandado la noche anterior dos batallones de infantería para ocultarse detrás de un terreno elevado entre Tuyucué y Tuyuty, á distancia de una milla de las trincheras paraguayas, mandó un regimiento de caballería para que se lanzase sobre el convoy cuando pasára. Aquel día el convoy llevaba un globo inflado; si el coronel Rivarola, que mandaba los paraguayos, hubiera sido más vivo se habría apoderado de él. Se tomaron uno ó dos carros y algunas mulas, y cuando el regimiento se retiró al otro lado del estero, el enemigo se adelantó con una fuerza de cinco batallones de infantería y tres regimientos de caballería, rompiendo su artillería el fuego contra Rivarola. Cuando atravesaron el estero, Rivarola presentó sus dos batallones de infantería; entonces se detuvieron, y ambas partes rompieron el fuego, que se prolongó por largo rato. Por último la caballería brasileña que estaba espléndidamente montada, cargó en columna al regimiento paraguayo, cuyas miserables cabalgaduras apenas podían moverse; éstos esperaron la carga formados en batalla; los brasileños cargaron bizarramente hasta la distancia de 150 yardas de los paraguayos; éstos se movieron entonces, poniendo sus caballos al trote para recibirlos; este movimiento hizo volver grupas á los brasileños de la manera más vergonzosa.

Esta fué la única operación practicada en aquel encuentro; el enemigo se retiró dejando doscientos cadáveres en el campo. Los paraguayos sólo perdieron 80 hombres entre muertos y heridos.

Una partida paraguaya se adelantó una noche, y se trajo un mangrullo del enemigo, matando á toda la guardia que lo custodiaba.

La caballería paraguaya al mando del general (entonces mayor) Caballero, salía todas las mañanas en dirección á San Solano, llevando á pastar sus caballadas en un lugar llamado «Hermosacué». El 3 de Octubre salió de las líneas el mayor Caballero con toda su fuerza, (que llegaría á mil hombres) y se dirigió á Tayí con el objeto de practicar un reconocimiento sobre ese punto: el enemigo desprendió varias guerrillas para conte-



nerle. Estas guerrillas fueron apoyadas por un regimiento, que fué derrotado por Caballero, lo mismo que otros tres que trataron de sostenerlo. Entonces se adelantó alguna infantería, que hostilizó á Caballero desde unas isletas del bosque, obligándolo á retirarse. Cuando la caballería enemiga volvió á avanzar, Caballero la cargó, quedando dueño del campo. Los brasileños perdieron cerca de 500 hombres y los paraguayos como 300. El 21 del mismo mes Caxias preparó una emboscada de 5.000 hombres de caballería, que durante la noche se reunieron y ocultaron en los diversos montes que poblaban la llanura. A la mañana siguiente, Caballero salió como de costumbre con su caballería, y se lanzó á perseguir un regimiento que se le había puesto de carnada, alejándose hasta un lugar llamado Tatayîbá, que distaba tres millas de Humaitá. Al llegar allí, fué rodeado por la columna de caballería brasileña, que era tan numerosa, que se estorbaba á sí misma para maniobrar en los terrenos que dejaban libres los esteros. Caballero se abrió paso hasta ponerse bajo los fuegos de Humaitá, donde el enemigo lo dejó. Durante el trayecto de las tres millas, marchó siempre completamente rodeado y peleando brazo á brazo durante toda la retirada. La caballería paraguaya sufrió atrozmente, dejó en el campo 400 cadáveres y 138 prisioneros (heridos). Algunos heridos lograron volver á Humaitá. Los brasileños perdieron 150 hombres entre muertos y heridos y como 8 oficiales. Lo que debe admirar es que se salvara un solo paraguayo. Caballero que había sido promovido á teniente coronel por el combate de Tayí, fué elevado á coronel, y López decretó una medalla á todos los soldados de Tatayîbá. Esta medalla fué acuñada y presentada al fin del año.

El mismo día, los argentinos intentaron una diversión contra la vanguardia paraguaya situada frente al Angulo. Los paraguayos se retiraron hasta poner al enemigo al alcance del fuego de sus baterías, causándole de esta manera algunas pérdidas.

López, en previsión de un sitio, había reunido en el potrero Obella unna gran cantidad de ganado. La abertura de este potrero por el lado del monte, que hemos descripto ya, era cerrada por una trinchera sostenida por 200 paraguayos. El otro camino que conducía al potrero, partía de Tayí, corría á lo largo del río, y entraba por el potrero en un punto denominado «El Laurel», donde López hizo levantar una batería, artillada con 14 piezas y defendida por 600 hombres, bajo las órdenes del mayor Franco. Esta trinchera cerraba la entrada al potrero por la parte de Tayí.

El enemigo descubrió en uno de sus conocimientos la trinchera que defendía la entrada por el lado del monte, y determinó apoderarse de la posición. El 28 de Octubre el general Mena Berreto recibió orden de atacarla y tomarla á la cabeza de 5.000 hombres. La trinchera estaba situada á la extremidad de una estrecha abertura del monte. Los brasileños tenían que recorrer toda su extensión para llegar al borde de la trinchera, exponiéndose durante esta marcha al fuego de enfilada de la batería.

Los paraguayos pelearon bizarramente y contuvieron al enemigo por largo tiempo, pero al fin fueron vencidos por el número. Según el parte oficial de Caxias, los brasileños perdieron 370 hombres y los paraguayos 87 muertos y 56 heridos.

Después de la toma de la trinchera, Mena Barreto hizo un reconocimiento sobre Tayí, y al llegar á la margen del río, rompió el fuego con su artillería sobre dos vapores paraguayos que navegaban aguas abajo. Estos se detuvieron y lo bombardearon, obligándolo á retirarse. La noticia de la presencia del enemigo por Tayí, alarmó mucho á López, porque una batería colocada en aquel punto, le cortaría su comunicación fluvial. A consecuencia de esto, me envió á Tayí el 1º de Noviembre, con el objeto de escoger una posición y abrir una trinchera, que pusiera la barranca del río á cubierto, é impidiera que el enemigo se apoderara de ella; esta barranca sólo tenía cuatrocientas varas de largo y sus dos costados terminaban en el carrizal. El mismo vapor conducía el batallón 9 de infantería, fuerte de 400 hombres, al mando del capitán Ríos, y tres piezas de artillería de campaña, bajo las órdenes del mayor Villa-Mayor, ayudante favorito de López, que era un hombre tan valiente como estúpido. Mis órdenes eran trazar las trincheras y volver inmediatamente. Cuando llegamos, la tarde estaba muy avanzada, y al reconocer el terreno, encontramos al enemigo á muy corta distancia al otro lado de los montes. Se colocaron centinelas avanzadas y se trazó un reducto cuya retaguardia se apoyaba en el río. Se colocaron tres vapores en posición conveniente para que flanquearan con sus fuegos el frente de la batería, y al ponerse el sol el 1º de Noviembre, se dió principio á los trabajos. Habiendo encontrado en Tayí una antigua guardia, cercada por una fuerte palizada, despaché una canoa al Laurel, de donde partía una línea telegráfica á Paso Pacú avisando á López, que el enemigo estaba muy próximo y que la palizada de que he hablado, podría hacerse muy fuerte antes de amanecer, arrojando tierra sobre ella, lo que no sucedería con la trinchera, porque á esa hora estaría muy atrasada aún. Sin embargo, López prefirió que se continuara la trinchera.

A la mañana siguiente Mena Barreto atacó á los paraguayos, que al verlo aproximarse se retiraron al bajo de la barranca, desde donde hacía fuego por elevación; pero inmediatamente fueron vencidos por el número y casi todos pasados á cuchillo por los brasileños. El mayor Villa-Mayor fué muerto, el capitán Ríos, muy mal herido, logró escapar con algunos pocos hombres y refugiarse en el Laurel.

Los vapores continuaban bombardeando á los brasileños, éstos aproximaron su artillería á la margen del río y abrieron sobre ellos un tremendo fuego, al mismo tiempo que la infantería los acribillaba con sus rifles, matando á casi todas las tripulaciones. Dos vapores, el «Olimpo» y el «25 de Mayo», fueron echados á pique, el tercero «Iporá» logró escaparse.

Los brasileños se atrincheraron fuertemente en Tayí que artillaron con 14 piezas y guarnecieron con 6.000 hombres. En



San Solano y sus cercanías tenían listos 10.000 hombres para reforzarlo en el caso de que López lo atacara. Además, colocaron cadenas de una á otra banda del río, para evitar el pasaje de los vapores paraguayos. Uno de estos fué blindado con rails del camino de fierro, para forzar el paso de la batería, pero no sirviendo esta armadura por ser demasiado pesada, se desistió del intento, sacándosele el blindaje. López guardó un profundo secreto sobre estas emergencias, y muy pocas personas del ejército paraguayo tuvieron noticias de ellas, hasta algunos meses después, en que empezaron á susurrarse.

Algunos días después de la toma de Tayí un mayor brasileño y tres oficiales se adelantaron por el camino que conducía al Laurel, y fueron muertos por los paraguayos.

Cuando los aliados marcharon á Tuyucué, López envió al coronel Núñez al paso principal del Tebicuary, en donde tenía un batallón de reclutas, el 45, y dos escuadrones de caballería, también de reclutas. Se levantó una trinchera para defender el paso, que fué armada con seis piezas de artillería. Había también guardias en los demás pasos del Tebicuary, por la parte de arriba. Núñez tenía orden de remitir el ganado, las provisiones y la correspondencia por el nuevo camino del Chaco, operación que se practicaba pasando el Paraguay cuatro millas al norte del Tebicuary en un punto llamado «Monte Lindo».

El ganado era transportado de uno al otro lado del río, de diferentes maneras. En «Monte Lindo» el río tiene una anchura de 560 yardas y la corriente es rapidísima. Uno de los métodos empleados para el pasaje, era hacer una manga formada por dos palizadas, que arrancaban de la orilla del río, cuyos postes distaban uno de otro cuatro pies, corriendo paralelos por una distancia de 20 yardas, después de la cual se ensancha en forma de embudo. El ganado era introducido por la parte ancha del embudo y salía por la más angosta, cayendo al agua cabeza por cabeza. En aquel lugar se hallaban algunas vacas atadas en una canoa, que partía inmediatamente para el otro lado del río, siendo seguida por todos los animales de la manga. Sin embargo muchos de éstos se ahogaban. Otro de los métodos consistía en atar cuatro animales por los cuernos á los lados de una canoa y remar con ellos hasta el otro lado. Otras veces ataban á los animales por las patas y los cuernos y los pasaban en canoa. Pero el mejor medio, y también el más usado, era una gran balsa llevada á remolque por un vapor.

Apenas el ejército aliado sa aproximó al Paso de la Patria, López ordenó á todos los habitantes de la costa del Paraná (1) que se retiraran al otro lado del arroyo Hondo; cuando supo que marchaban á Tuyucué, ordenó á todos los habitan-

(1) En el Paraguay la mayor parte de la población, vivía en casas aisladas desparramadas, por todo el territorio, y no en aldeas, lo que les permitía mantenerse con el producto de sus terrenos.—(Nota del autor).

tes, hombres, mujeres y niños, que se retiraran al norte del Tebicuary asolando los distritos de Ñembucú y Misiones. La mayor parte de esta gente, arrojada de esta manera de sus casas, murió de hambre y de miseria.

Por consiguiente el territorio entre Tebicuary y los aliados estaba absolutamente desierto. Como los habitantes no pudieron llevar sino lo que podían cargar con la cabeza, tuvieron que dejar abandonados en las abitaciones sus pobres muebles y hasta el último de sus tiestos. El ganado del distrito fué arreado también, dejándose sólo algunas tropas, destinadas al consumo inmediato del ejército.

Los aliados mandaron varias expediciones con el objeto de reconocer esta parte del país, las que tuvieron algunas guerrillas con los paraguayos que se encontraban diseminados en pequeñas partidas por todo el territorio; los brasileños se posesionaron del Pilar dos veces, y en una llegaron hasta el paso del Tebicuary, donde cambiaron algunos tiros con Núñez. Una de estas expediciones, bajo las órdenes del mayor Ascona, llegó hasta San Juan, tomando algún ganado y unos cuantos prisioneros; pero habiendo vuelto por el mismo camino, fué acechado por el capitán. Rojas, que lanzándose de su emboscada, reconquistó los prisioneros y el ganado, tomando además dos oficiales del enemigo. Uno de éstos era un paraguayo, que había desertado hacía mucho tiempo. Cuando López supo que lo tenía en sus garras, se puso loco de contento; el prisionero fué llevado muy mal herido á Paso Pucú, donde casi lo mataron á palos, fusilándolo después.

Desde que una parte de los aliados marchó á Tuyucué, López abrigó siempre la idea de atacar á Tuyutí, y me comisionó para levantar un mapa de las fortificaciones de ese punto. Habiendo hecho antes un plano muy exacto de todo aquel terreno, pude llevar á cabo mi encargo con muy buen éxito. La mayor parte de las fortificaciones de Tuyutí eran visibles desde nuestros mangrullos, desde los cuales hice mis observaciones, con ayuda del teodolito. Interrogué también á algunos desertores de Tuyutí y los examiné sobre el estado de las defensas.

Por último, López determinó atacarlo el 3 de Noviembre. Todos los aprestos necesarios quedaron terminados el 2. El general Barrios debía mandar en jefe la expedición, que consistía en 8.000 hombres, divididos en cuatro brigadas de infantería, de cuatro batallones cada una, y dos brigadas de caballería, de tres regimientos cada una. Barrios, llevando al coronel Luis González por segundo, debía marchar con la infantería por el camino de Yatait-Corá; el valiente coronel Giménez mandaba la vanguardia. El coronel Caballero debía conducir la caballería más á la derecha del enemigo, por el paso Satí, llevando por segundo al teniente coronel Rivarola. La expedición no tenía por objeto quedar en posesión de Tuyutí, porque López carecía de fuerza bastante para guarnecerlo. Su intención era arrebatar algunos cañones, especialmente uno ó dos de los Whitworth de 32, que López y todos sus oficiales envi-



diaban en extremo, y obligar al enemigo á reconcentrarse sobre aquel punto, que era su base de operaciones.

López reunió á todos los jefes superiores para consultar el mapa y darle las órdenes que debían ejecutar. Estas fueron, que todos debían estar listos la noche antes, y tan próximos como fuera posible á las líneas enemigas, que al rayar el día, la infantería debía lanzarse sobre el campamento argentino y la Caballería sobre los reductos brasileños de la derecha; que llevándose todo por delante, debían tomar el camino de Piris, remitiendo toda la artillería á su campamento, tan pronto como fuera tomada, y volverse en seguida. Sin embargo, después de comunicar estas instrucciones les dió la orden, de que una vez posesionados del campamento, permitieran á los soldados recorrerlo para que recogiesen lo que pudiesen. Cuando un general llega á dar una orden semejante, merece sufrir todas las derrotas posibles. El resultado de esta orden fué, que en vez de ser una espléndida victoria, como lo era al principio, resultó sólo una tremenda pérdida para los paraguayos y para los aliados.

Estando las guardias avanzadas de los aliados muy prósimas á sus líneas, los paraguayos consiguieron colocarse muy cerca de ellos durante la noche, y aun cuando hubiesen sido descubiertos y se hubiera dado la voz de alarma, la distancia era tan corta, que habrían estado sobre las trincheras antes que la guarnición hubiera podido defenderlas.

El 3 de Noviembre de 1867, López se puso de pie antes de rayar el día, esperando ver iniciarse el ataque. Al amanecer los paraguayos se adelantaron silenciosamente á paso redoblado y encontraron al enemigo dormido; una de las guardias avanzadas hizo fuego á los paraguayos cuando pasaban, pero éstos no contestaron, para evitar el menor ruido posible. Al llegar á la primera línea de trincheras, dos piezas les hicieron fuego: hubo también algunos tiros de mosquetería; pero el fuego cesó inmediatamente. La infantería llevó todo por delante, pegando fuego á cuanto encontró en su camino, incendiando todo el campamento y haciendo volar muchos polvorines. La segunda línea de trincheras fué tomada con igual facilidad; cuatro batallones brasileños que estaban de facción, fueron presa de un pánico tal, que se desbandaron y huyeron á Itapirú, donde esperaban salvarse á nado. En su fuga fueron acompañados por todos los vivanderos y mercaderes del campamento. El valor de los pasajes al otro lado del río subió hasta 100 libras, y había quien pagaba 10 por ser apartado de la costa algunas yardas.

Después de tomar la segunda línea de trincheras, llegaron al «Comercio» en donde se hallaban todas las tiendas y depósitos; allí se desbandaron como López había ordenado y se entregaron á saquear, robar é incendiar. Porto Alegre se condujo «personalmente» con bizarría, pero no así su ejército. Reunió algunas tropas para defender la ciudadela, lo que entonces era fácil, porque todos los paraguayos se habían desbandado y desde este punto les hizo un fuego nutrido, hiriendo



y matando á mucha gente. Los heridos cargaron inmediatamente con todo el botín que pudieron, y volvieron al campamento paraguayo. Una fuerza de caballería brasileña que se hallaba acampada cerca del Bellaco del Sud, no dió un paso hasta que los paraguayos se desbandaron, cargándolos recién entonces. Los paraguayos saquearon todo el campamento hasta el Bellaco del Sud, á retaguardia de la ciudadela, bebiendo lo que encontraban y comiendo puñados de azúcar, que es un manjar para ellos. Al fin, los argentinos y los brasileños salieron de la ciudadela y acuchillaron á muchos paraguayos que estaban aquí, allí y en todas partes, escapando con su botín los que pudieron.

La caballería paraguaya se condujo mucho mejor. Llegó á los fosos de los reductos casi sin ser sentida, haciendo salir á la guarnición en camisa. Saltaron de sus caballos y sable en mano treparon á las trincheras. El jefe de uno de estos reductos, viendo que los paraguayos estaban resueltos á tomarlo, levantó una bandera blanca en señal de rendición; entonces Caballero detuvo á sus tropas y ordenó al enemigo que bajase las armas. Titubeando en obedecer, ordenó á sus soldados los pasaron á cuchillo: los que quedaron tiraron sus armas y Caballero detuvo la carnicería. Los prisioneros, que eran 250, todos brasileños, y 10 oficiales, además del mayor Cunha Mattos y del mayor argentino Aranda, y seis mujeres, fueron enviados al campo paraguayo, escoltados por seis hombres de caballería. Los cañones fueron inmediatamente remitidos á Paso Pucú. Rivarola y Montiel tomaron otros dos reductos y sus guarniciones fueron pasadas á cuchillo. Los cuarteles fueron incendiados.

Apenas se supo en Tuyucué lo que pasaba en Tuyutí, se mandaron refuerzos. El general Hornos con la caballería correntina y dos regimientos argentinos, la legión paraguaya y el general Victorino con su propia división y otra más, de la caballería brasileña llegaron á Tuyutí al galope, y atacaron á la caballería paraguaya, en el momento en que terminaba la toma de los reductos. La caballería paraguaya peleó valientemente, cargando repetidas veces al enemigo y pasando por entre sus filas. El combate brazo á brazo, que se sostuvo en este punto, duró por más de una hora, retirándose en seguida los paraguayos y concluyendo todo antes de las nueve de la mañana.

Todo el campamento enemigo, desde el centro hasta la derecha, era una masa de fuego y humo, avivada de vez en cuando, por la explosión de algún polvorín. Los paraguayos al retirarse de Tuyutí, se rehicieron en Yataití-Corá, marchando los heridos con su botín, directamente á Paso Pucú.

Se tomaron tres banderas; dos brasileñas muy sucias y usadas y una argentina magníficamente bordada; catorce piezas de todo calibre, desde un obus de siete pulgadas, hasta un cañón rayado de á nueve, fueron llevadas al campamento paraguayo. Entre éstas se hallaba un cañón Krupp, de acero, de á doce, de cargar por la culata, el cual fué tomado cargado,

porque el enemigo no tuvo tiempo para descargarlo. Un Whitworth de 32 había sido enviado de Tuyutí, pero siendo una pieza muy pesada, se encajó en el barro del estero hasta las mazas de las ruedas, y no pudiendo sacarlo los soldados, lo dejaron allí, á tiro de rifle de las líneas enemigas.

El abandono de esta pieza contrarió á López muchísimo, y el general Bruguez que estaba presente, le rogó que le diera permiso para ir á buscarla. López le dijo que pidiera á Barrios dos batallones y que fuera por la pieza. Le dijo también que en el camino fusilase á dos paraguayos que habían sido tomados prisioneros. Bruguez marchó, y en cumplimiento de la orden, fusiló por la espalda á los dos paraguayos; y habiendo reunido con dificultad dos batallones, partió en busca del cañón, llevando consigo doce yuntas de bueyes y una gran cantidad de cuerdas. Cuando llegó, los brasileños, que temían ver caer el cañon en manos de los paraguayos, estaban ya tratando de llevarlo á su campamento con hombres y bueyes. Al acercarse Bruguez, se retiraron haciéndole un fuego nutrido de artillería y fusilería. Bruguez, sin embargo, amarró el cañón y se lo llevó, á las barbas de sus trincheras. Perdió algunos hombres, incluso al mayor Mendoza de la artillería. Este cañón estaba cargado con dos cartuchos sin bala, y el fegón de cobre estaba derretido y estropeado, de manera que el cartucho no podía ser punzado. La pieza fué sacada al entrar la noche.

Los aliados perdieron cerca de 1.900 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Porto Alegre fué levemente herido y le mataron dos caballos. Se tomaron también algunos carros con ropa, mulas y caballos. Todo el campamento de la derecha fué destruído é incendiado.

Los paraguayos dejaron en el campo de batalla cerca de 1.200 hombres, la mayor parte muertos y otros tantos volvieron heridos, de manera que de los 8.000 hombres, quedó fuera de combate casi una tercera parte. El batallón 40 fué aniquilado nuevamente y su banda quedó completamente destruída, volviendo solamente 100 hombres sanos; el batallón 20, que entró en combate fuerte de 460 hombres, salió sólo con 76; y el batallón 3, fuerte de 400 hombres, quedó reducido á 100. Además del oficial superior que hemos mencionado, murieron otros tres, á saber: el teniente coronel Lescano y los mayores Fernández y Bullo. Los coroneles González, Giménez y Rivarola, y los mayores Duarte y Montiel fueron heridos, pero lograron volver á su campamento.

El brigadier general Barrios fué promovido á general de división; pero como López, aunque mariscal llevaba todavía el uniforme de general de división, Barrios se vió obligado á vestir el de brigadier.

Los paraguayos hicieron una división en la extrema derecha, amenazando atacar la izquierda brasileña.

Cuando el enemigo en Tuyucué se apercibió de lo que pasaba en Tuyutí, desprendió cinco batallones para amenazar el Espinillo, pero no se pusieron á tiro.



Los despojos traídos de Tuyutí, por los paraguayos fueron inmensos, y consistían en artículos de todos los géneros imaginables. Los únicos alcauciles que he visto en el Paraguay durante mi residencia, fueron traídos ese día del campamento aliado.

La correspondencia acababa de llegar de Buenos Aires y fué llevada á López, quien al leer una de las cartas exclamó: ¡Pobre Mitre! estoy leyendo una carta de su esposa, y entonces dijo lo que contenía la carta. Se llevó también á López una caja que acababa de llegar para el general Emilio Mitre, que contenían té, queso, café y un par de botas. Se trajeron también varios uniformes nuevos para oficiales, encontrados en una sastrería. Se tomaron grandes cantidades de parasoles, polleras, miriñaques, camisas (sobre todo de crimea); cada soldado venía tan cargado de estos artículos cuanto sus fuerzas se lo permitían. Trajeron también un telescopio con su trípode, que pertenecía á uno de los mangrullos. Entre los despojos venían grandes cantidades de relojes de oro, libras esterlinas y pesos fuertes. Un soldado que se encontró un saco de cortados (moneda dividida) lo tiró como una cosa de poco valor.

Los aliados empezaron de nuevo á aumentar las fortificaciones en Tuyutí. Los paraguayos celebraron la victoria, y López les decretó una medalla que fué acuñada en la Asunción.

Los prisioneros tomados en Tuyutí fueron colocados en una prisión hecha expresamente para ellos, que consistía en un corral de campo, techado en parte. Los oficiales, que habían dado su palabra, fueron á pesar de esto arrojados junto con los soldados rasos, y sufrieron tanto á causa del hambre, del lodo y de la intemperie, que uno de ellos (un capitán) quiso escaparse y se internó en las selvas, pero no le fué posible atravesar las líneas paraguayas. Tres días después, lo encontraron sentado bajo un arbusto y fué tomado y fusilado en el acto. Con el objeto de infundir á los demás, el temor conveniente para que no intentasen fugarse, se dice que «cincuenta de ellos fueron sacados y fusilados». La mayor parte de los que quedaron, murieron víctimas del hambre y de los malos tratamientos; sin embargo algunos pocos sobrevivieron y fueron llevados al Tebicuary.

Los dos mayores que cayeron prisioneros fueron enviados al jefe de estado mayor, en cuya casa ocupaban un cuarto. López les mandó decir, que no quería tratar á oficiales de su graduación como á soldados rasos, y que quedaría satisfecho con que cada uno escribiera una declaración de todo cuanto sabían sobre el estado de los aliados.

Toda la línea de la trinchera desde el Angulo hasta Humaitá había sido muy bien artillada desde la marcha de los aliados á Tuyucué, pero éstos no se pusieron jamás á tiro. El general Díaz fué llevado al Espinillo y bombardeó el campamento de Tuyucué una ó dos veces, pero pronto lo pusieron fuera de combate.

El cañón Whitworth de 32, que fué tomado en Tuyutí con su armón de municiones y que como dijimos tenía el



fogón en muy mal estado, fué compuesto muy luego, llevado una tarde á Curupaity y colocado en la derecha de la batería, desde donde la escuadra de madera era visible, aunque estaba fuera de tiro de toda la artillería que los paraguayos habían conocido hasta entonces. Esta encantadora pieza, el «fiúús», codiciado por tan largo tiempo, alcanzaba mucho más allá de la escuadra, y en aquella misma tarde hizo algunos espléndidos tiros, que tuvieron por efecto que todos los buques se mandaran mudar con la música á otra parte. La «Belmonte» recibió una bala que le desmontó su Whitworth de 150 y mató toda la guarnición de la pieza. En total, se metieron á la escuadra más de 34 balas en la misma tarde, lo que la hizo cambiar entonces de fondeadero. La pieza fué entonces enviada al Espinillo, desde donde hacía fuego diario sobre el campamento aliado con algún éxito. Se habían juntado para esta pieza centenares de balas y bombas lanzadas por el enemigo.

El cañón Krupp de á 12, no vino acompañado de sus municiones, las que fué necesario fabricar en la Asunción. La pieza fué entonces paseada por diferentes partes de la trinchera para entretener á los soldados y hacer fuego sobre el enemigo.

En la batalla de Tuyutí, el ejército oriental, que el día anterior consistía en 40 hombres y un general, quedó reducido á un general y 20 hombres.

CAPITULO XVIII

LOPEZ CONCENTRA SUS FUERZAS EN EL PASO PUCÚ Y ESTABLECE EL CAMPAMENTO Y BATERIA DE TIMBÓ—MITRE DEJA EL MANDO EN MANOS DE CAXIAS—MUERTE DEL GENERAL FLORES.

Después de la batalla de Tuyutí, viendo López que los aliados continuaban ocupando á Tayí, y que no manifestaban la más mínima intención de reconcentrarse, determinó circunscribir su línea de defensa y fortificar á Humaitá.

Por este motivo se empeñó en adelantar la trinchera que ya se había empezado, y que apoyando su derecha en la laguna Piris seguía la cresta de la loma de Paso Pucú y terminaba en la antigua trinchera del Espinillo. Se construyeron algunos reductos triangulares en el ángulo, y de trecho en trecho en toda la extensión de la trinchera hasta llegar á Humaitá; sirviendo la misma trinchera para formar uno de sus costados. Estos triángulos estaban construídos de tal manera, que flanqueaban, en cuanto era posible, la distancia que los separaba. En la antigua trinchera, que corría desde el Sauce hasta el Angulo, quedaron solamente las guardias; la artillería, que consistía en 150 cañones, fué retirada; las piezas pesadas fueron llevadas todas á Humaitá, quedando solamente algunas ligeras en la trinchera de Paso Pucú. El Espinillo y el resto de la línea hasta Humaitá, quedó materialmente erizado de artillería. El capitán Barrios con 100 hombres y una pieza permanecía en el Sauce. El mayor J. Fernández, con un regimiento de caballería, protegía el antiguo centro y la izquierda. El general Bruguez, cuya habitación estaba entonces en el Espinillo, mandaba toda la nueva línea.

En los primeros días de Diciembre se dió principio á la trinchera de Timbó, en el Chaco, sobre la margen del río, pero cubierta por un bosque. Al principio fué guarnecida por 6 batallones de infantería y 3 regimientos de caballería y artillada con 30 piezas de campaña. El jefe de esta posición era el coronel Caballero, que estaba encargado de las comunicaciones por el Chaco.

Se participó á todas las mujeres del campamento, que las que quisieran ir á la Asunción podían hacerlo por el camino del Chaco. Durante más de un año no se había permitido á nadie ir ni venir, y muchas mujeres se aprovecharon de la oportunidad, aunque tenían que recorrer á pie una distancia de 250 millas. El hospital general fué trasladado á Humaitá, en donde los enfermos sufrieron algunas bajas, porque estaban contínuamente expuestos al bombardeo. El doctor Fox, uno de los cirujanos del ejército, fué herido en una pierna por una bomba que reventó en una de las salas del hospital.

La cadena de Humaitá era visible desde el punto en donde estaban fondeados los encorazados. Esta consistía en tres cadenas colocadas una al lado de la otra, de las cuales la más pesada tenía eslabones de siete pulgadas y media, y es-



taban sostenidas por tres pontones y muchas canoas. Los encorazados hicieron fuego sobre estos pontones y canoas durante tres meses, y los echaron todos á pique; entonces la cadena se sumergió, porque el río en aquel punto tiene cerca de 700 yardas de anchura, y no podía ser estirada sin ayuda de apoyos intermedios. La cadena se enterró como dos pies en el barro del fondo y por consiguiente no ofrecía obstáculo alguno á la navegación. Se hicieron algunos esfuerzos para colocar boyas y levantarla, pero fueron infructuosos. Los encorazados bombardearon la iglesia desde Agosto hasta Febrero, echando abajo algunos ladrillos y partiendo una ó dos vigas por la mitad.

En los primeros días de Octubre, M. Cochelet, cónsul francés fué relevado por M. Cuverville. M. Cochelet figuraba en las listas negras de López, por no querer visitar á Mme. Linch. Cuando llegó de la Asunción, fué colocado con su familia en un cuarto, expuesto al contínuo bombardeo de los brasileños, permaneciendo allí algunos días, hasta que el vapor francés vino á buscarlo.

A principio de Septiembre el gobierno italiano envió un cónsul, el que después de pasar en Humaitá unos cuantos días expuesto al fuego, fué enviado á la Asunción por el Chaco.

Cada vez que una bala pegaba en la casa de López en Humaitá, el agujero era inmediatamente tapado y blanqueado con el objeto de borrar todo rastro, «para que no se supusiera que su casa» pudiera ser tocada por el enemigo.

Dos ó tres pequeñas piezas colocadas frente á los encorazados en los bosques de Humaitá, molestaban á los brasileños siempre que se presentaban sobre cubierta.

El 26 de Diciembre los encorazados salieron hasta ponerse á tiro de Humaitá, para practicar un reconocimiento, volviéndose en seguida á su fondeadero.

Los vapores «Tacuarí» é «Igurey», que habían permanecido entre Humaitá y Tayí, hacían todos los transportes de Timbó á Humaitá, cargando y descargando en frente de la iglesia, sin ser vistos por los encorazados.

El cañón «Acaberá» estaba ya concluído y fué traído y colocado en las baterías de Humaitá. El «Cristiano» fué también trasladado de Curupaity y colocado en Humaitá.

Los paraguayos hacían siempre, y donde menos se les esperaba, pequeños «malones». Un día de Diciembre volvieron con 800 vacas, tomadas del otro lado de la línea de comunicación del enemigo, entre Tuyucué y Tuyutí. En otra ocasión trajeron 1800 vacas de cerca de «Pedro González», y otro día tomaron prisionero al capitán Silva, paraguayo, que había desertado al enemigo y que le servía de guía. Este individuo fué metido en la cárcel y después de contestar á muchas preguntas que se le hicieron, fué muerto á palos.

Uno de los principales entretenimientos, tanto en el campo de los aliados como en el paraguayo, era bombardearse mútuamente con cañones Witworth de 32. Después de iniciarlo los paraguayos desde el Espinillo, los brasileños trajeron tres de



estos cañones a sus líneas de Tuyucué y solían hacer fuego, tanto sobre nuestra pieza de á 32, por ver si la desmontaban, como sobre el cuartel general de López. Cuando López había acabado de comer se retiraba en paz á su casamata y ordenaba que bombardeasen desde el Espinillo. Tenía siempre algunos oficiales colocados sobre el terraplén con telescopio en mano, que le avisaban cuanto pasaba; á saber: de donde venía cada tiro lanzado por el enemigo, donde caía y si reventaba ó no, como igualmente á donde iban, como caían y si reventaban los tiros del Espinillo. Para dar una noticia exacta, el oficial de la pieza en Espinillo tenía un número de letras negras pintadas en un cuero, representando cada una de éstas, las diferentes partes del campamento enemigo. Por ejemplo: T quería decir Tuyucué — C cuarteles generales de Caxias etc. Cuando estaba tomada la puntería, los telescopios de Paso Pacú, eran informados por la aparición de una letra en el Espinillo, sobre el lugar á donde debían dirigirse, para observar el efecto de la bala, é inmediatamente daban aviso á López. Cuando se daba fuego á la pieza, se veía con exactitud el punto en que caía la bala, y se le comunicaba en seguida. Uno de los blancos más favoritos era la casa de Osorio. Esta tenía en frente un pequeño terraplén, y habiendo sido agujereado varias veces su techo, hizo colocar algunos fardos sobre el terraplén. Estos, sin embargo, fueron dislocados en distintas ocasiones por el fuego paraguayo.

Durante uno de estos bombardeos, los brasileños pegaron fuego á una hilera de casas en el Espinillo, incendiando la munición de todo un batallón de infantería (250 tiros por hombre) y quemando el mangrullo próximo. Esto sucedió un poco antes de anochecer, y los aliados vieron quemarse las casas. A la mañana siguiente, se quedaron asombrados al ver (como ellos lo creyeron) todas las casas reemplazadas, exactamente como estaban antes del incendio, lo que consideraban como otra prueba de la omnipotencia de López. Pero la verdad era, que las casas que fueron consumidas por el fuego, se hallaban justamente detrás de aquellas que veían los aliados, y que no habían sufrido absolutamente nada. La mayor parte de los generales aliados tenían sus carruajes y López sabía siempre cuando salían y si salían á caballo ó en coche.

El 11 de Enero de 1868, las banderas del campamento aliado estaban á media asta, y durante todo el día se disparaba cada media hora en el campamento argentino un cañonazo sin bala, que era inmediatamente respondido por otro en el campo brasileño. Este incidente excitó mucho á López, porque era evidentemente una demostración de duelo en el ejército argentino. Además esa mañana, todas las tropas argentinas se presentaron en traje de parada, aparentemente para ir á misa y López supuso que el muerto era Mitre. Para cerciorarse hizo arrebatar, esa misma noche, dos centinelas argentinos, que fueron interrogados, pero no sabían nada de la muerte de Mitre. Entonces fueron azotados hasta que dijeran que sabían que había muerto. Por mucho tiempo todos los prisioneros y desertores eran azo-



tados hasta que confesaban que Mitre había muerto. López determinó ó decretó, que Mitre debía haber fallecido y por muchos meses se publicó su muerte en los periódicos. Infeliz de aquel que insinuara algo en contrario de esta resolución. Sin embargo, el que había muerto era el vice-presidente de la república, Dr. D. Marcos Paz, que falleció el 2 de Enero, habiéndolo sabido López algunos días después. Esta fué una de sus inexplicables extravagancias.

El general Flores fué muerto de un pistoletazo en su carruaje, en las calles de Montevideo, el 20 de Febrero de 1868, en una de las interminables revueltas de aquel país.

A consecuencia de la muerte del vice-presidente de la República Argentina, el presidente Mitre tuvo que retirarse del teatro de la guerra para volver á Buenos Aires. Partió el 14 de Enero, delegando el mando en jefe en manos del marqués de Caxias, con gran pesar de todos los argentinos. Es probable que el general Mitre, por su parte, se alegrara de su retiro, porque no podía con los brasileños. Cuando proponía alguna operación, Caxias contestaba que era imposible, porque de 43.000 brasileños, 13.000 se hallaban en los hospitales. Sin embargo, apenas partió Mitre los enfermos bajaron á 2.500 y el marqués se preparó para ganar una fama inmortal haciendo «alguna cosa». Lo que debía ser esta cosa, él mismo no lo sabía, pero con 50.000 soldados sanos de que disponía, la razón natural indicaba que debía vencer á López, que sólo tenía 15.000, y se estrenó haciendo un paseo de ida y vuelta á San Solano, con la mayor parte del ejército aliado, á fin de asustar á los paraguayos por el número de sus fuerzas.

Sin embargo, cuanto mayor era el número de los enemigos, tanto más se reían los paraguayos. De noche solían hacer á los brasileños toda clase de diabluras, tirándoles con flechas y con «bodoques». Estos eran unas balas de arcilla secadas al sol, que tendrían una pulgada de diámetro. Se lanzan con un arco de dos cuerdas, separadas como dos pulgadas, por unos palitos metidos entre ellas á la extremidad de las cuerdas. La bala se coloca en un pedazo de lona, asegurado á las cuerdas y se lanza teniendo el proyectil entre el pulgar y el índice de la mano derecha, como se hace con las flechas, solamente que al tirar las cuerdas es necesario desviarlas, porque de la contrario la bala pegaría en el arco. Los muchachos en el Paraguay usan esta arma para tirar á los loros. Los brasileños tenían siempre un abtallón de guardia en el atrincheramiento de Paso Pucú. El coronel (entonces mayor) Rivarola con 50 hombres de caballería desnudos, atravesó una noche el estero, y cayó sobre la retaguardia del batallón, logrando matar una gran parte. El batallón no podía hacer uso de sus fusiles, porque haciéndolo, habría hecho fuego sobre otro batallón brasileño que venía en su ayuda.

En otra ocasión los paraguayos arrebataron al cabo de una guardia argentina mientras hacía su ronda, sacándolo del medio de dos centinelas que estaban á la distancia de 80 pasos, y en momentos en que el jefe del batallón hacía la ronda en



GALERIA PARAGUAYA



Coronel Don José Maria Aguiar
† en Aquidaban

GALELIA PARAGUAYA



1. General de División José Isidoro Resquin
Comandante en gefe de la izquierda paraguaya
en la batalla de Tuyuty

2. General Don José E. Diaz

persona. El escamoteo fué tan rápido y silencioso que el hombre desapareció antes que nadie se apercibiera de su falta. Los argentinos casi todas las mañanas hacían un reconocimiento más allá de las líneas de Tuyucué, en dirección al Angulo. El 17 de Febrero, López, les preparó una emboscada mandada por el capitán Urbieta. Apenas hubieron pasado el punto en que se hallaba la emboscada, los paraguayos cayeron sobre ellos, matando é hiriendo á cuatro oficiales y 80 soldados. El comandante Giribone, jefe de la fuerza argentina, fué muerto y su segundo herido. Una bala de rifle quebró la pierna al capitán Urbieta y su batallón perdió 30 hombres entre muertos y heridos. López tenía intención de atacar á Tuyucué y Tayí; pero era evidente que estos ataques no podrían tener otro resultado que una derrota, porque estos puntos estaban bien fortificados y guarnecidos.

Con el objeto de hostilizar al enemigo, hizo construir un reducto en Cierva, 3.500 yardas al Norte de Humaitá, armado con nueve piezas de campaña; su guarnición consistía en 500 hombres bajo las órdenes del mayor Olabarrieta. El enemigo supuso que esta posición era un punto importante y que servía de entrada al potrero Obella, del cual se había conquistado una parte, y en cuya extremidad Sud, López conservaba todavía algún ganado. Esto era un error, por que aquella posición era enteramente inútil para López.

A principios de Febrero, López me mandó dar principio á una batería en el Chaco, en el punto denominado Timbó. Comenzó por enviar seis piezas de ocho pulgadas y después 8 de calibre 32. Todas estas piezas fueron colocadas en la margen del río, antes de construirse los parapetos y polvorines, por que tuvieron que hacer fuego inmediatamente. En esta parte, la margen del río es baja y sujeta á las inundaciones. Por consiguiente, la plataforma tuvo que levantarse tres pies sobre el nivel del terreno. El capitán Ortiz fué enviado de Curupaity para tomar el mando de la batería. Por ese tiempo el general Porto Alegre dejó el ejército, quedando de jefe de Tuyutí el general Argollo.

———



CAPITULO XIX

LOS ENCORAZADOS PASAN HUMAITÁ —TOMA DEL REDUCTO CIERVA—EVACUACIÓN Y BOMBARDEO DE LA ASUNCIÓN—LOS ENCORAZADOS ATACADOS POR CANOAS—LOPEZ SE RETIRA AL CHACO—ATAQUE Á LAS LINEAS PARAGUAYAS EN EL ESPINILLO Y EN EI SAUCE—EVACUACIÓN DE LAS MISMAS POR LOS PARAGUAYOS.

Cuando los encorazados pasaron Curupaity no se atrevieron á presentarse delante de Humaitá, porque decían que sería imposible pasar sus baterías sin los monitores que esperaban del Brasil. En aquella época sólo había en Humaitá tres piezas de á 8 pulgadas y tal vez doble número de piezas de á 32. Ultimamente había entre Curupaity y el Timbó diez y ocho piezas de 8 pulgadas, de las cuales los encorazados pasaron nueve en Curupaity; además había una pieza de 130 y otra de á 150.

El 13 de Febrero tres monitores, construídos en Río Janeiro y recién llegados á Curuzú, forzaron de noche á Curupaity sufriendo averías de poca monta de las piezas que quedaron en aquel punto, y se incorporaron á la escuadra de encorazados, que se hallaba entre la fortificación y Humaitá.

Estos monitores, eran buques á doble hélice, y su borda blindada con chapas de cuatro pulgadas, sólo se elevaba un pie sobre el agua. Su torre giratoria armada de un cañón Whitworth estaba blindada con chapas de 6 pulgadas. La tronera era circular y muy poco más grande que la boca del cañón; de manera que cuando este se hallaba en batería, el buque quedaba completamente á cubierto. La graduación de la puntería se obtenía por medio de un aparato, que servía para alzar ó bajar los muñones, permaneciendo siempre la boca á la altura de la tronera. Presentaban un blanco tan pequeño que era muy difícil acertarles un tiro.

El 18 de Febrero de 1868 á las 3.30 de la mañana, la escuadra encorazada inició un bombardeo furibundo; otro tanto hizo la escuadra de madera en Curuzú, y una ó dos cañoneras que penetraron en la Laguna Piris. Tuyucué rompió un cañoneo infernal sobre el Espinillo, adelantando en seguida algunos batallones que sostuvieron un nutridísimo fuego. Parece que esto se hizo para facilitar el pasaje de Humaitá, pero es difícil creer que tal fuera su objeto, porque las piezas de á 8 pulgadas que lo defendían, no hubieran podido llevarse al Espinillo en el momento preciso.

Los grandes encorazados «Bahía», «Barroso» y «Tamandaré» cada uno con un monitor amarrado á babor, pasaron las baterías de Humaitá á todo vapor. Los tres monitores eran al «Alagoas», el «Pará» y el «Río Grande». Pasadas las baterías, el «Alagoas» se desprendió de su compañero y llegando á un lugar en que la corriente era muy rápida fué arrastrado aguas abajo, teniendo que volver á subir á toda fuerza. Antes de amanecer este buque se hallaba fuera de tiro de la fortificación. El fuego de Humaitá era nutrido y certero, pero las balas se ha-



cían pedazos contra las chapas de los encorazados. Después de pasar Humaitá siguieron hasta Tayí, pasando por la batería del Timbó. Estando más baja la batería de Timbó que la de Humaitá, los encorazados sufrieron allí tal vez mayores averías. El «Alagoas, el «Tamandaré» y el «Pará» fueron los que sufrieron más, recibiendo el primero 180 balazos y el segundo 120. Estas averías consistían principalmente en chapas abolladas ó rotas y pernos saltados.

El «Tacuarí» y el «Igurey» se introdujeron en el arroyo Hondo para salvarse de los encorazados. La guarnición del Laurel, que por su posición sobre el río estaba expuesta al fuego de los encorazados, se ocultó cuando estos pasaron. Después de esto recibió orden de retirarse con su artillería á Timbó, lo que verificó al momento

Si uno de los encorazados se hubiera estacionado entre Timbó y Humaitá, esta operación no habría podido efectuarse. López mismo no hubiera escapado y Humaitá habría sido realmente sitiada, que era lo que se proponían los aliados al forzar las baterías.

Desde la toma de Tayí por los aliados las comunicaciones entre la Asunción y López se hacían por el telégrafo hasta el Tebicuary, de allí, se llevaban á caballo hasta el Timbó, donde había un telégrafo hasta Humaitá. Se construyó por el Chaco otra línea telegráfica, pero no pudo terminarse hasta el mes de Marzo.

Tan luego como los encorazados pasaron Humaitá, López ordenó al vice-presidente hiciera desalojar la Asunción en 24 horas, declarando á aquella ciudad una posición militar. El vice-presidente, como era consiguiente, lanzó el decreto. En él se permitía á los ciudadanos llevar lo que pudieran, pero para la mayor parte, esto se reducía á lo encapillado, ó á lo que podían cargar ellos mismos, no pudiendo volverse en busca de nada, sin un permiso especial del juez de paz del distrito en que fueran á residir. El gobierno fué trasladado á Luque, nueve millas al Este de la Asunción. Allí se dirigió la mayor parte de la pablación, teniendo que vivir un gran número al aire libre, y otra, sobre todo las familias, agrupada en los corredores exteriores de las casas. Esta circunstancia así como la falta de alimentos, les ocasionaron grandes penurias.

Toda la población de las orillas del río, recibió orden de retirarse tierra adentro, para ponerse á cubierto de los encorazados.

Tan pronto como López supo que los encorazados se disponían á forzar las baterías de Humaitá, mando á Mrs. Lynch á la Asunción, con el objeto de sacar al campo todos los objetos de valor que había en su casa y en la de ella. Esta operación se realizó á media noche, para que el público no se apercibiera.

El «Bahía», el «Barroso» y el «Río Grande» se dirigieron á la Asunción, el mismo día que pasaron á Humaitá, con orden de destruir cuanto encontrasen en su camino y de bombardear aquella capital. En Monte Lindo, sobre la misma cos-

ta, había unos galpones en que se depositaba todo lo que se transportaba por el Chaco para el ejército; este punto sólo estaba guardado por algunos hombres, y cuando los oficiales supieron la aproximación de la escuadra, les permitieron que saquearan los galpones, para que el enemigo no encontrase nada. Los soldados se llevaron todo á la selva, donde se hartaron de miel de caña, sal y maíz, artículos reservados para los hospitales, escondiendo el resto para un futuro banquete. Se llevaron hasta los cascos de las bombas, creyendo que eran comestibles. Cuando llegaron los encorazados, desembarcaron algunos hombres y pegaron fuego á los galpones, que no contenían sino carne seca agusanada. Después de esto siguieron su camino, avistando al «Pirabile» que llevaba á remolque una goleta, en dirección á la Asunción. El vapoıcito no esperaba visitas de esta clase, y carecía de leña, que era el único combustible que tenían los vapores paraguayos, desde que empezó el bloqueo. Se vió obligado para hacer vapor y poder escapar de la persecución, á echar al fuego la obra muerta del buque y todos los baules de la tripulación, viéndose obligado igualmente á echar á pique la goleta, (que los brasileños pretenden haber tomado y echado á pique); pero logró escaparse á tiempo, poniéndose del otro lado de la Asunción. Cuando los tres encorazados llegaron á la vista de la Asunción, (el 22 de Febrero) rompieron el fuego inmediatamente; pero no llegaron bastante cerca para hacer daño al arsenal, que en ese tiempo trabajaba con toda actividad, porque habiendo mostrado cierta intención de aproximarse, el «Criollo» los saludó con sus tiros; aunque éstos no pegaron en su blanco, fué lo bastante para hacerlos volver aguas abajo. Lanzaron sobre el pueblo como 60 bombas. En su camino aguas abajo, volvieron á detenerse en Monte Lindo, donde no se veía ni un gato, pero sin embargo hicieron varios tiros á metralla, sobre el bosque, continuando después su marcha á Tayí. Cuando bajaron, Núñez les puso una emboscada de dos cañones y algunos hombres de infantería, logrando causarles algunas averías.

Los aliados tenían que transportar por tierra á Tayí, todo cuanto necesitaban para los encorazados, desde municiones hasta provisiones. Tenían que pagar 10 libras esterlinas por el transporte de cada bala de 150, y 32 por el flete de cada tonelada de carbón.

En la misma mañana que los encorazados forzaron el paso de Humaitá, Caxias con 800 hombres, atacó el reducto Cierva. Su objeto, según su propia confesión, era cortar la guarnición del Laurel, lo que prueba que no conocía la topografía del terreno, á pesar de que su ejército ocupaba hacía largo tiempo aquellos alrededores. No existía comunicación posible entre el Laurel y Cierva, á no ser dando vuelta por Humaitá ó por Tayí.

Al rayar el día, Caxias lanzó su primer ataque encabezado por los famosos «fusiles de aguja». Estos no hicieron gran cosa porque los paraguayos estaban parapetados y lan-



zaban á boca de jarro á los asaltantes una granizada tal de granadas y matralla, que los soldados armados con aquéllos célebres fusiles, que eran la esperanza de los brasileños, fueron rechazados y completamente dispersados. Inmediatamente fueron reemplazados por otra columna de ataque, y ésta, así como la tercera y la cuarta, tuvieron igual suerte que la primera. Mientras se retiraba la cuarta columna, se oyó la voz de un soldado paraguayo, que avisaba á su jefe que la munición estaba agotada, lo que animó á los brasileños á rehacerse y volver al ataque. Mintras hacían ésto, el mayor Olavarrieta se retiró con sus soldados, embarcándose en el «Tacuarí» y el «Ygurei»» que estaban próximos y lo habían auxiliado con sus fuegos. Estos vapores, después de cambiar algunos tiros con los brasileños, bajaron hasta Humaitá donde desembarcaron sus tropas.

Los brasileños perdieron cerca de 1.200 hombres entre muertos y heridos y los paraguayos cerca de 150 y 9 piezas de artillería.

La defensa fué heróica, porque los brasileños llegaron hasta la contra-escarpa y muchos cayeron en el foso.

Después del rechazo del tercer ataque, López recibió un telegrama de Olavarrieta diciéndole lo que había sucedido, y al recibir la noticia de la caída del reducto, determinó volver á tomarlo. Olavarrieta fué reforzado en Humaitá, para llevar á cabo esta operación. Sin embargo esta idea fué abandonada antes de ponerse en ejecución. Habiendo sabido que el «Alagoas» se hallaba sólo entre Timbó y Humaitá, López determinó enviar sus dos vapores para apoderarse de él. Mientras se hacían los preparativos, llegó la noticia de que el buque había pasado el Timbó.

En estas circunstancias, López determinó retirarse por el Chaco con la mayor parte de su ejército y la artillería que pudiera llevar.

A consecuencia de esta determinación se retiró á Humaitá toda la artillería de las trincheras, dejando solamente seis piezas de campaña en Curupaity, una en el Sauce y doce en la distancia que media entre el Angulo y Humaitá. En el Espinillo quedó un batallón, y algunas guardias en otros puntos de las trincheras. Los dos vapores prestaron en esta ocasión importantes servicios, haciendo el transporte de las fuerzas desde Humaitá al Timbó. Lo primero que se embarcó fueron los depósitos particulares de López, después transportaron el cañón Whitworth de 32 y el cañón Krupp; en seguida las piezas de 8 pulgadas; y por último todo cuanto había desde un enfermo hasta un cañón de campaña. Se enviaron al puerto de Humaitá grandes cantidades de pólvora y municiones, para ser transportadas al Chaco. El 25 de Mayo voló un inmenso montón, lo que fué una verdadera pérdida para López, porque la pólvora empezaba á escasear.

Habiendo sido enviado por López al Tebicuary, para examinar la posición y dar parte del resultado de mi trabajo, informé, que inmediatamente podía levantarse una batería en



Monte Lindo, para ocupar sin pérdida de tiempo la artillería ociosa; pero agregaba que sería mucho más útil levantarla en la boca del Tebicuary, porque allí podría impedir la entrada á este río, al menos á los buques de madera; sin embargo, la realización de esta obra requería mucho más tiempo que la primera.

Encontré que el terreno al norte del Tebicuary, hasta una distancia de 10 leguas del río Paraguay, estaba separado del interior por esteros de más de una legua de anchura, que unían el Tebicuary á la gran laguna Ipoa, que corre paralela con el Paraguay hasta la latitud de Villeta. En estas diez leguas del Tebicuary había cuatro pasos; nno obstante, el agua era profunda y para pasarlo se necesitaban botes. Sin embargo no era difícil hacer un desembarco en muchos puntos situados entre los pasos. Como los caminos estaban muy malos y no había caballos, no habría sido posible enviar refuerzos á ningún punto dado. No podíamos temer que el enemigo nos flanquease, pero la línea era muy extensa y por consiguiente poco segura.

Cuando López recibió este informe, determinó inmediatamente levantar la batería en Monte Lindo, y me envió nuevamente para trazarla y presenciar la construcción de las plataformas.

El viaje por el Chaco era muy fatigoso. Había varios riachos que sólo podían pasarse en «pelota» porque los puentes no estaban concluídos todavía. Los miserables caballos de los paraguayos apenas podían andar al tranco, y empleamos veinticinco horas en recorrer las diez y siete leguas, marchando sin parar En cada posta se perdía media hora para mudar de caballos.

López sabía perfectamente, que si llegaba á apoderarse de un encorazado, y lo tripulaba con sus propios hombres, daría cuenta de toda la escuadra brasileña arrojándola de sus aguas; así pues, su mayor ambición era tomar uno de estos buques, y durante largo tiempo hizo enseñar á nadar, y remar en canoas á un cuerpo escogido, con el objeto de abordarlos.

Entre Curupaity y Humaitá se hallaban siete encorazados, dos de los cuales el «Herval» y el «Cabral» formaban la vanguardia y se hallaban situados á cierta distancia de los otros. En la noche del 1º de Marzo estos buques fueron repentinamente asaltados por los paraguayos en canoas. Las canoas eran 24 y cada una de ellas llevaba 12 hombres, armados principalmente con sables, y llevando además granadas de mano y cohetes, para arrojarlos adentro de los encorazados. Las canoas estaban unidas de á dos, por una cuerda de 20 yardas de largo, de manera, que remando en dirección al buque, cuando la cuerda se encontraba con la proa, las canoas por su propio movimiento se plegaban contra los costados del buque. La expedición iba mandada por el capitán Xenes, ayudante de López. La noche era muy obscura y no fueron sentidos hasta el momento en que abordaron al buque. Varias canoas se des-



viaron á causa de la fuerza de la corriente, y en vez de acercarse á los encorazados atacados, fueron llevadas aguas abajo y recogidas por los buques enemigos. Al apercibirse de lo que pasaba, los brasileños se encerraron en sus torres, y desde ellas empezaron á hacer fuego de metralla sobre los paraguayos que estaban sobre cubierta.

Dos encorazados más vinieron en su auxilio, y rompieron contra los asaltantes un tremendo fuego de metralla y granadas, que les produjo un horrible estrago. Los paraguayos consiguieron agarrar al jefe de la división de encorazados y algunos de sus tripulantes, antes de que pudieran encerrarse, y los mataron.

Hicieron también algún daño con sus granadas de mano, y estaban á punto de posesionarse del «Cabral», pero en el momento en que lograban penetrar en él, se presentaron los otros encorazados y salvaron este buque barriendo la cubierta con su metralla.

Los paraguayos perdieron más de 200 hombres, quedando sobre la cubierta de los buques como 100 cadáveres; los brasileños tuvieron una baja de 40 hombres. El capitán Xenes perdió un ojo, y muchos oficiales fueron muertos. Los brasileños hicieron fuego sobre los paraguayos, que se salvaban á nado, dirigiéndose á la costa.

En la tarde del dos de Marzo, López, habiendo dejado sus órdenes á los generales Barrios, Resquín y Bruguez, se dirigió de Paso-Pucú á Humaitá después de anochecer, y permaneció allí hasta media noche, dando sus instrucciones al jefe de la fortaleza, y embarcándose en seguida en un bote con M. Lynch; todo su séquito lo siguió en canoas y se dirigieron á remo hasta Timbó, á donde llegaron en la madrugada del día siguiente. El río estaba tan crecido que los botes lograron entrar bastante en la costa. Los cañones en Timbó estaban colocados en una isleta formada por la plataforma, sobre la cual se hallaba también la munición envuelta en cueros. Un encorazado estaba fondeado en el Laurel, á la vista de la pieza que ocupaba la izquierda de la batería, pero no se apercibió de nada.

El 21 de Marzo Caxias ordenó que se atacaran las líneas paraguayas del Sauce y del Espinillo. El primer punto estaba defendido por 100 hombres y una pieza de artillería, y fué asaltada por el general Argollo, que la tomó después de una hora de combate, perdiendo 260 hombres. Los paraguayos perdieron 20 hombres y una pieza de artillería, retirándose el resto á Paso-Pucú.

El general Osorio atacó el Espinillo con su división, pero fué rechazado después de haber llegado casi hasta la contra-escarpa. Los argentinos hicieron también una demostración contra el Angulo.

Al días siguiente (22) todas las líneas antiguas, incluyendo Curupaity, fueron evacuadas por los paraguayos, que llevaron consigo toda su artillería á Humaitá, único punto que les quedaba entonces, en aquella parte del país.



Dos encorazados forzaron el mismo día la batería de Timbó y se colocaron entre esta posición y Humaitá, haciendo en extremo difícil la comunicación de estos dos puntos, porque el camino por tierra era casi intransitable. Encontraron al «Ygurei» en medio del río y lo echaron á pique, salvándose su tripulación por el Chaco. El «Tacuarí» se hallaba en el riacho Guaycurú desembarcando su artillería, operación que logró terminar bajo el fuego de los encorazados, siendo en seguida echado á pique por los paraguayos. Los encorazados situados entre Timbó y Humaitá, tenían cortadas sus comunicaciones con el resto de las fuerzas aliadas, y enviaban sus partes dentro de botellas tapadas, que dejaban llevar aguas abajo por la corriente, y eran recogidas por la escuadra debajo de Humaitá, cuando no eran detenidas en este punto.

Los generales Barrios, Bruguez y Resquín pasaron el río frente á Humaitá, y teniendo que seguir el camino de la costa, se presentaron á menudo á la vista de los encorazados, que los saludaron entonces con sus cañones. Marcharon sin descanso hasta alcanzar á López. Humaitá quedó aislada de las demás posiciones paraguayas y confiada únicamente á sus jefes.



CAPITULO XX

LA MARCHA POR EL CHACO—BATERÍA EN FORTIN—LOPEZ SE ESTABLECE SOBRE EL TEBICUARÍ – EVACUACIÓN DE MATTO GROSSO

El mariscal López llegó á Timbó el 3 de Marzo de 1868, y siguió inmediatamente hasta dos millas y media más arriba, donde permaneció todo el día, acordando grados á los oficiales que debían permanecer en Humaitá y en Timbó y dando instrucciones á los jefes. El coronel Martínez, uno de sus ayudantes favoritos, recibió en esta ocasión su grado de coronel y fué enviado á Humaitá como segundo del coronel Alen, que era el jefe principal, siendo nombrados para los puestos de tercer y cuarto jefe, los capitanes de marina Cabral y Gill, con los grados de tenientes coroneles.

Todos los caballos fueron dejados en Humaitá, pero con la intención de transportarlos en seguida, y de las postas del camino se reunió una tropilla para el servicio del séquito de López. Ya hemos dicho en otra ocasión lo que eran estas caballadas.

En el mismo día, después de anochecer, partimos para Monte Lindo. El camino cruzaba por muchos montes y en algunas partes por profundos pantanos. López lo hizo casi todo á caballo, porque llevaba los suyos particulares; sus carruajes y sus carros de provisiones eran tirados también por buenos animales. Cenamos en la primera posta, que se llamaba «Zanjita». López invitó á su mesa á muchos oficiales. Después continuamos nuestra marcha y aquella noche dormimos sobre la orilla del Bermejo, doce millas distantes de Timbó, adonde llegamos á la una de la mañana; pero hubo muchos que sólo nos alcanzaron una ó dos horas después, á causa de sus malos caballos. Tuvimos que atravesar varias profundas lagunas, sobre las cuales se habían empezado á echar puentes, pero que no estaban concluídos todavía. Algunos de éstos se hacían, arrojando mucha leña sobre vigas colocadas en el agua, y una vez que aquella tenía bastante altura, se la cubría con una capa de tierra. Uno de estos puentes, que no estaba todavía concluido, nos produjo gran diversión, porque al pasar las patas de los caballos se metían en la leña, como en una trampa, lo que ocasionó que muchos jinetes y caballos se cayeran al agua. López hizo colocar su hamaca en una casa, pero nosotros nos envolvimos en nuestros ponchos y dormimos profundamente hasta el amanecer, en que no tuvimos más desayuno que el mate; sin embargo, algunos que estaban en la gracia del cuerpo médico, lograron una famosa sopa de arroz. Después de esto atravesamos el Bermejo, que es un río tortuoso, y cuya agua es muy roja, á causa del color de la arcilla que forma su lecho. Es muy profundo y tiene una anchura de cerca de 200 yardas, con una corriente muy rápida. Su costa es muy baja y cubierta de montes; su desagüe en el Paraná, se conoce á muchas millas de distancia por el color de su agua, que sigue el costado derecho del río



Paraguay. Lo atravesamos por medio de canoas, que llevaban á sus costados tres caballos á nado, y en seguida subimos lentamente una pendiente á través de los montes hasta encontrarnos nuevamente sobre el nivel general del Chaco. Todo este territorio, excepto los valles de los diferentes ríos, parece enteramente llano. En seguida atravesamos un monte de una legua, por medio de pantanos, cuya profundidad llegaba á tres pies. Uno de los carruajes de López se empantanó, y casi todo el séquito tuvo que tirar con sus caballos para sacarlo. Mi pobre jaca se empantanó también, y me ví forzado á andar á pie por aquellos barriales, arreándola por delante, viéndome por último obligado á picarla con mi espada para que caminara; pero ni esto me sirvió y tuve que recorrer á pie otra legua de pantanos, hasta llegar á la posta próxima, donde conseguí otro caballo y envíe á buscar mi silla. Allí me encontré con López y su familia, que dormían la siesta bajo algunos árboles. Tuvimos asado, y en este punto me alcanzó mi caballo, con tres más de López. Este caballo había sido transportado por un vapor al día siguiente de nuestra salida de Humaitá, con permiso especial de López, de manera que ahora me hallaba bien montado. Por la tarde continuamos la marcha y comimos en la posta Timbó; la comida estaba ya preparada, porque los cocineros con sus utensilios se habían adelantado. Apenas concluída la comida seguimos nuestra marcha y llegamos al Paso Palanque, donde alcanzamos una división del ejército que marchaba en la misma dirección. El puente para pasar este arroyo no estaba concluído, y López se hizo construir una cabaña con ramas de árboles, mientras que nosotros dormíamos en el pasto. Las tropas tuvieron que trabajar sin descanso para concluir el puente, porque López no podía atravesar el arroyo, y trabajaron en el agua toda la noche, con el mejor humor del mundo. Tan pronto como el puente pudo resistir el carruaje, López lo pasó arrastrado por hombres á pie, mientras los caballos pasaban á nado.

Después de andar dos millas á caballo, llegamos á Paso Puente, en donde se hallaban ya las cuatro primeras piezas de ocho pulgadas, listas para ser transportadas al otro lado dal río. López se detuvo y bromeó un rato con los soldados, diciéndoles que deseaba ver si tiraban bien, y que se esperaría hasta que las transportasen. Los soldados estaban entusiasmados dos y tiraban de muy buena gana, terminando la operación en muy poco tiempo, las piezas eran muy pesadas y rodaban muy difícilmente sobre aquellos puentes elásticos.

En seguida recorrimos varias leguas de montes de bambús, después atravesamos en canoas el Paso Ramírez y comimos allí, dando de comer á los caballos hojas del Pindo, palma muy alta y sin espinas. Estas hojas gustan mucho á los caballos, y son tan nutritivas como el maíz. Después de comer continuamos nuestro camino; los que podían siguieron al lado de López, que se puso á galopar hasta llegar á Seibo, que distaba cuatro millas de Monte Lindo. López permaneció allí por un rato, buscando un lugar para acampar, y después partimos



para Monte Lindo, á donde llegamos al anochecer. En este punto casi todos encontramos una casa en qué dormir.

Al día siguiente tres encorazados subieron á hacer un reconocimiento y López se volvió al Seibo. Se había dado principio á la batería de Monte Lindo, pero los soldados taparon la obra con ramas, y no habiendo sospechado nada los brasileños, se volvieron algunas horas después.

López estableció entonces su cuartel general en una isleta circular formada de árboles y las tropas que habían llegado de Paso Pacú, acamparon todas á su alrededor.

Hay razón de creer que en esta época, López tenía la intención de marcharse á Bolivia por el Chaco y desde allí dirigirse á Europa. No mandó ninguna fuerza al otro lado del río para defender la línea de Tebicuary; hizo traer caballos de la otra costa de su campamento de Seibo, también, bajar de la Asunción, cinco carros cargados de pesos fuertes. Las piezas pesadas fueron colocadas en Monte Lindo, y durante algunos días no quiso saber nada sobre su traslación al Tebicuary.

Mientras estaba en Seibo, López hizo traer secretamente á su hremano, Benigno, asegurado con una barra de grillos, y lo puso en prisión bajo custodia. José Berges, ministro de relaciones exteriores y Saturnino Bedoya, tesorero, se hallaban en Seibo, y figuraban en las listas negras, pero no estaban presos. Algunos días después resolvió remover la batería á la embocadura del Tebicuary y me encargó de la ejecución de esta orden.

La desembocadura del Tebicuary en el Paraguay tiene cerca de 500 yardas, y el Paraguay en el mismo punto, mide justamente 330. Su punto de unión forma un ángulo de 60 grados al Norte del Tebicuary que, por una extensión de 2.000 yardas Paraguay arriba, y 200 Tebicuary arriba, forma una isla de tierra sólida, llamada «Fortín». Esta isla á causa de los carrizales sólo es accesible por un punto del lado de tierra, y en él se hallaban estacionadas muchas canoas para un caso necesario.

Fortín, como Curupaity y Humaitá, presenta una superficie cóncava sobre una curva del Paraguay, que á una distancia, de mil yardas hace otra curva en sentido inverso. Todo el terreno que lo rodea, tanto del lado del Tebicuary como del Paraguay, es un verdadero carrizal, de manera que era materialmente imposible, que enemigo alguno hubiera podido levantar en tierra baterías para hostilizar al Fortín. Cuando el río estaba crecido llegaba hasta una yarda del nivel general de la isla, y en las grandes crecientes es enteramente inundada por el agua.

Cuando fuí allí por primera vez, toda la isla estaba cubierta por un pasto alto, fuerte y florecido llamado «Aguararuguay» que tenía más de seis pies de altura; dejé sin cortar una ancha faja de estas plantas sobre la costa, para evitar que el enemigo viera nuestras obras, en caso que los encorazados llegaran antes que estuvieran colocadas las piezas. Después de tra-



zar la obra volví á donde estaba López y le presenté un cróquis de lo que había mandado hacer. Me hizo volver nuevamente para concluir las obras lo más pronto posible, ordenándome que esa misma noche se retirasen dos piezas de ocho pulgadas de las que estaban en Monte Lindo y se trasladasen inmediatamente al Tebicuary. Tenía orden de pedir al coronel Núñez, que estaba en el Tebicuary, tantos hombres cuantos necesitara. Sólo pude obtener 200, de los cuales 80 eran hombres y los demás muchachos. La madera para las plataformas fué cortada en los montes situados algo más arriba del Tebicuary, porque no la había más próxima: fué preciso levantarla á 3 pies de altura para garantizarla de una inundación. A fuerza de relevar los hombres con tino, pude colocar en tres días, cuatro piezas de 8 pulgadas, prontas para hacer fuego. En todo este tiempo no había cerrado un ojo y los párpados se me caían contra mi voluntad. Resultó, que no había necesidad de tanta prisa, porque los encorazados no se presentaron hasta después de terminadas las baterías; la que estaba en la embocadura del Tebicuary montaba 7 piezas de 8 pulgadas y 2 de calibre de 32, y la otra situada 2.000 yardas Paraguay arriba, en la misma isla, estaba artillada con dos piezas de 8 pulgadas y 3 de calibre 32. Obtuve también dos de mis obuses rayados de 32 y los coloqué en una batería aparte, enfrente del Tebicuary, para el caso en que el enemigo quisiera hacer un desembarco.

Cuando estuvieron concluídas las baterías, los trabajadores fueron enviados á otra parte y el batallón 18, fuerte de 300 hombres vino á guarnecer la isla; todo estaba bajo mis inmediatas órdenes, teniendo al teniente Abalos por segundo. Este se hallaba siempre presente, porque yo tenía que recorrer las diferentes posiciones, trazar obras, ó dar parte sobre ellas.

Cuando todas las piezas estuvieron en posición vinieron por la tarde cuatro encorazados, que fondearon á la vista de la batería. La bombardearon toda la noche, sin causarle daño y por la mañana levantaron anclas y se acercaron para reconocerla.

La batería en la boca del Tebicuary fué construída de manera, que sus piezas batieran á la vez este río y el Paraguay, porque no había bastante artillería, para tener baterías independientes. Debido á esta circunstancia y á la forma del terreno, la batería podía ser enfilada desde el río Paraguay, pero entre las piezas había traveses para protegerlas. Así pues, en la dirección del Paraguay abajo, sólo una pieza, la que estaba en la punta podía hacer fuego.

Un monitor se acercó á cien varas del punto y combatió esta pieza, limitándose á hacer fuego de metralla sobre la guarnición que estaba sumamente expuesta porque no tenía parapeto; le contestamos con balas sólidas, que causaron muy poco efecto sobre el monitor. El eje de esta pieza, saltó dos veces, cayéndose todas las gualderas, y fué necesario colocarla de nuevo en su posición con ayuda de las palancas. Los otros vapores anduvieron de un punto á otro, pero no se acercaron á la batería y después de una hora se volvieron á Tayí.

Unos cuantos días después se presentaron nuevamente, y an-



clando á la vista de las baterías, empezaron á bombardearlas. Entonces empecé á arrojarles una ó dos bombas por hora é inmediatamente se ocultaron detrás de la curva del río. Sin embargo, allí no les fué mejor, pues por suerte, nuestras bombas caían á menudo sobre las cubiertas de los buques, y entonces se retiraron del todo.

Se estableció un telégrafo á San Fernando, donde se hallaba López, punto que distaba cuatro leguas del Fortín.

Cuando la materia necesaria para hacer los cartuchos de cualquier clase que fueran, era sumamente escasa, tuvimos que curtir la membrana interior del ganado que comíamos; esta producía una especie de becerro del espesor del papel de estraza, con lo que se hacían excelentes cartuchos.

Aquí, como en Curupaity, se daba una medida de maíz por cada bala, ó ponchada de cascos de bombas, que se remitían á la fundición de la Asunción.

Una vez cayó en la puerta de un polvorín una de las bombas de 68 que tiraban los encorazados, y en lugar de rebotar se detuvo allí y explotó. La puerta estaba abierta y los cartuchos fueron cubiertos por la tierra que removió la explosión, y sin embargo no produjo otro daño.

El ganado escaseaba en Tebicuary, y todo animal que se tendia para morir de puro flaco, se le despenaba y se la comía.

Por ciertas murmuraciones al oído. comprendí. que algo extraordinario pasaba en San Fernando, y que había allí mucha gente engrillada. Yo tenía un cuarto en el cuartel general de López, y de vez en cuando solía quedarme allí; pero sólo veía dos oficiales y dos sacerdotes que iban y venían durante todo el día al parecer con informes. Por cerca de 15 días antes del 24 de Junio, es decir, antes del natalicio de López, éste me decía contínuamente que los encorazados forzarían las baterías en ese día, lo que efectivamente sucedió. Llegaron en la tarde del 23, y el 24 el «Bahía» con un monitor, amarrado á su costado de estribor y el «Silvado» pasaron aguas arriba á todo vapor. El río era profundo en toda su anchura, pero el canal se hallaba próximo á la batería. Les acerté algunas balas á gran distancia, reservando en seguida mi fuego para asegurarme, de que una bala de cada pieza, pegase perpendicularmente sobre las chapas; para esto coloqué los cañones enteramente rectos á su frente, de manera que cada uno hiciera fuego sobre el vapor en el momento de pasar. Al principio los encorazados parecían venir á lo largo del canal, pero cuando llegaron muy cerca de las piezas, cambiaron de como si intentaran dirigirse al lado del Chaco, inmediatamente dí mayor elevación á las punterías entonces volvieron al canal, dándonos justamente el tiempo suficiente para poner los cañones en línea recta con el punto por donde debían cruzar. Pasaron á distancia de 18 yardas de las piezas, recibiendo todas sus balas con gran éxito. La mayor parte de éstas estallaron en mil pedazos, pero hicieron mucho daño y nosotros recogimos un fragmento de las chapas del «Bahía», de



diez pulgadas de largo, que había saltado á tierra por la fuerza del golpe. Mientras pasaban las baterías, tres individuos sacaron la cabeza por la torre del «Bahía», y uno de ellos saludó con un pañuelo y gritó alguna cosa. Apenas habían pasado mandé á López un telegrama, avisándole el número de encorazados, que había forzado la batería y procedía á escribirle otro despacho, con detalles, cuando recibí un telegrama suyo, diciéndome: «¿Qué señal hizo el primer encorazado al pasar la batería?» El telegrafista le había informado ya del incidente. Entonces le escribí dándole todos los pormenores y diciéndole, que se corría entre la tropa que el hombre de la señal era el desertor Recalde. A propósito de esto me escribió una terrible maldición contra los traidores, agregando, que «se asombraba de que los hubieran dejado pasar en silencio, permitiéndoles abrir sus inmundas bocas, contra los patriotas honrados que peleaban por su patria». Le escribí de nuevo diciéndole que todos habían echado «sapos y culebras» contra ellos, lo que era efectivamente cierto; entonces volvió á contestarme «que por fin estaba satisfecho de mi explicación». Me consideraba enteramente responsable de que Recalde hubiera sacado la cabeza por una ventana del buque. Sin embargo, se manifestó contento por el daño causado á los encorazados, uno de los cuales pasó casi todo el día cerca de Monte Lindo reparando sus averías. Los otros dos bombardearon á los vapores paraguayos, que se hallaban en el riacho Recodo, donde cargaban y descargaban constantemente. No eran visibles desde el río Paraguay y el bombardeo no les causó avería alguna; á los vapores brasileños no se les ocurrió entrar al riacho para perseguirlos. Como era un día de gran fiesta, teníamos en Fortín una banda de música, y los soldados, por la tarde, tuvieron un baile, animado de vez en cuando por el bombardeo, de los encorazados que habían quedado abajo. Repentinamente, el vigía avisó que el enemigo volvía. Venían á todo escape con la corriente en su favor, y con una velocidad tal, que apenas tuvimos tiempo para aprontarnos á recibirlos; con todo, les acertamos una bala de cada pieza, casi á boca de jarro y perpendicularmente á las chapas. No se detuvieron un momento hasta que se hallaron cinco millas aguas abajo, donde hicieron alto por tres días para reparar sus averías antes de volver al Tayí.

Los encorazados volvieron varias veces á bombardear, pero no se atrevieron á pasar otra vez.

El santo de López, como de costumbre, fué celebrado con grandes fiestas, pero esta vez fueron más metódicamente arregladas que en otras ocasiones. Todas las mujeres vivían juntas, en aldeas edificadas exprofeso, y estaban bajo la superintendencia del jefe de policía. Tenían también sus «propias sargentas» y estaban organizadas por divisiones. Cuando el jefe de alguna división del ejército, quería dar un baile, sacaba permiso de Resquín, el que ordenaba al jefe de policía enviara el número necesario de mujeres. Este ordenaba entonces que tales y cuales sargentas, se presentasen al baile con sus respectivas divisiones. Generalmente enviaba un par de da-



majuanas de caña, dándoles de yapa, una vaca para el banquete.

Tan pronto como las baterías de Fortín fueron terminadas, López atravesó el río Paraguay y acampó en San Fernado, casa perteneciente á una estancia del gobierno, situada á cuatro millas de Fortin y una del paso del Tebicuary.

Todo el territorio incluido entre el río Paraguay, el Tebicuary, la laguna Ipora y Angostura, es enteramente llano, pantonoso y atravesado por muchos esteros. A lo largo de los ríos Paraguay y Tebicuary se extiende además del carrizal un monte angosto, cuya anchura varía entre una y tres millas (también pantanoso) y por el cual corre el camino real; pero al otro lado de esta faja el país es completamente llano, sin un sólo árbol, ni una sóla colina por una extensión de muchas leguas: parece un océano. En uno ó dos lugares una tenso terreno, es como se comprenderá inhabitable, por ser expalma solitaria señala á los viajeros el camino. Todo este excesivamente húmedo, pero es considerado excelente para la cría de ganado. A lo largo del camino real, hay algunas casas construidas en terrenitos apenas algo más elevados que el nivel general del país, pero en las grandes lluvias aun éstos quedan sumergidos. San Fernando está edificado sobre un terrenito seco, de cerca 300 yardas cuadradas, y el ejército fuerte de 8.000 hombres, tuvo que acampar en este lodazal. Sin embargo fué inmediatamente desecado, y como por encanto se levantaron cabañas, de manera que en el momento se formó una aldea. López hizo construir para él, una casa con corredores. Hizo venir del arsenal al señor Carlos Thompson, para que estableciera allí sus talleres, sus tornos, etc., para componer los cañones ó cualquier otra cosa que fuera necesario arreglar.

Se establecieron telégrafos á Recodo—puertos de los vapores paraguayos—á paso Portillo (Tebicuary arriba) á Fortín y al paso del Tebicuary. El telégrafo de Monte Lindo á la Asunción estaba siempre en constante movimiento y los despachos pasaban el río Paraguay en canoas, entre el Recodo y Monte Lindo.

Cerca de la casa de López se edificó una pequeña iglesia octógana, bastante bonita, porque repentinamente le entró una verdadera furia por meterse en la iglesia, y asistía á ella todos los días sin faltar ninguno permaneciendo varias horas encerrado en ella.

Durante todo este tiempo parece que cometía los más horribles asesinatos, haciendo matanzas en masa, con pretexto de una supuesta conspiración contra su persona. Se dijo después, que los conspiradores debían haber sido protejidos por el enemigo, tanto con su ejército como su escuadra, el 24 de Julio, lo que explica los despachos que López me envió en esa fecha. De este asunto hablaré en otro lugar, pero mencionaré otras dos cosas relativas á él. Mi habitación en el cuartel general de López estaba contigua á la del general Bruguez y éramos amigos íntimos. Una tarde al volver de Fortín, entré



á saludarlo y encontré que todo lo que tenía en el cuarto había desaparecido, habiendo en su lugar otros objetos. Estaba en el cuarto un muchacho, á quien pregunté por Bruguez; no sabía de él; entonces le dije si había cambiado de habitación. —«Sí»—A dónde?—«No sé». En el acto comprendí que algo le sucedía y no hice más preguntas; las hechas eran ya una indiscreción. Al día siguiente comí con López. Barrios, Bruguez y el obispo lo acompañaban siempre á la mesa, pero Bruguez no estaba presente. Un hijito de López preguntó donde estaba, y todos le respondieron con sonrisa: «se ha ido». Después supe que había sido muerto á bayonetazos.

Unos cuantos días después, Barrios fué arrestado en su casa, y á causa de esto trató de suicidarse cortándose el pescuezo, pero no lo consiguió. Todo esto pasaba en un profundo secreto.

Mientras sucedían estas cosas, el vice-presidente recibió orden de presentarse, y su posición era crítica, aunque López le vió varias ocasiones. Sin embargo, esta vez escapó porque López le permitió volver á la capital. La madre de López bajo de la Asunción para verle, probablemente con el objeto de rogarle por la vida de sus dos hijos que estaban engrillados y por la de sus dos hijas que estaban encarceladas. Antes había estado ya en Paso Pucú, después de la batalla del 24 de Mayo, y se susurró había ido á rogar á su hijo, abandonara la guerra abrumadora que sostenía contra poderes mucho más formidables que el suyo, retirándose á Europa. Pero no tenía influencia alguna sobre su ánimo.

M. Washburu lo visitó también en San Fernando, pero no fué bien recibido. M. Cuverbille, cónsul francés, fué por el contrario muy festejado durante su permanencia en San Fernando.

La vanguardia en el Tebicuary, estaba bajo las órdenes del teniente coronel Rolón, y acampada en la estancia «Yacaré», como cuatro millas al sud del paso del Tebicuary; el país hasta el Pilar era constantemente recorrido por partidas de caballería.

El 8 de Junio, el enemigo mandó su primer reconocimiento sobre el Tebicuary; la fuerza llegaría á 3.000 hombres. Su misión era averiguar la posición de López y su ejército. Llegaron hasta el Yacaré, arroyo angosto pero profundo que desagua en el Tebicuary, y empezaron á atravesarlo. Cuando acabó de pasar un regimiento, el mayor Rojas, con 200 hombres de caballería, se lanzó sobre él y lo acuchilló, matando muchos hombres y tomando sus armas. Los demás se volvieron inmediatamente á Tuyucué.

Una fuerza de 400 hombres se hallaba estacionada en Paso Portillo para defenderlo, y había además una guardia en Paso Recalde, algunas leguas arriba del Tebicuary.

López organizó sus vapores para atacar á los encorazados, dado el caso que algunos de estos presentara la oportunidad. Los vapores, cuando no hacían la carrera, se metían en el riacho Recodo, y sus palos y vergas se cubrían de





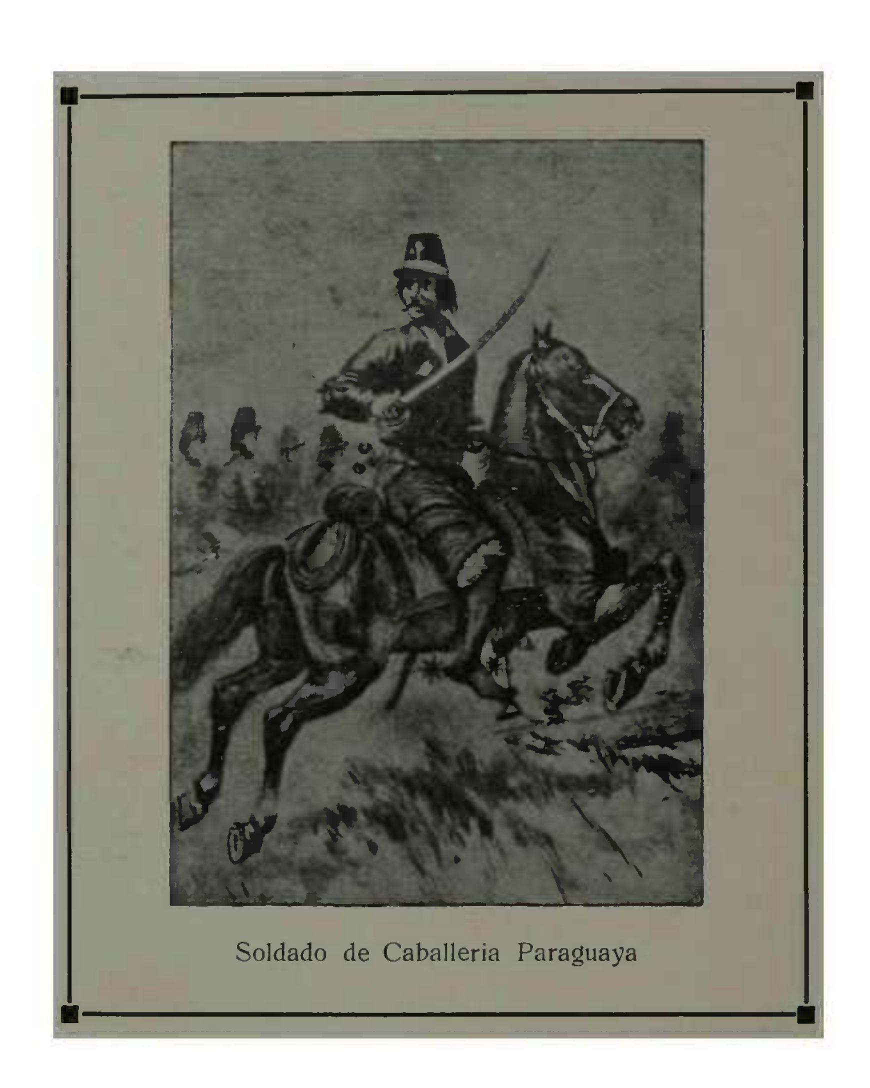
Dardo Rocha
(Argentino)



General Eduardo Vazquez
(oriental)



El Conde d'Eu



Soldado de Caballeria Paraguaya



ramas verdes, para que no fuera fácil distinguirlos de las selvas que los rodeaban. Estaban munidos de ganchos de abordaje y cohetes para lanzarlos adentro de las troneras del enemigo.

Matto Grosso fué completamente evacuado y los vapores y tropas que allí había se trasladaron al Tebicuary, quedando solamente un escuadrón de caballería sobre el río Apa. Cuatrocientos hombres de caballería, 100 infantes y 4 piezas de artillería que quedaban en la Encarnación, fueron reconcentrados, con excepción de un escuadrón de caballería que quedó de guardia en aquel punto, y que más tarde se apoderó en el Paraná de un buque de vela perteneciente á los brasileños y lo echó á pique.

En el Tebicuary López formó el cuerpo de «Bogabantes», compuesto de hombres escogidos, á quienes se enseñaba á remar canoas, con la idea de abordar á los encorazados.

———



CAPITULO XXI

SITIO DE HUMAITA

CIRCUMBALACIÓN DE HUMAITÁ—DEFENSA DE LOS PARAGUAYOS EN EL CHACO—ATAQUE SOBRE LOS ENCORAZADOS EN TATÍ—BATALLA DE ACAYUAZÓ—EVACUACIÓN DE UMAYTÁ—ENCARNIZADOS COMBATES EN EL CHACO—RENDICIÓN DEL RESTO DE LA EX-GUARNICIÓN DE HUMAYTÁ—EVACUACIÓN DEL CHACO.

Los aliados se posesionaron de Paso Pucú en el momento en que fué evacuado, y sus transportes subieron entonces á Curupaity, en donde desembarcaban sus provisiones, evitando el largo rodeo que hacían antes por Itapirú. Estrecharon el cerco, ocupando los brasileños desde Cierva hasta el Espinillo y los argentinos desde este punto á Paso Pucú. Aprovecharon su artillería hasta las piezas de 68, colocándola frente á Humaitá para bombardear la plaza. Causaron algunos perjuicios, pero ninguno era bastante importante para influir en la rendición de la posición.

Humaitá estaba guarnecida con 3.000 hombres y defendida por 200 piezas de artillería, (entre las cuales había 6 de 8 pulgadas), incluso las baterías del río.

Había, grandes depósitos de maíz y de almidón y gran cantidad de aguardiente, vino, conservas, etc., que no hubo tiempo para remover. Había también algunas ovejas y vacas y una gran cantidad de charque. Se pasaron igualmente algunas vacas del Chaco, durante la noche, porque los encorazados se hallaban entre Timbó y Humaitá.

Como se vé, todavía quedaba á la guarnición de Humaitá un camino, aunque difícil, por el cual podía abastecerse, y los aliados resolvieron cortar esta última comunicación.

Con este objeto, el general Rivas recibió orden de atravesar el riachuelo Oro con 1.200 argentinos; debiendo encontrarse en aquel punto con 2.500 brasileños, que desembarcarían cerca de Timbó, y se abrirían paso por las selvas hasta incorporarse con él, formando de esta manera una línea á través de la península y cortando completamente su comunicación.

Rivas partió el 30 de Abril y tuvo que hacerse camino por entre las selvas; el 2 de Mayo fué atacado por un pequeño grupo de paraguayos, que atravesó de Humaitá con ese objeto, al que rechazó.

El mismo día, Caballero que estaba en el Timbó, atacó á los brasileños que marchaban á incorporarse á Rivas, causándoles una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos. El 3 de Mayo los dos cuerpos se amalgamaron bajo las órdenes del general Rivas y comenzaron á levantar un reducto sobre la margen del río Paraguay, en un lugar llamado Anday. Este reducto tenía su frente protegido por un estero intransitable y sólo era atacable por sus flancos que se apoyaban en el río Paraguay. Mientras se hacía esto, la legión voluntarios, perteneciente al ejército argentino, que debía hacer



un reconocimiento á una guardia paraguaya que huyó con el objeto de hacer caer al enemigo en una emboscada, formada por 200 hombres, que los atacó por el flanco y por la retaguardia, aniquilándolos completamente. Su jefe fué el único que volvió para contar el cuento al general Rivas, y los soldados extraviados que entraron después, fueron distribuídos entre los otros batallones, y los oficiales enviados á Buenos Aires arrestados por cobardía.

Al día siguiente, Caballero con 4 batallones de infantería y dos regimientos de caballería desmontados, atacó el reducto Anday, por el flanco más próximo á Timbó, que estaba defendido por brasileños. Los paraguayos fueron rechazados, con pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos. Los brasileños perdieron 80 hombres. Después de este ataque Rivas fué dejado relativamente tranquilo.

Algunos mensajeros lograron pasar entre Humaitá y Timbó, pero otros fueron tomados con sus despachos.

Se descubrió que la laguna que protegía el frente del reducto Anday, comunicaba con el riacho Oro, y las provisiones empezaron á llevarse en botes. Esta laguna se llamaba Ybera ó «agua reluciente».

El 11 de Abril los aliados hicieron un reconocimiento sobre Humaitá, pero no descubrieron nada sobre el estado de debilidad en que se hallaba la plaza, cuya trinchera de 15.000 yardas sólo tenía una guarnición de 3.000 hombres. Habría sido muy fácil tomarla asaltándola de noche.

Hacían grandes aprestos para el asalto, preparando gabiones, sacos de arena, faginas y escaleras. Sin embargo, esta idea fué abandonada, porque se calculaba que la plaza tendría que rendirse pronto. Frecuentemente se dirigían cartas á los jefes de Humaitá, aconsejándoles se rindieran, pero éstas no eran recibidas, ni había indicios de que la plaza se entregara.

A fines de Junio, López empezó á temer por Humaitá y meditó diversos planes para socorrerlo. Sin embargo, Rivas estaba tan sólidamente fortificado, que toda tentativa habría sido inútil; y entonces determinó tentar otro ataque sobre un encorazado, que en el caso de haberlo tomado habría resuelto el problema.

Al norte de Timbó había solamente dos encorazados, á saber: el «Barroso» y el «Río Grande», y ambos estaban bajo la protección de los cañones de Tayí. Se mandaron al río Bermejo 24 canoas, y allí fueron tripuladas con 10 hombres cada una, llevando además oficiales de marina y maquinistas para manejar los vapores en caso de que fueran tomados. Partieron en dos divisiones, compuesta cada una de 12 canoas, las que debían atacar á los encorazados, simultáneamente si fuera posible.

Salieron del Bermejo en la tarde del 9 de Julio, y navegaron aguas abajo llegando á media noche á los encorazados, sin ser sentidos.

La división que debía atacar al «Río Grande», logró su



objeto, pero la destinada al «Barroso», pasó de largo dejándolo libre. El capitán del «Río Grande» estaba sobre cubierta con una parte de su tripulación; casi todos los que lo acompañaban fueron muertos por los paraguayos, encerrándose el resto en la casa mata. Los cañones de Tayí rompieron entonces el fuego sobre los asaltantes, y aproximándose el «Barroso» los ametralló de tal manera, que la mayor parte fué muerta ó quedó prisionera. De la otra división de canoas, algunas llegaron á Timbó y otras, arrastradas por la corriente hasta más abajo, fueron recogidas por los encorazados.

Las provisiones de Humaitá empezaban á escasear, y sus jefes comprendían evidentemente que pronto se verían obligados á evacuarla. El coronel Alen, temiendo sin duda el castigo que le haría sufrir López si abandonaba la plaza sin órdenes, quiso suicidarse con un revólver. Sin embargo, solo consiguió herirse gravemente, y el mando en jefe recayó en el coronel Martínez.

Frente á Humaitá existía un reducto defendido con algunas piezas de artillería, y habiendo visto los encorazados algunas canoas que cruzaban el río dieron parte á Caxias que los paraguayas evacuaban la plaza. Al recibir estas noticias, Caxias hizo todos los preparativos con el objeto de atacarla al día siguiente, 15 de Julio, para tener la gloria de tomarla por la fuerza.

El general Osorio con 12.000 hombres mandaba el ataque contra el frente de San Solano, y los argentinos estaban ya listos para atacar por otro punto. Al amanecer Osorio condujo gallardamente sus tropas, y con su caballería llegó hasta el «abatis», que era insignificante y se ocupó en destruirlo. Sin embargo, la artillería paraguaya reservando sus fuegos para cuando el enemigo estuviera muy próximo, hizo un estrago tal con sus metrallas, que los brasileños pusieron pies en polvorosa, completamente derrotados. Osorio pidió refuerzos á Caxias, pero éste se los negó. Le mataron su caballo y tres de sus ayudantes cayeron á su lado. No se hizo más tentativa de asalto. Los brasileños tuvieron 3.000 hombres fuera de combate y los paraguayos solo 47.

Con el objeto de hostilizar al general Rivas, que rea diariamente bombardeado con muy buen éxito y de hacer insostenible su posición, los paraguayos avanzaron desde Timbó por medio de reductos. El más próximo á Rivas estaba situado en el mismo camino de Timbó á Anday, quizá á media distancia entre ambos, y se llamaba el «Reducto Corá». Su guarnición consistía en un batallón de infantería y 200 hombres de caballería desmontados.

El 18 de Julio el general Rivas determinó atacarlo, y encomendó la empresa á los coroneles Martínez de Hoz y Campos, con sus batallones y algunos brasileños. Estos últimos dieron vuelta inmediatamente, pero los argentinos llegaron hasta el abatis, de donde se vieron obligados á retirarse; los 200 hombres de caballería desmontados, fueron lanzados sobre ellos y los acuchillaron. Los dos coroneles cayeron prisioneros y quedaron en el campo 400 argentinos.



Los paraguayos siguieron hasta Anday, donde fueron cargados y rechazados por el general Rivas.

El abanderado de uno de los batallones argentinos fue muerto, pero salvó la bandera arrojándola al río, donde fué recogida por un encorazado.

Este combate fué llamado batalla de Acayuasá, nombre del lugar donde cayeron prisioneros los coroneles. López condecoró á todos los que tomaron parte en este encuentro con una cruz de Malta en plata.

Las provisiones de Humaitá estaban casi agotadas y era necesario evacuarlo. Tenían treinta canoas y en ellas transportaron al Chaco, en la noche del 23 de Juilo, todos los heridos y las mujeres. El 24 (natalicio de López) hubo bailes y música para engañar al enemigo; y durante esa noche atravesó toda la guarnición: las bandas de música permanecieron hasta el último momento para continuar tocando. El enemigo no sospechó nada hasta el día siguiente á las 12, en que hizo un reconocimiento y tomó posesión de Humaitá.

El 21 tres encorazados forzaron las baterías de Humaitá, pasando aguas arriba á incorporarse con la escuadra situada ya al norte de la plaza; eran el «Cabral», el «Silbado», y el «Pianhy». El pasaje de las tropas no fué sentido por la escuadra y se efectuó sin la menor hostilidad.

Una vez en el Chaco los paraguayos llevaron sus canoas por tierra, hasta la laguna Verá, que tenían que atravesar para llegar á Timbó, porque Rivas con sus tropas y fortificaciones ocupaba el camino de la costa. El general Caballero con las fuerzas de Timbó, aguardaba á las de Humaitá al otro lado de la laguna, y su retaguardia era protegida por el reducto situado frente á Humaitá, mandado por el teniente coronel Valloivera. Para llegar á la laguna Verá, partiendo de este reducto, era necesario atravesar muchos esteros; la angosta lengua de tierra, que separaba la laguna del reducto, se llama isla Poi. Todo el terreno está cubierto de arboleda, de manera que los combatientes rara vez podían verse.

Los jefes de Humaitá empezaron inmediatamente á pasar en las canoas á las mujeres y á los heridos, teniendo que atravesar bajo un fuego tremendo. Tan luego como los aliados se cercioraron de lo que sucedía, reforzaron al general Rivas, elevando su división hasta 10.000 hombres. Enviaron también á la laguna Verá 60 botes y algunos de ellos armados con cañones, para cortar la retirada á los paraguayos. Los encorazados estaban colocados de tal manera, que con sus fuegos podían barrer la isla Poi, y se mandó al oeste de la laguna, una fuerza con alguna artillería. Todas estas columnas mantenían un fuego terrible, tanto de rifle como de cañón; 2.000 rifleros y once piezas de artillería, relevados por orden, hacían fuego día y noche sobre los paraguayos. En una semana arrojaron sobre ellos 10.000 bombas.

A pesar de que la laguna estaba ocupada por los botes del enemigo, las canoas paraguayas la pasaban de noche, y cada vez que lo hacían, travaban un combate brazo á brazo con los



tripulantes de los botes. Como es consiguiente, muchos hombres fueron muertos ó heridos, y muchas canoas sumergidas por la artillería, que les hacía fuego hasta que llegaban á la doble línea de botes de guardia. Cuando las canoas, habiendo salvado de esta tremenda prueba, llegaban al otro lado de la laguna, los remeros lanzaban un alarido de placer, y desembarcando sus pasajeros, volvían en busca de otros, pasando de nuevo á través de aquel infierno de fuego.

El 28 los brasileños atacaron á Martínez, pero fueron rechazados con pérdidas; tenía algunas piezas rayadas de á 3, pero la munición se le había agotado y se vió obligado á romper los fusiles de los muertos para hacer metrallas con los fragmentos. Una noche hubo alboroto entre los brasileños, causado por un batallón que al volver de su facción se encontró con otro. Se creyeron enemigos y se fusilaron por largo rato, quedando cien hombres tendidos en el campo.

Por último todas las canoas paraguayas fueron sumergidas ó tomadas y el único camino para Timbó, era el que cerraba el fuerte y la división del general Rivas. Dos mil quinientos hombres habían salido de Humaitá., y de éstos, 1.200 habían tratado de vadear la laguna Vera, consiguiéndolo cerca de 1.000, aunque muchos de ellos llegaron heridos. El coronel Alen, en una camilla, fué transportado entre los primeros que pasaron, quedándose los otros tres jefes hasta el último momento. Todos los soldados al dejar á Humaitá, habían llevado consigo un pequeño saco de maíz, pero esta provisión se concluyó muy pronto y tuvieron que comerse dos ó tres caballos que habían llevado consigo.

El 2 de Agosto el general Rivas envió una nota al coronel Martínez intimándole rendición; la bandera de parlamento fué recibida á balazos; sin embargo dos días después se repitió la intimación. Esta vez, Martínez convino en tener una entrevista con Rivas, que tuvo lugar el 5 y concluyó por la rendición de los restos de la guarnición de Humaitá, conservando los oficiales sus espadas. El coronel Martínez estaba tan débil por falta de alimentos, que apenas podía hablar, y 200 de sus soldados habían caído á tierra muertos de hambre. La mayor parte de ellos no habían comido hacía cuatro días.

Después de este ejemplo sin igual de lealtad á López, estos hombres fueron todos declarados traidores por haberse rendido; y la esposa del coronel Martínez, que había vivido en el cuartel general de M. Lynch, durante toda la guerra, fué encarcelada, frecuentemente castigada, y por último bárbaramente fusilada.

Los infelices hambrientos fueron alimentados y conducidos á Humaitá. Su número era: 4 jefes, 95 oficiales, y 1.200 soldados, de los cuales 300 estaban heridos. Los aliados tomaron también 5 cañones y 800 fusiles. En Humaitá, sus trofeos consistieron en 144 cañones de hierro, de los cuales ocho eran de 8 pulgadas, y uno reventado de 150; 36 piezas de bronce, una de ellas de 130 de calibre; 600 fusiles y 400 bayonetas.

El fuego de Humaitá se oía distintamente en el Tebicuary, y durante la noche se veía el reflejo de los fogonazos de las piezas



pesadas; todo el mundo comprendía que algo sucedía por aquella parte.

Cuando López supo la evacuación de Humaitá, mandó decir á todos los jefes de división que él había dejado en la plaza provisiones suficientes hasta el mes de Octubre, pero que los jefes no habían cuidado bastante de su reparto; añadiendo que aun cuando se había visto obligado á ordenar su evacuación, esta no perjudicaría en nada sus planes ulteriores. Inmediatamente mandó desalojar el Timbó, ordenando que se pasara antes toda la artillería pesada. Cuando Caballero perdió toda esperanza de que se salvaran más hombres, á través de la laguna Verá, marchó con sus soldados y los de Humaitá hasta Monte Lindo, donde se reunió con López, en el Tebicuary, llevando consigo toda su artillería y municiones. Los aliados quedaron solos en las vecindades de Humaitá, en donde descansaron por tres semanas, después de haber empleado 13 meses en sitiar y reducir á Humaitá, que era la posición más débil de todas las que habían sostenido los paraguayos.



CAPITULO XXII

LOPEZ ABANDONA EL TEBICUARY Y SE FORTIFICA EN ANGOSTURA Y PIKYSYRY—LOS ALIADOS SE ESTABLECEN EN PALMAS.

Tan luego como cayó Humaitá, López pensó también retirarse del Tebicuary, y ordenó que se levantase un plano del territorio vecino al estero Poi, situado tres leguas más ó menos al Sud de Villeta. El estero Poi, es parecido al Bellaco, y no es otra cosa que un brazo del inmenso estero llamado laguna Ipoá, que une á esta con el río. Sólo puede atravesarse por el camino real de Humaitá á la Asunción, y allí tiene de ancho casi una legua, y una profundidad de cerca de 4 pies. La primera idea de López fué fortificar el lado norte de este estero; pero habiendo tenido después noticias más exactas sobre el terreno me mandó á mediados de Agosto, para que examinara, hiciera un cróquis é informara sobre las ventajas, que presentaría el Pikysyry, como posición defensiva. Este punto está situado una legua al Norte del estero Poi.

El Pikysyry es el desagüe más septentrional de la laguna Ipoá, de la que arranca en la forma de un ancho estero, disminuyendo poco á poco á medida que se aproxima al río Paraguay y reduciéndose á una angosta corriente al entrar en las selvas, que en este lugar tienen cerca de 2.000 yardas de anchura, y desagua en el Paraguay por Angostura, donde tiene cerca de 20 yardas de ancho y una gran profundidad. Es también el límite de los terrenos bajos, que empiezan en el Tebicuary, y que con raras excepciones son sumamente húmedos. Por cerca de dos leguas al Sud del Pikysyry, el terreno está cubierto por selvas y montes de palmas, pudiendo decirse, que es absolutamente intransitable por todas partes, con la sola excepción del camino real, que es también pésimo.

Puede decirse que inmediatamente al Norte de Pikysyry empieza recién la parte habitable del Paraguay, pues en la orilla de aquel arroyo tienen su nacimiento las primeras colinas. Para defender el Pikysyry, era necesario establecer una línea de seis millas, porque en esa extensión podía ser atravesado aunque con gran dificultad, siendo el camino real el único punto por donde pudiera esperarse al enemigo. La posición no era flanqueable á menos de dar la vuelta por Misiones ó por el Chaco, en cuyo caso podía ser atacada por la retaguardia. Angostura era el único lugar en una extensión de muchas leguas donde pudiera establecerse una batería sobre el río, porque presentaba nuevamente una barranca cóncava, en forma de herradura, y la fortificación podía construirse de modo, que sirviera para flanquear las líneas de tierra; cierto es que el río tenía seiscientas yardas de anchura, pero esto era irremediable.

En esta posición el ejército se hallaría también mucho más próximo á la base de sus recursos, y los parientes de los soldados podían llevarles mandioca, naranjas, etc., lo que influiría mucho sobre su salud, y por consiguiente sobre el vigor de la tropa.



En consecuencia, dí á López parte de todo esto, opinando ıe el Pikysyry era una posición infinitamente superior al Tecuary. Entonces me envió á Fortín para preparar el desojo del punto, dejando las baterías al cargo del mayor Mono, y llevando conmigo al teniente Avalos. Las piezas de batería menor debían ser embarcadas inmediatamente y transortadas á Angostura. Fuí nuevamente enviado al Pikysyry, pa trazar las baterías y dar al teniente Pereira, que debía manır allí temporalmente, las instrucciones relativas á los traajos.

Cuando volví á dar parte del principio de las obras, fuí romovido del rango de mayor al teniente coronel, y López ıe obsequió con una espada; en la misma tarde me despachó e nuevo, para mandar las tropas que debían ser enviadas á quel punto, trazar su campamento, colocar la artillería, terıinar la traza de las trincheras y baterías, apremiar su concluón, pedir al ministro de la guerra todo cuanto fuera necesario, en fin tener listos todos los preparativos para cuando él lleara, porque creía venir trayendo al enemigo en su persecuón. El mayor Caballero fué enviado como mi segundo.

Todos los medios de transporte, terrestres y marítimos fueon puestos en juego, y las tropas y la artillería llegaban contiuamente, tanto por el río como por los caminos de tierra. Se raín también grandes cantidades de munición, pero no había onde colocarla, y nos veíamos obligados á dejarla al aire lire. Llegó momento en que la margen del rio estaba cubiera de depósitos de toda clase.

Fué necesario desmontar los árboles tanto para despejar l frente de las baterías y trincheras, como para abrir una piada entre ellos.

Derribar este monte, cortando los árboles á una altura al, que sus troncos no pudieran servir de abrigo á los rifleros nemigos, era un trabajo verdaderamente diabólico, pero en ambio, nos proporcionaba excelentes abatís.

El gran cañón «Criollo» fue traído de la Asunción, en apor, y colocado en la batería de la izquierda; toda la guarıición de aquella plaza y su artillería, fué también traída á Angostura.

El 26, López abandonó á San Fernando, marchando lenamente por tierra con la vanguardia, dejando la retaguardia ıl mando del coronel Rivarola, encargado también de la evauación definitiva.

El mismo día en que López se movió, la vanguardia aliala bajo las órdenes del Barón del Triunfo, atravesó el Yacaé, después de sostener algunas guerrillas con las guardias paaguayas.

El 28 atacaron y tomaron un pequeño reducto con tres iezas, que defendía el paso del río, justamente en el momeno en que era abandonado por el último soldado de la guarıición que se había puesto en marcha para pasar el Teicuary en botes, operación que efectuaron con muy poca érdida.



Entretanto, tres encorazados habían subido el río, y después de un reconocimiento minucioso del paraje, encontraron que solamente quedaban tres piezas viejas de 32, pues las demás habían sido transportadas á Angostura; sus lugares estaban vacíos, pero no lo parecía, porque se había colocado en lugar de las piezas, las tapas de cuero con que se cubrían generalmente. El batallón 18, permanecía todavía en Fortín, con el suficiente número de artilleros para el manejo de las tres piezas; los encorazados se acercaron á la costa cuanto les fué posible y rodearon la batería, tanto por el Tebicuary, como por el Paraguay, rompieron sus fuegos con metralla. Sin embargo, los soldados estaban perfectamente á cubierto mientras no manejaban las piezas y sus pérdidas fueron muy pocas; se limitaban á hacer fuego sobre los encorazados cuando éstos acababan de disparar sus cañones, teniendo tiempo suficiente para volver á cargar antes que se les hiciera fuego nuevamente.

Esto se prolongó desde el 26 hasta el 28, en que Moreno recibió orden de retirarse; y arrojando al río sus tres piezas, se marchó durante la noche. Los encorazados se sorprendieron muchísimo, cuando se cercioraron, en la mañana siguiente, que sus huéspedes habían desaparecido. Caxias debió comprender entonces, que López tenía la intención de fortificarse en un punto más al norte de la costa; pero estaba tan entusiasmado con la caída de Humaitá y la evacuación del Tebicuary, que no se le ocurrió mandar la escuadra aguas arriba, para ver lo que pasaba é impedir, que se levantaran en la costa nuevas baterías.

Por consiguiente, continuamos nuestras obras con toda tranquilidad, y por cierto que el trabajo era bien penoso. El tiempo era malísimo, y como no había podido desecarse el terreno, el barro en la batería era tan profundo, que habría podido desaparecer en él una pieza de 8 pulgadas. Este barro era tan pegajoso, que su contacto con las cuerdas y aparejos las ponía como jabonadas, y se resbalaban de las manos de los soldados, que como es consiguiente, no podían hacer la fuerza necesaria. Además á causa de permanecer constantemente en el barro con los pies desnudos, los tenían materialmente despedazados.

López llegó á principios de Septiembre, y se acuerteló en Cumbarity (1) alta colina que distaba del río y de las trincheras como cuatro millas; inmediatamente hizo construir una inmensa casa en Ita-Ivaté (2), colina situada á dos millas á retaguardia de las trincheras y á cuatro del río. Desde este punto se descubría el país por una extensión de muchas leguas.

(1) «Cumbary» una clase de ají; «ty» monte: Monte de ají. (Nota del autor).

(2) «Ita» piedra; «Ivaté» alta: Piedra alta. Nota del autor).



Con el objeto de proteger el puerto de Angostura para que nuestros vapores cargasen y descargasen, hasta que la batería fuera forzada por los encorazados, esta fué dividida en dos secciones, separadas por una distancia de 700 yardas, llamadas baterías de la izquierda y de la derecha. Los encorazados no podían ver lo que pasaba en la batería de la derecha, en donde se hallaba el puerto, á no ser que se colocaran en frente á la batería de la izquierda. El «Silvado» subió sólo y pasó las baterías, sufriendo un daño considerable, porque el «Criollo» le puso una bala de acero, en su línea de agua. Media hora después volvió aguas abajo y recibió otra bala de 150 en el mismo lugar. Desde aquel día, subían casi diariamente algunos encorazados y bombardeaban á Angostura, retirándose después de varias horas á su fondeadero de Palmas, que no era visible.

Entretanto, el ejército aliado marchaba hacia el norte y el 23 de Septiembre llegó su vanguardia á Surubí (1), arroyo que dista dos leguas de Pikysyry. En este punto López les había preparado una emboscada de 200 hombres de caballería y 100 de infantería, que se habían ocultado al norte del Surubí; aquellos desprendieron varias guerrillas al otro lado del río, con el objeto de atacar al enemigo, lo que en efecto lograron; y cuando una fuerza considerable pasó el arroyo, los paraguayos cayeron sobre ella y la acuchillaron; muchos hombres se ahogaron en él, porque era muy profundo, y un batallón brasileño fué aniquilado completamente. El cuerpo principal del ejército, llegó al día siguiente y acampó en Palmas, que era una barraca situada sobre el río, rodeada por un pequeño espacio de terreno seco, de manera que todo el ejército quedó metido en el barro.

Los aliados hicieron varios reconocimientos de las líneas del Pikysyry, pero encontrándolas demasiado fuertes para ser atacadas abandonaron la idea. El agua del Pikysyry había sido estancada en dos parajes, de manera que en el camino real tenía más de seis pies de profundidad. El total de piezas con que contábamos pasaba de 100, incluyendo las de Angostura, donde había ocho piezas de 8 pulgadas, una de 150, dos lisas de 32 y el único Whitworth de 32 que teníamos y había sido tomado en Tuyuty.

El ejército paraguayo estaba fraccionado en cinco divisiones, á saber: la que guarnecía las baterías de Angostura, que tenía mil yardas de trinchera, y estaba bajo mi mando; la de la derecha, mandada por el coronel Hermosa; la del centro por el coronel González; la de Timbó (llamada así porque estaba guarnecida por las fuerzas que estuvieron en Timbó), por el coronel Montiel; y la de la izquierda, por el coronel Rivarola. El ejército constaba entonces de 10.000 hombres, de los cuales la mayor parte eran muchachos. En la retirada del Tebicuary se habían perdido grandes cantidades de toda cla-

(3) «Surubí» especie de pez; «y» arroyo: Arroyo Surubí. (Nota del autor).

se de municiones; ninguna de las piezas tenían 100 tiros de dotación y muchas no contaban más que 20 ó 30. La mayor parte de la infantería sólo tenía de 60 á 100 tiros. Toda la pólvora y las balas que existían en los depósitos de la capital, fueron traídas, y bastaban apenas para una dotación de 100 tiros por cañón, y para la infantería, 24 paquetes de 10 tiros, que era el número que debía recibir cada soldado, y llevar en dos cajas de cuero colgadas al pescuezo, de manera que en caso de una marcha repentina tuvieran bastante munición. Como las bandas de música de los regimientos habían sido completamente destruídas, todos los músicos del ejército que quedaban, fueron reunidos, y con los instrumentos que se encontraron, divididos en cinco bandas, para las cuatro divisiones. Sus instrumentos estaban horriblemente abollados y desacordes; yo tuve que abolir la mía y mandar á los músicos á trabajar en los fosos, porque su música era verdaderamente insoportable.

Para que no se expusieran los artilleros que servían las piezas pesadas, hice construir unas cureñas altas y giratorias, que elevaban las piezas sobre el nivel de las cabezas de los artilleros, de manera que se pudo construir un alto parapeto que cubría todo el servicio de la pieza, excepto al artillero que servía el fogón. Estas cureñas vencían también la dificultad causada por la salida del eje, pues siendo las piezas livianas, y usadas con doble carga, su retroceso era muy violento. Monté de esta manera seis piezas de 8 pulgadas, y la de 150, y sirvieron admirablemente, pues su manejo es más fácil que el de las antiguas. Después que los encorazados pasaron la batería, no pude obtener que se me remitieran otras de la Asunción, porque la comunicación por el río estaba cortada.



CAPITULO XXIII

Los aliados se preparan para activar las operaciones—Camino pop el Chaco – Los encorazados pasan á Angostura—Buques de guerra neutrales—Lopez forma una reserva.

Cuando Caxias abandonó la idea de atacar por el frente las trincheras paraguayas de Pikysyry, concibió el proyecto de hacer un camino por el Chaco, desde frente de Palmas hasta el de Villeta, con el objeto de pasar el río Paraguay y maniobrar sobre la retaguardia de López, y al efecto comisionó al general Argolho para explorar el Chaco y hacer el camino. Se dió princio á esta obra el 11 de Octubre.

El primero de Octubre, antes de amanecer, cuatro encorazados forzaron las baterías de Angostura, recibiendo casi tantas averías, omo si lo hubieracn efectuado de día. Todas las tardes, colocaba la artillería de manera que pudiera hacer una descarga general, porque siempre que lo habíamos hecho nos había dado buen resultado. Cada bala que pegaba en un encorazado, producía un fogonazo. Era muy difícil ver á los vapores en la obscuridad, porque el espeso bosque que poblaba la orilla del Chaco, á nuestro frente, arrojaba sobre el río una profunda sombra, y los buques buscaban siempre esta protección. Algunas veces sólo los presumíamos, por el reflejo de sus chimenea en el agua. El mismo día después de salir el sol, subieron otros ocho encorazados para practicar un reconomiento, y tras de ellos la «Belmonte», cañonera de madera, con el almirante á su bordo; pero apenas se mostró al otro lado de la punta de Itapirú cuando le metimos una bala Whitworth de 150 en su línea de agua, lo que la hizo retirarse sobre la marcha.

Los encorazados que habían subido para reconocer las márgenes del río, acompañados por un pequeño monitor, penetraron en el Buey Muerto, al Norte de Angostura, y salieron por frente á Villeta. El Buey muerto es un brazo del río Paraguay, formado por una gran isla, y los brasileños habían ignorado hasta entonces que fuera navegable. Estos encorazados anclaron al Norte de Angostura, tras del promontorio que forma allí el Chaco. Entonces envié 20 hombres, bajo las órdenes del teniente Freitas, para hostilizar con sus rifles la tripulación de sus buques; éste puso una emboscada para batir á una partida que bajó á buscar leña, cayó sobre ellas y les mató como 20 hombres. Los paraguayos solo perdieron dos. Se abrió en la noche un pequeño foso para proteger á los rifleros, y como hacían fuego sobre todos los que asomaban en las cubiertas, los encorazados se movieron aguas arriba.

El 8 de Octubre, un encora-ado pasó de noche por las baterías á todo escape, y el 10, otros dos, las pasaron aguas arriba también á escape, y amarrado uno al otro. Para nosotros era una diversión espléndida plantar una bala á estos vapores, cuando pasaban de noche. Solían ocultar todas las luces y cuando



iban aguas abajo marchaban solamente con la fuerza de la corriente; pero apenas comprendían que habían sido descubiertos marchaban á todo vapor. El 12, ocho encorazados subieron de día y cinco forzaron las baterías. En estos pasajes perdían siempre algunos hombres, porque aunque las balas no perforaban las corazas, hacían saltar por el interior un gran número de astillas. El 22 de Noviembre, á las 2 de la mañana, el «Brasil» pasó aguas abajo y volvió el 26 con otros dos encorazados, llevando á estribor una lancha á vapor y un pontón cargado de provisiones. Esta vez el «Brasil» quedó muy mal parado, porque recibió 31 balas, de las cuales 5 fueron de 150; su jefe y el piloto, tres oficiales y algunos hombres de la tripulación fueron muertos. Los vapores subieron hasta Villeta, para reparar sus averías en la costa del Chaco; cuando llegaron allí empezaron á sacar las astillas y á arrojarlas al río Las vimos pasar aguas abajo durante cuatro ó cinco horas seguidas, y entre estas astillas venían pedazos de puertas y otros objetos inferiores, que demostraban que las corazas habían sido perforadas.

Durante este tiempo llegaron diferentes buques de guerra neutrales, con el objeto de negociar la libertad de sus respectivos connacionales. El primero que llegó fué el vapor norteamericano «Wasp» á mediados de Septiembre, para embarcar al honorable M. Washburn, ministro de los Estados Unidos, que hacía largo tiempo había presentado su renuncia. Solicitó y se le concedió permiso para pasar por Angostura, y subió hasta Villeta, donde debía esperar á M. Washburn. Después de una demora de varios días, se lo mandaron aguas abajo, á bordo del «Pirabebe» y se embarcó en la «Wasp», siendo ésta acompañada por el «Pirabebe», con bandera de tregua, hasta los encorazados, desde donde se volvió. M. Washburn una vez á bordo de la «Wasp» mandó á López una nota, que si la hubiera recibido á tiempo, habría tenido por efecto, que se me mandára la orden de hacer fuego sobre el vapor norte americano; pero de este asunto hablaremos en otro lugar.

El 30 de Septiembre, subieron y fondearon debajo de Angostura, tres buques, de las marinas inglesa, francesa é italiana. Cada uno pasó una nota á López y por la noche se retiraron á la punta de Itapirú, desde donde sus luces eran visibles para la batería. Imaginando los brasileños, que nosotros creeríamos, que no se tentaría nada por la proximidad de los buques neutrales, y que estaríamos dormidos, varios encorazados subieron aquella misma noche, sin duda para que su almirante, se jactara al día siguiente, como si hubiera hecho una gran hazaña. Sin embargo, ni en esta ni en ninguna otra ocasión, nos pillaron dormidos.

El buque inglés, era la cañonera «Linnet» que traía á su bordo á M. Gould, que volvía nuevamente para tratar de salvar á los súbditos ingleses. Pasó una nota á López, declarando el objeto de su misión, y recibió una contestación, en que se le decía que podría abrir comunicaciones con el ministro de relaciones exteriores, y que López se complacería en



verlo, si quisiera pasar á su cuartel general. Esto probaba que López no tenía otra intención, que embrollar una larga correspondencia que no tendría resultado alguno, y comprendiéndolo M. Gould, se volvió de nuevo, porque no hubiera sido digno de su parte, después de tan repetidas farsas, entrar en una larga y esteril correspondencia.

El «Beacon» buque de S. M. B., mandado por el capitán Parsons, fué enviado aguas arriba y llego el 4 de Noviembre con el objeto de sacar del país á los ingleses. Cuando López supo la llegada del capitán inglés, se encolerizó mucho, y casi le despidió sin atenderle. Sin embargo le permitió visitar su cuartel general; pero en vez de tratarle con la marcada política y urbanidad que desplegaba con los capitanes franceses é italianos, se limitó á ofrecerle su casa, y dió órdenes para que se permitiera al capitán Parsons, visitar cualquier punto del campamento. Le invitó también á comer un pedazo de «plum-puddings» confeccionado por la mano de M. Lynch, diciéndole además que ninguno quería salir del país. Sin embargo, había «embotellado», á todos los ingleses que estaban en el campamento, y no permitió que hablaran con él, sino uno solo, y aun ese mismo al alcance de su oído. Todo estaba arreglado de manera que el capitán Parsons creyera que había tenido libertad para ver y oir cuanto quisiera. Solo permitió que sacara al doctor Fox y una docena de mujeres y niños ingleses. El marido de una de estas mujeres tuvo permiso para acompañarla á bordo del «Beacon», pudiendo permanecer allí hasta media noche. Era un mecánico, que por la muerte sucesiva de los principales hombres del arsenal, había llegado á ser su jefe y ganaba un gran sueldo. Este individuo no quería salir del país, y dijo al capitán Parsons que ninguno de los ingleses deseaba partir.

Cuando subió el «Beacon» en vez de fondear á la distancia, como lo habían hecho los otros navíos neutrales, navegó lentamente en dirección á la batería; viendo esto, desperté á mi segundo, el teniente coronel Carrillo, que dormía la siesta profundamente y le dije: que un vapor inglés se aproximaba, que pasasen la batería, y que delegaba el mando en él, por el momento; pero que en el instante en que se disparara un tiro sobre un buque de S. M. B. me consideraría como separado del servicio del Paraguay, (Decir esto era una cosa sumamente peligrosa en el Paraguay). Carrillo se enderezó de un salto, medio dormido todavía, y corriendo á la batería empezó á pasar el escobillón por una pieza en el momento mismo en que el «Beacon» anclaba casi debajo de la fortificación. En aquel instante recibí un despacho de López, quien podía ver lo que pasaba en el río desde el cuartel general, diciendo, que estaba sorprendido de que yo hubiera permitido que aquel vapor se avanzara tanto y agregando que le hiciera fuego si intentaba pasar la batería. Entregué el despacho á Carrillo y contesté á López diciéndole lo que había hecho.

Cuando el capitán Parsons se embarcaba, fué tan amable que me mandó decir, que desearía verme. Inmediatamente te-



legrafié á López pidiéndole permiso; me contestó «envíe la excusa que le parezca»; y por consiguiente tuve que mandarle decir que estaba ocupado y que no podía ir. En el mismo día, pero más tarde, uno de los oficiales del «Beacon» que esperaba en un bote bajo la batería, me envió una tarjeta y yo le mandé á López dos telegramas, porque no me contestó al primero. Me ordenó contestára «que era demasiado tarde». Aunque todo lo que iba y venía pasaba por mis manos, una palabra, cambiada con estos caballeros me habría costado la vida.

Durate los meses de Octubre y Noviembre los vapores franceses é italianos iban y venían diariamente, entre Palmas y Angostura, y sus jefes visitaban frecuentemente á López en su cuartel general.

Por último el buque italiano, sacó del país ciencuenta y dos mujeres y criaturas, y el francés, un número menor, y también á Mr. Libertat, canciller del consulado francés, que había sido encarcelado y engrillado por la imaginaria conspiración contra López, habiéndole hecho confesar en el tormento, que por su complicidad había recibido 4.000 duros de los jefes de la conspiración. El canciller me fué consignado junto con sus papeles, con orden de entregarle al capitán francés, como prisionero, lo que ejecuté. Algunos de estos vapores cargaron una cantidad de cajas muy pesadas, cada una de las cuales no podía ser levantada sino por seis ú ocho hombres. Probablemente contenían una parte de las joyas de las señoras, que habían sido robadas en el año 68, así como un número inmenso de patacones.

El 3 de Diciembre el vapor norteamericano «Wasp», se presentó de nuevo, izando la bandera de Almirante y otra de Ministro. El nuevo ministro era el general Mac-Mahon, que venía á reemplazar á Mr. Washburn, á quien había encontrado en Río Janeiro. Como Mr. Washburn había recibido algunas injurias al dejar el Paraguay — entre otras el haber arrebatado de su lado, á dos miembros de su legación, que iban á embarcarse con él, y haberlos encarcelado mandándolos después á ser juzgados en el ejército — se resolvió que el Almirante Davis, subiera con una escuadra de navíos de guerra, y exigiera la entrega de estos prisioneros, y que no se desembarcase el general Mac-Mahon hasta que no fueran entregados. En la mañana del mismo día en que llegó la «Wasp», el capitán Kirkland, fué al cuartel general de López y convino con él recibir esa tarde al almirante, en la Angostura. La reunión tuvo lugar en mi casa, desplegando López una amabilidad tan grande que hechizó al almirante Davis á quien «hizo creer que Masterman y Bliss, los dos presos exigidos eran verdaderamente culpables de una horrible conspiración. Dijo al almirante, «que él por su parte deseaba entregarlos, pero que los Tribunales del país no querían hacerlo». Sin embargo, el almirante Davis traía consigo algunos sérios argumentos, bajo la forma de piezas de 11 pulgadas, las que hubiera empleado de una manera más persuasiva que los brasileños las



uyas; por consiguiente, en la noche del 10 de Noviembre, Masterman y Bliss, me fueron consignados con órdenes de entregarlos al capitán Kirkand como presos. La ejecución de esta órden me acusó mucho placer, porque sabía que se trataba de una horrible farsa. Como es de suponerse, no pude ver ni al almirante Davis, ni al capitán Kirkland, para decirles mi opinión sobre el crimen de estos hombres. El general Mac-Mahon desembarcó el 12, dirigiéndose luego al cuartel general de López, donde permaneció algún tiempo.

Mientras los buques neutrales estaban ocupados en estas negociaciones, los encorazados brasileños se les acercaron varias veces y los insultaron, al punto de hacer fuego sobre la batería á través de la proa del vapor italiano. La cañonera inglesa fué la única respetada.

Entretanto el camino del Chaco seguía construyéndose. Era una obra hecha casi en su totalidad de palmas, colocadas transversalmente unas al lado de otras, en un suelo fangoso y sujeto á inundaciones cuando crecía el río; fué también necesario construir varios puentes. Todo este terreno, como el resto del Chaco, es completamente llano. Una milla más ó menos abajo de Villeta, desagua en el Paraguay un arroyo del Chaco, llamado «Araguay». La boca de este arroyo es tan estrecha, que apenas admite un vaporcito de ruedas, pero más adentro se ensancha y divide en varios brazos, uno de los cuales corre en dirección á Palmas, pero no es navegable hasta aquel punto. La lancha á vapor que los brasileños pasaron por Angostura, era para emplearla en la navegación del Araguay, y les prestó muy buenos servicios, haciendo el transporte de provisiones, etc., primero para los encorazados y después para todo el ejército.

El camino construído por los brasileños seguía el costado oriental de este arroyo y al mismo tiempo que lo hacían colocaban un telégrafo. A lo largo del camino se establecieron cuatro campamentos ó guardias de dos batallones cada una, y se levantó un reducto en un monte en su extremidad norte. Nosotros teníamos en el Chaco una fuerza que variaba de cien á ochocientos soldados, pero el terreno era tan entrecortado por esteros, que era casi imposible que más de dos ó tres hombres, pudieran dirigirse juntos sobre un punto cualquiera. Sin embargo, estas fuerzas tuvieron dos encuentros con el enemigo, causándose ambas partes pérdidas insignificantes.

Al principio López no creyó que los brasileños tuvieran efectivamente la idea de marchar por el Chaco, creyendo que sólo se encontraban en una diversión, contribuyendo á este error los partes de nuestros espías, que nos informaban diariamente, de que los aliados marchaban en el día de Palmas en dirección á Villeta, y se volvían de noche. Pero por último, no nos quedó duda de su intención, y López mandó contruir una trinchera alrededor de Villeta, en donde esperábamos verles desembarcar; los encorazados bombardeaban esta posición sin cesar. Se formó también una columna volante, que servía de reserva y que consistía de la mayor parte del ejército, no dejando en



la trinchera sino la tropa absolutamente necesaria y la mayor parte de artillería. Tuve que enviar á esta reserva, cinco de mis batallones, quedándome solamente con uno y unos cuantos contingentes pertenecientes á otros batallones. La reserva estaba acampada cerca del cuartel general de López; de manera que él mismo podía enviarla al primer aviso, á cualquier punto que fuera amenazado.

El estado sanitario de los soldados había mejorado mucho desde su llegada á Pikysyry, por el cambio de alimentos, y porque sus parientes venían constantemente, trayéndoles carros cargados de naranjas, mandioca, etc.

CAPITULO XXIV

Los brasileños desembarcan en San Antonio—Batallas de Itororó y de Avay—Toma de la trinchera de Pikysyry—Combate de siete días en Itavaté, que terminó con la derrota de Lopez, la destrucción de su ejército y la capitulación de Angostura.

A fines de Noviembre todo el ejército brasileño, fuerte de 32.000 hombres, había pasado al Chaco, efectuándolo también Caxias el 27. Los brasileños se embarcaron en sus encorazados y el 5 de Diciembre desembarcaron, no en Villeta como se esperaba, sino en San Antonio, aldea situada cuatro leguas más arriba. Una pequeña fuerza los había esperado en Villeta, y en la tarde del 5, López envió su reserva compuesta de 5.000 hombres y 12 piezas, á las órdenes del general Caballero para defender el paso de Itororó, llevando por segundo jefe al coronel Serrano. Este arroyo es profundo y angosto, y para atravesarlo, yendo de Villeta á San Antonio, es necesario pasar por el puente; todo el terreno está cubierto por isletas de bosque, y en una de éstas, muy próxima al puente, se ocultaron los paraguayos después de marchar toda la noche.

A la mañana siguiente el puente fué atacado por los brasileños. Osorio con la tercera división de su ejército, hizo un rodeo por caminos casi impracticables para tomar á los paraguayos por la retaguardia, mientras el general Argolho los atacaba de frente; sin embargo, no pudo llegar á tiempo á causa del mal estado del camino. El general Argolho llevó el ataque con la 2ª división, dejando de reserva á la 1ª; después de sufrir un terrible fuego de la artillería paraguaya mandada por el mayor Moreno, atravesó el puente, pero fué inmediatamente cargado y rechazado por Caballero. Entonces se trabó un obstinado combate á arma blanca, y el puente tres



veces perdido, y retomado otras tantas, quedó por último en poder de los paraguayos. Caxias se adelantó en el acto con la primera división, con la cual, reunida á la segunda atacó y tomó el puente y seis de las piezas que lo defendían, retirándose los paraguayos con las otras seis. Los brasileños perdieron más de tres mil hombres entre muertos y heridos; entre los primeros se hallaba uno de sus mejores oficiales, el coronel Fernando Machado, y entre los heridos, los generales Argolho y Gurjao. Los paraguayos tuvieron mil doscientos hombres fuera de combate y perdieron seis piezas. Cuando López recibió las noticias de la batalla me mandó un telegrama, diciéndome que después de cinco horas de un obstinado combate, Caballero había quedado dueño del campo de batalla, y ordenándome empavesara la batería en celebración de la victoria.

Los encorazados nos visitaban todavía diariamente, pero parecían tener gran miedo de ponérsenos á tiro; solían subir, pasar Itapirú y esconderse tras de la punta del Chaco en frente de Angostura, bombardeándonos desde allí; una vez que otra se mostraban al otro lado de ese punto, que distaba como 1.000 yardas, y en estos casos les acertábamos casi siempre, porque habíamos calculado la distancia con bastante exactitud. Uno de los encorazados, sin embargo, había tenido la suerte de que nunca le acertáramos una sola bala, y era el único cuyo comandante se mostraba, acompañado de otro oficial, ambos de chaleco blanco, y solían permanecer sobre sus casa-matas mientras les hacíamos fuego. Estos oficiales acabaron del modo siguiente. La noche del ocho de Diciembre, con el objeto de atraer á los encorazados más cerca de la batería, tapé la izquierda de ella con ramos de árboles, para ocultarla enteramente al enemigo. Para complemento de nuestra dicha se susurraba en la escuadra, que Angostura había sido evacuada, y en la misma noche, el jefe envió un oficial de confianza, que volvió y dió parte de haber llegado hasta la misma batería y que no había en ella ni hombres ni cañones. (Supe esto por los apuntes privados de un oficial, que mandaba temporariamente uno de los encorazados, y que fué tomado en una expedición que mandé al Chaco algo después). A la mañana siguiente el monitor y los «chalecos blancos» subieron á reconocer; la batería no tenía bandera izada y no quise izarla. Vinieron un poco más cerca que de costumbre y después de examinar con sus anteojos un rato, y hacer algunos tiros de metralla, se retiraron. Entonces tomé mi caballo y fuí á ver á López al cuartel general; acababa de llegar allí, cuando ví que todas las piezas de la batería hacían fuego. Los encorazados, que se habían vuelto, habían dado parte de la evacuación de la batería de la izquierda y habían recibido orden de pasarla y de marchar á reconocer la de la derecha. El Mariz-e-Barros», que era el de los chalecos blancos tomó la delantera, y al pasar la batería los dos oficiales volaron en mil pedazos. El buque recibió también muchas averías. El monitor se retiró lo más pronto posible; pero el «Mariz-e-Barros» pasó también la batería de la derecha, no pudiendo



(así lo dice el diario privado á que me he referido) dar vuelta á tiempo para retroceder.

Durante todo este tiempo el ejército argentino, que había permanecido en Palmas, hacía ruído en los montes todas las noches, para hacernos temer un ataque á todas horas; y á veces solían tocar los «turútútús», música que había sido iniciada por nuestros soldados. De vez en cuando, subía alguno á remo bogando lo más silenciosamente posible, pero siempre lo sentíamos, y con uno ó dos tiros lo espantábamos.

Después de la batalla de Itororó, los brasileños continuaron su marcha y acamparon en Ypané, antigua casucha sobre el río Paraguay, en donde la escuadra desembarcó la artillería y caballería que estaba en el Chaco; y el 11 de Diciembre marcharon de nuevo hacia el Sud, teniendo que batirse nuemente en Avay, arroyo que cruzaba el camino y estaba en poder de los paraguayos; estos habían sido reforzados por López, con seis piezas y alguna tropa, formando un total de 4.000 hombres y 12 piezas. El general Caballero mandaba á los paraguayos en este combate, en que todos se batieron como leones. Se sostuvieron durante cuatro horas, en medio de un terrible aguacero, contra los asaltos contínuos de los brasileños, hasta que la caballería los rodeó y atacó por todos lados. Entonces fueron completamente acuchillados, y apenas se salvó un solo hombre. El general Caballero fué arrancado de su caballo y le quitaron el poncho y las espuelas de plata, pero no fué reconocido por el enemigo y al día siguiente se presentó á López. Los coroneles Serrano y González fueron tomados prisioneros, y en general, todos los que no murieron quedaron en poder del enemigo.

Es verdaderamente singular, que los brasileños tuvieran tan poca vigilancia con sus prisioneros, pues varios oficiales superiores se escaparon uno ó dos días después, presentándose á López. Entre éstos se hallaban: el mayor Moreno, jefe de la artillaría; el mayor Mongelos, etc. Los que se presentaron harían un total como de 200 hombres. Los brasileños tomaron también 300 mujeres pertenecientes al ejército paraguayo, y no las trataron bien.

A pesar de esto, las pérdidas de los brasileños fueron mayores que las de los paraguayos, pues tuvieron cerca de 4.000 hombres fuera de combate y el general Osorio muy mal herido.

Entonces acamparon sobre las alturas de Villeta, á la vista de Angostura, aunque á cuatro millas de distancia.

Al día siguiente de esta batalla, López me avisó, que no le había ido muy bien el dían anterior, pero que el enemigo había sufrido tanto, que los generales sólo habían podido contener su ejército, asegurándole que el general Caballero había sido muerto.

López se apercibió entonces de que iba á ser atacado por la retaguardia, y por indicación mía se dió principio á una trinchera, que partía de Angostura en dirección al cuartel general, para defender la posición del lado de Villeta. Esta



trinchera era flanqueada por la batería de la derecha, así cómo la antigua, era flanqueada por la de la izquierda. Sin embargo, era evidente que no teníamos los hombres suficientes para ejecutar una obra tan grande, y se dió principio á una estrella, en la loma, que distaba 2.000 yardas de Angostura. destinada para servir de eslabon á una cadena de fuertes; pero el enemigo no dió tiempo ni para esto. López por consiguiente, juntó todos los hombres que pudo, reuniendo cerca de 3.000 en su cuartel general, adonde mandó también una cantidad de cañones, incluso el Whitworth de 32. Se abrió un foso de dos pies de ancho, por dos de profundidad, amontonando la tierra al frente, de manera que sentándose en el borde interior del foso, los soldados quedaban algo cubiertos contra las balas de rifle. Esta trinchera estaba guarnecida con todas sus tropas, quedando solamente de reserva su escolta., estaba muy bien montada; la caballería estaba colocada alrededor de ella. Con el objetó de que su casa no quedara á tiro de rifle, el radio de la trinchera era tan extenso, que su frente quedaba muy débilmente defendido; no hubo tiempo para concluir este foso. Su retaguardia en dirección de Cerro Leon, estaba completamente descubierta y no había hombres para defenderla. Sin embargo, esto no importaba nada, tratándose de un general como Caxias, que indudablemente descubriría cual era el punto más fuerte para atacarlo. Si López hubiera economizado sus soldados para defenderse en Ita-Ivaté, en vez de mandarlos á pelear en campo abierto, hubiera podido destruír al ejército brasileño en este mes.

Toda la trinchera de Pikysyry quedó defendida por 1.500 hombres, compuestos en su mayor parte de inválidos y muchachos, y artillada con piezas de diferente calibre. Convertí cada una de las baterías en un pequeño reducto, haciendo á su alrededor una trinchera de construcción peculiar, para los soldados que la defendían no sufriesen por la metralla enemiga y pudieran hacer fuego con la suya por arriba de las cabezas.

No hubo tiempo para hacer una defensa más fuerte. Hice también colocar en postes algunas cadenas de hierro, para detener la caballería, en caso que nos quisiera atacar, porque nuestra trinchera podía ser saltada por un caballo. En la noche del 16, dos encorazados pasaron las baterías aguas abajo á todo escape, y el 19 pasaron cinco aguas arriba, llevando consigo pontones cargados, lo que hacía un total de 12 encorazados arriba y 6 abajo, además de 17 buques de madera que no entraron en acción. Los encorazados situados al norte y al sud de las baterías nos favorecían con sus inútiles bombardeos, que hasta la fecha, sólo nos habían costado en Angostura, la pérdida de un oficial y diez soldados muertos. y un oficial y diez soldados heridos. Sin embargo, durante los últimos días las pérdidas eran mucho mayores, porque estábamos más amontonados.

El 17 de Diciembre, la caballería brasileña hizo un reconocimiento de nuestras posiciones, pero sin avanzar lo bas-



tante para ver cosa alguna. Sorprendieron al regimiento 45 de caballería paraguaya, y lo destruyeron completamente, escapándose solamente el jefe y uno ó dos hombres.

Se decía que el Emperador había ordenado á Caxias, que arriesgara hasta el último hombre, para dar una solución inmediata á la guerra.

Levantando su campamento de Villeta y embarcando todas las tiendas el día anterior, el ejército brasileño, fuerte de 25.000 hombres, se puso en marcha dividido en dos columnas, en la mañana del 21 de Diciembre; y después de reconocer el frente de las posiciones de López en Ita-Ivaté, tomó posición frente al punto más fuerte de esta línea, y acampó para comer, mientras Menna Barreto, con la caballería, algunas piezas y unos pocos infantes, tomaba por la retaguardia las trincheras de Pikysyry, barriéndola de enemigos, matando como 700 hombres y tomando 200 prisioneros, casi todos heridos, á más de toda la artillería que defendía la línea hasta una milla de Angostura, donde hizo alto. Muchos de los derrotados y algunas mujeres, se refugiaron en Angostura, que se hallaba completamente cortada de López; el camino de Palmas estaba ya libre, de manera que el enemigo podía recibir lo necesario para su abasto. Algunos de los paraguayos derrotados en la izquierda de la trinchera de Pikysyry, lograron incorporarse á López y le reforzaron. A las tres de la tarde los brasileños atacaron el cuartel general de López, y después de un combate que duró tres horas, se apoderaron de 14 piezas de artillería, incluso el Whitworth. Se habían introducido también por otra parte, y casi llegado á la casa de López, pero su escolta los cargó y rechazó. Las pérdidas brasileñas eran inmensas, porque habían elegido para su ataque, los únicos dos desfiladeros que existían frente á las líneas de López, en vez de hacer un rodeo, en cuyo caso podrían haberlo atacado en la formación que se les hubiera ocurrido, tanto más cuanto que la tela de sus infantes era tal, que bastaba un puñado de paraguayos para derrotar un sinnúmero de ellos. López perdió en este día, no solamente las fuerzas que defendían las trincheras de Pikysyry, sino también la mayor parte de las que tenía en Ita-Ivaté. Los brasileños perdieron 3.500 hombres entre muertos y heridos, hallándose entre los últimos el barón del Triunfo. López mandó bajar los pocos hombres que tenía en Cerro Leon y Caapucú, y al día siguiente escribió una carta dirigida, tanto á mí como á mi segundo, siendo esta la primera orden impartida á Angostura que no viniera dirigida exclusivamente á mí; en ella nos ordenaba que en esa misma noche nos abriéramos paso á través del ejército aliado, y nos reuniéramos con él en Ita-Ivaté. La carta fué entregada al teniente Román, y López lo despachó con su propio caballo, atropelló á todo escape las líneas enemigas, consiguiendo llegar hasta dos mil yardas de Angostura, pero viéndose allí rodeado por el enemigo, retrocedió tan rápidamente como había venido, y se salvó de entre ellos, logrando llegar á media noche al cuartel general de López. En la noche siguiente fué



enviado de nuevo, y se despachó además un duplicado de la orden con otro oficial; después de dar vueltas por diferentes caminos, ambos llegaron á Angostura, en la mañana siguiente. Mientras empezábamos los preparativos para la marcha, llegó otro mensajero con una contra-orden, en la que López nos decía: «La situación ha cambiado, me sostengo bien, y el enemigo sólo puede atacarme débilmente, pues está completamente desmoralizado. Ustedes deben sostenerse á todo trance, si esta orden llega á tiempo. El principal inconveniente que sufre el enemigo, es el inmenso número de heridos que tiene y no puede atender, porque el camino que ha abierto por nuestras trincheras, apenas les permite transportar sus heridos de distinción. Así pues, la orden de ayer no se pondrá en ejecución, sino en un caso extremo, que creo no llegará, porque espero poder llevarles pronto provisiones.

El 22 y el 23 fueron empleados por los brasileños en hacer día y noche fuego de rifle sobre el cuartel general de López, y por los argentinos en avanzar y reunirse con Caxias, que hizo venir de Palmas su artillería de campaña. El 23 llegó de Cerro Leon un batallón paraguayo, fuerte de 500 hombres, y el 25 llegaron nuevos refuerzos de Caapucú, á saber: un batallón de infantería y un regimiento de caballería. El batallón 40, así como el famoso batallón de rifleros, había sido completamente aniquilado el 21; y los refuerzos fueron divididos en cuatro batallones, uno de los cuales fué llamado de nuevo el 40. Los marineros de los vapores fueron también desembarcados, no dejándose á bordo sino el número suficiente de hombres para manejarlos. Casi todos los artilleros habían perecido el 21, y López puso en libertad al capitán Saguier, que había sido atormentado en la prisión, por complicidad en la supuesta conspiración, desde la época en que el general Bruguez fué muerto á bayonetazos, y lo envió á mandar la artillería.

En la mañana del 25, López recibió una intimación firmada por los generales aliados, á la que dió la siguiente contestación.

Cuartel General en Pikysyry, Diciembre 24 de 1868.
(A las tres de la tarde).

El Mariscal Presidente de la República del Paraguay debiera quizá dispensarse de dar una contestación escrita á SS. EE. los señores generales en jefe de los Ejércitos Aliados, en la lucha con la nación que presido, por el tono y lenguaje inusitado é inconveniente al honor militar y á la magistratura suprema, con que SS. EE. han creído llegada la oportunidad de hacer, con la intimación de deponer las armas en el término de doce horas, para terminar así una lucha prolongada, amenazando echar sobre mi cabeza la sangre ya derramada, y que aún tiene que derramarse si no me prestase á la deposición de las armas, responsabilizando mi persona para ante mi patria, las naciones que VV. EE. representan y el mundo civilizado; empero, quiero imponerme el deber de hacerlo, rindiendo así holocausto á esa misma sangre generosamente vertida



por parte de los míos y de los que los combaten, así como al sentimiento de religión, de humanidad y de civilización que VV. EE. invocan en su intimación. Estos mismos sentimientos son precisamente los que me han movido, ha más de dos años, para sobreponerme á toda la descortesía oficial con que ha sido tratado en esta guerra el elegido de mi patria. Buscaba entonces, en Yataity-Corá, en una conferencia con el Excmo. señor General en Jefe de los Ejércitos Aliados y Presidente de la República Argentina, Brigadier General don Bartolomé Mitre, la reconciliación de cuatro Estados soberanos de la América del Sud, que ya habían empezado á destruirse de una manera notable, y sin embargo, mi iniciativa, mi afanoso empeño, no encontró otra contestación, que el desprecio y el silencio por parte de los gobiernos aliados y nuevas y sangrientas batallas por parte de sus representantes armados como VV EE. se califican. Desde entonces ví más claro la tendencia de la guerra de los aliados sobre la existencia de la República del Paraguay, y deplorando la sangre vertida en tantos años de lucha, he debido callarme, y poniendo la suerte de mi patria y de sus generosos hijos en las manos del Dios de las naciones, combatí á sus enemigos con lealtad y conciencia que lo he hecho, y estoy todavía dispuesto á continuar combatiendo hasta que ese mismo Dios y nuestras armas decidan de la suerte definitiva de la causa. VV. EE. tienen á bien noticiarme el conocimiento que tienen de los recursos de que actualmente puedo disponer, creyendo que yo también puedo tenerlo de la fuerza numérica del ejército aliado y de sus recursos cada día crecientes. Yo no tengo ese conocimiento, pero tengo la experiencia de más de cuatro años, de que la fuerza numérica, y esos recursos, nunca han impuesto á la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano, que abre una ancha tumba en su patria, antes que verla ni siquiera humillada. VV. EE. han tenido á bien recordarme que la sangre derramada en «Ytororó» y «Avay», debiera determinarme á evitar aquella que fué derramada el 21 del corriente; pero VV. EE. olvidarán sin duda, que esas mismas acciones pudieran de antemano demostrarles cuan cierto es todo lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra, es una nueva obligación para los que sobreviven. ¿Y ante un ejemplo semejante, mi pobre cabeza puede arredrarse de la amenaza tan poco caballeresca, permítaseme decirlo, que VV. EE. han creído de su deber notificarme? VV. EE. no tienen el derecho de acusarme para ante la República del Paraguay, mi patria, porque la he defendido, la defiendo y la defenderé todavía.

Ella me impuso este deber y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última extremidad, que en lo demás, legando á la Historia mis hechos, sólo á Dios debo cuenta. Y si, sangre ha de correr todavía, él tomará cuenta á aquel sobre quien haya pesado la responsabilidad. Yo por mi parte estoy



hasta ahora dispuesto á tratar de la terminación de la guerra sobre bases igualmente honorables para todos los beligerantes, pero no estoy dispuesto á oír una intimación de deposición de armas.

Así, á mi vez, é invitando á VV. EE. á tratar de la paz, creo cumplir un imperioso deber con la religión, la humanidad y la civilización por una parte, y lo que debo al grito unísono, que acabo de oír de mis generales, jefes, oficiales y tropas á quienes he comunicado la intimación de VV. EE. y lo que debo á mi propio honor y propio nombre. Pido á VV. EE. disculpa de no citar la fecha y hora de la notificación, no habiéndolas traído, y fué recibida en mis líneas á las 7.30 de la mañana.

Dios guarde á VV. EE. muchos años.

Firmado

FRANCISCO S. LOPEZ

Campamento en la Loma Cumbarity, Diciembre 25 de 1868.

Cuando comenzó el combate en Ita-Ivaté, López abandonó su casa y levantó una tienda en los montes, como á una milla á retaguardia. Sin embargo, mientras el enemigo atacaba, permaneció á caballo protegido por las espesas murallas de tapia de su casa. Su escolta se mantenía á corta distancia, pero lejos de estar cubierta como él, estaba expuesta al fuego del enemigo, y sus hombres caían heridos ó muertos, unos tras otros. De vez en cuando, López los mandaba á pelear, diciéndoles simplemente «váyanse á pelear».. Los más prudentes tenían buen cuidado de volver pronto, pero la mayor parte sucumbieron. El coronel Toledo, anciano de cerca de 70 años, jefe de la escolta del gobierno desde tiempo inmemorial, fué mandado á pelear, armado de una lanza, y algunos minutos después trajeron su cadáver. Casi toda la escalto y sus oficiales superiores fueron muertos ó gravemente heridos. A los heridos que volvían del combate y que pasaban por delante de López, éste los saludaba y les preguntaba por sus heridas. Ellos se enorgullecían de este interés y contestaban siempre «no es nada»—«pues entonces, les respondía, vuelvan á pelear otra vez: á ver, den á este hombre un trago de caña».—.El soldado habría vuelto mil veces lleno de contento, aunque tuviera la mano ó la pierna inutilizada. Recayó exclusivamente sobre las mujeres el cuidado de los enfermos y heridos, y el trabajo de enterrar á los muertos, porque no había absolutamente hombres disponibles. Las balas de rifle no cesaron un momento ni de día ni de noche desde el 21 hasta el 27 de Diciembre, y los heridos así como los combatientes estaban expuestos á este fuego.

El general Mac Mahon, ministro de los Estados Unidos, permaneció durante todo este tiempo en el cuartel general, y él, así como los señores Burrel y Valpy, ingenieros civiles, estuvieron también expuestos al fuego hasta el 23, en que López los mandó al Pirebebuy, punto á donde se había removido la sede del gobierno. El general Mac Mahon llevó con-



sigo á los hijos de López, quedándose M. Linch con él. López hizo una donación de sus propiedades, nombrando por su albacea al general Mac Mahon y encargándole sus hijos, como puede verse en estos curiosos documentos tomados por los aliados el 27 de Diciembre.

Señor Mayor General Mac Mahon, Ministro de los Estados Unidos de América.

Pikysyry, Diciembre 23.

Mi distinguido señor:

Como el representante de una nación amiga, y en precaución de cuanto pudiera suceder, me permito confiar á su cuidado, aquí adjunto, un documento de donación, por el cual transfiero á doña Elisa Lynch todos mis interes particulares de cualquier clase que sean.

Yo le ruego tenga la bondad de guardar ese documento en su poder hasta tanto que pueda entregarlo con seguridad á dicha señora, ó devolvérmelo en cualquier contingencia imprevista, que pudiera impedirme volver á entenderme con V. á ese respecto.

Me permitiré además rogarle desde ahora, quiera hacer cuanto esté en su poder para llevarse á efecto las disposiciones prevenidas en dicho documento, agradeciéndole de antemano cuanto en tal sentido pueda hacer en obsequio de su muy atento servidor.

FRANCISCO S. LOPEZ

(CODICILO)

El infrascrito Mariscal Presidente de la República del Paraguay, por el presente documento declaro formal y solemnemente, que agradecido á los servicios de la señora doña Elisa A. Lynch, hago en su favor donación pura y perfecta de todos mis bienes, derechos y acciones personales, y es mi voluntad que esta disposición sea fiel y legalmente cumplida. Para todo lo cual firmo con testigos en mi cuartel general de Pikysyry á los veintitres días del mes de Diciembre del mil ochecientos sesenta y ocho.

El otro es una carta al general Mac Mahon recomendándole á sus hijos, especialmente el menor, Leopoldo, que tenía como tres años de edad.

FRANCISCO S. LOPEZ

El 25 de Diciembre por la mañana muy temprano los brasileños rompieron un furioso bombardeo con 46 piezas. Este fué el cañoneo más nutrido de toda la guerra y dió por resultado partir el asta de la bandera del cuartel general y una viga de la casa de López. Como siempre, las espoletas estaban mal calculadas y el aire estaba lleno de bombas que explotaban en su trayectoria; se lanzaron también muchos cohetes. Después de este bombardeo los brasileños volvieron al ataque y fueron nuevamente rechazados, aunque á López no le quedaban más



que seis piezas que no estuvieran desmontadas. La munición estaba también casi agotada. En la misma tarde, viendo López alguna caballería á su retaguardia mandó á combatirla con su regimiento de dragones que hasta entonces había sufrido muy poco; al principio repelieron á los brasileños, pero pronto fueron rodeados por grandes masas de caballería y completamente aniquilados, volviendo solamente como unos cincuenta hombres á donde estaba López, que los observaba, pero que no tenía tropas para enviar en su protección. Entretanto la fusilería no cesaba. Las fuerzas de López quedaron reducidas apenas á 1000 hombres, mientras que á los brasileños no les quedaban 20.000 hombres sanos de los 32.000 que tenían al principio de Diciembre. Los argentinos no habían entrado todavía en acción y estaban destinados á dar á López el golpe de gracia.

En la mañana del 27, después de otro bombardeo, los aliados se adelantaron sobre las líneas de López, yendo los argentinos á la cabeza del ataque; los pocos paraguayos que quedaban, hicieron una resistencia desesperada y pelearon individualmente contra batallones enteros, hasta que no quedó uno solo. Toda la artillería estaba desmontada y las dos piezas que todavía hacían fuego estaban colocadas sobre montones de tierra. Los heridos que pudieron, como unos doscientos á trescientos hombres sanos, se refugiaron en las selvas situadas á retaguardia de la casa de López, pero fueron luego rodeados por el enemigo y en más ó menos tiempo cayeron todos en su poder, López por su parte, apenas vió el avance de los aliados, se retiró con uno ó dos hombres, en dirección á Cerro León, por una picada que había hecho practicar en la selva. Partió tan apresuradamente, que dejó á M. Lynch abandonada á su suerte, y ésta anduvo entre las balas buscándole por todos lados. Pero ella también logró escaparse y reunirse con él, lo mismo que los generales Resquin y Caballero y algunos hombres de caballería, que estaban todavía montados y sanos. Todos los bagajes de López fueron tomados; sus carruajes, ropas, documentos, sombrero, el famoso poncho con franja de oro, y aun algunas de sus esclavas, cayeron junto con los bagajes. Algunos afortunados prisioneros fueron salvados por el rápido avance de los aliados pues López había hecho volver un ayudante, con orden de que los fusilaran, y éste cayó en poder de los asaltantes. Había hecho fusilar el 25 á su hermano Benigno, al obispo, á Berges, al coronel Alen, á la esposa del coronel Martínez y al general Barrios. A sus hermanas Inocencia y Rafaela las había mandado á Cerro León, después de haberlas hecho azotar repetidas veces con los soldados, y haberse alimentado por varios meses con un cuero de vaca.

López nunca se había expuesto al fuego durante toda la guerra, hasta estos últimos días, y aún en ellos, apenas si puede decirse que se expuso, porque siempre estaba, ó fuera de tiro, ó protegido por una espesa muralla de tapia de su casa. Durante los últimos días de Diciembre juró por repetidas veces á las tropas que permanecería y vencería, ó perecería con ellas en aquel lugar. Así fué que cuando partió, casi sin oler



la pólvora, los soldados, aunque tan acostumbrados á creer bien hecho todo lo que hacía, se sentían disgustados, y ha oído á muchos de los que cayeron prisioneros hablar sobre su cobardía.

En la orden del día, Caxias declara, que López en su retirada, «solo iba acompañado por 90 hombres y que de estos únicamente 25 llegaron con él á Cerro León». Si esto no es enteramente exacto, poco le falta para serlo; y sabiéndolo, ¿porqué razón Caxias, general en jefe del ejército aliado en guerra, «no con la nación paraguaya, sino con su gobierno», teniendo 8.000 hombres de caballería admirablemente montados y enteramente desocupados, no persiguió á López, á quien podía haber tomado sin perder un sólo hombre? ¿Fué por imbecilidad, ó por el deseo de sacar más dinero de la proveduría del ejército? ¿Fué un pretexto para mantener permanente un ejército brasileño en el Paraguay, ó existía una inteligencia secreta entre Caxias y López? ¿O lo hizo para dar á López el tiempo necesario para reunir hasta el último paraguayo con el objeto de exterminarlos «en guerra civilizada?» De cualquiera manera que se considere la cuestión, el marqués de Caxias es responsable de todas las vidas que se han perdido en el Paraguay, desde Diciembre de 1868, y todos los sufrimientos de los hombres, mujeres y niños que continúan en poder de López.

Angostura, era entonces el único punto que quedaba en poder de los paraguayos. Antes de que los brasileños marcharan sobre Ita-Ivaté, pensando que pudiesen cortarme las comunicaciones (aunque por supuesto no me atreví á decirlo, pues la suposición de que el enemigo fuera capaz de hacerlo era un crimen que se pagaba con la vida) pedí á López que me suministrára provisiones, y me contestó, que pidiera al general Resquín lo que necesitara. Sin embargo, apenas pude obtener raciones de carne para tres días y doce pequeños sacos de maíz. La guarnición de las dos baterías consistía en tres jefes, 50 oficiales, y 648 soldados, de los cuales 320, eran artilleros, y teníamos solo 90 cargas para cada pieza. Después de la toma de las trincheras de Pikysyry tuvimos un aumento de tres jefes 61 oficiales y 685 soldados; la mayor parte inválidos ó muchachos. Además de estos recibimos 13 oficiales y 408 hombres todos mal heridos, á quienes tuvimos que acomodar en el cuartel, y como 500 mujeres; de manera que en vez de 700 bocas, tuve que proveer á 2.400, lo que logré hacer por unos cuantos días, distribuyéndoles una ración muy corta. Toda esta gente estaba muy agrupada, y por consiguiente sufría mucho con el los hombres, mujeres y niños que continúan en poder de bombardeo de los brasileños. El 22 y el 23 adelanté algunas descubiertas con el objeto de recoger á los heridos que encontrasen por las trincheras de Pikysyry; volvieron trayendo varios y también algunos fusiles; todo estaba pronto para rechazar un asalto, que hubiera costado á los aliados algunos miles de hombres, lo que se agrega, que entonces López ha-



bría lanzado sobre su retaguardia alguna fuerza, así fué que no dieron un sólo paso.

Viendo que no había esperanza de recibir provisiones por el momento, determiné tomarlas. Con este propósito reuní todos los hombres sanos, excepto los artilleros, de los que también agregué 50, formando el todo una fuerza de 500 hombres; todos los demás estaban inutilizados. Envié esta fuerza al Chaco, durante la noche, bajo las órdenes de los capitanes Fretes y López y del teniente Freitas, en tres divisiones, de las cuales una debía marchar en dirección á Itapirú, otra en dirección á Villeta y la tercera directamente al centro del camino del enemigo en el Chaco. La primera y segunda debían en seguida converger sobre la del centro, que podía servir de reserva á las dos. Esto se efectuó y las tres divisiones se encontraron cerca del Araguay, en donde una de ellas había tomado cinco botes con 120 cajones de vino Burdeos y también un baúl, perteneciente al comandante provisorio del encorazado «Brasil», contenía su «diario» hasta el 21, y un sinnúmero de artículos diversos, tales como espadas, sextantes, etc. El teniente Freitas había tomado 27 mulas y tres caballos que hizo pasar inmediatamente. Se tomaron cuatro prisioneros, quienes declararon que los brasileños habían evacuado el Chaco la noche anterior. Por consiguiente, no pudimos encontrar provisioines, en esa dirección, pero las mulas nos sirvieron para obtenerlas en otra parte. La tropa hizo pedazos los cajones de vino con la culata de los fusiles y muchos hombres se emborracharon. Envié á López parte de los apuntes encontrados, por medio de un espía, que haciendo un largo rodeo por las selvas llegó sano y salvo.

Fué pues necesario probar algún otro medio para obtener provisiones; reuniendo todos los hombres hábiles, incluso 50 artilleros, con sables, me encontré con una fuerza de 550 hombres, de los cuales la noche del 26 envié 100 fusileros y tres piecitas de campaña, bajo las órdenes del mayor Orihuela, dos millas en dirección á Pikysyry, para efectuar una diversión y para que hicieran tanto ruído como pudieran, mientras el capitán Ortiz con los 450 hombres restantes, de los cuales 60 iban montados en mulas, caía silenciosa y rápidamente sobre un gran potrero, situado en medio del camino de Villeta, en donde por medio de los espías sabía que el enemigo guardaba de noche algún ganado. El proyecto tuvo un completo éxito; una pequeña fuerza del enemigo con tres piezas, hizo fuego á gran distancia sobre el mayor Orihuela, mientras Ortiz seguía su camino, pasando por una guardia á cuyo fuego no contestó, y arrió todo el ganado del potrero. A su vuelta lo cargó un regimiento de caballería enemiga, pero fué inmediatamente rechazado y tuvo que contentarse con presenciar la retirada de Ortiz con la hacienda. Perdió solamente un hombre herido, y el mayor Orihuela sólo tuvo un extraviado. Nuestros alimentos estaban enteramente agotados y este hallazgo nos reanimó. El ga do fué encerrado dentro de las cadenas, y contado en la mañana siguiente, resultaron 248 vacas y 14 caballos.



Cuando el alambre telegráfico fué cortado, arreglé con López un telégrafo de banderas, para comunicarnos. En la noche del 26, víspera de su derrota, López nos escribió diciendo: «Por aquí todo va bien y no hay porqué temer; el enemigo está en su última agonía y desesperado, y lo que más le molesta es la imposibilidad de moverse, con el gran número de heridos que tiene»». En Angostura no se sabía nada de la derrota de López. A causa de los numerosos montes, no era visible para nosotros sino su casa, y con el telescopio, veíamos frente de ésta una carpa, que indudablemente no se hallaría allí, si López no se hubiera marchado. Sin embargo, nadie habría ni aun insinuado la posibilidad de una derrota de López, y en realidad no sabíamos nada.

El 28, el ejército aliado marchó de Ita-Ivaté con su artillería, y tomó posición con el objeto de atacarnos, mientras los encorazados nos bombardeaban contínuamente desde arriba y abajo de las baterías; por la tarde enviaron un parlamentario con un despacho. Les contesté que no podía recibirlo, pero que podían enviarlo á López, cuyo cuartel general estaba próximo. En el mismo momento, un monitor de la escuadra izó bandera del parlamento y vino aguas abajo lentamente. Le gritamos que se parase y despaché al capitán Ortiz con un pequeño bote para ver lo que quería. Sin embargo, el encorazado se adelantaba siempre; le hice un tiro sin bala y entónces avanzó rápida y directamente sobre la batería. En consecuencia, ordené á Ortiz que volviera y rompí el fuego sobre el monitor con las piezas de ocho pulgadas; este nos dió la popa con su bandera de parlamento. Estando ya muy avanzada la noche, escribí á la mañana siguiente una protesta y la mandé con bandera de parlamento á los generales aliados.

COPIA

«A sus Excelentísimos los señores generales del Ejército Aliado en la República del Paraguay».

Ayer como á las cinco y media pasado meridiano levantó ancla un monitor de la escuadra arriba de las baterías de la Angostura, y bajó «á son de combate», llevando izada una bandera parlamentaria. Al acercarse á la batería se le gritó varias veces que fondease, y se le hizo seña al mismo efecto con un pañuelo blanco de la batería. — Salieron también dos oficiales de una pequeña lancha á recibir al parlamento —No obstante todo esto siguió el monitor aguas abajo y marchaba ya á fuerza de máquina, cuando con un tiro de cañón en cartucho vano se le intimó que quedase.—Como tampoco hizo caso de este aviso, sino que se venía acercando más á fuerza de vapor á la batería, cuando estuvo frente de ella tuvimos que hacerle fuego á bala, cuando dió vuelta y se marchó aguas arriba. Protestamos enérgicamente contra este abuso de la bandera de parlamento, echando toda la responsabilidad sobre el comandante del monitor, quien quiso aprovecahres del uso de esa bandera, sin respetar las leyes que la debían hacer inviolable. Rogamos á VV. EE. que si tuviesen alguna respuesta que dar



á esta comunicación la dirijan al Cuartel General para las ulterioridades.

Dios guarde á VV. EE.

Firmados—
JORGE THOMPSON—LUCAS CARRILLO.

Angostura, Diciembre 29 de 1868.

Los oficiales que llevaron esta carta fueron presentados á todos los generales aliados, los que les dijeron, que el abuso sería investigado, y castigado el comandante del monitor. Los generales aprovecharon también de la oportunidad para enviar un mensaje verbal; diciendo que López había sido derrotado, y perdido totalmente su ejército, etc.; que no podríamos recibir auxilios suyos, y que toda resistencia sería un derramamiento de sangre inútil; agregando que si no capitulábamos ese día, se daría principio el ataque en la mañana siguiente,—que si lo deseábamos, podíamos enviar á examinar el cuartel general de López. Los oficiales me trajeron también una carta privada de un inglés que había sido testigo de todo lo que había pasado en Ita-Ivaté y que había caído prisionero el 27, en la que me decía el verdadero estado de las cosas. Así pues, determiné enviar una comisión á Ita-Ivaté, y despaché cinco oficiales con una carta para los generales aliados, diciéndoles que al hacer esto no dudábamos de su buena fe.

La comisión volvió á una hora avanzada de la tarde, y nos informó que había visto á nuestros heridos y les había hablado, y que las tropas de López habían sido completamente derrotadas. Comprendí, pues, que no se podía esperar auxilio alguno de él. Sólo tenía 90 tiros por pieza, que en caso de ataque, no hubieran durado más de dos horas; nuestras provisiones solo nos alcanzarían para diez días; teníamos solamente 800 hombres en estado de pelear y estábamos rodeados por la escuadra en el río, y por 20.000 hombres en tierra. La posición, pues, era enteramente insostenible; reuní á los jefes, á los oficiales, y por último á la tropa, y les hice comprender la situación, dejándoles juzgar si no sería preferible capitular salvando sus vidas, que podrían alguna vez ser útiles á su país, más bien que perecer todos allí, matando sin duda un gran número de enemigos, pero con la seguridad de no salvar un solo hombre. Con excepción de un oficial, (el teniente Freitas) todos quisieron capitular, y escribimos y enviamos la siguiente nota:

A SS. EE. los Generales del Ejército Aliado en guerra contra la República del Paraguay.

«Habiendo considerado bien la proposición de VV EE. y habiendo consultado á los jefes y oficiales de esta guarnición, hemos resuelto evacuar á Angostura, con tal que lo hagamos con todos los honores de la guerra conservando cada uno el rango que ahora tenga, á sus ayudantes, asistentes, etc., garantizando que las tropas depositaran sus armas en un lugar conveniente, sin que por esto se estienda esta condición á los je-



fes y oficiales, quienes conservarán las suyas.

VV. EE. garantirán á cada uno la libertad de elegir el lugar de su residencia.

Dios guarde á VV. EE.

JORGE THOMPSON—LUCAS CARRILLO

Angostura, 20 de Diciembre de 1869.

Acto contínuo recibimos la siguiente contestación:

Cuartel general frente á Angostura.

Diciembre 30 de 1868.

A los señores Gorge Thompson y Lucas Carrillo, Comandantes de las fortificaciones de Angostura.

Los abajos firmados responden á la comuncición de los señores Thompson y Carrillo del modo siguiente:

Que teniendo en vista evitar efusión inútil de sangre atacando á viva fuerza la fortificación de la Angostura, no tuvieron inconveniente en prorrogar hasta hoy al romper el día el plazo de seis horas que ayer marcaron para la rendición.

Que los infrascritos garantizan á los que forman la guarnición de la Angostura, la conservación de los grados militares que actualmente tengan, así como sus ayudantes y asistentes.

Que consienten igualmente en que los jefes y oficiales de la guarnición de la Angostura puedan conservar sus espadas bajo palabra de honor de no servirse de ellas contra los aliados en la presente guerra.

Que, finalmente, conceden los honores de la guerra á los soldados de la guarnición de la Angostura, para que saliendo con sus armas las vengan á depositar en el lugar que les sea señalado al efecto por indicación de los abajo firmados ó de su orden.

Firmados—

MARQUES DE CAXIAS
JUAN A. GELLY Y OBES
ENRIQUE CASTRO

Salimos á las doce del día, y la tropa, después de entregar las armas fué dividida en tres partes, para ser racionadas por los ejércitos aliados hasta que pudieran disponer de sus personas. Caxias me ofreció enviarme á Buenos Aires ó á Inglaterra. Rehusé su oferta, pues tenía bastante dinero en el bolsillo para pagar mi pasaje hasta Buenos Aires. En seguida partí para Ita-Ivaté, en donde encontré 700 de nuestros heridos en sólo la casa de López; sus heridas no habían sido curadas todavía. El terreno aún estaba cubierto de cadáveres en diferentes periodos de descomposición. Obtuve permiso de Caxias para enviar algunos estudiantes de medicina, que tenía conmigo en Angostura, con el objeto de asistir á los heridos, y á petición mía, el general Gelly y Obes, envió 25 hombres para ayudarlos. Entonces acampé con varios de mis



soldados bajo algunos naranjos próximos á Angostura, durante dos días, partiendo en seguida para Villeta, en donde fuí muy bondadosamente recibido por el capitán Haukes, del cracker de S. M. B., con quien fuí á la Asunción, donde permanecí dos días á bordo, haciendo una visita al pueblo abandonado, que en aquel momento era saqueda por los brasileños. Las casas parecían como si estuvieran habitadas, todos los muebles y todos los objetos estaban en sus mismos sitios. En seguida partí para Buenos Aires, donde me encontré con un bondadoso hermano, y otra vez bajo su techo experimenté las comodidades de la civilización, después de una residencia de once años en el Paraguay, en cuyos cuatro últimos años había sufrido grandes miserias.

Sin embargo, los aliados estaban resueltos á no concluir la guerra todavía, y en vez de enviar su caballería en persecución de López, marcharon á la Asunción, que fué ocupada y saqueda por los brasileños; los argentinos se portaron de una manera más digna, acampando á cierta distancia de la población.

Los recursos de López á principios de 1869, consistían en 6.000 heridos en los hospiales de la cordillera, sucesión de colinas poco elevadas, situadas á 40 ó 50 millas de la Asunción y 6 de la línea del ferrocarril. Tenía cerca de 12 piezas de campaña, carecía de fusiles y de municiones y conservaba cinco vaporcitos que había introducido en el riacho Manduvirá.

Los brasileños han permitido de intento, que muchos de sus prisioneros volvieran á engrosar sus filas, porque están resueltos á no dejar vivos paraguayos de ningún sexo ni edad; y cuando López haya reunido tantos hombres como le sea posible juntar, lo combatirán de nuevo y luego le darán tiempo para reunir otra miserable fuerza.

López, durante toda la guerra, ha obrado bajo el impulso del orgullo personal, de la ambición y de la avaricia, y no ha podido ocultar estos móviles. Los aliados, por el contrario, mientras profesaban la mayor humanidad han exterminado bajo la capa de la guerra civilizada, la nación paraguaya, y jamás han tratado de apoderarse de López, que era el pretendido objeto de su guerra.

Después de haber cantado un Te-Deum en la Asunción, Caxias declaró concluída la guerra y sin permiso de su gobierno partió para el Brasil, donde fué hecho duque por el Emperador.

La terminación de la guerra paraguaya depende ahora enteramente del estado de la despensa de López, y terminará cuando éste haya consumido sus vinos y golosinas, porque entonces creerá que ya ha hecho bastante por la gloria.

———



CAPITULO XXV

Supuesta conspiración—Atrocidades de Lopez

Llego á un punto difícil, pero que no puedo pasar en silencio.

Conozco muy poco respecto á este asunto, y creo que todos estarán en el mismo caso, porque los verdugos y las víctimas han corrido la misma suerte, con excepción de algunos afortunados que han logrado escapar, y que se espera publiquen todo cuanto sepan al respecto.

Empezaré con el asunto de M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en el Paraguay, que arroja sobre los sucesos más luz que otro. Al llegar á Buenos Aires, en Septiembre de 1868, M. Washburn dirigió á Mr. Stuart, ministro inglés en la República Argentina, la siguiente nota:

Buenos Aires, Septiembre 24 de 1868.

A S. E. el Honorable Ministro Plenipotenciario de...

Siento tener que informar á V E. que cuando salí del Paraguay el 12 del corriente, casi todos los extranjeros de ese país, incluso varios de sus paisanos, estaban en la cárcel, y como yo soy la única persona fuera del alcance del presidente López, que tenga conocimiento alguno personal de su situación, me parece que es de mi deber comunicar toda información que posea, á los representantes de los diferentes gobiernos extranjeros, para que, sabiendo la condición de sus desgraciados compatriotas, puedan adoptar las medidas que les parezcan más propias para librarlos de su terrible situación. Sino se adopta alguna pronta medida de acción, puede que no quede ninguno que refiera el caso de su desgracia y de su ruína..........

Para dar pues una idea de aquella situación y de los peligros y horrores á que están sometidos ó expuestos todos los extranjeros de aquel país, me propongo hacer una breve narración de los acontecimientos que han tenido lugar desde el 21 de Febrero último:

En la tarde de ese día, al volver de un paseo de caza de patos, supe que varios encorazados brasileños habían pasado Humaitá, y venían en viaje para la capital. Al llegar á mi casa, supe que el ministro de negocios extranjeros, José Berges, me había pedido urgentemente que lo visitase en su despacho. Fuí inmediatamente allí, y me dijo entonces el ministro, que habiendo pasado la escuadra brasileña Humaitá y estando ya á mitad del camino para la Asunción, el gobierno había ordenado la evacuación de la ciudad y la había declarado un punto militar. También dijo, que la capital se trasladaba á Luque, una pequeña aldea á diez millas de la Asunción, y que me había invitado á que le hiciese una visita,



para que se me preparasen las comodidades de la casa que eligiese en ó cerca de Luque.

Contesté que, aunque todos obedeciesen la orden de evacuación, yo no lo obedecería ciertamente. Mi Legación era en ese momento, el territorio de los Estados Unidos, y yo permanecería en él, dando la protección que podía ofrecer mi casa y mi bandera, á cuantos quisiesen valerse de ella. También le dije al señor Berges, que el gobierno no tenía dercho para obligar á los extranjeros á abandonar sus casas y sus propiedades; que si ellos querían quedarse y defenderlas, exponiéndose á las probabilidades de un bombardeo de la ciudad, estaban en su derecho para hacerlo.

El era de una opinión enteramente opuesta, y al volver á mi casa la encontré llena de gente, que esperaban ansiosos de saber si yo permanecería en la capital ó no. Les dije que me quedaría, y muchos más de los que podía alojar en mi casa me pidieron permiso para quedar dentro del edificio de la Legación. Les contesté que no podía alberdar á todos, pero que si querían depositar sus objetos de valor, en mi casa, los recibiría, pero corriendo el riesgo por cuenta de ellos, y que no daría recibo por nada. La misma tarde y el día siguiente, la gente se agolpaba en gran número, con sus baules y cajas (varias de fierro), todo lo que se depositó en las piezas de la Legación.

El día siguiente, multitud de personas huían de la ciudad, espantadas y llenas de terror, «no por temor de los brasileños sino de un enemigo peor», y á eso de anochecer, varios ingleses vinieron á mi casa y me pidieron les permitiera ocupar con sus familias, algunas de las piezas desocupadas á espaldas de la Legación. Como todos eran empleados del gobierno, les indiqué que sería más prudente consiguisen permiso de las autoridades para hacerlo. En consecuencia pidieron y obtuvieron el permiso, y á la mañana siguiente vinieron con sus familias, 21 personas por todo, y se albergaron en la Legación.

Un día después, el doctor Antonio de las Carreras, que fué en un tiempo jefe del gobierno oriental, y un enemigo acérrimo de los brasileños, temiendo que si cayese en manos de los aliados, sería tratado como lo fué Leandro Gómez después de la toma de Paysandú, vino á mi casa y pidió alojamiento.

Lo acompañaban Francisco Rodríguez Larreta, quien fué al Paraguay como secretario de la Legación con el doctor Vasquez Sagastume, ministro oriental residente en 1862; yo los recibí de la manera más cordial y permanecieron conmigo hasta el 13 de Julio. En esa época todos creíamos que la guerra estaba virtualmente concluída, y que dentro de muy pocos días la Asunción estaría en poder de los brasileños. «Tal era el deseo universal de todos, paraguayos y extranjeros». El día 24 los encorazados se acercaron á la Asunción que estaba defendida por un pequeño fuerte que no tenía sino una pieza sin suficiente calibre para dañar á monitores ó encorazados, y ésta tan mal



montada, según se me informó después, que no podía cargarse ni bajarse lo suficiente para poder hacer daño alguno.

Al aproximarse los brasileños á este fuerte, empezaron á hacer fuego sobre él, pero sin hacerle mal alguno. El fuerte contestó con media docena de tiros, á unos treinta y cinco ó cuarenta encorazados, cuando estos últimos, por razones que no me he podido explicar, dieron vuelta y se retiraron. Ningún daño sufrió el fuerte y muy poco la ciudad. Una bala pegó en el nuevo palacio del presidente, pero el daño sufrido fué insignificante. Entonces supimos que los encorazados volverían pronto reforzados, pero pasaba semana tras semana y más de un mes y nada podíamos saber de lo que sucedía en el teatro de la guerra. Suponiendo que López estaba encerrado dentro de sus trincheras alrededor de Humaitá, y que le sería imposible el escapar con alguna parte considerable de su ejército, creímos que la duración de la guerra era sólo cuestión de tiempo, unos días más ó menos. Así siguieron las cosas allí, hasta el 1º de Abril, que supimos por primera vez que López había abandonado Paso Pacú y había llegado y pasado el Tebicuary con la mayor parte de su ejército. De esta manera parecía postergarse indefinidamente el término de la guerra. Nuestra situación en la Asunción era en extremo desagradable, y era imposible obtener muchas cosas que en cualquier otra parte se consideran necesidades de la vida.

La ciudad estaba completamente abandonada: solamente se daba permiso para que entrase más ó menos gente, á veces para sacar lo que no pudieron llevar en su primer susto y en la prisa de los primeros momentos. Algunos incidentes ocurrieron que demostraban que el gobierno, ó más bien dicho López, porque López es el gobierno, no aprobaba el que yo tuviese tanta gente hospedada en mi legación, y por consiguiente, todos los que no habían sido reconocidos como pertenecientes á ella, no consideraban prudente salir á la calle. Pero considerando la época y las circunstancias, pasábamos el tiempo más agradablemente de lo que podía esperarse; Carreras y Rodríguez eran los caballeros más agradables é inteligantes, y el señor Bliss era una enciclopedia de saber sobre cualquier asunto. Nuestro sirviente paraguayo nos conseguía toda la carne, mandioca, maíz, pollos y huevos que precisábamos, y algunas veces un pato ó un pavo, también se conseguía la caña del país á doble precio del mejor cognac Martell.

Pero cada día parecía aumentarse la tristeza y angustia en el país. Casi nunca se presentaba una persona en mi casa para llevarse algo de lo depositado allí, que no tuviese que contar con otros extranjeros que habían sido arrestados y llevados con grillos al cuartel general del presidente en San Fernando. Lo que esto significaba nadie podía adivinarlo; había «algún misterio temible» en ello. Finalmente, el 1º de Mayo, recibí noticia que el buque de los Estados Unidos «Wasp» había subido hasta Curupaity para llevarme, y estaba detenido por la escuadra aliada; yo sabía que López no deseaba que saliese del Paraguay, porque él como todos, querían que yo



permaneciese allí. Los extranjeros de todas las naciones ansiaban muy especialmente que yo esperase hasta el desenlace de la guerra, y muchas de la mejor clase de paraguayas, las que tenían más que perder, me importunaban fuertemente para que me quedase y les proporcionase la protección de mi bandera en el último apuro. Entre éstas, la «madre del presidente» era la más solícita. Yo les contesté á todas que no las abandonaría, que sufriría privaciones y pérdidas para ofrecerles cualquier clase de protección que estuviera en mi poder, y que si no venía algún sucesor á ocupar mi puesto, sin órdenes terminantes de mi gobierno, me sostendría hasta el último á su lado. También sabía, ó al menos no dudaba, que si yo hubiese propuesto el retirarme, y hubiese pedido á López los medios para conducirme hasta atravesar las líneas de los aliados y embarcarme en la «Wasp», «él no hubiera accedido á mi solicitud».

Le escribí por consiguiente al comandante de la «Wasp» que si él no subía más arriba de la escuadra, mi familia no podía embarcarse en su vapor, y le instaba fuertemente á que «forzase» el bloqueo. Mi principal objeto era sacar á mi esposa é hijo del país y si la «Wasp» pasaba una vez las líneas militares, yo podía ir ó dejar de ir, con el permiso ó favor de S. E. el mariscal López ó sin él, si cuando llegase el vapor fuese mi deber hacerlo así. Yo estaba dispuesto, sin embargo, á quedarme, porque sabía que si me retiraba, me llevaría la esperanza de centenares ó millares de personas.

Todos parecían estar persuadidos de que en cualquier apuro, mi casa y mi persona serían sagradas. Yo no participaba en un todo de esta opinión, pues, sin embargo, creía que si pudiese sacar á mi familia habría aventajado eso, y entonces sería un deber mío quedarme. Con este objeto bajé á San Fernando, á ver al presidente López y conferenciar con él respecto al pasaje de la «Wasp» más arriba de la escuadra brasileña.

Lo encontré muy reservado, aunque evidentemente deseaba que el «Wasp» pasase, y antes de despedirme para regresar á la Asunción prometióme mandar mi carta al capitán Kirkland, bajo bandera de parlamento, y me dió cartas para adjuntar bajo mi cubierta á sus comandantes en Humaitá y Curupaity para que permitiesen pasase el «Wasp» sin ser molestado. En mis conversaciones con López, se mostró muy desagradado de que hubiera yo admitido tantas personas dentro de mi casa. Habiéndose despachado mi comunicación volví á la Asunción. El «Wasp», sin embargo, no subió en ese entonces más arriba de la escuadra, y quedamos todos en la duda de si algo vendría á salvarnos antes que fuese demasiado tarde.

Los arrestos de extranjeros continuaban, más, con qué objeto y porqué ofensas nadie podía imaginarlo. Las pocas personas que yo ví, estaban más asustadas y desconfiadas que nunca. Nada, sin embargo, de injusticia ocurrió hasta que el 16 de Junio, fuímos sorprendidos con la aparición del cónsul portugués, José María Lehite Pereira y su esposa, quienes vinieron á pedir la protección de mi casa, y de mi bandera. En

cuanto á los acontecimientos que siguieron á esto, me refiero por toda información á la correspondencia ya publicada. En primer lugar, el gobierno deseaba saber si el mencionado Lehite Pereira estaba en mi casa. Contesté afirmativamente, pero negué al gobierno de averiguarme respecto á las personas que estaban en mi Legación, y de que si sabía ó sospechaba que existiese allí alguna persona perjudicial, debía formularse cargo especial de su ofensa, antes que estuviese yo en la obligación de despedirle.

Pasaron más de dos semanas después de la primera vez que se le vino á buscar antes que se repitiese, y en él, entretanto, todos alimentamos la esperanza, de que ya no sería molestado. Toda su ofensa, en cuanto pude entonces saber, ó sé hoy, era el crimen, que entre gente civilizada, se consideraría venial, sino meritorio, de gastar todo su dinero, y todo el que pudo obtener prestado, para aliviar á los prisioneros que caían en manos de López, confiando en que ellos ó sus respectivos gobiernos se lo reembolsarían después de la guerra. La mañana que vino á mi casa sin embargo, había recibido aviso de que ya «no se respetaría su carácter consular», y como antes se le había advertido de que López no estaba bien dispuesto hacia él, consideró el retiro de su exéquatur, como un crimen, preludio de su prisión, grillos y hambre, y en su consecuencia, huyó con su familia, á la Legación de los Estados Unidos, confiando en encontrar albergue y protección. Se le acordó sin hesitar un momento, aunque consideré que por parte suya era un paso «poco cuerdo» é «imprudente». El once de Julio desvanecióse el sueño de seguridad con el recibo de la carta del ministro de negocios extranjeros, D. Gumersindo Benítez, en la que el gobierno exigía se despidiese al día siguente no solamente al señor Lahite Pereira, sino todos los que estaban en mi casa que no pertenecían á la Legación. Pereira y los ingleses salieron por consiguiente, aunque á todos les dije que «yo no los despedía, y que si querían quedarse podían hacerlo, y que jamás entregaría á ninguno de ellos hasta que no se formulase un cargo especial contra ellos». Todos pensaron que sería mejor irse, y los ingleses me pidieron fuese á ver al coronel Fernández, el comandante militar en la Asunción, ofreciendo ellos volver á su trabajo en el arsenal, y deseando saber los puntos adonde serían mandadas las mujeres y las criaturas.

La casa fué rodeada por cuarenta vigilantes de policía, y los ingleses temían ser inmediatamente llevados á la carcel.

Fernández, sin embargo, me dió su palabra de honor, que la policía no los molestaría, sino que serían bien tratados, y dijo que se volverían á tomar los hombres en servicio, á condición de hacer nuevos contratos. Los hombres habían hecho ese ofrecimiento solamente porque creían que era mejor servir á estar presos. Salieron pues de la Legación á la tarde, y fueron mandados á la estación del ferrocarril, «á donde se les trató miserablemente, á pesar de haber Fernández dado su



palabra de honor de que serían bien tratados». Permanecieron en ese estado durante una semana, cuando «desaparecieron», y no sé lo que ha sido de ellos. He oído que las mujeres y criaturas se mandaron á una aldea de remisión llamada San Lorenzo, y que los hombres, como á la mayor parte de los extranjeros en el Paraguay, se les había llevado «con grillos» al cuartel general del ejército. Lehite Pereira se fué de mi casa como á las cinco del mismo día, y fué tomado preso «en el acto de salir á la calle». De su suerte ulterior nada sé. El mismo día escribí una carta á Benítez, anunciándole que el cónsul portugués y los ingleses, habían abandonado la Legación voluntariamente, pero como ningún cargo se había hecho contra Carreras y Rodríguez y ellos preferían permanecer en la Legación y como tal era también mi deseo, suponía que no se pondría ningún inconveniente á ello.

Al salir el sol, sin embargo al día siguiente, recibí otra carta aún más urgente, pidiendo que abandonasen mi casa á eso de la una del día. Sin embargo, ningún cargo especial se hacía contra ellos, y les dije que podían irse ó quedarse como mejor les conviniese, pero que tenían la protección de la casa y de mi bandera hasta que los tomasen por la fuerza, ó hasta que les hiciesen el cargo de algún crimen especial. Ambos contestaron que si quería prometerles quedarme en el país hasta la terminación de la guerra, no se entregarían, siendo imposible que les formulasen ningún cargo especial, y que no creían que López se atreviese á sacarlos de la Legación empleando la fuerza.

Pero no podía prometer de quedarme hasta el fin de la guerra, y ellos entonces dijeron que era mejor salir de una vez, antes de exasperar á López quedándose, cuando era más probable que al fin habían de caer en sus «crueles garras». De acuerdo con esto, salieron el 13 de Julio á las doce del día, pero antes de haberles mostrado la carta que escribía á Benítez, en la cual exponía mis razones para creer que el gobierno no podía tener nada de serio contra ellos, y que en cuanto á Rodríguez, aunque así fuese, no tenía derecho para tocarle, puesto que gozaba de inmunidades diplomáticas.

Mandé esta carta á Benítez en la misma tarde, y como todos los que no pertenecían á la Legación ya la habían abandonado, creía que podría gozar de una triste tranquilidad. Antes que llegase la noche, sin embargo, vino una nueva carta, pidiendo que también entregase dos miembros de mi Legación, P. C. Bliss y G. F. Masterman, cuyos nombres con ese carácter habían sido enviados desde mucho tiempo atrás al ministerio de relaciones exteriores.

A esto me opuse como podrá usted verlo por la correspondencia publicada, y, defendiéndome y maniobrando del mejor modo que me fué posible, diciendo algunas cosas halagüeñas de López, los pude conservar á mi lado hasta mi partida definitiva.

Admito que intencionalmente prolongué la correspondencia



con la esperanza de salvar estas dos personas. Sin embargo, fueron arrestadas en momentos en que me acompañaban al vapor cuando dejamos la Legación, habiendo sido arrancados por la fuerza de mi lado, y puede suponerse cual ha sido la suerte que han corrido por lo que voy á relatar más adelante.

Quiera Dios que nadie experimente la poca seguridad de los últimos dos meses y medio de mi vida en el Paraguay. Tener que ver hombres con quienes uno ha tenido la más íntima relación durante meses, con quienes uno ha discutido cuestiones de política é historia día á día, cambiando la monotonía de los días con el juego de billar, y de las noches con el juego de whist, y saber que estos mismos hombres con quienes uno hablaba sobre la situación podrían dentro de una hora estar «engrillados», y «fusilados» dentro de veinticuatro, ciertamente me concederá V. E. que esto sea suficiente para convertir en febril é inquieto el sueño de un hombre de valor, y para uno que como yo, no tiene semejantes pretensiones, tal situación no era aparente para proporcionarse descanso. Ninguna palabra parecida á traición ó conspiración se había oído en mi casa. ¿Cuál era el pensamiento de López? Era acaso el «exterminar» todos los extranjeros «para que ninguno de ellos quedase para contar la historia de sus delitos? Tratábase de borrar el recuerdo de sus crímenes?»

Si ésto, el ministro no estaba más seguro que los otros miembros de la Legación. Pero como Bliss y Masterman no fueron tomados sino algunas semanas después de la partida de Carreras y Rodríguez, gradualmente permanecimos en un estado más normal. La conducta de las personas acusadas en tiempo de la revolución francesa, cuya inconsiderada alegría ante la muerte parecía increíble, no nos sorprendía entonces; lo observamos muchas veces, pero sea dicho en honor de Bliss y Masterman, aunque no en el mío, puesto que no me consideraba bajo un riesgo tan grande como el que ellos corrían, nos burlábamos de los peligros que nos rodeaban y hablábamos, hacíamos bromas y nos reíamos como sino tuviéramos nada que temer. Llegado á este punto, debo hacer observar que desde el tiempo en que Lehite Pereira llegó á mi casa, estuvo siempre circunvalado por doce policías, cuando menos, y que frecuentemente mirando á la calle he contado más de ese número de un lado solamente. Probablemente unos cincuenta hombres que sin eso hubieran estado en el ejército, se ocupaban de día y de noche en vigilarme, así como á los miembros de mi Legación. Entretanto no sabíamos nada de lo que pasaba. Con excepción de los cónsules, que por acaso venían de Luque, nadie vino á mi casa y mis criados paraguayos si llegaban á saber algo, temían revelarlo. Supe sin embargo que el tiempo en que el gran desalojo tuvo lugar en mi casa, «el hermano del presidente, Venancio López, fué engrillado» y llevado al cuartel general del ejército. Su otro hermano Benigno había sido llevado aguas abajo, mucho antes, y cuando visité á S. E. en San Fernando al principio de Mayo, «don Benig-



no y el ministro de relaciones exteriores, Berges», estaban incomunicados, como lo estaban también el «cuñado del presidente», Saturnino Bedoya.

El anciano vice-presidente Sánchez, que antes había estado preso, obtuvo permiso para dejar su casa; pero ni él ni ningún paraguayo se atrevió á acercarse á mí, «ni á ser visto en mí compañía».

Por algún tiempo temíamos que la intención de López fuera «degollar á todos los extranjeros», no sabiendo entonces que ningún paraguayo hubiese sido arrestado. Si fueron arrestados, esto se hizo de un modo tan silencioso, que podíamos haber sabido ó no haber sabido nada por espacio de semanas ó meses. Pero mientras que los ingleses que habían estado en la Legación, se hallaban detenidos en la estación del ferrocarril, el tren llegó una noche lleno de presos. Lon ingleses no podían ver nada, porque la «luz» no era permitida en la estación, pero el «ruído de las cadenas», de los suspiros y los quejidos de los presos, en momentos en que se les obligaba á bajar de los vagones y se les arrastraba hacia las orillas del río, se oían muy distintamente. Los embarcaron á todos antes de amanecer en un vapor, para San Fernando. Pocos días después supe que todos estos presos eran paraguayos, que, casi todos los habitantes de la nueva capital, «los jueces», «empleados», «contadores», todos, en una palabra, salvo el jefe de policía, Sanabria, hombre eminentemente conocido «por su brutalidad», Benítez y el vice-presidente, fueron las solas personas que quedaron allí, con algunos policías y soldados; que había una noche tan intensa y de un color tan fúnebre sobre la ciudad, «que las mujeres y los niños apenas se atrevían á salir de sus casas» y si lo hacían, era con temor, como si acabasen de experimentar el sacudimiento de un terremoto, y presintiesen que otro iba á tener lugar.

Por más de cincuenta años el país ha sido la «galería de un Dionisio». Fué siempre la conducta de Francia y de Antonio López, que todo lo que se decía llegase á oídos del «Supremo».

Pero en los peores días de Francia, el gobierno fué «paternal y suave comparado con lo que ha sido bajo este joven López. Ha ido gente arrestada á la cárcel no sólo por haberse expresado del modo más inocente, y por no haber denunciado lo que habían oído, sino también por no haber revelado lo que nunca habían oído. Era un deber el constituirse cada uno en «espía de los demás, y desgraciado» de aquel cuyos oídos no recogiesen cada palabra emitida en su presencia!

El arresto de todos los magistrados civiles indicaba que no eran sólo los extranjeros los que se habían hecho sospechosos á López. Pero qué todo esto se hacía, nadie, en mi casa, como lo creo firmemente hasta ahora lo sabía. La correspondencia que se ha publicado, sin embargo, mostrará, que á eso del 18 ó 20 de Julio, el gobierno sospechó, ó hizo como si tuviera sospecha de una conspiración; alegando



que el ex-ministro Berges era un traidor, y estaba en connivencia con el enemigo, y que bajo mi sello oficial había transmitido la correspondencia entre los conspiradores. Debo referir á V E. la correspondencia publicada, para mostrar cómo intentaron mezclarme con la conspiración; ó al menos, como instruído de que una revolución se tramaba.

Al principio parecía que estaban tan seguros de comprometerme, que empezaron á publicar la correspondencia, pero después de haber recibido mi carta de 11 de Agosto, en la cual demostré tantas contradicciones en las declaraciones hechas por el acusador,—probablemente bajo la impresión de la tortura—suspendieron toda publicación. Pero no estaba en el carácter de López mostrar magnanimidad, ni aun justicia, reconociendo que había caído en error por falsas disposiciones. Hombres que lo conocen estarían dispuestos más bien á acreditarle de un «valor» común que de magnanimidad, y nunca se le tachó de eso (el valor), sino en el «Semanario», del cual él mismo es el verdadero editor.

Durante toda esta guerra, «López nunca se ha expuesto personalmente»; en ninguna ocasión ha estado en el momento de la acción, y mientras permaneció en Paso Pucú, tenía un inmenso «sótano» ó más bien dicho casa, con paredes de barro de más de 20 piés de ancho, de donde no salía por semanas enteras; y al mismo tiempo que su diario estaba lleno «ad nuasarn» con relaciones del «gran López», llevando con «valor intrépdio», sus legiones á la victoria; él estaba sentado «temblando y tiritando» en su sótano, temiendo aventurarse, por recelo de que alguna bala le tocase.

En una ocasión, hará esto como dos años, mientras iba con su obispo y su estado mayor, una bomba cayó á una distancia de «media milla» más ó menos de su Excelencia. Inmediatamente el «valiente» López se dió vuelta y se puso á correr como una oveja asustada, con su estado mayor, incluso el obispo, tras de él, dejando caer este último el sombrero mientras corría todo asustado siguiendo á su jefe. Este es el «único» caso conocido en que haya estado expuesto personalmente. No tiene ni el mérito vulgar del valor personal, ni ningún otro.

Su firmeza, llevada hasta la obstinación, es el resultado del «medio personal». Muchas personas, sus compatriotas mismos que han escapado de su poder, y cuyas familias han sido «torturadas ó perseguidas á muerte», le han escrito amenazándolo de matarlo si alguna vez se encuentran en su presencia; así pues, él no se atreve á tratar con el enemigo, pues tantos han jurado perseguirlo, que no ha de hallar un asilo en el mundo entero, si llega á encontrase sin su ejército entré él y sus enemigos; sabe que el país está perdido y arruinado; no tiene marina y en mi opinión, no posee más de una quinta parte de las fuerzas de tierra de sus enemigos.

Porqué razón estos últimos no lo atacan y ponen un tér-



mino á la guerra? No lo comprendo; pero no lo hacen y la guerra puede durar por largo tiempo.

López ha dicho recientemente, que se vería pronto forzado á abandonar el litoral, y entonces se retiraría hacia las monatñas, arreando consigo extranjeros y paraguayos. En este caso, al paso que han procedido los aliados durante estos dos últimos años, se pasará mucho tiempo antes que pueda presentar á sus enemigos un frente de batalla tan fuerte como el que tuvo cuando éstos desembarcaron en el Tebicuary, es decir, un sólo hombre para guardar el telégrafo.

No fué sin embargo, antes de Agosto que supe que, además de la conspiración contra el gobierno, había tenido lugar un robo en el tesoro público.

Detalles sobre este robo nunca pude obtenerlos, ni tampoco pude tener conocimiento de los referentes á la conspiración.

Se dijo en una de las cartas de Benítez, que el señor Bliss, uno de los miembros de mi Legación, había firmado un papel con otras personas, en el que se comprometían á asesinar al presidente López. Sé que todo esto es falso, ó á lo menos no me cabe duda que lo es, y los provoqué á que me diesen á luz ese documento, pero nunca lo hicieron. No me dieron nunca ningún dato sobre el modo como debía tener lugar la conspiración, ni de como la revolución se debía llevar á cabo, y creo hasta el día de hoy, que nada de esto se intentó.

Las declaraciones de los presos no prueban nada sino las «horribles crueldades de López», porque se sabe que emplea la tortura sin ningún miramiento, carga sus presos con pesados grillos, algunas veces en número de 2, 3 y 4 barras, y además los hace «azotar hasta que espiran», si no dan el testimonio que les piden.

La única explicación que puedo dar en cuanto al robo del tesoro es la siguiente: Desde que López entró al poder, nunca ha tenido un tenedor de libros competente en su adminsitración, y es probable que no ha sabido hasta muy recientemente el dinero que le dejaron sus antecesores.

Desde ese momento ha ido gastando en grande escala, y probablemente ninguna cuenta exacta se ha guardado jamás de lo que se ha pagado por su orden.

Después de la evacuación de la ciudad en Febrero, tuvo tal vez oportunidad de contar su dinero, y encontró que habían practicado un desfalco en su tesoro. Este descubrimiento no se hizo probablemente sino después de algunos meses que tuvo lugar el traslado á Luque.

En el mes de Junio supimos que todos los extranjeros que habían ganado algún dinero en los últimos años, y con probabilidad lo tenían en sus casas, fueron arrestados y enviados aguas abajo. Entre ellos se encontraban ingleses,, franceses, italianos, españoles, alemanes y portugueses. El plan de López parece haber sido conseguir este dinero, y entonces por «amenazas y torturas»» forzarlos á confesar que eran conspi-

radores ó ladrones del tesoro público. En vista de estas confesiones serán muy probablemente ejecutados, obedeciendo al principio prudente de los ladrones de camino ú otros asesinos que: «Los muertos no hablan». De como López piensa escaparse con el dinero que se ha procurado de este modo, no lo sé. Tal vez crea que alguna cañonera de nación neutral lo tome á su bordo con el importe de sus saqueos en el último momento. Pero por la presente declaro «que el dinero que se ha procurado no le pertenece».

Es propiedad de ciudadanos pertenecientes á naciones que pueden rescatarlo y restituirlo á sus verdaderos dueños.

V. E. como el mundo entero, extrañará probablemente que López, siendo el hombre que he descrito, sea servido con tanta fidelidad y valor.

Esto sucede enteramente por causa del «miedo», y salvo la excepción de unos cuantos que se prestan voluntariamente á ser instrumentos de sus crueldades, como su «querida», su «Obispo», «Luis Caminos», «Sanabria» y unos cuantos otros que han mostrado gran ardor en ejecutar sus proyectos sanguinarios, no hay hombre, mujer ó niño, no exceptuando aun á su madre, hermanos y hermanas que no darían gracias á Dios si lo llevase á otro mundo donde sus acciones recibiesen una recompensa más adecuada.

¿Por qué pelean entonces los paraguayos con tanto valor?

No es por que tienen un valor superior ni por devoción á López. Que son valientes y sufridos no se puede negar. Pero la razón porque pelean de un modo desesperado es que, según el sistema de disciplina que les ha inculcado López, «hay siempre más peligro en seguir que en marchar adelante». No tiene confianza en sus tropas, y siempre parece obrar bajo la impresión de que desertarían si encontrasen oportunidad de hacerlo. Es en consecuencia de esto, que al entrar en pelea lanza su primera línea con orden de pelear hasta morir. Un poco más atrás coloca fuerzas en número más pequeño, con orden de hacer fuego sobre aquel que no mata al que esta delante y no pelea hasta la muerte y detrás de esos hay aun otros con iguales instrucciones hasta que al fin todos los hilos se encuentran juntos en manos de López.

Si á pesar de todas estas precauciones un puesto es tomado por el enemigo, los desgraciados oficiales que sobreviven «son pasados por las armas» y los soldados «diezmados».

Con este sistema ha perdido lo menos cien mil hombres, probablemente más que los brasileños, y sin embargo, este sistema que no ha dejado ni «seis mil hombres» en estado de pelear «en todo el país» ha contenido de tres á seis veces igual número de fuerzas de los aliados.

El país, sin embargo, se halla completamente escaso de hombres; todo lo que es arar, plantar y sembrar, se hace con mujeres; matan á los animales, preparan la carne para las carnicerías, y hacen todos los otros trabajos generalmente hechos por hombres.

Hay muchas mujeres también en el ejército para hacer el trabajo de los hombres, y de este modo puede descansar la tropa; pero creo que á ninguna se le obliga á llevar las armas.

Las primeras noticias que probablemente recibiremos de López serán que se ha retirado él con todo su ejército á las montañas, y que ha arreado con cuantas mujeres y hombres encuentre en su camino.

Si el «Wasp» hubiera llegado un mes más tarde, no dudo que me hubiera visto forzado á hacer lo mismo. Hasta el último momento López trepidó en ponerme preso ó dejarme ir; «no quiere que nadie viva después de él para contar sus crueldades al mundo», y de todos aquellos cuyas declaraciones se ven en las correspondencias últimamente publicadas, «ni á uno solo se le permitirá escapar á ninguna de aquellas ante quienes tales declaraciones se hicieron», porque una vez fuera del alcance de López, declararían que nunca las hicieron ó que las habían hecho bajo la tortura.

Desde que he llegado á esta ciudad, he visto una carta que fué traída por el «Wasp» evidentemente dictada por López en la cual se da algunos detalles sobre la naturaleza de la trama ó conspiración.

Este es el primer informe que trata de la clase de conspiración que se había descubierto, y lo absurdo de todo el asunto me convence más que, «nunca» ha existido tal trama ó conspiración.

¿Cuánto tiempo durará esta guerra?

Hace más de un año y medio que pienso que López no se puede sostener por más de dos meses, pero no tenía idea del modo lento de proceder de alguna gente cuando se resuelven firmemente á no pelear.

Con la esperanza que la guerra se acabaría pronto, permanecí un año más de lo que era mi intención contra mis intereses; y sufriendo grandes disgustos.

Creí que en la catástrofe final podría ser de gran utilidad, particularmente á los extranjeros, y si la Asunción se hubiese tomado en Febrero cuando los encorazados llegaron hasta ese punto, como que creíamos que así sucedería, indudablemente se hubiera podido salvar la vida de muchos que ahora nunca volverán á ver su patria otra vez. Pero cuando todos ellos habían sido muertos ó encarcelados, y que nadie ni hijo del país ni extranjero, se atrevía á acercarse á mi casa, y que me encontraba sin poder para auxiliar á nadie, creí que había llegado el momento de obedecer á las órdenes de mi gobierno y regresar á los Estados Unidos.

Su muy respetuoso y obediente servidor,

CARLOS A. WASHBURN.

Además M. Washburn, una vez que se encontró abordo del «Wasp», dirigió á López la siguiente nota:

Vapor de los Estados Unidos «Wasp» frente á la Agostura, Río Paraguay, Septiembre 12 de 1869.

A S. E. el Mariscal López, Presidente del Paraguay.

Señor:

Cuando el capitán Kirkland estaba para dejar este buque ayer para ir á despedirse de V. E., yo le dí un memorándum de ciertas cosas, sobre las cuales le pedí llamara su atención. El capitán Kirkland me informó que al llegar á su cuartel general advirtió que había obitido llevar consigo ese memorándum, y que en consecuencia no le era posible cumplir completamente con mi demanda, no habiéndole dado un breve repaso á aquel papel. En consecuencia, me tomo la libertad en el momento de mi partida, de desviarme de los usos diplomáticos mandando una nota personal dirigida á V. E.

En el memorándum le indicaba que podría mostrar á V. E. una carta del general Vebb, nuestro ministro en Río, de la cual aparecía que él casi había llegado á una ruptura con aquel gobierno, por razón de haberse negado á permitir que este buque pasase más arriba de la escuadra. Esto es lo que él había hecho bajo su sola responsabilidad, sin esperar órdenes del gobierno de los Estados Unidos, el cual al saber esta ofensa, habrá tomado sin duda medidas más enérgicas para hacer efectivos sus derechos y librar á su ministro de la más espantosa posición. Esta carta que V E. vió prueba cuanta verdad había en la declaración del ministro de negocios extranjeros de V E., José Berges, cuando aseguraba que yo estaba en coalición con el general Vebb, é interesado y pagado por los brasileños.

Tengo en mi poder varias cartas para el doctor Carreras, las cuales yo pedí al capitán Kirkland que entregara, pero lo cual rechazó hacer, á menos que yo las abriera, receloso de que él también fuese acusado de ser conductor de correspondencias á traidores.

Sin embargo, yo incluyo las cartas, pues no creo que haya en ellas nada de traición, ni creo tampoco que ninguna correspondencia traidora jamás haya pasado por mis manos para nadie.

En efecto, «no creo que haya jamás habido ninguna conspiración». Las declaraciones de Berges, de los dos hermanos de V. Venancio y Benigno, y el señor Urdapilleta, según se han dado en las notas de sus dos últimos ministros de V. E. por lo que toca ellas implicarme en haber tenido cualquier conocimiento de una conspiración son «enteramente falsas y usted bien sabe esto, y usted sabe que ninguno de ellos querría confirmar ó afirmar la declaración que se les imputa, si estuvieran fuera del poder de usted»; pues lo negaría «in totum» y declararían que nunca lo habían hecho, ó que si lo habían hecho, sería «bajo la tortura». Declaraciones de este género debía saber usted que no tendrán ningún peso fuera del Paraguay, ni una palabra de ellas será creída, y que todas ellas pueden ser negadas por ellos, y que usted tendría no solamente que matar



á todas las personas que, «las han hecho», sino también á todos los que las han arrancado por la fuerza.

Antes de dejar finalmente al Paraguay, es de mi deber hacer una solemne protesta contra la prisión de aquellos dos miembros de mi Legación, Porter Cornelius Bliss y Jorge J. Masterman: su prisión en la calle cuando ellos iban en mi compañía de la Legación para pasar á bordo del vapor, fué tan grosera violación de las leyes de las naciones como habría sido su aprehensión en mi misma casa. Fué un acto no solamente contra mi gobierno, sino «contra todos los poderes civilizados», y coloca al Paraguay «fuera del gremio» («pale») «de las naciones» y por ese acto usted será mirado «como enemigo común» negando lealtad á las leyes de las naciones.

Usted también será considerado «como un enemigo común» por haberse apoderado, «tomando presos con grillos á casi todos los extranjeros en el Paraguay» y después de haber entrado á sus casas «y sacado de ellas su dinero» bajo el «miserable» pretexto de que hallando de menos en su tesoro, que usted suponía, aquellos que tenían cualquier dinero en el país debían en consecuencia habérselo robado á su gobierno.

Su amenaza al capitán Kirkland á su llegada de que me conservaría preso en el país, sería debidamente representada á mi gobierno y solo debo confirmar en su respuesta que si usted hubiese hecho tal cosa, mi gobierno le habría perseguido á usted no solamente al «través de toda la América del Sud, sino también al través de Europa».

Su obediente servidor. firmado—

CARLOS A. WASHBURN.

Mr. Washburn, y el ministro de relaciones exteriores del Paraguay sostuvieron una larga correspondencia; pero antes que terminara, el mismo ministro Benítez, fué llevado al ejército y fusilado como tantos otros.

Entre los documentos de López, tomados en Ita-Ivaté en Diciembre de 1868 había un diario, que contenía las listas de las ejecuciones, etc, etc., relativas á esta supuesta conspiración. Esta lista ha sido publicada y la tengo en mi poder; no puede dudarse de autenticidad y exactitud. Empieza el 19 de Junio y termina el 14 de Diciembre, pero aun después hubo ejecuciones, que no están asentadas en el diario. Constan en ella los nombres de todos los individuos, y si no fuera tan larga la insertaríamos aquí.

Damos sin embargo, el siguiente extracto:

Extranjeros ejecutados	107	
Id. muertos en la cárcel	113	220
Paraguayos ejecutados	176	
Id. muertos en la prisión	88	264
Ejecutados el 22 de Agosto, sin nacionalidad expresada		85
Muertos en el camino de San Fernando á Pikysyry		27

Total de las víctimas hasta el 14 de Diciembre 596

Esta lista incluye solamente á aquellos que se dice tuvieron parte en la conspiración. Dos de los que están incluídos en los fusilados, dice la misma lista, murieron un momento antes de la ejecución. Cinco figuran como muertos, á bayoneta y uno como lanceado. Entre los que se dice murieron en la prisión, se encuentra doña María Jesús Egusquiza. Entre las víctimas figuran tres ingleses—uno de ellos era un comerciante llamado Stark y otro Watts, que se condujo bizarramente en la batalla del Riachuelo. En este documento, M. Libertat, canciller, francés, que fué sacado por la cañonera francesa, figura como enviado á la capital.

Los que no querían confesar eran atormentados con el cepo colombiano; muchos eran muertos castigándolos con lazo, á otros los apaleaban hasta que morían, y á muchos les machacaban las manos á martillazos. Sobre todas estas atrocidades se guardaba el más profundo silencio, aunque todo el mundo sabía más ó menos que se hacían en grande escala. Los que figuran en la lista, como muertos en la cárcel, murieron en la tortura ó de sus efectos; y los que se dice haber muerto en el camino de San Fernando á Pikysyry eran prisioneros que se cansaban y que no pudiendo seguir adelante, (la marcha era de cerca de 120 millas) eran llevados al monte y bayoneteados.

En esta lista figuran muchos franceses é italianos, y sin embargo, tenían cónsules que contínuamente visitaban á López y á M. Lynch, en el cuartel general. La conducta de estos caballeros ha sido verdaderamente inexplicable, por no decir otra cosa.

Después de dejar á Angostura, me encontré con un capitán, que había caído prisionero el 27, y que me dijo, que él mismo había mandado el 21 una compañía, que había ejecutado al general Barrios, al obispo, á Benigno López, al coronel Alen, á la esposa del coronel Martínez y á algunos otros. Estas ejecuciones tuvieron lugar en presencia de las hermanas de López, que habían sido horriblemente castigadas, sin que nadie supiera porqué causa, y enviadas en seguida al interior. Durante uno de los últimos días en Ita-Ivaté, cuando todavía sobrevivían algunos pocos presos, López pasó á caballo por donde estaban, y dos de ellos, Mr. Treuenfeldt director del telégrafo, y M. Taylor, maestro albañil, inglés, le suplicaron que los soltara; fingió sorprenderse extraordinariamente de que estuvieran presos y ordenó que los pusiera en libertad. Ví á ambos después, eran unos verdaderos esqueletos con la piel sobre los huesos y ni uno ni otro tenía la más remota idea de la causa de su prisión. El capitán Saguier, que se había distinguido mucho en las batallas de Curuzú y Curupaity fué preso y atormentado, porque habiendo sido nombrado inquisidor y enviado á interrogar á algunos de los prisioneros no los encontró culpables y lo dijo públicamente; á causa de esto fué encarcela-



do con ellos, y gracias á una excelente constitución sobrevivió hasta que el 22 de Diciembre lo puso en libertad para mandar la artilería, pero fué herido en el mismo día.

No hay duda que el objeto de López al cometer estos crímenes, era apoderarse de todo el dinero público y privado que existía en el país; y al mismo tiempo aprovecharse de la oportunidad, para acabar con todas aquellas personas á quienes no quería bien.

El robo de la tesorería era absolutamente imposible en el Paraguay, excepto para López, á causa de los innumerables sistemas de espionaje, siempre en actividad, sobre todo en aquel departamento.

Después de ordenar que todo el dinero público fuera depositado en sus propias cajas, hizo llevar al ejército y asesinar á todo los que tenían algo que ver con la tesorería, las oficinas públicas, y con toda la mayordomía de su casa casa particular, de manera que en el día de hoy, nadie, excepto él, sabe donde se encuentra la tesorería paraguaya. Todos los comerciantes ó individuos de cualquiera clase ó profesión que tenían dinero, fueron tratados de la misma manera, y su dinero y papeles robados por los agentes de López, y probablemente enterrados en lugares que él sólo conoce.

Mr. Stark tenía en su poder el dinero de muchos individuos además del suyo. Todo fué robado, hasta algunas pocas monedas que tenía su esposa en el bolsillo.

Gran parte del dinero así obtenido, fué sin duda sacado del país por los buques neutrales de guerra que visitaron á Angostura á fines de 1868. Sin embargo ni los buques ingleses ni los de los Estados Unidos, hicieron transacciones de este género.

Entre los presos atormentados figuraban muchas señoras, además de las mismas hermanas de López. Su madre le hizo otra visita en Ita-Ivaté, probablemente para interceder por sus hijos, pero parece que no prestó la más mínima atención á sus ruegos.

CAPITULO XXVI

CARACTER PERSONAL DE LOPEZ

Francisco Solano López es un hombre muy corpulento, y que tendrá, más ó menos, cuarenta y cinco años de edad. Es bajo pero tiene una presencia airosa. En Inglaterra pasaría por trigueño, pero tiene casi el mismo color de los españoles en general; su cabello es negro y sus pies y manos pequeños. Cuando está alegre es bien parecido, y sus maneras y conversación muy agradable. Por el contrario, cuando está de mal humor, toma un aspecto sumamente sombrío. Es

muy cuidadoso de su persona, amante del lujo militar, sobre todo en su escolta, y al caminar se contonea de una manera peculiar. Sus piernas son cortas, con una curva decidida hacia atrás. Se sienta bien á caballo y cuando joven era buen jinete. Sin embargo, hoy le es tan difícil montarse como apearse. Es de hábitos indolentes; á veces permanece sentado muchas horas seguidas hablando sin cesar, y otras hace igual cosa caminando, pero limitando sus paseos á cien ó doscientas varas.

Quiere locamente á los hijos de Mme. Lynch, pero absolutamente nada á los muy numerosos que tiene de otras mujeres. No es capaz de abrigar sentimientos amistosos por nadie, pues ha fusilado á todos sus favoritos, que durante largos años habían sido sus únicos compañeros. Es un gran fumador y un gran gastrónomo; come enormemente. Después de comer cuando está de buen humor, suele cantar una cancioncita. Tiene una espléndida bodega de los más exquisitos vinos de Burdeos, á los cuales es muy aficionado, y que nadie sino él bebe en su mesa, sin exceptuar á Mme. Lynch ni al Obispo; sus convidados comían con vino de clase inferior. Cuando estaba en Paso Pucú, durante varios meses, solía jugar á las damas todo el santo día con el Obispo. Este se levantaba mucho más temprano que él, y solía ir á esperar durante muchas hora en el corredor de López, con el sombrero en la mano. Cuando López salía, el Obispo se le acercaba humildemente, y como temeroso, le hacía un profundo saludo, al que López contestaba con un movimiento de cabeza sin quitarse el sombrero.

López habla el francés perfectamente y conversaba siempre en ese idioma con Mme. Lynch, que fué educada en Francia. Conoce muy poco el inglés, pero muy bien el español, que es la lengua oficial del país; sin embargo, á los oficiales, á los soldados, y aun á mí mismo, hablaba siempre en guaraní. El guaraní es una encantadora y expresiva lendua, aunque ha sacado muchas palabras del español para expresar cosas que los indígenas no conocían.

López es un buen orador, y posee especialmente esa clase de elocuencia, propia para inspirar á los soldados una ciega confianza en él y en sí mismos, aumentada por un profundo desprecio del enemigo.

Raras veces hacía ó decía nada que pudiera disgustar al pueblo, encargando á Resquín de todo lo que pudiera serle desagradable.

No permitía que nadie dijera un chiste en su presencia, aunque él era muy aficionado á decirlos; es muy exigente en lo que respecta á su dignidad, y obligaba hasta á sus hermanos á que le llamaran «Vuestra Excelencia», tiene una voluntad de hierro, un orgullo excesivo, y contramanda de muy mala gana cualquier orden que haya impartido. Cuando quiere, es muy suave y caballero, y capaz de engañar hasta á un diplomático y hacerle creer lo que le dé la gana.

Jamás siente la pérdida de sus mejores oficiales y sol-



dados, á no ser considerados bajo el punto de vista del elemento material.

Tenía el mayor cuidado en ocultar el sitio donde él se encontraba, y con ese objeto abolió los cascos de bronce de su guardia, así como su bandera, y trataba siempre de ocultar á este cuerpo. No permitía que sus guardias le acompañasen, ni que los centinelas le presentasen armas, en las tres ó cuatro ocasiones en que visitó una parte del ejército, por temor de ser visto y reconocido por el enemigo. También dejó de usar su favorito poncho punzó, bordado de oro, cambió su kepí por un sombrero de paja, y dió vuelta al revés su pellón bordado de oro.

Todas las mañanas tenía su caballo ensillado y sus carruajes listos antes de rayar el día, para estar pronto á la fuga, si acaso el enemigo penetrara por algún punto de sus líneas.

A principio de la guerra raras veces bebía, á no ser en la mesa, pero últimamente adquirió la costumbre de menudear las copas de Oporto durante el día; contrajo esta habitual algún tiempo antes de dar principio á sus últimas atrocidades. y sin duda contribuyó mucho para hacerle cruel. Sin embargo, durante este periodo estaba aparentemente de buen humor. En San Fernando solía salir con sus hijos á pescar en una laguna próxima al cuartel general.

La siguiente historia que me fué narrada por un testigo ocular, dará una idea de su justicia sumaria. Durante los últimos días de Diciembre, un cabo de su escolta se presentó á caballo al mayordomo de López y le pidió un trago de caña. El mayordomo, que era oficial, le preguntó para que quería caña, y agregó: ¡vete á pelear! Esta respuesta incomodó al cabo, y le hizo decir esta impertinencia. Sí, hablar es muy fácil; estamos rodeados por el enemigo y pronto ha de concluir con nosotros. Después de alguna resistencia el oficial lo bajó del caballo y tomándole por el pescuezo lo llevó á la carpa de López, que en estos momentos estaba almorzando. El oficial expuso á López lo que había pasado, y cuando hubo concluído, éste le dijo: Sáquelo fuera y mátelo. El oficial sacó al hombre fuera de la tienda, y le partió la cabeza de un hachazo, sin que éste intentara la menor resistencia.

Su desconfianza de todo el mundo se manifiesta por las siguientes ocurrencias:

En Agosto de 1866 un yankee, M. Manlove, se presentó en nuestras avanzadas y fué llevado al cuartel general. Declaró que había venido para hacer negocio con López, pero éste no lo quiso ver. Al fin, por medio de un tercero, dijo á López, que teniendo á su disposición tres buques en las Indias Occidentales, admirablemente adaptados para el corso, había venido á pedirle patente de corsario, para hostilizar al comercio brasileño. López pretendió creer, que no era más que un espía y no quería saber nada de él, manteniéndolo preso durante algún tiempo. Al fin le soltó y Mme. Lynch solía

enviarle regalos de cerveza, etc. Sin embargo, al fin, lo hizo venir al ejército y lo fusiló como conspirador.

En Julio de 1867 el mayor Von Versen, oficial distinguido de la escolta prusiana, se presentó en nuestras avanzadas. Era enviado por el gobierno prusiano para observar la guerra desde el campo paraguayo. Cuando llegó á Río Janeiro, los brasileños le arrestaron, creyendo ó pretendiendo creer, que iba al Paraguay como oficial superior del ejército de López. El ministro prusiano logró su libertad, y pasó á Buenos Aires. Allí fué nuevamente arrestado y después de una larga negociación en su favor, fué puesto en libertad á condición de no ir al Paraguay, hasta después de hacer un viaje á Chile, lo que formaba también una parte de su programa. A consecuencia de esto, partió á través de las Pampas para Chile, llegó allí, volvió y fué al Paraguay, habiendo recorrido cerca de tres mil millas á caballo para cumplir su promesa. Dejó sus papeles en su balija en Corrientes, en casa de un agente de López, que solía comunicarse con su gobierno por medio de los indios del Chaco, y que debía enviar inmediatamente la balija á López.

Llegando al campamento aliado compró el mejor caballo que pudo encontrar y una mañana se fugó, logrando entrar en las líneas paraguayas. Allí le ataron los brazos, le quitaron su caballo y su ropa y le trataron como si fuera espía; pero aunque sus papeles no fueron hallados, López se convenció al fin que realmente era lo que él se decía, y le dió libertad para pasear, pero solamente alrededor de su rancho. Sin embargo, en la retirada por el Chaco, fué acollarado y tuvo que hacer la marcha á pie, y lo mismo le sucedió desde Tebicuary hasta Pikysyry, permaneciendo siempre entre los presos.

Afortunadamente, al terminar la guerra no había muerto y se salvó.

CAPITULO XXVII.

Notas sobre la injeniería

Debo comenzar este capítulo, declarando que al principio de la guerra no tenía más conocimientos sobre la ingeniería y la artillería, que aquellos que pude encontrar en algunos libros que logré obtener en el Paraguay, y que estudié con motivo de la campaña. Las principales obras que tuve á la mano, fueron: «Fortificaciones de campaña» por Macaulay, «Documentos profesionales» del cuerpo de Ingenieros Reales, y varios libros sobre artillería. El coronel Wisner, húngaro, era el ingeniero en jefe del ejército paraguayo, pero estuvo muy enfermo durante toda la guerra y no pudo atender á nada, de manera que todo el peso del trabajo recayó sobre mí.

Después de algunos experimentos sobre diferentes modos

2º Si estos esfuerzos fuesen inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios á fin de hacer efectiva la ejecución de lo que está estipulado.

Art. 18. Este tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido.

Art. 19. Las estipulaciones de este tratado que no requieran autorización legislativa para su ratificación, empezarán á tener efecto tan pronto como ellas sean aprobadas por sus respectivos gobiernos y las otras desde el canje de las ratificaciones, las cuales tendrán lugar dentro del término de 40 días, contados desde la fecha de dicho tratado, ó más pronto si fuera posible, haciéndose éstas en la ciudad de Buenos Aires.

En testimonio de lo cual los abajo firmados, plenipotenciarios de S. E. el gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, de S. M. Emperador del Brasil y de S. E. el Presidente de la República Argentina, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este tratado poniéndole nuestros sellos, en la ciudad de Buenos Aires el 1º de Mayo, en el año de Nuestro Señor 1865.

(Firmados)

CARLOS DE CASTRO

F OCTAVIANO DA ALMEIDA ROSA

RUFINO DE ELIZALDE



niendo el mismo relieve que la escarpa era mucho más difícil de trepar, que si hubiera tenido berma. Se construía generalmente con césped una banqueta de 12 á 18 pulgadas de altura. En lugares expuestos al bombardeo se hacían más altos los parapetos, y además, se protegía á los soldados abriendo un pequeño foso á retaguardia de la banqueta, en el que podían sentarse. En Curupaity, el bombardeo era tan contínuo, que fué necesario hacer galpones de cueros, sobre este foso y banqueta, como se verá en el plano 5º.

El cesped del Paraguay es mucho más sólido que el inglés, y cuanto más gruesos se cortaban los adobones, tanto mejor era el revestimiento; aunque el mejor que teníamos se hacía con mimbres. En las baterías de Fortín, en el Tebicuary, revestí con mimbre algunos traveses de 12 pies de altura, que tenían muy poca inclinación, y entretejí estos mimbres con una enredadera llamada Usüpó, que adquiere un tamaño de muchas yardas y un espesor de cerca de 3/8 de pulgada. Torciendo tres ó cuatro vástagos se hacía con ellos un cordel, y con él se formaban los canastos, y muchas veces nos servían para sujetarlos á las estacas. Esta enredadera tiene la propiedad de no podrirse bajo la tierra y es sumamente útil. Hacía un revestimiento bonito y tan excelente, que cuando le acertaban una bomba Whitworth de 150, no sufrían más daño que la abertura que abría el proyectil en el canasto, dejando apenas rastro de su pasaje. El cesped, por lo contrario, sufría muchísimo. En Angostura, como no se podía obtener esta enredadera, fué necesario revestir las obras con zarzos construídos de cañas flexibles. Este revestimiento no era tan bueno como el anterior, pero sin embargo, era superior al cesped.

En los planos 6 y 7 se verá la manera de montar nuestras piezas de 8 pulgadas. La primera figura representa el sistema antiguo, el que expone necesariamente la guarnición cuando no hay troneras. Este defecto se agrava por estar el eje al fin, en vez de estar en el centro de la corredera; fué pues necesario montar nuestras piezas de manera que pudieran hacer fuego en cualquier dirección, ya fuera al frente ó á la retaguardia. En la trinchera de la derecha, como se verá en el plano, la poca infantería de la guarnición, tenía que mantenerse de pie en caso de un ataque por tierra y las piezas debían hacer fuego á metralla y racimos, por sobre sus cabezas, que eran defendidas por el parapeto. El montaje de las piezas de la batería de la izquierda, servía para proteger casi completamente la dotación que las manejaba, y eran mucho más fáciles de mover por estar colocadas sobre cilindros. Por la inclinación dada á las correderas, se adelantaba la pieza con más facilidad, con la ventaja de no forzar la culata. El montón de tierra, que cubría los polvorines, servía también de parapeto por el lado de tierra y la dotación de cada pieza quedaba de este modo protegida por todos lados. En caso de un ataque por tierra, las piezas harían fuego por encima de los polvorines, cuyas puertas estaban al lado opuesto de los cañones, y la batería misma estaba protegida por un foso profundo, enfilado por una pieza



de, 32, colocada en el ángulo reentrante. Esta pieza de 32 y también la pieza izquierda en la batería, estaban cubiertas del fuego de la escuadra por un espaldón, porque era de suma importancia que no fueran desmontadas en la acción. Todas las piezas de la batería tenían una tronera pequeña y profunda, para poder hacer fuego casi perpendicular sobre los encorazados, en el caso de que tratasen de cubrirse pasando cerca de la elevada barranca del río. Entre los depósitos y el foso había otro menor, en el cual se depositaban cureñas, cordajes, etc.

Con el objeto de cerrar la navegación del río á los encorazados, hice construir y extender á través del río, en Fortín una cadena hecha con pedazos de una madera llamada Timbó, (que flota) cada trozo, tenía seis varas de largo y 18 pulgadas de ancho, unidas por ganchos como para formar una especie de cadena. No teníamos hierro bastante fuerte para hacer estos ganchos y los manufacturamos con los rails del ferrocarril divididos en dos. La cadena tenía de largo una cuarta parte más que la anchura del río, y sus cabezas se aseguraban en cuatro fuertes estacas metidas en tierra. Cuando estaba en posición presentaba una forma curva, como puede verse en el plano tercero. Por su propio peso estaba casi toda bajo el agua, y los brasileños hubieran podido hacerle fuego por largo tiempo, con poca probabilidad de hacerle daño. Si hubieran subido á vapor contra ella, no la hubieran podido romper, porque poco á poco, hubieran tenido que detenerse por la forma que tomaba la cadena, y ningún bote pequeño habría podido acercársele, porque á causa de la corriente estaba en contínuo movimiento vertical, que su gran peso hacía muy peligroso á las pequeñas embarcaciones. Al principio las extremidades de los pedazos de madera, estaban asegurados con anillos de hierro, y algunos de ellos se partieron por los agujeros. Entonces mandé la cadena á la Asunción y le hice poner anillos de hierro en las extremidades; pero á su vuelta, por la estupidez de los conductores y lo obscuridad de la noche, pasó la batería antes de saber nosotros que estaba en camino y yendo aguas abajo se perdió. Aunque los encorazados estaban á tiro de la batería no la vieron pasar y probablemente habrá ido á parar á alguna ensenada, para asombro de los indios.

———


Biblioteca
Digital
Republicana

APÉNDICE

PROTESTA DEL GOBIERNO PARAGUAYO

CONTRA LA

INTERVENCION DEL BRASIL EN LA R. ORIENTAL

Núm. 1.

Asunción, Agosto 30 de 1864.

El abajo firmado, ministro secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores ha recibido orden del Exmo. señor Presidente de la República para dirigir á V. E. esta comunicación con el motivo que pasa á exponer.

El abajo firmado ha recibido de S. E. el señor Vasquez Sagastume, ministro residente de la República Oriental del Uruguay, una nota con fecha 25 de este mes, le ha dirigido de orden de su gobierno, acompañando copia de la última correspondencia cambiada entre el gobierno oriental y S. E. el consejero Saraiva, ministro plenipotenciario de S. M. el Emperador del Brasil en misión especial cerca de aquella República, constante de tres notas que se registran bajo las fechas de 4, 9 y 10 del presente mes.

El importante é inesperado contenido de esas comunicaciones ha llamado seriamente la atención del gobierno del abajo firmado por el interés que le inspira el arreglo de las dificultades en que lucha el pueblo oriental, á cuya suerte no le es permitido ser indiferente, y por el mérito que puede tener para este gobierno la apreciación de los motivos que pudiera haber aconsejado tan violenta solución.

La moderación y previsión que caracterizan la política del gobierno imperial, autorizaron al del Paraguay á esperar una solución diferente en sus reclamaciones con el gobierno oriental, esta confianza era tanto más fundada cuanto que S. E. el señor consejero Saraiva y hasta el mismo gabinete imperial al declinar la mediación ofrecida por este gobierno para el arreglo amistoso de esas mismas reclamaciones á solicitud del go-



bierno oriental, calificaron como sin objeto por el curso amigable de las mencionadas cuestiones.

El gobierno del abajo firmado respeta los derechos que son inherentes á todos los gobiernos para el arreglo de sus diferencias ó reclamaciones, una vez denegada la satisfacción y justicia, sin prescindir del derecho de apreciar por sí el modo de efectuarlo, ó el alcance que puede tener sobre el destino de todos los que tienen intereses legítimos en sus resultados.

La exigencia hecha al gobierno oriental por S. E. el señor consejero Saraiva en sus notas de 4 y 10 de este mes, de satisfacer á sus reclamaciones dentro del improrrogable término de seis días bajo la amenaza de usar de represalias, en caso contrario con las feurzas imperiales de mar y tierra reunidas de antemano sobre las fronteras de la República Oriental y de aumentar la gravedad de las medidas de la actitud asumida, lo que significa una próxima ocupación de alguna parte de aquel territorio, cuando su gobierno no se niega á atender y satisfacer las reclamaciones presentadas, como consta de la nota de S. E. el ministro de relaciones exteriores del 9 de este mes.

Este es uno de los casos en que el gobierno del abajo firmado no puede prescindir del derecho que lo asiste á apreciar este modo de efectuar la satisfacción de las reclamaciones del gobierno de S. E., porque su alcance puede venir á ejercer consecuencias sobre los intereses legítimos de la República del Paraguay que pudiera tener en sus resultados.

Penosa ha sido la impresión que ha causado en el ánimo del gobierno del abajo firmado la alternativa del ultimátum consignado en la nota de S. E. el señor consejero Saraiva de 4 y 10 de este mes al gobierno oriental, exigiéndole un imposible por el obstáculo que pone la situación interna de esa República, y para cuya remoción no han sido bastantes ni el prestigio de SS. EE. los señores Thorton,, Elizalde y Saraiva ni el concurso ni la abnegación del gobierno oriental.

No menos penosa ha sido para el gobierno del abajo firmado la negativa de S. E. el consejero Saraiva á la proposición del arbitraje que le fué hecha por parte del gobierno oriental, mucho más cuando este principio había servido de base al gabinete imperial en sus reclamaciones con el gobierno de S. M. B.

El gobierno de la República del Paraguay deplora profundamente que el de S. E. haya creído oportuno separarse en esta ocasión de la política de moderación en que debía confiar ahora más que nunca, después de su adhesión á las estipulaciones del Congreso de París; pero no puede mirar con indiferencia, ni menos consentir que en ejecución de la alternativa del «Ultimátum» imperial, las fuerzas brasileñas ya sean navales ó terrestres, ocupen parte del territorio de la República Oriental del Uruguay. ni temporaria ni permanentemente, y S. E. el señor Presidente de la República ha ordenado al abajo firmado declare á V. E., como representante de S. M. el Emperador del

Brasil: que el Gobierno de la República del Paraguay considerará cualquiera ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales por los motivos consignados en el ultimátum del 4 de este mes, intimado al gobierno oriental por el ministro plenipotenciario del emperador, en misión especial cerca de aquel gobierno, como atentatorio al equilibrio de los Estados del Plata, que interesa á la República del Paraguay como garantía de su seguridad, paz y prosperidad, y que protesta de la manera más solemne contra tal acto, descargándose desde luego de toda la responsabilidad de las ulterioridades de la presente declaración.

Habiendo así cumplido las órdenes Exmo. señor Presidente de la República, el abajo firmado aprovecha esta ocasión para saludar á V. E. con su consideración muy distinguida,

JOSE' BERGES.

A S. E. señor César Sauvan Vianna de Lima, ministro residente de S. M. el Emperador del Brasil, etc., etc.

Núm, 2.

TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA

Firmada el 1º de Mayo de 1864 entre los Plenipotenciarios del Uruguay, Brasil y la República Argentina, tomado de los papeles presentados á la Cámara de los Comunes por orden de S. M. B., en cumplimiento de su mensaje de 2 de Marzo.

TEXTO

El Gobierno de la República Oriental del Uruguay, el Gobierno de S. M. el Emperador del Brasil, y el Gobierno de la República Argentina.

Estos dos últimos encontrándose actualmente en guerra con el gobierno del Paraguay por haberle sido declarada de hecho por este gobierno, y el primero en estado de hostilidad, y amenazado en su seguridad interna por dicho gobierno, injuriando, la República, tratados solemnes, usos internacionales de las naciones civilizadas, y cometiendo actos injustificables después de haber perturbado sus relaciones con sus vecinos por los más abusivos y agresivos procedimientos.

Persuadidos que la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas naciones es imposible mientras exista el actual gobierno del Paraguay, y que es de una imperiosa necesidad, exigida por los más grandes intereses que aquel gobierno desaparezca, respetando la soberanía, independencia é integridad territorial de la República del Paraguay.

Han resuelto con este objeto, celebrar un tratado de Alianza

ofensiva y defensiva; y al efecto han nombrado sus plenipotenciarios á saber:

Su Excelencia el Gobernador provisorio de la República Oriental á S. E. el doctor D. Carlos Castro, Ministro de Relaciones Exteriores—S. E. el Emperador del Brasil á S. E. el doctor D. F. Octaviano da Almeida Rosa, consejero, diputado á la A. G. L. y oficial de la Orden Imperial de la Rosa; S. E. el Presidente de la República Argentina, á el doctor D. Rufino de Elizalde, su Ministro Secretario de Relaciones Exteriores. Quienes habiendo canjeado sus respectivas credenciales que encontraron en buena y debida forma, convinieron lo siguiente:

Artículo 1º—La República Oriental del Uruguay, S. M. el Emperador del Brasil, y la República Argentina, se unen en alianza ofensiva y defensiva en la guerra provocada por el gobierno del Paraguay.

Art. 2º—Los aliados concurrirán con todos los medios que puedan disponer por tierra ó por los ríos, según lo crean conveniente.

Art. 3º—Las operaciones de la guerra, principiando en el territorio de la República Argentina, ó en una parte del territorio paraguayo, lindando con la misma, el mando en jefe y la dirección de las armas aliadas permanecerán confiadas al Presidente de la República Argentina, general en jefe de su Ejército, brigadier general don Bartolomé Mitre.

Las fuerzas marítimas de los aliados estarán bajo el inmediato mando del vicealmirante vizconde de Tamandaré, comandante en jefe de la escuadra de S. M. el Emperador del Brasil.

La fuerza de tierra de la República Oriental del Uruguay una división de las fuerzas argentinas, y otra de las fuerzas brasileñas que serán designadas por sus respectivos jefes superiores, formarán un ejército bajo las órdenes inmediatas del Gobernador Provisorio de la República Oriental, brigadier general don Venancio Flores.

Las fuerzas de tierra de S. M. el Emperador del Brasil formarán un ejército, bajo las inmediatas órdenes de su general en jefe y brigadier Manuel Luis Osorio

Sin embargo, de que las altas partes contratantes han convenido en no cambiar el campo de las operaciones de guerra, con todo, con el objeto de resguardar los derechos soberanos de las tres naciones, han convenido, desde ahora en el principio en la reciprocidad del mando en jefe cuando las operaciones hubiesen de hacerse en territorio Oriental y Brasileño.

Art. 4º—El orden militar interno y la economía de las tropas aliadas dependerá únicamente de sus respectivos jefes.

Los gastos viturios, municiones de guerra, armas, vestuarios, equipos, y medios de transporte de las tropas aliadas serán por cuenta de sus respectivos Estados.

Art. 5º—Las altas partes contratantes se darán mútuamente la asistencia ó elementos que tengan y que las otras requieran en la forma que se estipule sobre el particular.

Art. 6º—Los aliados se comprometen solemnemente á no dejar las armas sino por mutuo acuerdo hasta tanto que hayan concluído con el presente gobierno del Paraguay, ni tratar con el enemigo separadamente, ni formar ningún tratado de paz, trégua, armisticio ó convención cualquiera para poner fin ó suspender la guerra á menos de haber un perfecto acuerdo de todos.

Art. 7º—No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra su gobierno, los aliados podrán admitir una legión paraguaya de todos los ciudadanos de esta nación que quieran concurrir á vencer á dicho gobierno y la abastecerán con todos los elementos que necesite, en la forma y bajo las condiciones que se establecerán.

Art. 8º—Los aliados se obligan además á respetar la independencia, soberanía é integridad territorial del Paraguay. En consecuencia el pueblo paraguayo podrá elegir su gobierno y darse las instituciones que le convengan, no incorporándose ni pretendiendo protectorado á ninguno de los aliados como consecuencia de esta guerra.

Art. 9º—La independencia, soberanía é integridad territorial de la República del Paraguay, será garantida colectivamente en conformidad con el precedente artículo, por las altas partes contratantes, por el período de cinco años.

Art. 10.—Queda establecido por las altas partes contratantes que las excepciones, privilegios ó concesiones que puedan obtenerse del gobierno del Paraguay serán comunes y gratuitas, ó á título gratuito, y con la misma compensación, si son condicionales.

Art. 11.—Cuando haya desaparecido el gobierno del Paraguay, los aliados procederán á hacer los necesarios arreglos con la autoridad que se constituya para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná, y Paraguay, de tal manera que las reglas ó las leyes de aquella República, no obstruyan ni embaracen, ni impidan el tránsito ni navegación directa de los buques mercantes ó de guerra de los Estados aliados, que se dirijan á sus respectivos territorios ó dominios que no pertenezcan al Paraguay; y de que tengan las convenientes garantías para la efectividad de los arreglos, bajo la base de tales reglas de policía fluvial, aunque hechos para los dos ríos, así como el río Uruguay serán establecidos de común acuerdo entre los aliados, y otros Estados limítrofes por el término que se estipule sobre esto por los dichos aliados, aceptada la invitación hecha á aquellos.

Art. 12.—Los aliados se reservan á sí mismos concertar las medidas más á propósito con el objeto de garantir la paz con la República del Paraguay después de la caída del presente gobierno.

Art. 13—Los aliados nombrarán oportunamente los plenipotenciarios para celebrar los arreglos, convenciones ó tratados que han de hacerse con el gobierno que se estableciere en él Paraguay.

Art. 14.—Los aliados exigirán de este gobierno el pago de



los gastos de la guerra, que han sido obligados á aceptar, así como la reparación, indemnización de los daños y perjuicios causados á las propiedades públicas, y privadas y personas y ciudadanos sin expresa declaración de guerra, y por los daños y perjuicios cometidos subsecuentemente con violación de los principios que rigen las leyes de las guerras. Del mismo modo la República Oriental del Uruguay exigirá una indemnización proporcionada á los daños y perjuicios causados por el gobierno del Paraguay, por la guerra en que ha sido forzado á entrar en defensa de su seguridad amenazada por aquel gobierno.

Art. 15.—En una convención especial se determinará el modo y forma de liquidación y pago procedente de las mencionadas causas.

Art. 16.—Con el objeto de evitar discusiones y guerras que puedan ocasionar las cuestiones sobre límites, queda establecido que los aliados exigirán del gobierno del Paraguay que en el tratado de límites con sus respectivos gobiernos se guarden las siguientes bases:

1º La República Argentina se dividirá de la República del Paraguay por los ríos Paraná y Paraguay hasta la concurrencia de los límites del Imperio del Brasil, siendo este sobre la margen derecha del río Paraguay, la Bahía Negra.

2º El Imperio del Brasil se dividirá de la República del Paraguay sobre el lado del Paraná, por el primer río más abajo del Salto de las Siete Caídas, el cual según el reciente mapa de Manchez, es el Ygurei, y de la boca del Ygurei siguiendo su curso arriba hasta alcanzar sus vertientes.

3º En el lado de la orilla izquierda del Paraguay por el río Apa, desde su desembocadura hasta sus nacientes.

3º En el interior de las cumbres de las montañas de Macarayá las vertientes al Este pertenecen al Brasil y las del Oeste al Paraguay, trazándose líneas derechas en cuanto sea posible de la dicha montaña á las vertientes del Apa y del Ygurei.

Art. 17.—Los aliados se garantizan recíprocamente unos á otros el fiel cumplimiento del arreglo, arreglos y tratados que se establezcan en el Paraguay, en virtud del cual es convenido sobre el presente tratado de alianza que él siempre permanecerá en plena fuerza y vigor, á fin de que estas estipulaciones sean respetadas y ejecutadas por la República del Paraguay:

1º Con el objeto de obtener este resultado ellos convienen que: en el caso que una de las altas partes contratantes esté imposibilitada para obtener del gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo que es convenido, ó que éste gobierno pretenda anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, las otras emplearán activamente los esfuerzos á fin de que sean respetadas.



2º Si estos esfuerzos fuesen inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios á fin de hacer efectiva la ejecución de la que está estipulad.

Art. 18. Este tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido.

Art. 19. Las estipulaciones de este tratado que no requieran autorización legsilativa para su ratificación, empezarán á tener efecto tan pronto como ellas sean aprobadas por sus respectivos gobiernos y las otras desde el canje de las ratificaciones, las cuales tendrán lugar dentro del término de 40 días, contados desde la fecha de dicho tratado, ó más pronto si fuera posible, haciéndose éstas en la ciudad de Buenos Aires.

En testimonio de lo cual los abajo firmados, plenipotanciarios de S. E. el gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, de S. M. el Emperador del Brasil y de S. E. el Presidente de la República Argentina, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este tratado poniéndole nuestros sellos, en la ciudad de Buenos Aires el 1º de Mayo, en el año de Nuestro Señor 1865.

(Firmado:

CARLOS DE CASTRO

F. OCTAVIANO DA ALMEIDA ROSA.

RUFINO DE ELIZALDE.

———

PROTOCOLO

Sus Excelencias los Plenipotenciarios de la República Argentina, de la República Oriental del Uruguay y de S. M. el Emperador del Brasil, reunidos en el Ministerio de Relaciones Exteriores convinieron:

1º En cumplimiento del tratado de la alianza de esta fecha, las fortificaciones de Humaitá serán demolidas y que no se permitirá que otras ú otra de aquella naturaleza se levante impidiendo la fiel ejecución del tratado.

2º Que siendo una de las medidas necesarias para garantizar la paz con el gobierno que se establezca, no dejarle armas ó elementos de guerra, todos aquellos que se encuentren, serán divididos por partes iguales entre los aliados.

3º Que los trofeos y botín que puedan ser tomados al enemigo serán divididos entre los aliados por el que haga la captura.

4º Que los jefes que manden los ejércitos aliados concertarán las medidas para llevar á efecto lo que se estipula. Y ellos firman el presente en Buenos Aires el 1º de Mayo de 1865.

(Firmados)

CARLOS DE CASTRO
RUFINO DE ELIZALDE
F. OCTAVIANO DA ALMEIDA ROSA

NUMERO 3

A consecuencia de algunas adulteraciones publicadas por Caxias en una orden del día, le dirigí la siguiente carta:

Buenos Aires, Enero 28 de 1869

Acabo de leer en un diario publicado en esta ciudad, la orden del día de V. E. número 272, fecha 11 del corriente, dando detalles de los últimos acontecimientos de la guerra del Paraguay, y no encontrando exacta la relación de los acontecimeintos que precedieron á la evacuación de Angostura, de que yo era jefe, me tomo la libertad de llamar la atención de V. E. sobre las inexactitudes á que me refiero, á saber: Que es inexacto que la nota del 29 de Diciembre próximo pasado, que en unión del señor Carrillo, segundo jefe de dicho punto, dirigí á los generales de los ejércitos aliados, contuviera frivolidades, pues ella se limitaba á informar á V E. de un abuso de la bandera de parlamento, cometido por un buque de la escuadra brasileña, y á protestar contra ese hecho; también es inexacto que los que llevaban la bandera de tregua y que se presentaron en el cuartel general de V. E. el 30 de Diciembre, eran portadores de una declaración firmada por los jefes de Angostura, diciendo que estaban dispuestos á rendirse y esperando que la generosidad de los ge-



nerales aliados, permitiera á los oficiales conservar sus espadas, insignias, etc.

J. THOMPSON

En el momento de zarpar de Buenos Aires para Inglaterra, supe por buen conducto, que en vez de observar los términos de la capitulación de Angostura, los brasileños obligaban á los soldados á tomar servicio en sus filas; y al llegar á Río Janeiro envié la siguiente carta al ministro de Guerra del Imperio.

A S. E. el Minsitro de la Guerra, Barón de Muritiba.

Río Janeiro, Marzo 1869.

Tengo el honor de dirigirme á V. E. con el objeto de comunicarle que he sabido por varios paraguayos venidos de la Asunción, que muchos de los soldados que capitularon en Angostura, de la cual era yo jefe, han sido obligados á tomar servicio en las filas aliadas, y que otros han sido embarcados para esta ciudad sin ser consultada su voluntad.

Como estos hechos son contrarios á las estipulaciones de la capitulación, y á la palabra misma del marqués de Caxias y del jefe de Estado Mayor, me dirijo á V. E. para rogarle, averigüe la verdad de esto y remedie esta falta, que quizá haya tenido por causa la ausencia del marqués de Caxias del teatro de la guerra.

J. THOMPSON

NUMERO 4

Los siguientes documentos demuestran cual era todo el proceso para la condenación y ejecución de desortores en el ejército paraguayo.

Declaración tomada al soldado Ruidias, del batallón 45, sobre su deserción:

Dice también que no tenía motivo para desertar.
donde se hallaba enfermo de diarrea y de fiebre, y que fué á su casa de Qündi, con pretexto de haber recibido licencia, á causa de su enfermedad, y que al día siguiente le llevaron al cuartel de su distrito, de donde fué remitido ayer á este campamento.

Dice también no tenía motivo para desertar.

Por esta razón el desertor está engrillado en este campamento.

HILARIO MARCO

Pikysyry, Octubre 1º de 1868.

Pikysyry, Octubre 2 de 1868

Por Orden Suprema, el soldado Norberto Ruidias, desertor del batallón 45, que fué tomado en el distrito de Qündi 16 días después de su deserción, debe ser fusilado.

F. RESQUIN

Conforme á la sentencia Suprema que precede, el soldado Norberto Ruidias ha sido fusilado, en testimonio de lo cual firmo, volviendo este documento bajo sello.

GONZALEZ

Campamento de Pikysyry, Octubre 2 de 1868.

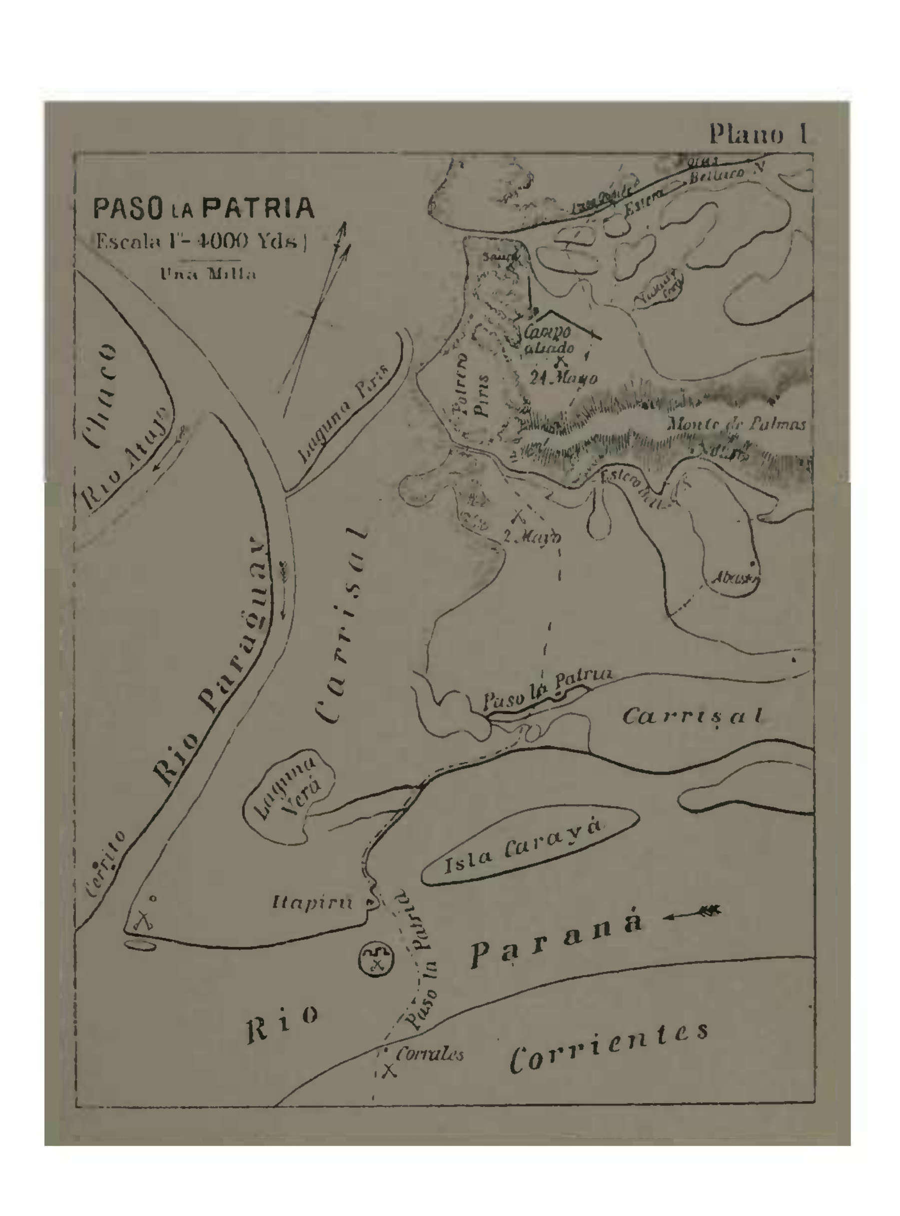

Biblioteca
Digital
Republicana




INDICE






Plano 1
PASO LA PATRIA
Escala 1"-4000 Yds.
Una Milla
Chaco
Rio Atuye
Rio Paraguay
Laguna Piris
Carrisal
Potrero
Piris
Campo
aliado
21 Mayo
Monte de Palmas
Estero Bellaco N
2 Mayo
Paso la Patria
Carrisal
Laguna
Verá
Isla Carayá
Cerrito
Itapirú
Paraná
Paso la Patria
Rio
Corrales
Corrientes


Biblioteca
Digital
Republicana


Plano II.
Gran Chaco
Rio Paraguay
Riacho Quia
Carrisal
Curupayty
Laguna Chichi
Laguna Lopez
Chichi
Marjales
Bosques espesos
Laguna Piris
Piris
Sauces
Tuyuti
Campamento Aliado
Yataity Cora
Paso Pucu
Angulo
Espinillo
Riacho de Oro
Carrisal
Laguna Concha
HUMAITA
Iglesia
Encorazados
Isla Poi
Laguna Vera
Andai
Reducto Cora
Riacho Guaycuru
Laguna Cierva
Reducto Cierva
Arroyo Hondo
Timbo
Laurel
Tayi
Potrero Obella
Carrisal
Obella
Camino real de la Asuncion
Esteros y terrenos pantanosos
Tatayiba
Isla Tayi
Esteros y terrenos pantanosos
Campamento Aliado
Tuyucué
San Solano
Estero Bellaco N.
Estero Bellaco S.
Monte de Palmas
HUMAITA
(Escala 1'- 4000 Yds)


Biblioteca
Digital
Republicana



Plano III.

TEBICUARY.

(Escala 1"= 2000 Yds.)

Una Milla

Guardia Recodo

Riacho Recodo

Monte Lindo

Monte Claro

Rio Paraguay

Gran Chaco

Carrisal

Camino real de la Asuncion

San Fernando

Carrisal

Rio Tebicuary

Cadena

Fortin

Paso


Biblioteca
Digital
Republicana

Plano IV.

PIKYSYRY

(Escala 1" = 2000 Yds.)

Una Milla

Rio Paraguay

Itapirú

Bosques pantanosos

Chaco

Angostura

Pikysyry

Itá
Yvaté

Estero


Biblioteca
Digital
Republicana

Plano V

Curupayty (Escala 1" = 16')

Paso Gomez (Escala 1" = 16')

Cadenas en Fortin (Escala 6/8" = 1')


Biblioteca
Digital
Republicana

Plano VI.

Bateria de la derecha de Angostura

(Escala 1: 46)

Bateria de la izquierda de Angostura


Biblioteca
Digital
Republicana

Plano VII

Bateria de la izquierda

en

ANGOSTURA

Escala 1"-100

Trinchera del Pikysyry

32 Pr

Foso llenó de agua

Rio Paraguay


Biblioteca
Digital
Republicana

MAPA
illustrativo de la guerra
del
PARAGUAY.

60
55
20
25
30
35
B R A S I L
Villa Maria
Rio Paraguay
R. San Lorenzo
Matto Grosso
Camino del Paraguay á Bolivia
Corumbá
Albunquerge
Coimbra
Rio Blanco
Territorio disputado
Rio Apa
R. Yaguary
Gran Chaco
Tropico de Capricornio
Concepcion
San Pedro
R. Paraguay
Rio Paraná
PARAGUAY
ASUNCION
Villeta
Cordillera
Angostura
Paraguary
Villa Rica
R. Bermejo
R. Tebicuary
Misiones
Pilar
Humaita
Sa Teresa
Encarnacion
Corrientes
Candelaria
Riachuelo
Ybera
Misiones
Rio Uruguay
Rio Grande
Bella Vista
San Borja
Goya
Corrientes
ARGENTINA
Yatai
Uruguayana
R. Salado
CONFEDERACION
Entre Rios
Rio Uruguay
Concordia
Paraná
BANDA ORIENTAL del URUGUAY.
Paysandú
Rio Paraná
BUENOS AYRES
Rio de la Plata
MONTE VIDEO
OCEANO ATLANTICO DEL SUD
60
55


Biblioteca
Digital
Republicana


Biblioteca
Digital
Republicana






Biblioteca
Digital
Republicana